

UNIVERSIDAD NACIONAL DE GENERAL SAN MARTIN
INSTITUTO DE ALTOS ESTUDIOS SOCIALES
MAESTRIA EN CIENCIA POLITICA

*El peronismo santafesino en el poder: crisis y recomposición de la
representación política a partir de la constitución del liderazgo de
Carlos Reutemann (1989-1995)*

Autora: Lic. María Cecilia Lascurain

Directora: Dra. Paula Canelo

Buenos Aires

Diciembre de 2015

UNIVERSIDAD NACIONAL DE SAN MARTÍN
INSTITUTO DE ALTOS ESTUDIOS SOCIALES

Tesis de Maestría en Ciencia Política

Título: "*El peronismo santafesino en el poder: crisis y recomposición de la representación política a partir de la constitución del liderazgo de Carlos Reutemann (1989-1995)*"

Resumen

La tesis tuvo por objetivo analizar el proceso de crisis y recomposición de la representación política en el peronismo gobernante en la provincia de Santa Fe entre 1989 y 1995. El proceso se abordó a partir de dos dimensiones. Por un lado, la descripción de la crisis de representación sufrida por el peronismo en hacia 1989 y el análisis de su resolución a partir del surgimiento de un liderazgo político –el de Carlos Reutemann, quien fue gobernador entre 1991-1995 y 1999-2003- con nuevos atributos representativos. Por otro lado, la interpretación de las transformaciones que la figura de Reutemann operó sobre el peronismo como partido y como identidad política.

Empleando una metodología cualitativa de recolección y análisis de fuentes primarias y secundarias, se arribó a las siguientes conclusiones. En primer lugar, se identificó la constitución de un nuevo tipo de vínculo político en Santa Fe en torno a los atributos que portaba el liderazgo reutemannista: retórica “anti-política”, “proximidad” para con la ciudadanía y “moralización” de la relación de representación. En segundo lugar, se advirtió una re-significación del peronismo bajo la conducción de Reutemann. Este proceso supuso la combinación *sui generis* de su perfil *deoutsider* político con la interpretación del peronismo como un movimiento “abierto a todos los argentinos de buena voluntad”, estructurado en torno a un componente “subjetivista” de la identidad peronista que recuperaba elementos del orden del sentimiento, la pasión y la emoción, despegados de una memoria de experiencia colectiva. En tercer lugar, se constató una continuidad en los modos de hacer política partidaria por parte de la conducción reutemannista del Partido Justicialista de Santa Fe con respecto a los modos que utilizaba la dirigencia anterior. Concentración de las decisiones y funciones, manipulación de reglas formales e informales, culminación del proceso de desindustrialización partidaria iniciado en la etapa anterior, son comunes a ambas conducciones, en un marco en el cual –a diferencia del periodo previo- la emergencia de un liderazgo fuerte como el de Reutemann logró neutralizar los conflictos internos que habían conducido a una crisis de autoridad partidaria y gubernamental a fines de los años ochenta.

Palabras clave

Representación política – liderazgo político – Peronismo – Reutemann – Santa Fe

Índice.

Agradecimientos.....	5
Introducción.....	6
1. Presentación del problema.....	6
2. Marco teórico.....	10
<i>Liderazgo carismático y representación política en las democracias contemporáneas</i>	
<i>Identidad y tradición política</i>	
3. Estado del arte.....	17
<i>Antecedentes sobre la política santafesina desde el retorno de la democracia (partidos, gobiernos y líderes)</i>	
<i>Antecedentes sobre el peronismo santafesino (1983-2003)</i>	
<i>Antecedentes sobre el peronismo en la historia reciente en otras unidades subnacionales</i>	
<i>Aportes de esta tesis al presente estado del arte</i>	
4. Metodología, técnicas de análisis y fuentes.....	23
5. Organización de los capítulos	25

Capítulo 1

Representación tradicional, poder sindical y multiplicidad de liderazgos en el peronismo santafesino (1983-1989).....

 1.1 Peronismo y sindicalismo en Santa Fe: una asociación exitosa en el regreso de la democracia

 1.1.1 El sindicalismo industrial rosarino como “Gran Elector” en el peronismo local (1983-1987)

 1.1.2 “Desindicalización” en el Partido Justicialista de Santa Fe (1987-1989)

 1.2 La dirigencia política del PJSF: aspectos de la “Reactualización” del peronismo en un distrito sin liderazgo único.....

 1.2.1 “‘Renovación’...palabra radical”: institucionalización del partido y trasvasamiento generacional como metas de la “Reactualización doctrinaria”

 1.2.2 La Cooperativa santafesina como atributo distintivo del ejercicio del poder en el PJSF

1.3 Un “peronismo nuevo”: representación tradicional y primeros desplazamientos de la identidad peronista en Santa Fe.....	61
1.4 Conclusiones.....	72

Capítulo 2

<i>Crisis de la Cooperativa peronista: derrota electoral, corrupción y personalización de la política (1989-1991)</i>	77
---	----

2.1 Derrota electoral en las ciudades de Santa Fe y Rosario: preludeo de la crisis de representatividad del PJSF (1989).....	79
2.1.1 La derrota en Santa Fe	
2.1.2 La derrota en Rosario	
2.2 La corrupción en el centro del debate público: juicio político al vicegobernador y debate al interior del PJSF (1990).....	86
2.2.1 Juicio político y destitución de Antonio Vanrell: coyuntura del peronismo nacional y provincial	
2.2.2 Repercusiones entre la dirigencia peronista en torno a la corrupción de los funcionarios	
2.2.3 Menemistas <i>versus</i> cafieristas: los efectos al interior del Consejo Ejecutivo Provincial del PJ	
2.3 ¿Ley de Lemas o internas abiertas? En busca del candidato “que quiera la sociedad” (1990).....	106
2.4. Corrupción y personalización del vínculo político: la intervención al PJSF y el desplazamiento de la Cooperativa al frente del partido (1991).....	113
2.5 Conclusiones.....	117

Capítulo 3

<i>Nueva política y Transformación del Estado bajo el liderazgo de Carlos Reutemann (1991-1995)</i>	121
---	-----

3.1 La definición de una frontera: la anti-política en la campaña electoral (1991).....	122
3.2 El estilo de la nueva política.....	128
3.2.1 Representación de proximidad: presencia y escucha	
3.2.2 Ocultamiento de la distancia representativa y moralización de la política	

3.3 Las políticas de Transformación y Ordenamiento del Estado: ajuste, descentralización y privatizaciones	141
3.3.1 Austeridad, transparencia y eficiencia: las políticas de Reforma en el marco de la nueva política	
3.4 Conclusiones	150

Capítulo 4

La re-significación de la identidad peronista a partir del liderazgo de Carlos Reutemann (1991-1995).....154

4.1. Contra la Cooperativa. Conformación de Creo en Santa Fe como sector interno del PJSF (1991).....	155
---	-----

4.2 Reutemann presidente del PJSF. El peronismo abierto “a todos los argentinos de buena voluntad” (1993).....	163
--	-----

4.2.1 “Reutemann no es peronista”: el clivaje arribistas *versus* auténticos

4.3 Reutemann senador. El Norte” contra el Sur en la conformación de una minoría opositora (1995).....	177
--	-----

4.4 Conclusiones	183
------------------------	-----

Reflexiones finales.....196

Fuentes y Bibliografía.....191

Agradecimientos

Esta tesis es el resultado del acompañamiento y promoción de una serie de personas e instituciones a las que debo mi agradecimiento.

En primer lugar, a mi directora, la Dra. Paula Canelo, con quien comencé a transitar el camino de la investigación académica. Su acompañamiento, guía y presencia permanente fueron insustituibles para que este trabajo tomara la forma y el cuerpo que aquí se presenta. Para ella, mi más sentido agradecimiento.

También quisiera expresar mi gratitud para con un conjunto de personas que han leído fragmentos de esta tesis, orientado su desarrollo o propuesto líneas de trabajo. A mi co-director de beca, el Dr. Gerardo Aboy Carlés, a la Dra. Marcela Ferrari, y a colegas y amigos: Natalia Milne, Pamela Sosa y Cintia Rodrigo.

Debo, además, la posibilidad de la dedicación exclusiva a este trabajo a la beca doctoral del CONICET, como así también al IDAES/UNSAM por el espacio que me ha brindado para poder desarrollar mi tarea de manera eficiente. Asimismo, quiero agradecer al espacio del PIP-CONICET “Reconfiguración de las elites argentinas. Perfil y dinámicas de interacción de las elites políticas, económicas y tecnocráticas entre 2002 y 2010” (dirigido por la Dra. Ana Castellani), el cual me ha permitido avanzar con mi trabajo y presentar fragmentos del mismo para su discusión. En especial, quiero agradecer a Julia Gentile por su ayuda permanente.

Por último, mi agradecimiento a mis padres, quienes siempre han impulsado, sostenido y acompañado mi crecimiento personal y profesional. También a mis hermanos, quienes me brindan su afecto y cariño permanente, a pesar de la distancia física. Y a mi esposo, Javier. Con él he discutido y compartido muchos de los aspectos que integran esta tesis. Pero, sobre todo, su amor y la compañía de cada día anteceden a mi propio esfuerzo y empeño personal.

Introducción

1. Presentación del problema

“La característica descollante en lo que va del periodo constitucional es la carencia de alternancia en el ejercicio del poder provincial. Si el modo de dominación del liberalismo democrático supone la posibilidad efectiva de relevo en el gobierno, no parece ser ese un elemento distintivo de la política santafesina en la cual la democracia, tal cual existe, es cuanto más la sucesión alternativa de las líneas internas del partido hegemónico.

La geografía electoral de la provincia ha tendido a estabilizarse (...) combinándose con dos fenómenos correlacionados: el debilitamiento de las identidades programáticas y la ‘estatización’ de los partidos de gobierno”

(Alonso, 2005: 122-123).

En la presente investigación tenemos por objetivo analizar el proceso de crisis y recomposición de la representación política por el que atravesó peronismo gobernante en la provincia de Santa Fe entre 1989 y 1995. En particular, enfocamos la interpretación de este proceso a partir de la recomposición de la autoridad política que supuso el surgimiento de un novedoso liderazgo político: el de Carlos Reutemann. En efecto, en un escenario que denominamos como de “crisis de representatividad” de las autoridades del peronismo gobernante, se produjo una transformación de los atributos correspondientes a la relación entre políticos y ciudadanos, por un lado, y una recomposición de la identidad política y de las relaciones de fuerza hacia el interior del Partido Justicialista de Santa Fe en torno a la figura de Reutemann, por otro.

Desde el retorno de la institucionalidad democrática en 1983 y hasta el año 2007 –cuando asume el gobierno de la provincia una nueva fuerza política que nucleaba a los principales partidos de la oposición¹- el peronismo (constituyendo, en general, frentes electorales con otros partidos menores como el Partido Demócrata Cristiano, el Movimiento de Integración y Desarrollo o el Partido Intransigente) gobernó Santa Fe sin interrupción. Dentro de ese lapso de veinticuatro años podemos establecer, sin embargo, dos grandes periodos en función de las características de la elite dirigente del PJ que gobernó en cada uno de ellos. Un primer periodo se extiende entre 1983 y 1991, durante el cual el gobierno del Estado y del partido estuvo a cargo de un conjunto de dirigentes vinculados a la trayectoria partidaria previa al golpe de Estado de 1976. Estos dirigentes se caracterizaron por desplegar un tipo de representación política que denominamos como de tipo “tradicional”, puesto que recuperaba elementos de la tradición peronista vigentes hasta la apertura democrática (la centralidad de las figuras de

¹ El Frente Progresista Cívico y Social, una alianza entre el PS, la UCR, la Coalición Cívica y el PDP.

Perón y Eva, la idea de militancia política y social, el rol protagónico de los sindicatos en la coalición partidaria, etc.). El segundo periodo abarca los años que transitan entre 1991 y 2007, caracterizado por el gobierno del Estado y del partido de un tipo de elite dirigencial “renovada”, tanto en sus atributos representativos como en el tipo de relaciones desplegadas en el interior del partido (vinculada, principalmente, a sus atributos morales y no de trayectoria partidaria, desindicalizada, e interesada en relacionarse “directamente” con la ciudadanía sin mediaciones partidarias). Este segundo periodo estuvo signado por la alternancia en el gobierno de la provincia de los dos máximos referentes del PJSF: Carlos Reutemann (1991-1995 y 1999-2003) y Jorge Obeid (1995-1999 y 2003-2007).

En este trabajo abordamos el proceso a través del cual la dirigencia peronista santafesina “tradicional” atravesó un periodo de crisis de representatividad, mutando hacia un nuevo tipo de dirigencia a partir de la constitución del liderazgo de Reutemann. En efecto, argumentaremos que entre los años 1989 y 1995 se produjo en Santa Fe una recomposición interna del peronismo gobernante en torno a nuevos atributos en la representación política. Esta recomposición le permitió al PJ no solamente seguir gobernando la provincia –en medio de la crisis que atravesaba– sino, además, sentar las bases de un formato de representación política para los sucesivos gobiernos que encabezó hasta 2007.

¿Cuáles fueron los componentes de la crisis de representatividad que padeció el peronismo santafesino, crisis que tomó su forma más dramática hacia 1989/90? Advirtamos, en primer lugar, que el PJ de la provincia de Santa Fe fue el único que logró hacerse con la gobernación de una de las provincias más grandes, modernas y urbanizadas del país en 1983, un año dramático para esta fuerza política en el cual perdió el gobierno de la Nación por primera vez en su historia, y el de las provincias más importantes en caudal electoral (Buenos Aires, Córdoba, Entre Ríos y Mendoza), en un escenario de elecciones libres y democráticas. Además, a diferencia de otros peronismos provinciales, el PJSF logró mantenerse en el poder a lo largo de seis periodos gubernamentales consecutivos sin constituir una fuerza política “hegemónica”. En efecto, en el marco de un sistema partidario provincial altamente competitivo, el distrito santafesino del PJ se posicionó como un partido “predominante” sin restringir la competencia partidaria².

² Según Sartori, un “sistema de partido predominante” es aquél en el que existe *más de un partido* pero no se registra alternancia partidaria, principalmente, por la incapacidad de la oposición para comportarse como

Sin embargo, al finalizar la década del ochenta la dirigencia partidaria –que era, también, la que encabezaba el gobierno- se encontró incapacitada para canalizar positivamente sus conflictos internos y los dilemas de la dinámica institucional que la tuvieron como principal protagonista. El punto de inflexión de su crisis de legitimidad lo constituyó la destitución del vicegobernador en 1990 por medio de un juicio político y las derrotas electorales en los distritos más importantes de la provincia. En un marco de inestabilidad económica experimentado a partir del proceso hiperinflacionario de 1989, la dirigencia del partido gobernante debió recomponer su imagen frente a la sociedad y la co-relación de fuerzas interna.

¿De qué manera la élite gobernante del justicialismo logró sobreponerse a los pronósticos certeros de que no lograría renovar en 1991 el mandato que había logrado tanto en 1983 como en 1987?

¿Qué papel jugó la emergencia de una figura extraña al mundo de la política como lo fue la del famoso ex corredor de Fórmula Uno y empresario agropecuario, Carlos Reutemann, en dicha recomposición?

¿Qué transformaciones se operaron hacia el interior peronismo santafesino? ¿De qué índole fueron esas transformaciones: identitarias, de composición dirigencial, a nivel de las prácticas políticas?

Como se deduce de estas preguntas en esta investigación nos guiamos por la perspectiva teórica de la representación política moderna, y, en especial, por el análisis de las transformaciones en los atributos o componentes del vínculo entre representantes y representados, o entre políticos y ciudadanos. Partimos de una línea interpretativa que considera la representación política como un sistema compuesto por una variedad de “arreglos institucionales concretos” (Manin, 2006), el más importante de los cuales lo constituye el método de la elección (ibid.). Tomamos, por lo tanto, a la representación política como una forma de gobierno, que contiene en sí misma elementos igualitarios o democráticos y desigualitarios o aristocráticos (de distinción entre representantes y representados).

alternativa electoral. Éste se diferencia del “sistema de partido hegemónico” en el cual la ausencia de alternancia es provocada por restricciones en el desempeño de las fuerzas opositoras (en Iazzetta, 1997: 10).

Bajo este enfoque, abordaremos las características del liderazgo de Reutemann en la clave del análisis de las mutaciones en el tipo de legitimidad política acontecidas en nuestro país desde el advenimiento del régimen democrático en 1983 (Annunziata, 2012; Cheresky, 2006; Cheresky y Pousadela, 2004; Mauro, 2014; Novaro, 1994 y 2000).

Esta descripción del liderazgo particular de Reutemann será completada con un análisis de su inscripción en el peronismo en tanto identidad política (Aboy Carlés, 2001). Precisamente, el caso de Reutemann no constituye uno más entre el tipo de nuevos liderazgos pensados para este periodo de la democracia argentina, sino que se trata de un híbrido que contiene elementos de esos nuevos liderazgos (referenciados en la era posterior a la de la llamada “democracia de partidos” [Manin, 2006]) junto con otros que comparte con la figura del “político profesional” (Weber, 2008) propio de aquel modelo de democracia.

Ahora bien, ¿en qué sentido decimos que Reutemann fue un *outsider* de la política que —al mismo tiempo— se constituyó en un líder político profesional, y, más aún, en *el* líder político del peronismo santafesino de estos años? Primero, debemos decir que ningún liderazgo se constituye en un vacío identitario (Aboy Carlés, 2001) sino que se conforma siempre sobre la superficie existente de una comunidad política de referencia (Novaro, 2000). En efecto, creemos que su especificidad está dada, justamente, por la operación de re-significación que realizó sobre la identidad peronista, operación que incorporó elementos propios del dispositivo peronista tradicional (Sigal y Verón, 2003) junto con otros relativos al tipo de liderazgo reutemannista (la política de la proximidad y la moralización de la misma).

La constitución de Reutemann como conductor del peronismo santafesino le otorgó una perdurabilidad a su liderazgo de la que están vedadas aquellas figuras que sólo se apoyan en la “opinión”, la “popularidad” (Cheresky, 2008), en una legitimidad puramente técnica o en el carisma personal (Novaro, 1994 y 2000; Weber, 1992 [1922]). En este sentido, cuestionaremos la idea de que durante los años noventa se produjo, sin más, un “debilitamiento” de las identidades programáticas, en particular, del peronismo (Levitsky, 2005; Portantiero, 1995; Nun, 1995). Creemos que nuestro caso de estudio muestra con claridad que el peronismo más que “perder” o ver “debilitados” sus elementos identitarios, los transformó profundamente a partir de la inauguración de un tipo de liderazgo novedoso como el de Carlos Reutemann.

En este sentido, lo ocurrido con el peronismo santafesino no diferiría demasiado con el proceso de transformaciones que atravesó esta fuerza política a partir de la emergencia del liderazgo instituyente de Menem. Sin embargo, tal como demostraremos, ambos procesos se muestran con no pocas distinciones, entre las que se destaca el carácter *sui generis* del tipo de figura política que expresó Reutemann, el cual pareciera que anticipó formatos y atributos de un modo de representación política (como el elemento de “proximidad” entre el político y los ciudadanos [Annunziata, 2012]) que estuvieron ausentes en el perfil del liderazgo menemista y que se expandieron, luego, con la crisis de representación mayor ocurrida en el año 2001 en nuestro país (ibid.).

2. Marco teórico

Liderazgo carismático y representación política en las democracias contemporáneas

A partir de la formulación del problema que hemos delineado pasaremos ahora a presentar las nociones teóricas a partir de las cuales abordaremos nuestro objeto de análisis.

Tal como se evidencia en lo que hasta aquí hemos dicho, nuestro acercamiento al caso del peronismo santafesino durante lo que constituyó el primer gobierno de Carlos Reutemann (1991-1995) se concentra en el problema de la representación política y, más específicamente, en los particulares atributos representativos que expresó Reutemann en su figura. Según la hipótesis que nos proponemos demostrar, esos atributos permiten comprender cuáles fueron los significados y estrategias movilizados por los principales referentes del peronismo gobernante que les permitieron superar la crisis de representatividad por la que atravesaba este partido. Pero, además, consideramos que dichos componentes representativos imprimieron un formato de ejercicio de la autoridad política y del gobierno que se extendió más allá del primer mandato de Reutemann y que perduró durante los tres gobiernos subsiguientes del peronismo en la provincia.

Al poner el foco en la cuestión de la representación es posible trascender las explicaciones institucionalistas de la ciencia política que atribuyen la perdurabilidad del PJ en el gobierno santafesino entre 1991 y 2007 a, por ejemplo, los beneficios que otorgaba a este partido el régimen electoral conocido como “Ley de Lemas” (Blando, 2002; Puig, 1997b y 2003; Venesia y Petracca, 1996). Desde la mirada que proponemos aquí, cada una de las estrategias

que instrumentalmente sirvieron al peronismo para perpetuarse en el poder (dentro de las cuales la Ley de Lemas constituye un factor de referencia) se pueden comprender en el marco de las mutaciones del tipo de vínculo entre representantes y ciudadanos que atravesaban al campo político desde el advenimiento de la democracia, más allá de los propósitos estratégicos de la lucha por el poder.

Tal como puede esperarse, las preguntas que estructuran nuestro trabajo abrevan en la teoría weberiana del liderazgo y, en particular, en el tipo ideal del *liderazgo o dominación carismática* (Weber, 1992 [1922]). Esta construcción típico-ideal indica que la relación de dominación descansa en el “reconocimiento” que los “dominados” realizan del carisma del jefe, caudillo o líder. Si bien el principio de legitimidad carismático es originariamente autoritario (porque su reconocimiento es un *deber* de los dominados que corroboran el carisma que porta el líder, y no el fundamento del mismo), la fuerza de lo cotidiano lo “rutiniza” en la medida en que “la dominación está asegurada y, sobre todo, tan pronto como toma un carácter de *masas* (ibid.: 202, cursiva en el original). De esta forma, se opera lo que Weber denomina una “transformación anti-autoritaria” del carisma. Es por ello por lo que en las modernas democracias de masas el aspecto carismático de los liderazgos tiene un lugar fundamental, en la medida en que las sociedades se burocratizan, por un lado, y se democratizan, por otro.

Junto al rol de los liderazgos carismáticos la política del siglo XX tuvo como actores centrales en la generación de la relación de representación a los partidos políticos. Algunos autores han llamado al tipo de régimen representativo iniciado con la expansión del sufragio de masas como “democracia de partidos” (Manin, 2006). Hacia los años setenta, este régimen habría entrado en crisis, erigiéndose la persona del representante como un elemento central del vínculo político ante la dificultad de los partidos de canalizar la representación de los ciudadanos. La representación se habría vuelto más “personalizada” (Novaro, 1994), y el ámbito que la estructura no sería ya la organización de los partidos sino una especie de “audiencia” (Manin, 2006) de la cual participarían los votantes según la confianza y el ofrecimiento que le generan los “líderes de opinión” (Cheresky, 2006). En este tipo de democracias los partidos políticos ocuparían un lugar subalterno en su capacidad de mediación entre líderes y ciudadanos y en la expresión de la unidad del Estado.

Por su parte, las identidades colectivas conformadas en torno a los partidos habrían entrado también en crisis. Estas identidades, más bien homogéneas y con relativa estabilidad en el tiempo, habrían devenido en identidades más heterogéneas y fragmentadas por acción de los dispositivos de los grandes medios de comunicación y por la gravitación de la “imagen” personal de los representantes en la construcción del vínculo político. Es en este contexto que se reforzaría el rol de los líderes a través de la confianza personal que suscitan entre la ciudadanía, en un marco de institucionalidad y de respeto de la legalidad democrática (Novaro, 2000).

En vistas a caracterizar el tipo de relación que se estableció entre el liderazgo de Reutemann y los valores que la ciudadanía santafesina le atribuyó, resulta pertinente precisar la relevancia que adquiere el concepto de *carisma* desde esta perspectiva, y para el análisis de nuestro caso. En efecto, algunos analistas del proceso de mutación de la representación política iniciado en nuestro país en 1983 lo han interpretado como una transformación de la representación “partidaria” devenida en una representación más centrada en la persona de los líderes y en la construcción de su figura a partir de las plataformas mediáticas y de la constitución de una “opinión pública” (Cheresky, 2008; Novaro, 1994; Pousadela, 2004). Los casos paradigmáticos que expresaron estos tipos de nuevos liderazgos fueron los de los referentes del FREPASO (Carlos “Chacho” Álvarez), del ARI (Elisa Carrió) o del partido creado por Domingo Cavallo –ex ministro de Economía de Menem-, Acción por la República, en la segunda mitad de la década del noventa. Puesto que estas fuerzas políticas carecían de una estructura territorial sólida, cobraban centralidad las figuras que las encabezaban, por un lado, y la escena público-mediática a partir de la cual se constituían y expandían, por otro.

Esta última dimensión de mediatización y de la opinión pública como ejes en la construcción del nuevo tipo de democracia post-partidos no adquiere, sin embargo, gran significación para nuestro caso (más adelante argumentaremos por qué). Ahora bien, el elemento que sí se vuelve central para analizar nuestro objeto es la figura del líder como un factor constitutivo del vínculo representativo, en la medida en que –tal como funcionaba el peronismo hasta la emergencia de Reutemann- el partido y sus representantes habían encontrado serios obstáculos para mantener y consolidar una relación de representación con la ciudadanía local.

En este sentido, seguiremos el supuesto que sostienen algunos autores de que una vez que los partidos políticos no son ya el espacio principal de expresión y constitución de las voluntades colectivas, “el carisma personal [de los líderes políticos] se vuelve un rasgo permanente de la vida política” (Novaro, 2000: 126). En efecto, en las democracias actuales el reconocimiento personal que el líder concite a partir de rasgos y cualidades que le sean atribuidos y reconocidos por parte de la ciudadanía –la cual no adhiere a valores determinados de una vez y para siempre, sino que se constituye como un electorado “flotante” (Manin, 2006)-, se vuelve un elemento cotidiano y vital para el sostenimiento de un orden democrático. Según la concepción weberiana del *carisma* éste es una

“cualidad que pasa por extraordinaria (condicionada mágicamente en su origen, lo mismo si se trata de profetas que de hechiceros, árbitros, jefes de cacería o caudillos militares), de una personalidad, por cuya virtud se la considera en posesión de fuerzas sobrenaturales o sobrehumanas –o por lo menos específicamente extracotidianas y no asequibles a cualquier otro” (Weber, 1992 [1922]: 193).

Esas virtudes o cualidades “no asequibles a cualquier otro” cobran un papel central desde el momento en el que los componentes de las identidades colectivas se tornan menos estables y deducibles *a priori* de una posición social o cultural determinada. En este sentido, las figuras que aspiran a obtener cargos de gobierno –y, especialmente, cargos ejecutivos- deben distinguirse ante el electorado al que aspiran conquistar por “alguna característica que sea valorada positivamente por sus conciudadanos y que los otros candidatos no posean, o no en la misma medida” (Manin, 2006: 94). El carisma de un líder lo constituyen, precisamente, esos rasgos poco comunes y valorados de manera positiva como una característica distintiva que es reconocida en un candidato y no en otros. El carisma no remite, por lo tanto, a una cualidad de la personalidad individual del líder, no es un atributo subjetivo de su carácter ni un don “extraordinario” que poseen sólo algunos grandes líderes de la historia, sino una virtud públicamente autorizada en la relación de representación. En el caso de la figura de Reutemann, veremos que este líder –como candidato y como jefe del gobierno- portaba una serie de atributos (la honestidad, la eficiencia, la simpleza, la honradez, la mesura, etc.) que eran valorados positivamente en la sociedad santafesina del momento y que encontraron en su persona un reconocimiento público.

No obstante esta condición “elitista” o de distinción que asume todo gobierno representativo y que portan necesariamente los individuos que son elegidos mediante el voto en una situación de competencia entre otros (Manin, 2006; Rosanvallon, 2002), en las

democracias recientes se ha desplegado un tipo de vínculo político que, según algunos autores, busca “disimular” ese aspecto de distancia, de superioridad, que toda relación de representación comporta (Rosanvallon, 2009; Annunziata, 2012). Este nuevo tipo de lazo político ha sido denominado como de “legitimidad de proximidad”, según el cual los líderes políticos construyen una imagen de sí mismos “anti-carismática”, es decir, una imagen que busca “disimular toda diferencia o distancia representativa” (Annunziata, 2012: 24) para con los ciudadanos comunes. La idea de la proximidad (analizada empíricamente en el contexto actual de la sociedad francesa por Pierre Rosanvallon, por ejemplo) supone que el político o dirigente busca lograr una empatía o compasión con la situación material y simbólica de aquellos a los que busca representar, estar accesible o receptivo y escuchar directamente por medio de los propios ciudadanos cuáles son sus demandas y atender la particularidad de cada situación (Rosanvallon, 2009).

En el caso de la “legitimidad de proximidad”, ésta se define por la auto-presentación de los políticos como “hombres comunes”, por oposición a su condición de “políticos profesionales”. Esta imagen resalta la “cercanía” del político con la “gente”, un “vínculo directo” con ella, la “escucha” de sus experiencias, el “compartir”, el estar “presentes” y “conocer” su cotidianidad lo más posible; se destacan la “compasión”, la “empatía”, la “sinceridad”, la “autenticidad”, la “simplicidad”, la “honestidad”, la “sensibilidad”, la “humildad”, como valores positivos que el candidato o gobernante deben transmitir o representar. La contracara de estos valores positivos son un conjunto de dis-valores que representan a los “políticos tradicionales”. En efecto, el clivaje que se conforma es el de “políticos/hombres comunes” (Annunziata, 2012 y 2013b). Los políticos que se enmarcan en esta nueva forma de representar no se muestran ni como hombres de partido con carrera o prácticas político-partidarias, ni como líderes carismáticos y excepcionales, no realizan grandes promesas ni promulgan grandes programas de gobierno, no son representantes del conjunto del pueblo sino de cada uno de los ciudadanos, no se comprometen con una visión ideológica de una sociedad justa, no son grandes expertos en saberes específicos (ibid).

Si volvemos la mirada al escenario argentino, en general, y al santafesino, en particular, veremos que el despliegue de la “representación de proximidad” se desarrolló tempranamente en este ámbito provincial en relación a su expansión mayor en otros distritos y en el ámbito nacional. En efecto, Rocío Annunziata (2012) analiza el despliegue de la “representación de proximidad” fuertemente a partir de la crisis argentina del año 2001, tanto en el espacio de la

ciudad de Buenos Aires como en municipios de la provincia homónima y de otras provincias (Annunziata, 2013a). Sin embargo, encontramos que el caso de la figura de Reutemann a comienzos de los años noventa puede ser comprendido también desde esta noción, tanto por su imagen de *outsider* o personalidad lejana al mundo de los políticos profesionales, como por la crítica moral de la política que expresó su modo de ejercer la autoridad, ambos elementos que definen, según la autora, este tipo de representación política contemporánea.

En este sentido, entendemos que en Santa Fe primaron mucho más estos rasgos que aquéllos de una “democracia de audiencia o de opinión”, atribuida a algunos casos de fenómenos contemporáneos al que aquí analizamos, situados en la ciudad de Buenos Aires y sus alrededores urbanos. La “personalización” del vínculo político no supuso en Santa Fe durante los años noventa una “mediatización” del mismo. En efecto, la figura de Reutemann se opone a este perfil en dos sentidos: su emergencia y arraigamiento en una estructura partidaria tradicional (el PJ), y su carácter esquivo a la utilización de los medios de comunicación masivos para construir su vínculo con la ciudadanía.

Sin embargo, disentimos en un punto con Annunziata. Y es que, volviendo a nuestra precisión sobre el tópico del *carisma*, no creemos que el liderazgo de Reutemann –por “próximo” al ciudadano común que se muestre- asuma un componente “anti-carismático”. Tal como dijimos más arriba, aunque en el presente de nuestras sociedades no se busque la admiración ni la distinción de los líderes como personas sobresalientes o excepcionales (como sí sucedía con los liderazgos de masas del siglo XX), la ciudadanía sí elige en sus representantes figuras que se distingan en *algún* aspecto, aunque este, en su contenido, indique un sentido de identificación para con el hombre común (por caso, la honestidad o la sencillez como modo de acción). Esas cualidades –hoy “compartidas” entre ambos polos de la representación- son atribuidas como “dones” a una persona y no a otras, las cuales le otorgan, por lo tanto, un componente necesariamente carismático a su figura.

Identidad y tradición política

El liderazgo de Reutemann constituyó un fenómeno novedoso para la vida política santafesina, en el marco de las transformaciones del formato de la representación política que se estaban produciendo en el país. Sin embargo, en esta tesis nos interesa interpretar también el sentido de la constitución de este liderazgo como expresión de la crisis –y, entendemos, su

resolución- que estaba atravesando el peronismo santafesino como identidad política y como partido gobernante.

Colocar el fenómeno del liderazgo de Reutemann en relación con lo que sucedía en el peronismo local y nacional nos permite advertir sus especificidades (su implantación en la estructura partidaria, su conversión en líder del peronismo local, la transformación del peronismo como identidad bajo su impronta, etc.), más allá de los rasgos comunes que –por cierto- compartía con otras figuras similares de la época. En efecto, este aspecto lo distingue de otros *outsiders* candidatos del PJ que no arraigaron su liderazgo en las estructuras del partido o que se alejaron del mismo una vez electos (por ejemplo, Ramón Ortega en Tucumán y Jorge Escobar en San Juan).

Para ello, analizaremos la forma en la cual este tipo de liderazgo se inscribe en una historicidad ya existente (Mouffe, 1999): la tradición política peronista, y opera una resignificación de su identidad, lo cual le permite mutar de su condición de *outsider* a la de líder político del peronismo santafesino. La inserción particular de su figura en la tradición peronista posibilitó que su liderazgo trascendiera la coyuntura de su emergencia, gobernara la provincia en dos periodos constitucionales y se posicionara como un líder político influyente en el peronismo y en la política de esta provincia, incluso, hasta la actualidad.

Partimos, entonces, de la concepción de que dentro de una “formación política” (Panizza, 1990) todo representante político se erige como tal sobre el campo de una tradición, identidad o comunidad política con existencia previa. Pero esa identidad o tradición no es nunca una “identidad cabal” (Laclau, 1994a), dada de una vez y para siempre, sino que se constituye a partir de operaciones representativas (de un liderazgo, de una ideología política o de cualquier conjunto de símbolos [Aboy Carlés, 2001]). Asimismo, la operación de representación nunca es absoluta, en el sentido hobbesiano de una “sustitución” de la voluntad del representado por la del representante, sino que se realiza sobre un campo de representaciones y de prácticas parcialmente sedimentado (Laclau, 1993). En otros términos, el principio de identidad es una condición *a priori* de la representación; es, a la vez, antecedente y producto de la misma, excede a la representación aunque, sin ésta, sólo puede ser políticamente activa en términos reactivos o dispersarse como particularidades sociales sin cohesión (Novaro, 2000).

Desde el enfoque de las formaciones políticas nos interesa analizar, por lo tanto, la forma en la cual las estrategias políticas del liderazgo de Reutemann establecieron y articularon los

límites o fronteras políticas (Aboy Carlés, 2001) de las instituciones del sistema político santafesino. En particular, la manera en la cual este liderazgo irrumpe en la escena política de esta provincia estableciendo definiciones sobre qué actores quedan por fuera del campo político que construye (su “alteridad”) y qué aspectos de la tradición peronista recupera y resignifica y cuáles deja de lado.

3. Estado del arte

Los antecedentes sobre la política santafesina de los años noventa y, en particular, sobre el peronismo bajo el gobierno y la impronta del liderazgo político de Carlos Reutemann son, sorprendentemente, escasos.

Antes de presentar los aportes que realizamos en este terreno escasamente explorado, identificaremos a la producción académica existente en torno a dos grupos de trabajo. El primero está conformado por los estudios sobre los distintos partidos que componen el sistema partidario local (y, específicamente, sobre el peronismo), provenientes tanto desde la ciencia política como desde la historia política reciente. El segundo grupo está integrado por un conjunto de trabajos que han analizado al peronismo desde el retorno de la institucionalidad democrática en nuestro país en otros escenarios subnacionales.

Antecedentes sobre la política santafesina desde el retorno de la democracia (partidos, gobiernos y líderes)

Desde hace algunos años dos órdenes de fenómenos confluyeron para que el campo de la política santafesina reciente mereciera una atención renovada entre los analistas y científicos políticos. Uno de ellos, de orden coyuntural, tuvo que ver con el cambio de signo político en el gobierno de la provincia en el año 2007, que pasó del PJ a una alianza de partidos protagonizada por el PS y la UCR (el “Frente Progresista Cívico y Social”), luego de veinticuatro años de gobiernos peronistas. Este hecho hizo que algunos analistas se interesaran por las características de esta alianza política, abordando los factores de su organización interna (Gómez y Recio, 2013), la dinámica de su competencia electoral (Delgado, 2006 y 2009) y las diferencias y similitudes entre sus principales líderes políticos y los del PJ (Cherny, 2003).

El otro fenómeno, de más largo aliento y que excede al ámbito santafesino, se relaciona con la importancia que adquirieron los estudios sobre la dinámica política sub-nacional y su

vinculación con los procesos políticos nacionales, en el marco del debilitamiento de las identificaciones nacionales de los partidos mayoritarios (desde el retorno de la democracia pero, más notoriamente, desde la década del noventa) y, como contrapartida, la relativa mayor autonomía de los líderes, alianzas políticas y discursos provinciales o locales con respecto al ámbito nacional (Beherend, 2011; Cao, 2001; Cherny y Vommaro, 2004; Sosa, 2009). De allí que el caso de la provincia de Santa Fe haya sido abordado teniendo como horizonte este problema (Cherny y Vommaro 2004), puntualmente, para las coyunturas electorales de los años 1999 y 2003, tanto en lo referente al PJ como al PSP y la UCR.

Ahora bien, en lo que atañe a la política santafesina anterior al surgimiento del FPCyS, es decir, entre la vuelta a la democracia y el último gobierno del PJ finalizado en 2007, los estudios han girado principalmente en torno a un tema que monopolizó los desarrollos de la politología en la provincia: el sistema electoral y, dentro de él, la llamada “Ley de Lemas”, que tuvo vigencia entre 1990 y 2003. Este tópico ha sido abordado desde diferentes aristas: el debate en torno a la sanción de la ley y sus sucesivas modificaciones (Borello y Mutti, 2003), la relación del sistema electoral con el sistema de partidos provincial (Robin, 2007), el posicionamiento de los partidos mayoritarios en torno a la ley y su instrumentalización (Puig, 1997b, y 2003) y las posibles reformas al sistema (Blando, 2002; Venesia y Petracca, 1996).

Además de los estudios sobre la ley de Lemas, la ciencia política se ha interesado también por el análisis específico del PJ. Así, el peronismo ha sido indagado desde su condición de partido gobernante entre 1983 y 2007, atendiendo a su funcionamiento institucional (bloques legislativos, relaciones entre el Poder Ejecutivo y el Legislativo, vínculos con el sistema partidario y electoral, etc.) y, en particular, en torno a la sanción de las leyes de Reforma del Estado (Iazzetta, 1997). Como organización partidaria, se ha analizado el proceso de “desindicalización” progresivo desde mediados de la década del ochenta hasta la asunción de Reutemann a la gobernación (Lacher, 2015). Por último, como maquinaria electoral, los estudios politológicos han girado en torno a sus “estrategias adaptativas” en las coyunturas de 1999 y 2003 (Ramos, 2011) y a los componentes de la campaña electoral y del debate público de 1991 (Sánchez, 1995).

La disciplina historiográfica también se ha abocado al estudio de la composición, desempeño electoral y dinámica de los partidos políticos con asiento en la provincia de Santa Fe desde el retorno del régimen democrático (PJ, UCR, MOLIPO, MID, PDP, PSP)

[Guberman, 2004; Maina, 2014 y 2007a]. Sobre el peronismo santafesino en la historia reciente, predominan los estudios en torno al fenómeno de la “Renovación Peronista” (Baeza Belda, 2010; Maina, 2012 y 2007b) y a la pregunta por la conformación o no de dicha corriente interna en el peronismo santafesino de los años ochenta.

Otro grupo de estudios de producción anterior a éstos, interesado por los fenómenos del mundo del trabajo y, dentro de él, por el comportamiento de los actores sindicales, ha abordado la composición y el rol del sindicalismo de la ciudad de Rosario y sus alrededores dentro del PJSF (Fernández, 1993; Kohan, 1993), antes y después de la apertura del proceso democrático de 1983.

Antecedentes sobre el peronismo en la historia reciente en otras unidades subnacionales

En cuanto a los análisis del peronismo en la historia reciente en otras unidades subnacionales nos encontramos con que, también, éste ha sido explorado desde diversas disciplinas y perspectivas.

Los enfoques vinculados a la historia política son los que más han tratado de avanzar en el conocimiento de los procesos por los cuales atravesó esta fuerza política por fuera de los escenarios “nacionales” o situados en la ciudad de Buenos Aires y sus alrededores. Así, se han estudiado a las elites del PJ, su reclutamiento y vínculos con el territorio (Kindgard, 2007; Mellado, 2011), los avatares electorales del partido y sus disputas internas desde la derrota nacional de 1983 (Closa, 2005; Ferrari, 2008, 2009, 2011 y 2013; Mellado, 2010; Rodrigo, s/f; Vilaboa, s/f), el fenómeno de la Renovación Peronista en las provincias (Ferrari y Mellado, s/f) y las trayectorias individuales de sus líderes más destacados (Ferrari, 2014). Estos estudios comprenden a los peronismos de las provincias de Buenos Aires, Córdoba, Mendoza, Jujuy, San Juan y Santa Cruz. Es deseable que las líneas historiográficas continúen abordando la vida y dinámicas del peronismo reciente en el resto de las unidades subnacionales.

Otra disciplina que hace algunos años profundizó el alcance de sus investigaciones sobre la política, en general, y el peronismo, en particular, es la antropología política. Principalmente, se ha abocado al análisis de los procesos de “sucesión” política, emergencia y caída de liderazgos, relaciones entre política y justicia y la constitución de redes de confianza en el peronismo reciente (Frederic, 2004 y 2011; Godoy, 2012; Maidana, 2013; Soprano, 2009).

Los mismos están situados en los casos de Buenos Aires, Santiago del Estero, Salta y Misiones.

Por último, el campo de los estudios políticos (desde la sociología, la ciencia política y la teoría política) completa el cuadro de los antecedentes sobre el peronismo subnacional en la historia reciente. El análisis de liderazgos y el surgimiento de nuevas fuerzas políticas surgidas del peronismo o de alianzas políticas con otros partidos políticos, como el caso del Frente para la Victoria en Santa Cruz (Sosa, 2014) o del Frente Renovador en Misiones (Abdulhadi, 2013), el estudio de poderosas redes de dominación en distritos donde el PJ ha gobernado ininterrumpidamente a lo largo de décadas, como en Santiago del Estero (Farinetti, 2013; Ortiz de Rosas, 2014; Schnyder, 2011), la configuración de novedosos tipos de liderazgos en un partido tradicional como el peronismo en Tucumán y Catamarca desde el retorno democrático (Novaro, 1994) y las transformaciones en los componentes de la identidad política peronista en el contexto del pensamiento “neoliberal” en Córdoba y Buenos Aires (Erbetta, 2011; Reynares, 2012 y 2014).

Aportes de esta tesis al presente estado del arte

En primer lugar, como se puede observar, el caso empírico del peronismo santafesino durante la década del noventa constituye un terreno, aún, inexplorado. Llama la atención la inexistencia de trabajos académicos en clave político-institucional sobre un periodo definitorio para la provincia por la aplicación de las políticas de Reforma Estructural (a excepción del trabajo de De la Torre, Geary, Madoery y Theiler, [1991]), y durante el cual se produjo una singular alternancia entre dos gobernadores del mismo partido a lo largo de cuatro mandatos (Carlos Reutemann y Jorge Obeid, ambos del PJ, se alternaron en el poder entre 1991 y 2007). En efecto, los estudios que han tenido al peronismo santafesino como objeto de análisis han abordado la etapa denominada como “Transición Democrática” (1983-1989) [Baeza Belda, 2010; Maina, 2012 y 2007b], mientras que el mapa empírico del estudio sobre los partidos gobernantes de Santa Fe se completa con el ascenso del FPCyS en 2007 (Cherny, 2003; Delgado, 2006 y 2009; Gómez y Recio, 2013). Solamente hemos encontrado algunos trabajos que describen el comportamiento del PJ como partido gobernante vinculado a las políticas públicas y a la configuración del panorama socio-productivo de la provincia durante los años noventa (Alonso, 2006; Iazzetta, 1997).

Ahora bien, si trascendemos el nivel de la mera faltante empírica sobre el estudio del PJSF en los noventa, encontramos que nuestra propuesta viene a aportar, además, una mirada aún no desarrollada para abordar el caso desde el punto de vista teórico y analítico. En efecto, tal como lo describimos más arriba, el peronismo santafesino ha sido analizado casi con exclusividad por su inscripción y su rol en el sistema electoral que tuvo vigencia entre 1990 y 2003. La dinámica del peronismo en esta provincia –pero, también, la del radicalismo- ha sido interpretada en función de los efectos que sobre su desempeño electoral y su comportamiento organizacional ha tenido la Ley de Lemas (Blando, 2002; Borello y Mutti, 2003, Puig, 1997b, y 2003; Robin, 2007; Venesia y Petracca, 1996). Así, predomina una clave de análisis de corte institucionalista desde la ciencia política que busca explicar –con exclusividad- el éxito en la performance electoral de este partido por los beneficios que le reportó dicha ley (contener su faccionalismo y garantizarle la victoria electoral por la sumatoria de los votos de las distintas líneas internas del partido y no por los obtenidos por el candidato ganador). Esta perspectiva –que tiene en su origen un evidente componente normativo sobre “cómo deben” funcionar los partidos y representar los líderes políticos en los regímenes democráticos- obturó la posibilidad de interpretar al peronismo de estos años desde otros puntos de vista o enfoques analíticos.

Uno de nuestros propósitos teórico-metodológicos es apartarnos de esta mirada dominante sobre el caso para, principalmente, empezar a dar respuesta a preguntas que desde allí sería imposible esbozar. En primer lugar, preguntarnos por las ideas y sentidos políticos que se han puesto en juego durante esta etapa y que llevaron a institucionalizar, por ejemplo, un sistema electoral como la ley de Lemas. En segundo lugar, comprender al peronismo de este distrito desde una perspectiva de mediano plazo que encuentre en la composición y prácticas de su elite partidaria y en la circulación de sus ideas desde el regreso de la democracia, las claves de interpretación de los fenómenos que dieron lugar, posteriormente, al surgimiento de un líder político *outsider* como Carlos Reutemann dentro del PJ.

En este mismo sentido, también, consideramos que un abordaje sobre las formas en las que se establece el vínculo de representación entre políticos y ciudadanos y la relación entre éste y la tradición política en la que se inscribe, otorga algunas herramientas para comprender, por ejemplo, la gravitación de una figura como la de Reutemann en la política local, incluso, hasta el presente. Los “misterios” sobre la eficacia de su atractivo político entre la ciudadanía santafesina y sobre su influencia en las redes del peronismo de esta región no podrían

empezar a aclararse si no nos acercamos al caso desde esta óptica. Es por ello por lo que tampoco son suficientes los análisis que ven en los actores políticos –y, en el peronismo, principalmente- sólo intencionalidades de tipo instrumental (como la de la “búsqueda del poder”, la “victoria en las elecciones internas”, la “lógica de conseguir, acumular y preservar el poder” [Macor e Iglesias, 1997]), visión que subyace a las investigaciones que atan la comprensión de la dinámica del PJSF de los años noventa a las condiciones de posibilidad otorgadas por la ley de Lemas. La ambición política y la pretensión de los actores de perpetuarse en el poder no explican por sí mismas el sentido de esas luchas ni la forma en la cual a partir de ellas los actores construyen legitimidad e identificaciones, tanto entre la ciudadanía como en el interior de la fuerza política a la que pertenecen.

Por último, el análisis del caso del peronismo santafesino y, en particular, del liderazgo de Reutemann, problematiza las miradas sobre los fenómenos estudiados exclusivamente desde una visión “nacional” o porteña. En este sentido, la descripción de las formas de representación configuradas por Reutemann durante el periodo que abordamos cuestiona tipologías de legitimidad política que han sido pensadas para otras latitudes, nacionales o internacionales. Así, mientras que nuevas fuerzas políticas y líderes surgidos durante los años noventa son caracterizados como “liderazgos de opinión o de audiencia” (Cheresky, 2006), el caso de Reutemann y del PJSF durante el mismo periodo se aleja bastante de ese marco interpretativo.

Reutemann se constituyó, efectivamente, como un tipo de líder político novedoso para la época, distinguiéndose del formato del “político tradicional” (aquél con trayectoria partidaria y modos de ejercer el oficio del político predominantes hasta 1983 en nuestro país). Ahora bien, su liderazgo no puede ser pensado desde aquella tipología, como un líder de “opinión”. En su figura se conjugan elementos definidos para distintos tipos de liderazgos: el denominado “populista” (Cheresky, 2006) -por su arraigo en un partido u organización política tradicional-, el “personalizado” (Novaro, 1994) -por el componente carismático personal de su construcción del vínculo político-, el de “popularidad” (Cheresky, 2008) -por su condición de ex deportista famoso, aunque no por construir su imagen desde una plataforma mediática- y el llamado liderazgo de “proximidad” (Annunziata, 2012 y 2013b) - una imagen de político identificado con el “ciudadano común” y próximo a la “gente”-. Constituye, por lo tanto, un híbrido particular que es necesario analizar por fuera de las categorías analíticas establecidas.

4. Metodología, técnicas de análisis y fuentes

Según el objeto de estudio que definimos y el enfoque teórico adoptado, en esta investigación recurrimos a un tipo de metodología cualitativa.

En lo relativo a las técnicas de recolección y observación de datos acudimos al estudio de fuentes primarias y secundarias. Entre las primeras, analizamos archivos de distinto tipo, que incluyeron discursos de Asunción y de Apertura de Sesiones Legislativas de los gobernadores del periodo analizado (José María Vernet, Víctor Reviglio y Carlos Reutemann), publicaciones de discursos políticos (De Privitellio y Romero, 2000), diarios provinciales de mayor tirada (*La Capital*, de la ciudad de Rosario y *El Litoral*, de la ciudad de Santa Fe), diarios nacionales (*Clarín*, *La Nación* y *Página 12*), diarios de diarios (*El Bimestre*) y datos electorales (*Atlas de Elecciones en Argentina* –Internet- y Junta Electoral Provincial).

Por otro lado, analizamos entrevistas en profundidad semi-estructuradas. Un primer grupo de entrevistas corresponde a aquellas realizadas por la autora a dos ex ministros del gobierno de Reutemann: José Augusto Weber (Producción) y Ricardo Kaufmann (Educación). Un segundo grupo fueron relevadas de un archivo local especializado: el *Archivo de Historia Oral. Programa Historia y Memoria*, perteneciente a la Universidad Nacional del Litoral (ciudad de Santa Fe), que contiene entrevistas orales en diversos formatos (CD y papel). De allí analizamos las entrevistas de algunos dirigentes relevantes de la política santafesina de la época: Raúl Carignano, Roberto Rosúa, Horacio Rosatti, Víctor Reviglio, José María Vernet y Celestino Marini. Y, un tercer grupo lo constituyen entrevistas extraídas de material periodístico de diversa índole: publicación con entrevistas a Antonio Vanrell, Luis Rubeo, Eduardo Cevallo, Alberto Joaquín, José María Vernet y Juan Carlos Taparelli (Acosta, 1987) y programas de televisión locales con entrevistas a Jorge Obeid, Carlos Martínez, Antonio Vanrell, Carlos Reutemann, Víctor Reviglio, dirigentes sindicales, etc. (TVDOC, “Programa Palabra”, “Nuestras Voces”, disponibles en internet).

En cuanto a las fuentes secundarias, analizamos material periodístico sobre el caso: biografías acerca de la trayectoria política y social del gobernador Reutemann (Pandolfo, 2010; Vargas, 1997), publicaciones sobre dirigentes nacionales de la época (Cerruti y Ciancaglini, 1991), recursos periodísticos extraídos de Internet y estudios sobre la

composición y dinámica social, organizacional y política del sindicalismo peronista santafesino (Fernández, 1993; Kohan, 1993; Lacher, 2015).

En cuanto al análisis de datos hemos combinado distintas técnicas de acuerdo a los objetivos de la investigación. Por un lado, debido a que el caso del peronismo santafesino durante el periodo 1989-1995 y su relación con el gobierno de la provincia no ha sido objeto de tesis de investigación de tipo académico, hemos tenido que reconstruir, en un primera instancia, los principales procesos desarrollados durante esos años en una clave historiográfica (cronología de elecciones partidarias y generales, hechos históricos relevantes del contexto provincial y nacional, sucesos institucionales con trascendencia en la opinión pública y en el desarrollo de la acción de gobierno, descripción de las principales políticas públicas, vínculos del PJSF con actores claves como los sindicatos peronistas y procesos partidarios y políticos generales de escala nacional, descripción de las principales líneas internas del partido, de las disputas más relevantes entre la dirigencia y de su influencia a nivel gubernamental, etc.). Para ello hemos recurrido a lo que se conoce como el “análisis documental”, es decir, la búsqueda de los principales datos internos y externos encontrados en los documentos.

En una segunda instancia realizamos un análisis estructural y de contenido de los discursos que constituyeron nuestro *corpus* empírico más importante. Discursos institucionales, discursos políticos, discursos de campaña electoral, discursos mediáticos, fueron analizados tanto en su contenido interno como en ciertas dimensiones estructurales relativas a la posición de enunciación del enunciador, a la relación que éste establece con sus destinatarios (internos y externos), y a la relación del enunciador con el contenido de su discurso (Verón, 1987). A través de este tipo de análisis hemos interpretado tanto las formas en las cuales los actores definieron su relación con sus destinatarios internos (ciudadanos y compañeros de partido) y externos (adversarios políticos), configurando determinados formatos de representación política (es decir, determinado tipo de vínculo entre uno y otro polo de la representación), como así también la significación del peronismo en tanto identidad y tradición política, a través de los modos en los cuales los actores recuperan en sus discursos elementos propios del acervo de esa tradición en sus diversos momentos históricos (el “peronismo” en la palabra del mismo Perón, y el “peronismo” transformado en la palabra de Menem). De modo que el análisis discursivo, en este plano, remite tanto a una dimensión presente o sincrónica como a una dimensión diacrónica o relativa al pasado (Aboy Carlés, 2001).

Una mención quisiéramos hacer con respecto a los obstáculos en el acceso a los datos. En cuanto a las fuentes relativas al PJSF, nos encontramos con una ausencia total de material específicamente partidario en la sede central de la organización (periódicos, actas de reuniones, fichas de afiliados, información sobre los recursos del partido, composición de sus autoridades, etc.) por lo que debimos trabajar con la información que, en este aspecto, brindaban los diarios de la época u otras fuentes relacionadas. Esto podría comprenderse no – solamente- por una falta de voluntad de archivar este tipo de información, sino por la propia característica del peronismo en lo que se refiere a su organización burocrática. En la medida en la que el partido funciona casi exclusivamente en momentos electorales y carece de pautas de funcionamiento formales y de una rutina de prácticas programadas (es una “desorganización organizada”, al decir de Levitsky, [2005]) es esperable que tampoco haya un registro formal y asentado de las mismas. Se ha corroborado que la faltante de información partidaria del peronismo también constituye un obstáculo para el estudio de otros distritos provinciales de la organización.

5. Organización de los capítulos

Los capítulos de este trabajo siguen un orden cronológico, y, en cada uno de ellos, analizamos distintos núcleos problemáticos.

El capítulo uno tiene por objeto introducir al lector en el caso del peronismo santafesino previo a la llegada de Reutemann al poder. Con esa motivación, realizamos una descripción de las principales características de la elite dirigente del PJSF que gobernó el partido y el Estado provincial entre 1983 y 1991. Esas características se agrupan en tres dimensiones. Una, la estrecha asociación entre partido y sindicatos. En continuidad con un aspecto propio de la tradición política del movimiento peronista, en Santa Fe –en un contexto de declive de la participación del sindicalismo en las decisiones partidarias luego de la derrota del PJ en 1983- observamos la permanencia de la influencia del sindicalismo obrero organizado en la toma de decisiones partidarias, la cual entrará en un proceso descendente a partir de 1989. La segunda característica distintiva del PJSF durante los años ochenta es la existencia de una multiplicidad de liderazgos políticos fuertes, de los cuales ninguno logró imponerse sobre los demás. Esta característica le otorgó al partido una dinámica de permanentes conflictos entre las distintas líneas internas que se resolvieron, sin embargo, recurriendo a la realización de

periódicas elecciones directas logrando mantener unido al partido. De modo que, en este punto, el peronismo santafesino ofrece un matiz a la interpretación dominante sobre el pasaje –a mediados de la década del ochenta- de un modelo “sindical” del partido a uno “clientelar”, en el cual los conflictos internos se resolverían a partir del manejo de los recursos estatales por parte de la elite gobernante (Levitsky, 2005). Durante los años ochenta, el PJSF mantuvo fuertemente su componente sindical ejerciendo, al mismo tiempo, el manejo del Estado y sus recursos. Por último, ofrecemos una descripción del tipo de “representación política” predominante en esos años. Observamos que los políticos peronistas que gobernaron la provincia entre 1983 y 1991 establecieron un vínculo con la ciudadanía que recuperó elementos de la tradición del movimiento, tales como las figuras de Perón y Eva, la militancia, el sujeto “pueblo” y la idea de democracia como “justicia social”. Sin embargo, advertimos que hacia el final de este periodo aparecen en el discurso de los principales referentes políticos algunos elementos que serán, luego, el eje de la representación establecida por Reutemann (atributos morales, la eficiencia en la gestión, la personalización del vínculo político, etc.).

En el capítulo dos abordamos una coyuntura corta en el tiempo (1989-1991) pero de gran densidad por el tipo de acontecimientos que suceden y los cambios que se operan en distintos niveles. Es la coyuntura inmediatamente anterior al surgimiento de Reutemann como candidato a gobernador por el PJ. Describimos una serie de eventos institucionales que impactaron fuertemente en la legitimidad del gobierno y de los principales líderes políticos del peronismo. Los eventos son los siguientes: la derrota electoral del PJSF en las elecciones municipales de las ciudades de Santa Fe y Rosario en el año 1989; la consecución del juicio político y posterior destitución del vicegobernador (PJ) por casos de corrupción algunos meses después de aquellas elecciones; la modificación del sistema electoral provincial (ley de “Lemas”) promovida principalmente por el gobernador Reviglio en circunstancias de una muy probable derrota en las elecciones provinciales; y la intervención del distrito local del partido por parte de las autoridades nacionales del PJ. Además del nivel institucional en el que suceden estos hechos, realizamos un análisis del debate que suscitaron entre la elite peronista. Abordamos, por lo tanto, la forma en la cual la idea de la “corrupción de los funcionarios” se volvió el eje alrededor del cual se configuraron los distintos posicionamientos intra-elite, potenciando la crítica a la figura de Reviglio en tanto que gobernador y presidente del partido. Concluimos que la conjunción de estos hechos interpretados por los propios actores a través

de una retórica anti-política y moralizadora de la conducta de los funcionarios condujo, finalmente, al desplazamiento de la Cooperativa en la conducción del peronismo santafesino, y a la búsqueda de un candidato propio que contrarrestara estas características.

En el capítulo tres abordamos el despliegue del nuevo formato de representación política que instituyó el liderazgo de Carlos Reutemann a lo largo de su primer mandato de gobierno (1991-1995). Interpretamos que la constitución de un nuevo tipo de vínculo entre los políticos y la ciudadanía vino a resolver la crisis de representatividad del peronismo santafesino, permitiéndole continuar como fuerza política gobernante. Analizamos las dimensiones identificadas en ese nuevo formato representativo. En primer lugar, la definición de una marcada “frontera política” (Aboy Carlés, 2001) con respecto a los llamados “políticos tradicionales”, y la presentación de la propia figura de Reutemann como un candidato “no-político”. En segundo lugar, la configuración de un estilo de autoridad pública basado en la idea de una “nueva política” compuesta por dos rasgos centrales: la “proximidad” con respecto al “ciudadano común” (Annunziata, 2013b) y la “moralización” de la actividad de los políticos (Frederic, 2004). En tercer lugar, la imbricación del estilo de la “nueva política” con el discurso sobre la Reforma del Estado y de la economía provinciales.

En el último capítulo relacionamos los componentes del liderazgo de Reutemann con las transformaciones operadas en el nivel de la identidad peronista (1991-1995). Partiendo de la constatación de que su liderazgo no fue estrictamente un liderazgo de “opinión” (Cheresky, 2008) ni portó un perfil solamente técnico, argumentamos que la figura de Reutemann constituyó un híbrido particular entre una imagen de la “nueva política” y un modelo del “político profesional” que “ha[ce] de la actividad política dentro de un partido el contenido de su existencia” (Weber, 2008: 200). Aunque, como veremos, dentro de un partido que no movilizaba grandes masas de militantes sino que se convirtió en una pura maquinaria electoral (Panebianco, 2009). Así, buscó asentar su liderazgo en la estructura partidaria que lo llevó al poder y en la identidad política del peronismo. En este sentido, se comprende su voluntad de competir internamente por la presidencia del partido (alcanzando dicho objetivo) y de resignificar los elementos inscriptos en su tradición. Reutemann transformó al peronismo santafesino en un movimiento que incluía a “todos los argentinos” y a “la gente buena y honesta”, y configuró su memoria en base a una “privatización del sentimiento peronista” (Martuccelli y Svampa, 1997) remitiendo a recuerdos de encuentros aislados entre su persona y Perón y Menem. Es por ello por lo que sostenemos que el nuevo conductor y su sector

político-partidario buscaron más que debilitar la identidad programática de esta fuerza política (Alonso, 2005) producir una fuerte re-significación y transformación de la misma acorde a los tiempos de proximidad y moralización que vivía por aquellos años la política provincial y nacional.

Capítulo 1

Representación tradicional, poder sindical y multiplicidad de liderazgos en el peronismo santafesino (1983-1989)

Este primer capítulo constituye una introducción al caso del peronismo santafesino durante el periodo previo a la llegada de Reutemann al gobierno de la provincia. Nuestra descripción tendrá como objetivo resaltar algunas dimensiones puntuales de la composición de la dirigencia partidaria y la dinámica organizacional, por un lado, y del tipo de representación política desplegada por el peronismo desde la vuelta de la democracia, por otro. Específicamente, transitaremos por tres aspectos que caracterizaron al peronismo en este distrito, los cuales experimentarán una fuerte mutación hacia el final de la década del ochenta: primero, la fuerte asociación del partido con los sindicatos más importantes de la provincia a lo largo del periodo 1983-1987 (principalmente, la UOM y el Sindicato de la Carne); segundo, la presencia de una pluralidad de liderazgos influyentes en su interior que escapan a la clásica división del peronismo de ese periodo entre “ortodoxos” y “renovadores”; y, tercero, el despliegue de un tipo de representación político-partidaria vinculada a los componentes “tradicionales” de la identidad peronista –en cuyo marco se comprenden, también, los dos aspectos anteriores-: la centralidad de las figuras de Perón y Evita, la recuperación de la historia de militancia política y sindical, la persistencia del “pueblo” como sujeto político y destinatario de la representación, y la concepción de una “democracia con justicia social”.

1.1 Peronismo y sindicalismo en Santa Fe: una asociación exitosa en el regreso de la democracia

Las elecciones que dieron paso al régimen democrático en nuestro país el 30 de octubre de 1983 expresaron en el ámbito santafesino una serie de particularidades con respecto a lo sucedido tanto a nivel nacional como en el resto de las provincias argentinas. La primera y más evidente de ellas fue el triunfo del peronismo santafesino en las elecciones gubernamentales, en un contexto en el cual las provincias más importantes –con mayor población y peso electoral, y con un fuerte componente socio-económico de tipo “industrial”-

habían sido ganadas por el radicalismo³. Distritos como Buenos Aires, Córdoba, Mendoza y Entre Ríos reflejaron la tendencia de los votos para las categorías de presidente y diputados nacionales, en las cuales la UCR se había impuesto en la mayoría de las provincias argentinas⁴. Si bien el PJ obtuvo 12 gobernaciones⁵, el hecho de haber ganado en un distrito urbano y moderno como Santa Fe constituyó una rareza, si se tiene en cuenta que el radicalismo cosechó sus principales adhesiones entre la “nueva clase media” urbana (sectores de venta minorista, de servicios, profesionales y crecientemente “independientes”, tradicionalmente identificados con el radicalismo), pero también entre los trabajadores industriales calificados, antaño votantes del peronismo (Catterberg, 1989; Jorrat, 1986; Levitsky, 2005; Lupu y Stokes, 2009).

En efecto, una de las razones que se asigna para explicar la derrota del peronismo nacional en 1983 fue la dificultad para atraer a estos nuevos sectores sociales por parte de un partido que había quedado fuertemente asociado a los sindicatos de base industrial, en un marco de agotamiento del modelo industrializador de sustitución de importaciones derivado de la experiencia de la última dictadura militar (Levitsky, 2005). Tal como ha sido analizado por la bibliografía especializada, el régimen del llamado Proceso de Reorganización Nacional (1976-1983) tuvo por objetivo producir no solamente un disciplinamiento social y económico por vía de la represión ilegal (Canitrot, 1980) sino también por medio de una profunda reestructuración de las relaciones sociales. Esa reestructuración se orientó a provocar una “fragmentación” y “heterogeneización” de los sectores populares (Villarreal, 1985: 205), por

³ José María Vernet, gobernador triunfante en la contienda por el PJ, ilustraba, con tono irónico, el “aislamiento” de Santa Fe como provincia ganada por el peronismo en un contexto en el cual la Nación y las provincias más importantes eran gobernadas por el radicalismo: “[En 1983] *estábamos en una situación difícil: teníamos al presidente que era radical, al gobernador de Entre Ríos, radical, el de Córdoba, era radical, el de Buenos Aires era radical, vivía en un barrio radical, en una casa que me alquilaba un radical y tenía inquilinos radicales. ‘No puedo vivir acá’, decía*” (José María Vernet, entrevista del Archivo de Historia Oral. Programa Historia y Memoria, UNL).

⁴ Para presidente y vice, el radicalismo se impuso en 15 provincias sobre 23, y en la Capital Federal, y para diputados nacionales, en 13 y en la Capital Federal. Sin embargo, para gobernadores, el mapa se invierte porque la UCR ganó sólo 7 gobernaciones mientras que el PJ obtuvo 12 (Tow, Andy, 2014, *Atlas de elecciones en Argentina*, <http://www.andytow.com/>. Acceso el 11/03/2015). Aunque se debe contemplar el peso diferencial de cada distrito (el radicalismo ganó en las provincias más grandes) el potencial del peronismo a nivel provincial fue clave para apuntalar al partido –que se ubicaba por primera vez en la historia como oposición– desde el poder de los gobernadores y llevarlo, finalmente, al gobierno del país en 1989 (de hecho, Menem –futuro presidente– había gobernado su provincia antes y después de la dictadura militar de 1976) [Ivancich, 2004].

⁵ Santa Cruz, La Pampa, San Luis, Santa Fe, Chaco, Santiago del Estero, Formosa, Jujuy, Salta, Tucumán, Catamarca y La Rioja (Tow, Andy, 2014, *Atlas de elecciones en Argentina*, <http://www.andytow.com/>. Acceso el 11/03/2015)

medio de un proceso complejo que incluyó dimensiones diversas: desindustrialización de la producción nacional –con el consecuente quiebre de empresas-; crecimiento de los sectores minorista, comercial, financiero y de servicios; disminución y fragmentación de la clase obrera industrial y su dispersión geográfica; y el aumento de la cantidad de pobres en las zonas urbanas y del trabajo informal (Palomino, 1987; Villarreal, 1985).

Este “proceso social regresivo” impactó directamente sobre la coalición del PJ al momento de movilizar sus bases electorales (Levitsky, 2005). Por un lado, se erosionaron los vínculos sindicales del partido con su base de apoyo urbana al reducirse de la cantidad de afiliados en los sindicatos industriales (Abós, 1986) y aumentar, como contrapartida, la cantidad de miembros de los sindicatos de servicios, menos influyentes que aquéllos al interior de la organización partidaria. Por otro lado, y como consecuencia de lo anterior, se puso en peligro la base electoral tradicional del PJ. La dispersión y heterogeneidad de los “nuevos pobres urbanos” (Villarreal, 1985) debilitaba la construcción de una identidad colectiva que se pudiera movilizar, y la “nueva clase media” conformó un “nuevo centro” (Catterberg, 1989) más independiente, con una experiencia social y cultural distinta a la de los trabajadores manuales, el cual en 1983 votó, fundamentalmente, por el radicalismo.

Sin embargo, tal como veremos a continuación, los sectores del sindicalismo industrial en Santa Fe –en su mayoría peronistas, y con una fuerte presencia en el cordón industrial del Gran Rosario (Kohan, 1993)- lograron imponer su candidato y ganar –aunque, ajustadamente- las elecciones generales no sólo en 1983 sino también en 1987. Este hecho expresó la segunda particularidad de lo sucedido con el peronismo en este distrito provincial durante los años ochenta: la determinante gravitación del sindicalismo en la coalición partidaria y gobernante. Dicha situación evidenció, en consecuencia, un proceso más matizado de “desindustrialización” partidaria (Levitsky, 2005; Gutiérrez, 2001) que en el resto de los distritos –Buenos Aires, Córdoba, Mendoza- y que a nivel nacional, por el hecho de que el PJ debió resolver sus conflictos internos desde una posición de partido gobernante. En este sentido, Steven Levitsky afirma que durante el “momento socialdemócrata” del peronismo (esto es, cuando la conducción del partido a nivel nacional había sido ganada por el sector “político” y arrebatada al sector “sindical” en 1987), “sólo en la provincia de Santa Fe los sindicatos tuvieron un papel importante en el proceso de designaciones” (2005: 169). En efecto, aunque el peronismo santafesino no logró escapar plenamente a dicho proceso de “desindustrialización”, los sindicatos de este distrito protagonizaron, de hecho, un periodo al que algunos autores han

denominado “momento laborista” (Lacher, 2015; Levitsky, 2005), durante el cual se constituyeron como el “gran elector” (Maina, 2012) hacia el interior del PJSF.

1.1.1 El sindicalismo industrial rosarino como “Gran Elector” en el peronismo local (1983-1987)

Los vínculos entre sindicalismo y peronismo se remontan a los orígenes mismos de este movimiento político y de sus expresiones político-partidarias: el Partido Laborista, primero, y el Partido Peronista, después (Germani, 1973; Torre, 1991; Murmis y Portantiero, 1974). En el ámbito de la provincia de Santa Fe esa vinculación de origen estuvo expresada, especialmente, por los dirigentes del sector ferroviario, quienes contaban con estructuras organizativas preexistentes que favorecieron la formación del partido gracias a su extensión territorial y a su capacidad de movilizar a los votantes (Prol, 2012). Desde sus orígenes, también, la región “sur” de la provincia (el Departamento Rosario y sus alrededores) fue protagonista en el aporte del caudal electoral del peronismo, debido a que poseía más de la mitad del electorado de la provincia (ibid.)⁶. Es por ello por lo que se conoce a esta región, históricamente, como la “capital del peronismo”.

El predominio electoral del peronismo en Santa Fe, y, dentro de él, la influencia del sindicalismo del “sur”, persistió luego de la vuelta del régimen democrático en 1983, después de décadas de proscripción electoral para esta fuerza política⁷. Precisamente, fue la gravitación política y electoral de este actor la que le permitió al peronismo ganar en esta provincia, en un contexto nacional adverso para el PJ⁸. Repasemos, entonces, las características de este actor fundamental en el concierto organizativo del PJSF, para luego recorrer la dinámica partidaria interna y el rol que desempeñó en ella como “el poder detrás del trono” (Levitsky, 2005; Lacher, 2015).

⁶ Dice Prol: “El triunfo del peronismo en esta provincia se definió en los departamentos que componen la región sur y esto incidió (...) en la configuración del futuro partido” (2005: 4).

⁷ Como en todo el país, el peronismo en Santa Fe estuvo proscripto desde 1955 hasta 1973. Sin embargo, en 1958 apoyó al primer gobierno de Carlos Sylvestre Begnis votando por la UCRI (1958-1962), y en el segundo mandato de Sylvestre Begnis (1973-1976), ya votó como FREJULI, una alianza entre el PJ y la antigua UCRI (Maina, 2014).

⁸ La correlación de fuerzas que benefició al PJ a nivel provincial no logró, sin embargo, ganar la ciudad de Rosario. Desde 1983, este municipio estuvo gobernado por fuerzas no peronistas: la UCR (1983-1989) y el PSP (desde 1989 hasta la actualidad).

El primer rasgo sobresaliente del sindicalismo rosarino es que –a excepción de algunos breves periodos- ha permanecido históricamente dividido (Fernández, 1993). Básicamente, existieron dos grandes agrupamientos cuya delimitación puede rastrearse desde los años setenta: un sindicalismo “ongarista” –más radicalizado-, por un lado, y uno “vandongista” –de corte burocrático-, por otro, el cual lideró la conducción de la CGT local y nacional durante el periodo 1973-1976 bajo la dirigencia de José Rucci (Kohan, 1993)⁹.

Hacia 1980/1981, durante la dictadura militar, la CGT local se volvió a reorganizar siguiendo los lineamientos de la conducción nacional, al dividirse entre la CGT Calle Italia (en torno a la figura de Hugo Ortolán, del gremio de “panaderos”) y el Movimiento Obrero de Rosario (MOR), bajo la conducción de Gerardo Cabrera (Sindicato de la Carne), luego devenido en CGT Regional Rosario o de la Calle Córdoba. Cada uno de estos nucleamientos seguían a sus homólogos a nivel nacional: la Comisión de los 25 (ubaldinista, crítica del gobierno militar¹⁰), y la CNT-20 (liderada por Jorge Triacca, dialoguista), respectivamente (Águila, 2008; Kohan, 1993)¹¹.

Esta división redundó en una participación diferencial de cada uno de estos dos grandes agrupamientos en la coyuntura de las elecciones partidarias y generales de 1983. El proceso de apertura democrática favoreció a uno de ellos, otorgándole mayor peso y centralidad

⁹ Los sectores del sindicalismo combativo y de base se ubicaron preeminentemente en el cordón industrial Norte de Rosario, que llega hasta San Lorenzo y Villa Constitución. Este cordón conformó una zona de industrialización más reciente en torno a las industrias química, petroquímica, y derivados del petróleo (y más tarde, aceitera) de capitales nacionales y multinacionales, que tomó impulso hacia los años sesenta con una mano de obra calificada y de baja densidad cuantitativa. En esta zona, por lo tanto, las organizaciones sindicales (SOEPU, Ceramistas, Papeleros, Químicos y Aceiteros) eran también más jóvenes, por lo que los liderazgos reposaban más en las bases obreras que en estructuras burocráticas. Las características contrarias asumía, por su parte, el núcleo urbano de la ciudad de Rosario y las localidades del sur (Villa Gobernador Gálvez y Pérez). De temprana industrialización, predominaba el sector metalúrgico de origen nacional, siendo el más dinámico del área luego del químico, y contó y cuenta con una larga experiencia sindical con fuerte presencia de organizaciones muy burocratizadas (UOM, UOCRA, UPCN, Carne, Comercio, Bancarios, Docentes), expresadas principalmente en las 62 Organizaciones Peronistas. Sin embargo, esta fue la región –y la industria metalúrgica, dentro de ella- más afectada por las transformaciones estructurales llevadas adelante por la dictadura militar (desindustrialización, pérdida de empleos, etc.) [Kohan, 1993].

¹⁰ Una descripción detallada de la serie de huelgas nacionales contra la dictadura y su comportamiento en el nivel de los gremios locales, en respuesta o en rechazo a las directivas de las conducciones nacionales, puede consultarse en Águila (2008).

¹¹ Si bien ambas centrales se reconocían peronistas, la CGT Calle Italia adhería a los posicionamientos del sector “confrontacionista” representado a nivel nacional por la CGT Brasil que reclamaba la inmediata institucionalización de las organizaciones. Por su parte, la CGT Calle Córdoba estaba alineada con el sector “dialoguista” de la CGT Azopardo, y al interior del partido con la línea de Matera y Robledo, identificados todos ellos como la “derecha antiverticalista” (Águila, 2008; Maronese y otros, 1985), y representados, a nivel del PJ local, por las líneas de Luis Rubeo y de Eduardo Cevallo, respectivamente.

política. En efecto, fue el sector de la CGT Calle Córdoba –compuesto por los gremios más grandes (UOM, Carne, SMATA, SUPE, etc.)- el que protagonizó dicho proceso al interior de las 62 Organizaciones Peronistas de Rosario (brazo “político” del PJ), y en especial, el sector de la UOM liderado por Miguel Gómez (Kohan, 1993; Águila, 2008)¹². Este constituyó el segundo elemento distintivo del sindicalismo peronista local de los años ochenta. Según Kohan, la influencia de estos sectores en el interior de la estructura del PJSF se fue configurando ya en el periodo 1973-1976, en torno a los sectores “vandaristas” de la CGT, pero fue la dictadura militar de 1976 la que, a través de las intervenciones a los sindicatos y el desmembramiento de las experiencias basistas más combativas¹³, “introdu[jo] una ‘cuña’ en el interior del movimiento obrero organizado [logrando que] ‘interventores’ y miembros de comisiones normalizadoras [fueran] confirmados por las nuevas elecciones [de autoridades gremiales] en 1984” (ibid.: 20).

Efectivamente, el proceso de normalización sindical promovido por el gobierno constitucional electo en 1983 redundó en la continuidad de sus cargos de dirigentes sindicales vinculados a la vieja estructura de las 62 Organizaciones. Ya sea por medio de la prórroga de los mandatos de quienes ocupaban las comisiones al momento de las elecciones (caso de Miguel Gómez, UOM), ya sea por la continuidad en sus cargos de delegados habiendo sido interventores (caso de Oscar Barrionuevo de Obras Sanitarias y de Enrique Estévez de la UTA Rosario), o porque el sindicato directamente no había sido intervenido por la dictadura (caso del Sindicato de Trabajadores de la Carne, que lideraba el dirigente peronista Luis Rubeo), las principales figuras del gremialismo local con influencia en la estructura del PJSF se consolidaron y fortalecieron en sus puestos directivos durante la dictadura (ibid.).

¹² Estrictamente, la UOM había abandonado la CGT calle Córdoba cuando ésta se convirtió en CGT Regional Rosario en 1982. Asimismo, Miguel Gómez –secretario general de la UOM Rosario- también se retiró de la CGT Azopardo –en torno de la cual estaba alineada la central local- cuando Lorenzo Miguel asumió como secretario general de la CGT nacional en 1983 y reunificó las centrales. Este respaldo será retribuido por el dirigente nacional apoyando al candidato de la UOM Rosario, José María Vernet, y reconociendo a las 62 Organizaciones de Gómez como las legítimas –puesto que eran varias las agrupaciones que se disputaban dicho título-.

¹³ La resistencia a la dictadura desde los sindicatos más organizados radicados en la zona urbana de Rosario recién empezó a agitarse hacia 1980, al calor de la crisis económica (deterioro del mercado interno, aumento de precios de productos de primera necesidad, despidos, cierre de establecimientos) que culminó con la renuncia de Martínez de Hoz al Ministerio de Economía (Águila, 2008). Los sindicatos más politizados y combativos –opositores al régimen- conformaron la CGT de la Resistencia, pero tuvo corta duración. La explicación del retraso en la organización de manifestaciones obreras puede radicar en que, a diferencia de la Capital Federal, en las zonas “periféricas” la dictadura tuvo efectos más desestructurantes y devastadores sobre sus delegados y militantes (Kohan, 1993).

En cuanto a la dinámica partidaria interna, la apertura del proceso electoral en el peronismo santafesino constó de dos instancias. La primera de ellas fue la realización de elecciones internas indirectas para la definición de cargos partidarios y de electores de candidatos a la presidencia de la Nación (Kohan, 1993; Lacher, 2015; Maina, 2012). En esas elecciones, que se realizaron el 24 de julio de 1983, se disputaron el máximo cargo partidario cuatro listas¹⁴, siendo la más poderosa y triunfante la “Junta Interdepartamental Peronista” (n° 6). Esta lista estaba compuesta por una multiplicidad de grupos internos que incluía a representantes de los sectores sindicales (62 Organizaciones Peronistas de Santa Fe y Rosario, y el apoyo de Miguel Gómez), y a dirigentes políticos como Raúl Carignano –candidato a presidente partidario, *a posteriori*, ganador -, Víctor Reviglio (ambos de la zona “norte”), Eduardo Cevallo, Celestino Marini y Juan Carlos Taparelli (de la zona “sur”), entre otros (Maina, 2012). Luego de esta instancia, se pasó a la realización del Congreso Provincial para la elección indirecta de las candidaturas a gobernador y vicegobernador, el 1° de septiembre de 1983¹⁵. En este Congreso se disputaron dos precandidaturas, ambas pertenecientes a la lista 6, la cual constituía una especie de “interna” en sí misma: Juan Carlos Taparelli y Carlos Bravo, por un lado, y José María Vernet y Carlos Martínez, por otro.

Fue esta última fórmula la que, propuesta por la UOM y apoyada por las 62 Organizaciones, resultó ganadora (Baeza Belda, 2010; Maina, 2012). En efecto, el sindicalismo liderado por Gómez¹⁶ se constituyó en el “gran elector” de esas elecciones internas (Maina, 2007: 3). Así lo describe un dirigente y ex funcionario peronista:

“Lo que a nivel nacional era la figura de Lorenzo Miguel, en Santa Fe, en particular en Rosario, era el secretario general de la UOM de Rosario, que era Miguel Gómez. Él fue el que en un congreso del partido, donde participaban todas las ramas del partido y los

¹⁴ La lista n° 2, “Unidad”, integraba, entre otros, al Movimiento de Reafirmación Doctrinaria de Luis Rubeo, la Coordinadora de Acción Justicialista de Tomás Berdat y Gualberto Venesia, la Lista Azul y Blanca de Celestino Marini, y Rubén Cardozo del sector sindical (SMATA). La lista n° 8, “Justa, Libre y Soberana”, se identificaba con el MUSO de Cafiero y Bittel, y estaba encabezada por Edgardo Calafell y Amado Saleme. Y la lista n° 4, “Verticalidad”, un sector de la juventud encabezado por De Cándido.

¹⁵ Son abundantes los relatos acerca de este controvertido y disputado Congreso que abrió la etapa democrática en el PJSF. Como era usual en los sistemas de elección indirecta, el proceso de negociaciones se había tornado sumamente complejo. Para una descripción detallada del curso de los acontecimientos se pueden consultar las entrevistas de los dirigentes políticos protagonistas en esa coyuntura (Vernet, Vanrell, Taparelli, Cevallo y Rubeo) en el libro de Acosta (1987).

¹⁶ Vernet se impuso a Taparelli por 245 votos sobre 131 (EL, 2/9/83). Sobre la figura de Miguel Gómez, Cevallo afirma: “La alianza [de los miembros de la lista 6] fue con las 62 Organizaciones del Sur, donde el eje principal fue Miguel Gómez. Yo diría que más que la UOM, él era el que concentraba no solamente el poder de la UOM sino del resto de las estructuras sindicales” (entrevista en Acosta, 1987: 98).

dirigentes históricos y políticos del peronismo, promovió la candidatura de Vernet” (José Weber, ex Ministro de la Producción de Reutemann, entrevista propia, 26/11/14).

Según el relato de uno de los protagonistas del Congreso partidario –el precandidato Luis Rubeo- el “vuelco” a última hora de Gómez a favor de la conducción de Lorenzo Miguel en la CGT nacional hizo que éste dispusiera “todo el aparato” para que Vernet ganara la elección interna:

“La UOM estaba dividida en dos sectores: uno que seguía a Lorenzo Miguel y otro a Guerrero, el Secretario General de la UOM Avellaneda. El fiel de la balanza era UOM Rosario [que] en aquella circunstancia se definió a favor de Lorenzo Miguel y [éste] en la contraprestación puso todo el aparato partidario en (sic) favor [de Vernet]” (Luis Rubeo, entrevista en Acosta, 1987: 237)

El 30 de octubre, la fórmula peronista ganó la elección general en un ajustado escrutinio, imponiéndose a la fórmula radical¹⁷ sólo por un 1% y favorecida por el hecho de que el voto de la clase media estuvo dividido entre la UCR y el tradicional PDP (Partido Demócrata Progresista) [Levitsky, 2005; Maina, 2012]¹⁸. Así como en las elecciones internas, en la campaña general¹⁹ el aporte organizativo, económico y humano por parte del sindicalismo fue fundamental (Fernández, 1993; Lacher, 2015), en un contexto en el cual la dirigencia política se encontraba desarticulada y desfinanciada frente a las organizaciones, las bases y los recursos de los sindicatos (Novaro y Palermo, 2003)²⁰. En este sentido, Antonio Vanrell, dirigente vinculado a la UOM y futuro vicegobernador en 1987, afirmaba:

“Es que al salir de los años de proscripción, los que venían con una buena organicidad, los que venían con una buena política de discusión y de análisis, eran los sectores sindicales que habían podido mantener su organicidad” (Antonio Vanrell, entrevista en Acosta, 1987: 142).

En este punto, es relevante detenerse en la figura de José María Vernet, expresión de la fuerte asociación que persistía entre la estructura partidaria y los sectores gremiales. Vernet

¹⁷ Aníbal Reynaldo-Porfirio Carreras.

¹⁸ Los números fueron: PJ, 41,41% (588.206); UCR, 40, 32% (572.750) y PDP 10,42% (148.574) (Tow, Andy, 2014, *Atlas de elecciones en Argentina*, <http://www.andytow.com/>. Acceso el 11/03/2015). Según Alberto Natale, candidato a gobernador por el PDP e intendente de Rosario durante la dictadura (1981-1983), “Reynaldo [el candidato radical] capt[ó] una gran cantidad de votos que estaban destinados a nosotros [...] El cierre de la campaña de Alfonsín en Rosario fue muy gravitante, muy efectivo” (en Acosta, 1987: 71).

¹⁹ En el último apartado nos referimos a algunos aspectos de la campaña electoral.

²⁰ La fragmentación de la dirigencia política se expresó en la cantidad inicial de precandidatos a la gobernación. Según Juan Carlos Taparelli: “Tres o cuatro meses antes de las elecciones había publicitados en la provincia, fácilmente, cuarenta candidatos a gobernador entre el norte y el sur de la provincia. Se fueron eliminando; con motivo de las elecciones se fue achicando el panorama” (en Acosta, 1987: 167). Ese componente de fuerte fragmentación al interior del partido constituyó una constante y se reeditará también con el cambio del sistema electoral provincial mediante la “Ley de Lemas” en 1990 (ver capítulo 2).

no conducía ninguna línea interna del PJSF, como sí lo hacían los otros precandidatos a gobernador (Taparelli, Cevallo y Rubeo). Su vínculo con el partido se había construido por intermedio de su padre, quien había sido militante y asesor contable de diversos sindicatos (UOM, Calzado, Panaderos) durante los años cincuenta y sesenta. Al igual que su padre, el gobernador electo se había especializado en la profesión de contador y en el asesoramiento en economía, había trabajado en organismos internacionales como la OEA y la OIT y al momento de la apertura democrática se desempeñaba como asesor en la UOM. La memoria del peronismo que reivindicaba Vernet estaba atravesada, por lo tanto, por la experiencia sindical de la “Resistencia peronista” (1955-1973), durante la cual los sindicatos se habían constituido en un importante refugio para la militancia, la reivindicación del regreso de Perón al país y el mantenimiento de cierta organicidad dentro de un partido político que se hallaba proscripto electoralmente²¹. Sin embargo, Vernet no reducía su trabajo en el sindicato a una dimensión “profesional”, sino que se identificaba personalmente con el ideario peronista heredero de aquéllos años:

“Yo nací en un hogar político, en un hogar peronista. No vengo de un hogar radical y luego me fui a militar al peronismo y tengo que justificar mis actos, nada de eso existió para mí [...] Yo empecé a militar conscientemente el día que salí a pintar una pared; tenía 14 años, en época de Resistencia Peronista [...] El peronismo ortodoxo, nació ahí. Los sapos no nos vamos del pozo [...] y el trabajo en el área sindical para mantener el peronismo en los movimientos sindicales para que no se vayan para otro lado. Ese era el trabajo básico [que hacía él en el peronismo]” (Vernet, entrevista del Archivo de Historia Oral. Programa Historia y Memoria, UNL).

Según Marcelino Maina, la postulación de Vernet a la gobernación representó una “reducción a la unidad” (2012: 7) en el proceso de definición de las candidaturas entre las múltiples líneas internas del peronismo, pero era una unidad que expresaba –al igual que a nivel nacional- la hegemonía del sindicalismo metalúrgico. En efecto, durante el periodo inmediatamente posterior a la apertura democrática -1983/1985- el peronismo constituyó un “partido de base sindical *de facto*”:

“Los sindicatos actuaron como el vínculo principal con la base de apoyo urbana y los jefes sindicales cumplieron un papel hegemónico en la conducción partidaria; (...) dominaron la toma de decisiones y los procesos de selección de dirigentes y candidatos. Sin embargo, la influencia sindical no se canalizaba mediante mecanismos institucionales, sino que fue el producto efectivo

²¹ Sobre la historia del movimiento obrero durante este periodo, y la constitución de la identidad peronista como una “estructura del sentir”, ver el clásico estudio de James (1990).

del poder de los sindicatos y de las *debilidades del ala política del partido*” (Levitsky, 2005: 124-cursivas nuestras).

Esas “debilidades” de la rama política del partido –que, como hemos dicho, estaban marcadas por los efectos que sobre ella había ejercido la dictadura militar: dispersión, fragmentación, etc.- hicieron que la figura de Vernet apareciera como un “árbitro” dentro de una estructura interna de relaciones de fuerza muy parejas entre sí, pero fragmentada. Así lo interpretaba uno de los posibles candidatos de la “rama política” quien, finalmente, cedió su lugar a Vernet:

“Nosotros [Cevallo, Rubeo y Taparelli] llegamos a ser jefes sectoriales. El jefe sectorial puede llegar a ser candidato de todos cuando los procesos institucionales están muy afirmados. Sería el caso de Alfonsín, por dar un ejemplo. En una estructura todavía inorgánica y no consolidada como era la estructura del justicialismo en ese momento [1983] evidentemente, tenía que establecerse un candidato que estuviera por encima de las disputas internas” (Cevallo, ex Ministro de Gobierno de Vernet, entrevista en Acosta, 1987: 99).

Sin embargo, la llegada al cargo de gobernador le permitió a Vernet iniciar su carrera partidaria y protagonizar las distintas instancias electorales del PJ, tanto a nivel provincial como nacional, hasta 1987²².

La primera de ellas fue la elección interna posterior a la derrota nacional de 1983, realizada en el Congreso del Teatro Odeón²³ el 15 de diciembre de 1984. Esa elección dejó su marca en la historia reciente del peronismo, precisamente, por el conflicto que se generó cuando Vernet fue designado vicepresidente 1° de la conducción nacional, junto con Lorenzo Miguel como vicepresidente 2° y el controversial Herminio Iglesias como Secretario General, ambos representantes del sindicalismo más “ortodoxo” (Isabel Perón era la presidenta “formal” del partido). En esa oportunidad, un grupo de dirigentes –*a posteriori*, los “Renovadores”- le quitaron su apoyo por considerar que representaba a la dirigencia responsable de la derrota nacional del peronismo: los denominados “mariscales de la derrota”²⁴. La disputa catalizó la

²² El desarrollo de una carrera partidaria iniciada a partir de la ocupación del cargo de gobernador también se observará en el caso de Reutemann quien, como Vernet, tampoco contaba con una trayectoria previa en el partido (ver capítulo 4).

²³ Este congreso quedó marcado por escenas de violencia física y verbal, entre las que se destacaron las efectuadas contra el entonces gobernador de La Rioja, Carlos Menem. La conducción allí formalizada no contó con el quórum reglamentario debido a que más de la mitad de los dirigentes abandonaron la asamblea a causa de las agresiones y en disconformidad con la conducción oficial (Brachetta, 2007; Ivancich, 2004)

²⁴ Se denominó “Mariscales de la derrota” a los dirigentes de la “vieja guardia” que monopolizaron el poder partidario a nivel nacional desde 1976, en cuya cabeza se encontraban Lorenzo Miguel y Herminio Iglesias – candidato derrotado a gobernador de Buenos Aires y presidente del PJ bonaerense-, pero también estaban

conformación de un congreso paralelo en la ciudad de Río Hondo (Santiago del Estero), el cual erigió nuevas autoridades en torno de una mayoría todavía precaria y difusa, pero que estaba en abierto desacuerdo con la designación de Vernet y los demás integrantes de la conducción del partido y, por ende, con la imposición de la voluntad del sindicalismo “ortodoxo” (Ivancich, 2004). A nivel local, sin embargo, Vernet mantuvo el apoyo de las figuras más importantes del partido: el presidente del PJSF -Raúl Carignano- y su sector “Lealtad Peronista”, Víctor Reviglio y su Frente de Unidad Peronista, las 62 de Miguel Gómez y la Mesa Unificadora Ortodoxa de Antonio Vanrell (Baeza Belda, 2010; Maina, 2012).

El 23 de junio de 1985 se volvieron a realizar elecciones internas para cargos partidarios, esta vez mediante el voto directo de los afiliados. En ellas se enfrentaron dos listas que expresaban, a nivel local, la disputa entre “ortodoxos” y “renovadores” configurada a partir de la fractura del Congreso del Odeón. De un lado, se presentó el “Frente Peronista Río Hondo” (en alusión al mencionado congreso), el cual nucleó a quienes se habían opuesto a la conducción oficialista del partido a nivel nacional. En este grupo se encontraba el propio vicegobernador, Carlos Aurelio Martínez, Luis Rubeo (del sindicato de la Carne, enemistado con los metalúrgicos en ese momento) y Rubén Cardozo (dirigente sindical del SMATA Santa Fe, aliado de Rubeo). Del otro lado, se conformó la lista “Solidaridad Peronista”, con Carignano a la cabeza, Reviglio, Vanrell y los sectores de las 62 Organizaciones liderados por Gómez, la cual resultó ganadora (Baeza Belda, 2010; Maina, 2012).

Sin embargo, el alineamiento entre la presidencia partidaria local (Carignano) y el gobierno provincial (Vernet) tuvo corta duración²⁵. Tras las elecciones legislativas nacionales de noviembre de 1985 -en las cuales el peronismo en su conjunto volvió a perder frente al radicalismo-, los sectores “ortodoxos” del partido fueron derrotados internamente por la

incluidos en esa denominación Italo Lúder y Felipe Bittel quienes, si bien no provenían del sector sindical, habían sido el candidatos a presidente y vice, respectivamente, del peronismo derrotado en 1983. Para una interpretación sobre la derrota del peronismo y la responsabilidad atribuida a este sector, ver Maronese y otros (1985). Sobre la derrota de Iglesias en Buenos Aires, ver Ferrari (2009).

²⁵ Expresión de ese alineamiento momentáneo fue el hecho de que el peronismo fuera unido en las elecciones legislativas como “Frente Justicialista de Liberación” (FREJULI), obteniendo la misma cantidad de bancas que el radicalismo para la provincia de Santa Fe. Por el contrario, en Buenos Aires el peronismo había ido dividido entre el FREJULI (ortodoxo) y el Frente Renovador de Cafiero. En Capital Federal, ya había ganado las internas el sector renovador representado por Grosso. A nivel nacional, el peronismo había ido fragmentado a las elecciones en tres sectores: FREJULI (conducción nacional restaurada en el Congreso de Santa Rosa, La Pampa), FREJUDEPA (Cafiero) y PJ (gobernadores no alineados con la conducción nacional ortodoxa) [Ivancich, 2004].

naciente corriente “renovadora”, que concurrió de forma separada a los comicios²⁶. La consecuencia de esos resultados fue que el presidente del PJSF, Raúl Carignano, se pasara a las filas renovadoras, provocando una crisis al interior del gobierno que se manifestó en el pedido de renuncia de todos los ministros del gabinete por parte de Vernet y en la división del bloque de Diputados justicialistas de la legislatura provincial (Baeza Belda, 2010; Maina, 2012).

En el marco de este nuevo posicionamiento –un poco más fiel a la disputa entre “renovadores” y “ortodoxos” que se libraba a nivel nacional o en otros distritos provinciales con más nitidez que en Santa Fe²⁷- se llegó a las elecciones internas del 19 de octubre de 1986 para elegir candidatos a gobernador y vice e intendentes para las elecciones generales de 1987. En ellas se enfrentarían, luego de su definición mediante arduas negociaciones, dos listas: “Restauración Peronista”, autoidentificada como la lista “renovadora”, que llevaba como precandidato a gobernador a Carignano (apoyado por Grosso y Cafiero), quien se postulaba también para la reelección en la conducción del PJSF; y el “Frente para la Victoria” que impulsaba la fórmula Reviglio-Vanrell para la gobernación y a Vernet como presidente del partido. Fue esta segunda lista, apoyada nuevamente por las 62 Organizaciones de Miguel Gómez, la que resultó ganadora para la candidatura a gobernador por el voto directo de los afiliados, no sin impugnaciones de los resultados por parte de la fórmula derrotada. Carignano, sin embargo, retuvo la presidencia del partido. Nuevamente, el peso de la rama sindical hegemónica por las “62” continuaba inclinando los resultados electorales a favor de las figuras por ella bendecidas.

El 6 de septiembre de 1987 el peronismo volvió a ganar las elecciones en la provincia de Santa Fe. En esta ocasión, el triunfo se definió por un margen histórico por sobre la fórmula radical²⁸ (un16%, que representó 150.000 votos), aunque semejante diferencia no había sido

²⁶ Sobre la victoria del “Frente Renovador” (cafierista) en la provincia de Buenos Aires, ver Ferrari (2011). Sobre el triunfo “renovador” en Capital Federal, ver Luoni (2011). Sobre la victoria del sector renovador en el PJ y en el gobierno de Mendoza, ver Mellado (2010). Sobre la Renovación cordobesa, ver Closa (2010) y Reynares (2012).

²⁷ El hecho de que el justicialismo ganara la provincia en 1983 licuó la discusión entre “renovadores” y “ortodoxos”, mezclándose dirigentes y prácticas relativas a cada uno de los grupos (Fernández, 1993). Esto hizo que fuera realmente difícil establecer quiénes se encontraban en un bando u otro (Baeza Belda, 2010). Volveremos sobre esta cuestión en el próximo apartado.

²⁸ La fórmula fue Luis Cáceres-Sylvestre Begnis (h).

esperada por ninguno de los candidatos²⁹. Las razones de la sorpresa estaban fundadas en el visible resentimiento que había experimentado la administración del gobernador Vernet por diversos motivos: la resonancia de algunos casos de corrupción³⁰, la fuerte oposición por parte del radicalismo al desdoblamiento de las elecciones (nacionales y provinciales, por un lado, y municipales y comunales, por otro), y el hecho de que el partido había quedado en manos de la lista opositora a la del gobernador. Sin embargo, una vez más, el brazo “político” del sindicalismo hizo valer su poder, apoyando la candidatura de Reviglio en línea con lo actuado en los comicios internos (pese a que el candidato no provenía, esta vez, del riñón del sindicalismo)³¹. Como en 1983, Santa Fe se diferenciaba de otros distritos provinciales al obtener la victoria un candidato “no-renovador” (Fernández, 1993: 42)³². Así lo relata José Weber, dirigente partidario santafesino:

“Si uno compara esa época con la actual, el peso específico de la rama sindical organizada dentro de la estructura partidaria en la definición de candidaturas era muy importante [...] En la elección del 87, si bien el gobierno de Vernet había tenido sus más y sus menos, había una sensación de corruptela que no era muy favorable para esas elecciones. Es más, muchos militantes creímos en ese momento que era muy posible que se pierda la provincia [...] Y Reviglio tuvo una muy buena elección, contra todas las predicciones [...] Ahí también funcionó mucho la estructura de apoyo sindical. No era como en el principio del gobierno de Vernet pero igual la organización de ese apoyo partidario en el proceso electoral dependió mucho otra vez de los sindicatos” (José Weber, ex ministro de la Producción, entrevista propia, 26/11/14).

Es cierto, sin embargo, que para esta ocasión las “62” actuaron de manera conjunta sólo por la circunstancia electoral y por la perspectiva de obtener futuros cargos en el gobierno de Reviglio³³. Como señalamos antes, las divisiones en el sindicalismo rosarino fueron

²⁹ Los números fueron: PJ, 44,11% (671.265), UCR, 28,01% (426.250) y PDP, 13,80% (210.062). El PJ concurrió en alianza con el PDC (LC, 7/9/87).

³⁰ El más resonante por esos días fue el escándalo que produjo la comprobación de irregularidades en la venta de partes del Puente Colgante (en la ciudad de Santa Fe), una de cuyas pilas se derrumbó durante el mandato de Vernet. El material rescatado se llevó al puerto de la ciudad, donde quedó en custodia del gobierno provincial, y meses después fue vendido como chatarra (LN, 30/12/01).

³¹ Reviglio provenía de la militancia en la UES (Unión de Estudiantes Secundarios) durante el periodo de la “Resistencia Peronista”, y luego se incorporó a los sectores vinculados a Guardia de Hierro. Sin embargo, presidió la Sociedad Médica de Santa Fe antes de ocupar su primer cargo público en 1973 como subsecretario de Salud Pública de la provincia (sobre la trayectoria de Reviglio, consultar Lascrain [2011]).

³² En Buenos Aires, Mendoza y Entre Ríos, el peronismo volvía al poder de la mano de los sectores renovadores del partido (Cafiero, Bordón y Busti, respectivamente).

³³ El más interesado en lograr algún acuerdo con el gobierno, en este sentido, era el sector liderado por Eugenio Blanco –enfrentado gremialmente a Gómez- que había quedado marginado durante la gestión de Vernet (Fernández, 1993).

persistentes y los intentos de unificación, escasos (Fernández, 1993). Para algunos autores, esto se debió a factores que iban desde diferencias político-ideológicas (por ejemplo, la disputa entre “renovadores” y “ortodoxos”), de tipo estratégicas (confrontar con el gobierno de turno, colaborar o mantenerse prescindente) y hasta personales entre los distintos dirigentes. Incluso, en un contexto adverso para el sindicalismo como lo fue la llegada de Reutemann al gobierno en 1991 (quien marginó a los sindicatos de los centros de toma de decisiones), las diversas cúpulas sindicales tampoco lograron trascender sus divisiones internas (ibid.). Así como se habían conformado dos CGT paralelas, también existieron varias “62” que se disputaban la representatividad del sindicalismo peronista³⁴. En junio de 1987 “las 62” de Rosario institucionalizaron su división, al surgir de un Plenario Normalizador “las 62 Organizaciones Gremiales Peronistas” lideradas por Eugenio Blanco, por un lado, y “las 62” dirigidas por Miguel Gómez (ibid.: 39)³⁵. La división reflejó, en parte, la postura “renovadora” y “ortodoxa”. Por otro lado, Fernández afirma que el sindicalismo organizado del sur de la provincia siempre se destacó por llevar adelante un comportamiento “equilibrado” que lo llevó a constituir “una línea equidistante entre el ‘confrontacionismo’”³⁶ de Ubal dini o ‘los 25’ y la actitud negociadora de la UOM” (1993: 54).

Otra lectura sobre la fragmentación del sindicalismo rosarino es que estas divisiones no expresaban más que diversas “corrientes de opinión” (Kohan, 1993: 43) hacia dentro de las organizaciones. Es decir, que más que constituir clivajes ideológicos estables, lo que manifestaban eran las permanentes disputas de poder entre las distintas conducciones al interior de los gremios peronistas. En parte, por ello, estas agrupaciones solían unirse para las coyunturas electorales, y dividirse luego de que éstas se acaban. Lo cierto es que, en el espacio local, la puja al interior del sindicalismo peronista estuvo más centrada en disputarse la representación de las “62” que en definirse como “renovadores” u “ortodoxos” (y lo mismo ocurrió, como veremos, entre la dirigencia política de este partido). La capacidad representativa de las “62” en el peronismo local como etiqueta aglutinadora de consensos

³⁴ Aguila afirma que hacia 1983 “el confuso panorama gremial sumaba a las dos CGT de calle Italia y de calle Córdoba, la existencia de tres ‘62 Organizaciones’ que se disputaban la histórica denominación” (2008: 328).

³⁵ Miguel Gómez era el Secretario General de la CGT Unificada, y Eugenio Blanco de la UOM Rosario desde que Gómez le dejó ese cargo en 1985 (Fernández, 1993).

³⁶ Este término remite a la fuerte oposición gremial hacia las políticas del gobierno alfonsinista, protagonizada por los paros generales del “ubaldinismo”. Se opone al “participacionismo” del que eran acusados los sindicatos integrantes del grupo de los “15”, cuyo dirigente principal, Carlos Alderete, del gremio de Luz y Fuerza, había participado en el gobierno de Alfonsín a través de la gestión del Ministerio de Trabajo.

primó por sobre cualquier otra designación y contó con un poder sobre la organización partidaria del que careció el sindicalismo peronista en otras regiones del país, producto de su derrota electoral en 1983. En palabras de Kohen:

“Las 62 Organizaciones (...) ‘canibalizaron’ a los restantes sectores o al proyecto de existencia de los mismos incorporándolos a su estructura. Las 62 Organizaciones aparecen como la arena natural de disputa del gremialismo local y el espacio ineludible de confrontación en el que se debate la suerte política de las distintas conducciones” (1993: 42).

Esto explica, según la autora, que el fenómeno de la Renovación Peronista en Santa Fe no tuviera como correlato gremial la creación de “los 25” locales –agrupamiento sindical que se alineó con la fracción renovadora del peronismo a nivel nacional³⁷- sino unas “62 renovadoras”, representadas por Eugenio Blanco.

El gobierno de Reviglio trató de distribuir con bastante equidad cargos y posiciones entre los diversos sectores políticos y sindicales del justicialismo, y entre las distintas líneas internas de estos últimos, lo cual le valió el enfrentamiento con Vanrell, fiel aliado de Gómez y de los metalúrgicos³⁸. Sin embargo, según Fernández,

“las divisiones existentes en el sindicalismo rosarino se perpetuarían, a favor de nuevas fracturas en el movimiento obrero justicialista o del propio partido. La de 1987 fue la coyuntura más favorable para realizar esa unidad (...) Sin embargo, los compromisos políticos de los gremialistas y las propias características de la estructura sindical hicieron imposible acercar posiciones” (ibid.: 44).

En efecto, la victoria de 1987 fue la última coyuntura más favorable para el sindicalismo santafesino al interior del peronismo. A partir de allí, comenzaría la progresiva pérdida de poder del que hasta aquí había gozado en un distrito cuyas circunstancias y condiciones le habían otorgado una influencia más prolongada en el tiempo en relación a sus pares de otras regiones del país.

³⁷ Sobre el papel desempeñado por “los 25” en el PJ como “socios importantes, aunque, menores” durante la conducción del mismo por parte de los “renovadores” (Cafiero, Grosso, Manzano, Menem, De la Sota), ver Levitsky (2005: 147-169).

³⁸ Los dirigentes sindicales lograron colocar representantes suyos a la cabeza de la Secretaría de Trabajo –cartera específica del sector gremial que ocupó un dirigente del sindicato de la Carne-, tres subsecretarías de esta misma agencia estatal (repartida entre las distintas CGT), y un profesional ligado a su sector como Secretario de Salud (Fernández, 1993: 46).

1.1.2 “Desindicalización” en el PJSF (1987-1991)

El 8 enero de 1988 se consolidó, mediante una reunión de cúpula en Mar del Plata, la conducción “renovadora” del PJ nacional, con Antonio Cafiero a la cabeza. Para ese momento, los sectores sindicales –especialmente aquellos ligados a la conducción de Lorenzo Miguel en las 62 Organizaciones- habían quedado en una situación minoritaria en la nueva composición de la conducción partidaria, en la cual además de Cafiero como presidente, ocuparon los primeros puestos Carlos Menem, como vicepresidente, José María Vernet como vicepresidente 1º (en representación de las “62”), Roberto García, del sector sindical de “los 25” –enfrentados a las “62”- como vicepresidente 2º, Carlos Grosso como Secretario General y Juan Manuel de la Sota como Secretario Político (Ivancich, 2004). Según Levitsky, “la Renovación se convirtió en la conducción *de facto* del PJ” (2005: 72), obligando a renunciar a la conducción existente (encabezada por Vicente Saadi) y “proclamando” a los nuevos dirigentes en la mencionada reunión de gobernadores. Según este autor, la Renovación provocó una reestructuración casi completa de la jerarquía del PJ, manteniéndose sólo un puesto en el Comité Ejecutivo del Consejo Nacional: el del gobernador Víctor Reviglio (ibid.: 72). Esto demuestra que la dirigencia política santafesina –aliada con la sindical- fue capaz de mantenerse en cargos partidarios encumbrados a nivel nacional, tanto durante el predominio de la “ortodoxia” como durante el de la conducción “renovadora”.

Dada esta nueva configuración de fuerzas al interior del PJ, la dirigencia santafesina se repositcionó frente a la interna presidencial que enfrentó a Antonio Cafiero y Carlos Menem el 9 de julio de 1988. Por un lado, Cafiero contó con el respaldo del gobernador Reviglio, del ex gobernador Vernet, del presidente del PJSF, Carignano, y de sectores sindicales vinculados al intendente de la ciudad de Santa Fe, Carlos Martínez (Alimentación) y a los diputados provinciales Oscar Barrionuevo y Luis Parra (ambos de Obras sanitarias). Por otro lado, Menem obtuvo el apoyo del vicegobernador Antonio Vanrell, del sector sindical de la UOM y las “62”, del dirigente del SMATA, Rubén Cardozo (antiguamente aliado a los renovadores), de una gran cantidad de gremios (Aceiteros, Gráficos, Construcción, Correos, etc.) y de sectores tan disímiles como Guardia de Hierro y el Peronismo Revolucionario (Baeza Belda, 2010; Lacher, 2015).

En Santa Fe, Menem se impuso en la interna a Cafiero así como a nivel nacional por contar, principalmente, con el apoyo de la mayoría de los gremios peronistas locales³⁹, mientras que la mayor parte de la dirigencia santafesina del partido había respaldado a éste último⁴⁰. Según Fernández, “el ‘militantismo menemista’ de Vanrell inclinó muchas voluntades dentro y fuera del sindicalismo de Rosario y zona de influencia” (1993: 49)⁴¹.

La candidatura de Menem a la presidencia provocó la formación de Mesas de Enlace Sindical con el nombre de “Menem Presidente” en todo el país⁴². En Rosario las cúpulas de las dos CGT (Regional Rosario –que anteriormente se había referenciado en Cafiero- y la CGT Unificada –más coherentemente alineada tras el menemismo), a tono con la tradición de unificarse en contextos electorales, formaron parte de este agrupamiento sindical durante la campaña (Fernández, 1993). En efecto, “más de la mitad de los sindicatos que conformaban [la mayoritaria CGT calle Córdoba, cercana al ‘miguelismo’] integraron la Mesa Sindical ‘Menem Presidente’” (Fernández, 1993: 53). Por su parte, Reviglio y los principales miembros de la conducción local del partido quedaron asociados al bando de los perdedores e identificados como los “cafieristas”.

Sin embargo, pese a esta momentánea acción mancomunada, el sindicalismo ya no pudo hacer frente al proceso de “desindicalización” en marcha. La aparición de la Mesa de Enlace Sindical completó el proceso que Levitsky (2005) denomina de “desrutinización” del justicialismo; es decir, el proceso por el cual la influencia política del sector gremial fue debilitándose debido a que no estaba institucionalizada en mecanismos y reglas formales, sino

³⁹ Un reflejo de este apoyo fue que dos miembros del núcleo mediante el cual Menem operó desde el gobierno mientras no poseía, formalmente, la presidencia del partido -el denominado grupo de los “Doce Apóstoles”-, eran figuras del sindicalismo santafesino: el gremialista Rubén Cardozo (representante, a su vez, ante el Congreso Nacional del PJ), y el vicegobernador Vanrell, vinculado estrechamente a las “62” de Gómez (Levitsky, 2005).

⁴⁰ El llamado a la “unidad” realizado por Menem, en el cual incluyó a sectores tan disímiles y, en un pasado, opuestos (las 62, el grupo de los 15, la mayoría de los Montoneros, etc.) constituyó, según Ivancich, un fenómeno de “travestismo político” del que hizo gala Menem durante toda su campaña (2004).

⁴¹ Dos años más tarde las agrupaciones sindicales le quitarán su apoyo a Vanrell debido a la crisis gubernamental y partidaria que desató su destitución mediante juicio político (Fernández, 1993). En el próximo capítulo trataremos en profundidad esa coyuntura, la cual constituyó la antesala para la búsqueda por parte del PJSF de un candidato extra-partidario para las elecciones de 1991.

⁴² Según Levitsky, “la Mesa de Enlace Sindical [fue] el principal órgano mediador entre Menem y los sindicatos durante el primer año de su mandato y Barrionuevo [dirigente gastronómico bonaerense que encabezaba la Mesa] expresó que llegaría a ‘desempeñar el papel que tuvieron en el pasado las 62 Organizaciones’” (2005: 168).

que se ejercía de hecho según el equilibrio de fuerzas imperante⁴³. En efecto, con la desaparición de la institución del “tercio sindical” (mediante la cual los dirigentes sindicales tenían derecho a ocupar un tercio de los cargos partidarios y las candidaturas a cargos públicos), si no buscada, al menos, facilitada por la Renovación, el sindicalismo quedó sin ningún mecanismo formal de participación en el partido, en un contexto en el cual los sindicatos fueron perdiendo su status de “rama” para pasar a constituir sólo uno entre los múltiples sectores en los que estaba compuesto el PJ (ibid.).

En Santa Fe, aunque la influencia sindical fue vital para que el peronismo ganara la provincia en 1983 y 1987, el debilitamiento de su influencia político-partidaria fue creciendo en el mismo sentido que lo hacía a nivel nacional. Ello se expresó en la pérdida de su capacidad para imponer candidatos propios tanto en los cargos partidarios como en los cargos públicos, aunque el impacto se sintió con mayor intensidad sobre los segundos (Lacher, 2015). En este sentido, hacia 1989 sólo un sindicalista participó de los primeros lugares en la lista de candidatos a diputados nacionales y fue electo (Gerardo Cabrera, del Sindicato de la Carne) siendo, además, el último sindicalista en ocupar este lugar, mientras que en 1983 y 1987 habían participado tres y dos sindicalistas, respectivamente. La participación en carteras ministeriales provinciales también conoció un marcado descenso entre 1983 y 1991, pasando de ocupar dos carteras (Educación y Trabajo) entre 1983 y 1987, a una cartera (Trabajo) en 1987-1991 y ninguna desde 1991 (ibid.).

El panorama de las relaciones entre sindicato y gobierno cambió rotundamente con la llegada de Menem al poder en 1989⁴⁴ y, en la provincia, de Carlos Reutemann en 1991. Reviglio había intentado terminar con la disparidad en las relaciones de fuerza entre partido y gobierno, por un lado -al ser electo⁴⁵ presidente del PJSF en las internas del 11 de diciembre

⁴³ La *rutinización* constituye una de las dimensiones de la “institucionalización” de los partidos políticos, y remite al “proceso por el cual las normas y procedimientos se difunden entre los actores y son aceptados, acatados y hasta ‘dados por sentado’” (Levitsky, 2005: 20).

⁴⁴ Menem obtuvo en Santa Fe el 51,95% de los votos, contra el 33,32% de la UCR, es decir, un 4% por encima del total nacional (Tow, Andy, 2014, *Atlas de elecciones en Argentina*, <http://www.andytow.com/>. Acceso el 11/03/2015).

⁴⁵ En estas elecciones se eligieron cargos partidarios y candidatos a diputados nacionales. Se presentaron 5 listas, siendo la lista 7, Unidad y Federalismo (que postuló a Reviglio para la presidencia del PJSF, y a Raúl Carignano, Gualberto Venesia, Gerardo Cabrera, Oscar Lamberto y Ovidio Calleja, para diputados nacionales), la ganadora con el 60% de los votos (LC, 12/12/88)

de 1988⁴⁶-, y entre gobierno y sindicatos, por otro -al distribuir posiciones de poder entre los diversos sectores gremiales y políticos. Sin embargo, la influencia de los posicionamientos en torno a la figura de Menem y, también, las disputas internas entre los distintos sectores hicieron que el proyecto de unificación en torno a un mismo liderazgo quedara truncado.

Esta permanente fragmentación les restó, entonces, influencia política a los dirigentes obreros al interior de un partido al cual habían contribuido a ganar incluso, en 1991⁴⁷. A ello se sumó la inviabilidad política de sus respectivos proyectos sociales. En cuanto al sector “confrontacionista” (expresado, típicamente, por la CGT calle Córdoba), su discurso “intervencionista” del Estado como regulador de las relaciones laborales fue perdiendo aplicabilidad a medida que avanzaban las medidas de reforma estatal y de flexibilización progresiva de los sectores del trabajo⁴⁸. Y desde el punto de vista de los sectores “participacionistas” (CGT calle San Martín), la conducta de un sindicalismo socio del Estado se fue resintiendo a medida que ese Estado se empezó a retirar de su rol de promotor de las relaciones laborales, quedando sometido a la protección gubernamental con el fin de conservar las ventajas que esta posición le proporcionaba (Fernández, 1993).

El triunfo de Reutemann como gobernador el 8 de septiembre de 1991 significó la exclusión del sindicalismo de la participación en cargos partidarios y públicos de relevancia. En concreto, para el sindicalismo significó la pérdida de la Secretaría de Trabajo que conducía el sector de Luis Rubeo –sindicato de la Carne-, la cual pasó a estar a cargo de una persona de confianza de Reutemann: el abogado Jorge Bof (Fernández, 1993). Y, a nivel partidario, la intervención del PJSF en junio de 1991 bloqueó todo tipo de participación ya no sólo para el sector sindical, sino también para toda la dirigencia política local.

⁴⁶ Así lo expresaban los voceros del gobernador y presidente del PJSF: “A partir de aquí se inicia una nueva etapa, en la cual el partido trabajará en paralelo con el gobierno provincial. Urge terminar con un modelo de partido que, al convertirse en una fuente alternativa de poder, siempre culmina presionando al gobierno provincial” (*LC*, 12/12/88). Este intento de instrumentalizar al partido para beneficio del gobierno también se manifestará con la llegada de Reutemann a la presidencia del PJSF.

⁴⁷ El Sindicato de la Carne –identificado con el “participacionismo” de los “15” durante el gobierno de Alfonsín y también durante el de Menem- tributó con sus votos al sublema de Reutemann en septiembre de 1991. Así lo demuestra el afiche “La Carne con Reutemann. ¡Vamos Lole todavía!”, diario *El Litoral*, 5/9/91. En los capítulos 3 y 4 retomaremos aspectos del apoyo sindical a Reutemann.

⁴⁸ Sobre la crisis de la influencia sindical en el PJ a nivel nacional a causa, entre otros factores, de su falta de adaptación programática en un contexto de “giro neoliberal” del peronismo, ver Levitsky (2005: 123-145).

1.2 La dirigencia política del PJSF: aspectos de la “Reactualización” del peronismo en un distrito sin liderazgo único

1.2.1 ‘Renovación’...palabra radical: institucionalización del partido y trasvasamiento generacional como metas de la “Reactualización doctrinaria”

Al inicio del capítulo identificamos la existencia de dos elementos –ligados entre sí- que le daban al distrito santafesino una particularidad en el marco electoral y político de la Argentina de 1983: la victoria electoral del PJ en un distrito moderno e industrial, y la determinante gravitación del sindicalismo representado por las 62 Organizaciones Peronistas en dicho desenlace. Este triunfo de la dirigencia política peronista aliada con los sectores gremiales más “ortodoxos” (burocráticos, no combativos) constituyó un contra-ejemplo en la coyuntura política de aquél (in)memorable año, puesto que esa misma alianza fue vista como responsable de la primera derrota del peronismo bajo elecciones libres y sin proscripciones en el país, y en distritos históricamente peronistas, como lo fue en la provincia de Buenos Aires.

Este panorama victorioso en Santa Fe no favoreció, por ende, la consolidación de grupos internos críticos de la dirigencia oficial a nivel local, como sí ocurrió con la emergencia de la Renovación Peronista en Buenos Aires, Córdoba o Mendoza. En Santa Fe, todos los sectores del peronismo participaron de una u otra manera en el gobierno, o pugnarían, luego, por ganarse un lugar. Más aún, si –por ejemplo- la figura de Lorenzo Miguel fue una de las más atacadas por la derrota del PJ en la Nación, en esta provincia constituyó –tal como señalamos más arriba- una pieza clave en la victoria de la UOM rosarina en instalar a su candidato, primero, y en el triunfo de la elección general después.

Por la misma razón, tampoco se definieron en este distrito posicionamientos muy tajantes en torno a un sector “ortodoxo” y otro “renovador” del partido. Si bien dicho clivaje tuvo algunos efectos en los posicionamientos de las diversas líneas internas del partido a nivel local, esto ocurrió sólo en algunas coyunturas electorales, principalmente, en aquellas que ponían en juego cargos nacionales, y en una sola elección interna local en el año 1985, año en el cual el Frente Renovador liderado por Cafiero se había impuesto sobre la ortodoxia partidaria bonaerense⁴⁹. Al contrario, cuando se ponían en juego candidaturas y cargos de

⁴⁹ Ver *supra*, página 40.

nivel provincial, los agrupamientos eran más difusos y no reflejaban tan nítidamente el clivaje Ortodoxia *versus* Renovación.

Varias de las principales figuras del peronismo de la época rechazaban aplicar mecánicamente las etiquetas que operaban en la esfera nacional del partido a la situación local. No sólo los límites entre los sellos de la Renovación y la Ortodoxia eran percibidos con matices, sino también, aquellas denominaciones que definieron posiciones al interior del peronismo a la salida del régimen dictatorial en 1983, tales como la de “verticalismo” y “antiverticalismo”⁵⁰. Sobre estas últimas, Juan Carlos Taparelli⁵¹ -precandidato a gobernador- afirmaba:

“Se están perfilando nítidamente dos sectores que simbolizan lo que el periodismo llama ‘verticalismo’ y ‘antiverticalismo’, concepto que nosotros no compartimos. Con el alargamiento de los plazos de presentación de listas se han intensificado las gestiones de unidad del verticalismo, que, estamos convencidos, llegará a las internas en una lista común” (Juan Carlos Taparelli, discurso en Rosario, 26/6/83, en Acosta, 1987: 128).

De la misma manera opinaba otro dirigente del sector de Luis Rubeo, quien expresaba, en términos del más crudo pragmatismo, que la diferencia entre ambos bandos tenía que ver con la lucha por espacios de poder, más no con posturas ideológicas:

“Creo que la división en verticalistas y antiverticalistas u ortodoxos no existe; de lo que aquí se trata es de la lucha por los espacios políticos. Acá hay sectores políticos, hombres políticos, que luchan por el espacio político que significa la conducción del partido. Acá no hay diferencias de tipo doctrinarias o ideológicas, porque basta con mirar los diarios de hace un mes para comprobar que el libro de pases está abierto” (Pedro Bluma, congresal provincial del PJ, 6/7/83, en Acosta, 1987: 131).

En un sentido similar, el término Renovación también constituyó una denominación para la cual no existió un grupo con límites bien definidos, al estilo de los “frentes renovadores” bonaerense, porteño o cordobés. Mientras que en estos distritos el sector renovador del PJ se constituyó en una línea separada de las conducciones oficiales, y –en ocasiones- se presentaron por separado en las elecciones nacionales (por caso, en 1985), en Santa Fe el peronismo al momento de las elecciones generales siempre se mantuvo unido.

⁵⁰ Estas etiquetas aludían al reconocimiento o no de la figura de Isabel Perón como legítima conductora del movimiento nacional justicialista.

⁵¹ Taparelli se había alineado con los sectores del llamado “Centro” del espectro partidario de 1983 (Maronese y otros, 1985), es decir, con las figuras de Lúder, Cafiero y Bittel quienes respetaban el liderazgo de Isabel Perón – aunque, sin dogmatismos, como sí lo hacía la denominada “Derecha verticalista”- y eran críticos de los sectores del PJ que habían tenido connivencia con el gobierno dictatorial.

Esta “ambigüedad” en la definición de los agrupamientos se visibiliza en la propia trayectoria de los actores. Por ejemplo, si bien Vernet fue “el candidato de las 62” en 1983, terminado su mandato como gobernador pasó a formar parte del gobierno de Cafiero en la provincia de Buenos Aires como ministro de la Producción, y casi llegó a ser su compañero de fórmula en las internas peronistas del año 1988. En el mismo sentido, Raúl Carignano, presidente del PJSF entre 1983 y 1988, proveniente de la rama “política” con su agrupación Lealtad, apoyó a Vernet en su candidatura en 1983 y desde 1985 se pasó al bando renovador para finalizar formando parte del gobierno de Menem desde la primera hora. El recorrido de la carrera de Reviglio también alternó entre su cercanía a los sectores ortodoxos hacia 1983-1985 (siendo ministro del gobernador Vernet), terminando por apoyar a Cafiero en la interna presidencial de 1988⁵².

Ahora bien, el fenómeno de la Renovación marcó una época en la historia del peronismo en torno al cual la dirigencia partidaria de todos los distritos del país debió tomar posición. ¿Qué percepción tenían los líderes del justicialismo santafesino sobre este fenómeno? ¿Estaba asociado a “la lucha por la idea”, a un “debate cívico” y “democratizador” al interior del peronismo (Altamirano, 2004; De Ipola, 1987); o a la “revisión del imaginario peronista tradicional” (Palermo y Novaro, 1996); o a la “renovación dirigencial” y a un “estilo político transformado” y al “respeto por la pluralidad” (Ferrari, 2011)?

La postura de la dirigencia justicialista santafesina se hallaba en un equilibrado “medio” que retomaba tanto aspectos relativos a la “democratización” del partido y su “institucionalización” como el apego a la “doctrina justicialista” y a la herencia política e ideológica de Perón. Estos elementos que transitaban entre lo “nuevo” y lo “viejo” estarán presentes también en la forma en la cual los políticos de este partido establecieron su relación de representación con la ciudadanía santafesina.

En primer lugar, estaba claro para los líderes políticos del PJSF que la democratización interna del partido mediante la realización de elecciones libres y directas de los afiliados, no era prioritaria de la Renovación. El peronismo santafesino había postulado el voto directo

⁵² Sobre la el recorrido “sinuoso” de otras trayectorias, ver Baeza Belda (2010).

antes de constituirse el movimiento Renovador como tal, luego del Congreso provincial de 1983⁵³. En este sentido, afirmaba Vernet:

“Con Rubeo [opositor interno a Vernet] había acordado [...] eliminar el congreso electoral y poner voto directo del afiliado. Fuimos la primera provincia. Yo tenía esa idea, Rubeo también, él me la propuso, yo se la aprobé y salió. Eso es muy institucional en la vida del peronismo, porque después choca con los ortodoxos, y los renovadores, los que no estaban conmigo, entre sus bases planteaban el voto y nosotros teníamos el voto puesto. Santa Fe fue la primera provincia del país en tener el voto de los afiliados del PJ para elegir candidatos” (José María Vernet, entrevista del Archivo de Historia de Oral. Programa historia y Memoria, UNL).

Efectivamente, el PJSF eligió autoridades partidarias y candidatos a cargos legislativos nacionales en la interna del 23 de junio de 1985 mediante el voto directo de los afiliados, mucho antes de que este mecanismo se aplicara en distritos como Buenos Aires, Mendoza, Córdoba o Capital Federal, de los cuales provenían los principales líderes de la Renovación (Cafiero, Bordón, De la Sota y Grosso)⁵⁴. Por otro lado, los dirigentes santafesinos que bregaban por el voto directo de los afiliados –sin autodefinirse como renovadores– cuestionaban a aquéllos que no eran, en la práctica, coherentes con sus ideas, y admitían que considerarse “renovador” era más una cuestión de consenso mayoritario en el peronismo que el seguimiento de principios claros. En este sentido, se expresaba Taparelli:

“Nosotros [el sector de Taparelli] participamos en los congresos claves del peronismo del último año [...] Esto de la renovación es un tema que medio me hace acordar a lo de verticalista y antiverticalista. Es decir, ni son tan renovadores los que están en la renovación, ni son tan anti-renovadores los que no están en la renovación. Yo creo que acá hay que establecer un paralelo, como decimos siempre: ni todos los que se quedaron en el Odeón son malos, ni todos los que se fueron son buenos. Yo estoy dentro de los que se fueron del Odeón, pero reconozco que no es tan tajante la división⁵⁵ [...] Lo que se puede llamar ‘corriente renovadora’ es lo que satisface más a la mayoría del peronismo. Pero en Santa Fe se da un caso muy particular [...] ¿Qué ocurre en Río Hondo? Allí participamos 35 congresales de la provincia de Santa Fe. Treinta y cuatro congresales votan por un sistema raro de cuatro representantes por provincia [...] y un solo voto en contra de ese sistema apoyando la Argentina como distrito único y voto directo para el consejo nacional, que soy yo [...] Entonces, lo que quiero señalar acá es una posición realmente de renovación seria” (Juan Carlos Taparelli, diputado nacional, entrevista en Acosta, 1987: 178-179).

⁵³ Según Lacher, en el mismo Congreso del 1/9/83 se modificaron los estatutos para introducir la elección directa de candidatos para la siguiente elección, y la asignación de cargos por medio del sistema proporcional (2014: 58).

⁵⁴ En provincia de Buenos Aires el voto directo se aplicó por primera vez en noviembre de 1986; en Capital Federal y Mendoza, en mayo y diciembre de ese año –respectivamente– y en Córdoba recién a partir de 1988.

⁵⁵ Así también se expresaba Cafiero en 1987, cuando la Renovación llegaba a la conducción del partido y éste debía polemizar con su adversario externo, es decir, con el radicalismo, por lo que los límites internos al peronismo se empezaban a matizar: “Hay ortodoxos que son más renovadores que los renovadores y también se da a la contraria” (entrevista en *Página 12*, 13/12/87, en Adelstein y Vommaro, 2014: 321),

Este es sólo un ejemplo de la crítica a la asimetría que se consideraba que existía entre la “idea” y la “práctica” renovadora. La plena identificación de esta corriente del peronismo con la democratización y la pluralidad era un asunto a poner bajo discusión, puesto que no siempre los mentores de la Renovación habían recurrido al voto directo⁵⁶, ni tampoco aquéllos más identificados con un ideario “ortodoxo” eludieron este procedimiento electoral.

En segundo lugar, la dirigencia política del PJSF que accedió al poder en 1983 se consideraba a sí misma como una dirigencia peronista renovada, antes de que la corriente de la Renovación tomara para sí ese discurso (Ferrari, 2011; Maronese y otros, 1985). Desde el discurso Renovador, en efecto, el propósito era desplazar a la cúpula oficial del partido y, especialmente, a los representantes de la ortodoxia sindical en las figuras de Lorenzo Miguel y Herminio Iglesias, cuyo modelo de comportamiento político estaba asociado al uso de la violencia y el ejercicio autoritario del poder como forma de dirimir los conflictos internos. Se creía que este comportamiento reñido con las prácticas democráticas había contribuido fuertemente a la derrota de 1983 (Ivancich, 2004).

En el caso de la dirigencia peronista santafesina, ésta consideraba que esa renovación dirigencial ya se había producido con la victoria provincial de 1983, renovación que – evidentemente- no tenía que ver con desplazar a los líderes sindicales “ortodoxos” sino con lo que se percibía como el “trasvasamiento generacional” representado por el sector político del PJSF. En este sentido, Alberto Joaquín, dirigente de la línea de quien fuera uno de los precandidatos a gobernador aquél año, Eduardo Cevallo, afirmaba:

“La idea de que Río Hondo es ‘la renovación’ es, a esta altura, invendible en nuestra provincia. Aquí se produjo en 1983 el trasvasamiento generacional y el partido elige autoridades en forma directa y democrática” (Alberto Joaquín, titular de la Dirección Provincial de Energía-DPE, *El Sol de Rosario*, 7/6/85, en Acosta, 1987: 224).

Si bien algunos dirigentes eran críticos de las prácticas violentas representadas por cierto sector del sindicalismo ortodoxo⁵⁷, no dejaban de reconocer que el ajustado triunfo que se

⁵⁶ La paradoja más evidente en este sentido la constituyó la instancia que llevó a Cafiero a la presidencia del PJ en 1988, la cual no se dirimió en una elección directa sino en un típico acuerdo de cúpula.

⁵⁷Luis Rubeo, por ejemplo, reconocía que el tipo de prácticas expresadas por un sindicalismo reticente al pluralismo intra-partidario había afectado negativamente al partido: *“La falta de ejemplo, los hechos nacionales que incidieron enormemente sobre el conjunto del país –me refiero específicamente a la práctica burda y grosera que se ejercía desde la conducción formal, expresada concretamente por los Herminio Iglesias, y por los tantos Herminio Iglesias que hay a lo largo y a lo ancho del país- le fueron quitando fuerza y vigor a nuestros militantes”* (Luis Rubeo, ex senador nacional, entrevista en Acosta, 1987: 250).

había obtenido en las elecciones provinciales de 1983 había sido posible gracias al acuerdo entre el sector de las 62 Organizaciones –cuyos referentes, como vimos más arriba, se habían consolidado como tales durante la dictadura militar- y el sector político representado por una “nueva generación” de dirigentes. Así lo describe Cevallo:

“En el año 1983 las fuerzas en presencia eran, por un lado, la vieja dirigencia, por otro lado, las 62 Organizaciones que aparecían revitalizadas frente al poder político como consecuencia de muchos años de ostracismo del sector político, y la nueva generación [...] Lo que se produce es una alianza de la nueva generación con las 62 Organizaciones y ese proceso permite el desplazamiento de la vieja dirigencia del justicialismo en la provincia de Santa Fe. Yo por eso digo [...] que el proceso de readecuación del justicialismo a las nuevas circunstancias de la vida del país va más avanzado que en el resto de las provincias” (Eduardo Cevallo, ex funcionario y diputado nacional, entrevista en Acosta, 1987: 97).

Y continuaba Cevallo:

“[Esa alianza] expresa la historia de la construcción dirigencial del justicialismo. El justicialismo tiene tres momentos de construcción dirigencial. Hay un momento que es el primer gobierno de Perón donde la dirigencia es de la vieja estructura que lo acompaña. Hay un segundo momento que es la época del vanderismo en donde fundamentalmente la estructura dirigente la brinda el sector sindical. Y hay un tercer momento que es fundamentalmente universitaria, la etapa nuestra. De modo que la lista 6 [que ganó la interna en 1983] de alguna manera resumía las últimas dos construcciones dirigenciales que había vivido el justicialismo” (ibid.: 101).

¿Quiénes constituían esta “nueva dirigencia” partidaria que buscó fortalecerse con el acuerdo con los sectores sindicales? La mayoría de ellos provenía de los grupos universitarios vinculados al Frente Estudiantil Nacional (FEN), agrupación creada por Perón en la segunda mitad de la década del sesenta, y cuyos miembros adscribían a tradiciones políticas no peronistas (comunistas, socialistas, marxistas, cristianos) que, en el contexto de radicalización política de las décadas del sesenta y setenta, terminaron por “peronizarse”. El FEN constituyó una ampliación de la red de militancia de Guardia de Hierro que se orientó a la formación de cuadros políticos entre la juventud, con fuerte arraigo en Santa Fe (Rosario y ciudad de Santa Fe), entre otros centros universitarios importantes (Buenos Aires, Córdoba, Mendoza, Mar del Plata) [Cucchetti, 2010 y 2005]⁵⁸.

⁵⁸ El FEN contuvo en sus orígenes ideales de izquierda, de corte anti-imperialista, con especial acento en un ideario nacionalista entre los estudiantes y las clases medias. Pero, a partir de 1971, sus miembros decidieron abandonar el enfoque armado, revolucionario o foquista, para centrarse en la formación de cuadros políticos, criticando fuertemente a los grupos armados y, en especial, dentro del peronismo, a Montoneros. La agrupación se legitimaba en una memoria de la Resistencia Peronista de los años ‘50 y ‘60, en las banderas “históricas” del movimiento, y en el seguimiento fiel del discurso y las directivas de Perón, contra las críticas que éste recibía tanto desde el “vanderismo” como desde la “izquierda” del movimiento (luego veremos que estas ideas estarán presentes entre los líderes del PJSF). Con una matriz de acción política fuertemente anclada en el trabajo territorial (de “retaguardia”), se disolvió luego de la muerte del líder del movimiento pero sus integrantes

Entre los ex miembros santafesinos del FEN se encontraban Eduardo Cevallo, Antonio Vanrell, Alberto Joaquín, Liliana Gurdulich, Víctor Reviglio y Raúl Druetta⁵⁹, junto a otros dirigentes que tuvieron una trayectoria posterior en el ámbito nacional como Julio Bárbaro, José Luis Manzano, José Octavio Bordón o Matilde Menéndez.

Ahora bien, lo que nos interesa recuperar aquí es la idea del “trasvasamiento generacional” que estos dirigentes traían de su militancia en el FEN y que recuperaron para significar su acceso al gobierno santafesino. En efecto, en la memoria del FEN el proceso de “trasvasamiento generacional” se correspondía con el proyecto de incorporación de cuadros militantes jóvenes al peronismo por medio de la práctica política institucionalizada en el partido, en abierta oposición a la lucha armada. Precisamente, la fusión entre la Guardia de Hierro y el FEN en 1972 provocó la creación de la “Organización Única del Trasvasamiento Generacional” (Cucchetti, 2010) la cual, aunque se disolvió con la muerte de Perón, tuvo como propósito retener a grupos de militantes jóvenes quienes, por una determinante generacional, no habían podido ocupar cargos políticos de relevancia durante los dos primeros gobiernos de Perón.

Fue esta idea de “trasvasamiento” la que dio sentido a la percepción de los dirigentes peronistas santafesinos de que ellos constituían una “nueva generación” de políticos, renovada, que venía a recuperar el poder luego del interregno dictatorial de 1976. Antonio Vanrell afirmaba que ellos estaban en el gobierno provincial “por omisión”; que eran “los que habían quedado” luego de los años de persecuciones y desapariciones sufridas por la juventud peronista más radicalizada durante la última dictadura militar:

“Los que eran de la estructura radicalizada, muy pocos quedan vivos. Obviamente, los que quedan vivos eran los que no habían incursionado en la estructura guerrillera. Y el recambio generacional hace que hoy todos gobernemos [...] Hoy estamos todos en el gobierno. Porque no hay más [...] Habría que hacer una lista de nombres de los que se fueron [...] pero no están más. Así que un poco estamos todos por omisión. No hay más que esto” (Antonio Vanrell, entrevista en Acosta, 1987: 150).

Una tercera idea, compartida por lo que luego fue la Renovación y que también se entronca, en parte, con el ideario del FEN, fue la de la necesidad de institucionalizar el

mantuvieron redes de socialización y algunos –como en el caso de los dirigentes del peronismo santafesino de los ‘80- se integrarían a los cuadros del PJ, siguiendo, *a posteriori*, las más diversas trayectorias (Renovación, mememismo, FREPASO, etc). Sobre este tema, se puede consultar Cucchetti (2010 y 2005).

⁵⁹ Los orígenes políticos de quienes luego conformaron el FEN eran muy heterogéneos: Joaquín y Cevallo provenían del PC, Reviglio y Druetta, de Guardia de Hierro y Vanrell, de la militancia cristiana.

movimiento justicialista y, dentro de él, el partido político. Recordemos que el propósito de democratizar el partido sin abandonar la tradicional figura de *movimiento político* fue uno de los principios constitutivos del planteo “renovador” desde el punto de vista de su principal ideólogo político, Antonio Cafiero. Al respecto, dice Altamirano en su análisis sobre el discurso renovador cafierista:

“Los renovadores no abandonaron la definición movimientista del peronismo –la distinción entre partido y movimiento, así como la superioridad de esta última forma sobre la forma partido, sería uno de los temas recurrentes en los debates y los razonamientos públicos acerca del carácter de la renovación- (...) Pero la valoración de la tradición movimientista irá asimismo acompañada de la advertencia de que ella no debía ser invocada para socavar el orden constitucional” (2004: 66).

En esta misma línea, los políticos del peronismo santafesino –quienes, recordemos, se habían aliado con los sectores que la “Renovación cafierista” (ibid.: 60) designaba como su “adversario”: el sindicalismo ortodoxo- se mostraban activos en la defensa de la “institucionalización del movimiento” y su constitución en “ramas”, lo cual no se contraponía a la realización de elecciones internas directas⁶⁰ ni a un pensamiento “actualizado”. Así lo demuestran los siguientes testimonios de Joaquín y Cevallo:

“Nosotros proponemos una reactualización –no uso el término ‘renovación’ porque, en definitiva, es una palabra radical- que se instaló en 1983 con la elección del gobernador. Hoy tratamos de plasmarla en la institucionalización del justicialismo con la reorganización completa de la rama política –cuyo primer paso fue el triunfo de nuestras ideas en la provincia-, con la reorganización de las 62 Organizaciones [...] esto es, la elección en Rosario de una dirección colegiada, y en tercer lugar la reorganización de la rama femenina. A esto se le debe sumar un papel institucional de la juventud en el justicialismo provincial” (Alberto Joaquín, entrevista en Acosta, 1987: 226).

“Yo me propuse trabajar por la institucionalización del Movimiento Nacional Justicialista. Allí aparece una figura que yo creo que es clave [...] que es la figura de Robledo. Yo digo el Robledo de los años ‘77, ‘78 y ‘79, que es el que formula una crítica más contundente a la inorganicidad y a la forma gregaria del justicialismo, e intenta nuclear a sectores de la vieja dirigencia [...] y a nuevos dirigentes” (Eduardo Cevallo, entrevista en Acosta, 1987: 96).

Aquí la institucionalización no vino, entonces, de la mano de la Renovación (Arias, 2004) y no era excluyente de un reparto del poder entre “políticos” y “sindicalistas”, tal como se lo suele presentar desde la literatura especializada en el tema (Levitsky, 2005). Era un tipo de

⁶⁰ Levitsky (2005) presenta la constitución del peronismo en “ramas” como un formato excluyente del procedimiento de elecciones de los candidatos de manera directa por los afiliados. Según el autor, el sector de la Renovación habría promovido este segundo mecanismo al interior de la organización en detrimento de la organización en ramas, pero vemos que en el caso del PJSF no se presentan como mecanismos opuestos. En otras palabras, se promovía el mantenimiento de las “ramas” pero por vía de la realización de elecciones directas.

institucionalización concebida como la integración de los distintos sectores del movimiento peronista, ya sea por medio de la institución informal del “tercio” (un tercio de las candidaturas para cada “rama” del movimiento) o mediante reglas y procedimientos “democráticos” que recuperaban, no obstante, la intención de “jerarquizar” al partido⁶¹ y darle un nuevo lugar a la dirigencia política sin excluir, completamente, a la dirigencia sindical.

Así, por ejemplo, en 1983 la lista de candidatos a diputados nacionales estuvo compuesta por tres representantes del sindicalismo y seis del sector político, en 1986 la composición fue de dos sindicalistas en el 2º y 3º lugar de la lista y en 1988 el único sindicalista de la lista ocupó el 3º lugar (Lacher, 2015). Es decir que si bien en cantidad de lugares el sector sindical del PJ fue perdiendo espacio, se encontraron mecanismos de institucionalizar los lugares a ocupar por unos y otros, tanto en el nivel de las candidaturas legislativas nacionales como en las provinciales (donde la representación sindical era mayor que en las nacionales) y en los cargos partidarios (ibid.). Este reparto más o menos compartido del poder entre ambas fracciones se interrumpirá, sin embargo, con la llegada de Reutemann al poder.

En síntesis, la dirigencia del PJSF recuperó como valores propios—antes de la emergencia del fenómeno de la Renovación dentro del peronismo— la necesidad de realizar elecciones directas para elegir candidatos; se concibió a sí misma como una dirigencia nueva que se distinguía tanto del sector sindical como de dirigentes “viejos”; y valoró positivamente la necesidad de institucionalizar el partido, sin perder de vista la constitución movimientista del peronismo.

1.2.2 La “Cooperativa” santafesina como atributo distintivo del ejercicio del poder en el PJSF

⁶¹ La recuperación de la figura de Robledo por parte de algunos dirigentes del PJSF suponía incorporar los postulados de lo que, Maronese y otros, denominaron la “derecha anti-verticalista” del peronismo en el contexto de la Transición Democrática (eje Robledo-Matera-CGT Azopardo). Este sector del peronismo promovía la jerarquización del partido político por sobre el movimiento (aunque, en nuestro caso, como decimos, no se desestimó por completo la forma “movimiento” en este periodo), la promoción de la democracia interna y la oposición a las prácticas violentas como forma de dirimir los conflictos (1985: 247). Esta corriente fue, a nivel nacional, la más dialoguista con el Proceso de Reorganización Nacional y se oponía a la figura de Isabel Perón como conductora del peronismo. En efecto, el sector liderado por Rubeo —que se alineó con Matera a nivel nacional— fue acusado de “golpista” por los sectores del gremialismo “combativo”: *“Aquellos que han sido golpistas o peronistas según su conveniencia no son compañeros, y esos tienen nombre y apellido: se llaman Luis Rubeo y compañía [...] Tenemos que dejar de gritar ‘¡Viva Perón!’ para realizar las obras que él nos indicó* (Hugo Ortolán, dirigente sindical de la CGT Calle Italia, 15/7/83, Proclamación de la lista 8, en Acosta, 1987: 153).

Dado este panorama, persistía, sin embargo, un dilema clave irresuelto en el PJSF: el del liderazgo. Este no era, por cierto, un problema sólo del peronismo santafesino sino que constituía un factor central a resolver de la propia identidad y del funcionamiento organizacional de un partido o movimiento considerado como “carismático” y, por lo tanto, sumamente dependiente de la figura y las decisiones del líder. Algunos autores señalan, justamente, que el dilema principal del peronismo a nivel interno a la vuelta de la democracia había consistido en organizarse como partido en una situación de orfandad luego de la muerte de Perón (Arias, 2004; Maronese y otros, 1985; Mustapic, 2002; Palermo y Novaro, 2003; Yannuzzi, 1996). Hay que recordar, además, que esta fuerza política había padecido una dispersión, fragmentación y represión de sus cuadros políticos de izquierda y sindicales de base durante la dictadura de dimensiones mayores que la sufrida por otros partidos (Maina, 2014; Palermo y Novaro, 2003; Yannuzzi, 1996).

En una situación muy diferente se encontraban, por ejemplo, la UCR y el PDP. En Santa Fe el radicalismo tenía entre sus cuadros a figuras importantes como Luis Cáceres, Aníbal Reynaldo y Adolfo Stubrin, conductores de la Junta Coordinadora Nacional y del sector alfonsinista de Renovación y Cambio, quienes lograron una importante renovación de sus autoridades durante el periodo militar y mantuvieron una gran movilidad interna (Aboy Carlés, 2001; Palermo y Novaro, 2003; Yannuzzi, 1996). El PDP (tercer partido provincial en importancia), por su parte, había ejercido el gobierno de algunas ciudades (por ejemplo, Rosario) y colaborado con el gobierno *de facto* en la gestión provincial posibilitándole a su principal líder, Alberto Natale, posicionarse rápidamente como candidato a gobernador en 1983 luego de renunciar a su cargo como intendente rosarino (Aguila, 2008; Maina, 2014; Yannuzzi, 1996).

La dispersión interna que experimentaron los cuadros políticos del PJ los encontró en 1983 en una situación en la cual no tenían demasiada certeza sobre cuál era la fuerza relativa de cada sector y sobre cuál de los liderazgos podría imponerse, finalmente, entre los demás. El proceso de definición de candidaturas fue complejo, en parte, por la multiplicidad de jefes políticos que reclamaban para sí ser representantes de una línea interna del partido (Maina, 2012). Según Maina, se podían contabilizar un mínimo de 20 corrientes internas en el peronismo para las elecciones de 1983 (2012: 5).

De este cuadro de situación se desprendieron dos consecuencias. Por un lado, como describimos más arriba, debió buscarse una figura que se posicionara por encima de los diversos sectores en pugna, siendo Vernet el elegido para cumplir ese rol. Por otro lado, el futuro gobernador debió permitir la representación de esos múltiples sectores en su estructura de gobierno, incluidos los dirigentes sindicales (tanto los de la lista ganadora en la interna-^{n°6}- como los de su competidora –^{n°2}- que poseía una estructura sólida y muy extendida en todo el territorio provincial encabezada por Luis Rubeo). Al respecto, expresaba Rubeo:

“[Vernet] no había conducido ninguna línea en la provincia. Él era una expresión nueva aún cuando sus antecedentes militantes tuviesen antigüedad; él no había sido una expresión acrisolada, un conductor de sectores que poseyera hombres alineados detrás de él. Así que imagino que lo que él hizo fue expresar lo que había sido el comicio. Hombres de la lista 2 y de la lista 6 [en la composición del gabinete]” (Luis Rubeo, entrevista en Acosta, 1987: 245).

Las disputas entre las distintas líneas del partido no cesaron, sin embargo, a lo largo del mandato de Vernet, agravadas por el hecho de que la conducción del partido –a cargo de Carignano- no respondía linealmente al gobernador. A ello había que sumarle los vaivenes por los que había atravesado el partido como fuerza opositora a nivel nacional durante los primeros años de la vuelta del régimen democrático (Baeza Belda, 2010; Maina, 2012).

A diferencia de figuras como las de Cafiero en Buenos Aires, Menem en La Rioja, Saadi en Catamarca, Bordón en Mendoza o De la Sota en Córdoba, el peronismo santafesino careció durante estos años de un único líder que controlara el partido y se impusiera por sobre los diversos sectores. Vernet reconocía que

“...acá se dio algo muy raro. El justicialismo no estaba para ser verticalizado, no delegaba la conducción estratégica, no aceptaba el asesoramiento. Cada uno estaba en su propia verdad [...] Ellos [querían] imponer un modelo en que yo era el administrador y todos los demás eran los políticos” (José María Vernet, entrevista en Acosta, 1987: 213).

Al carecer de una única figura representativa la dirigencia peronista santafesina fue reconocida con un apelativo que expresó, en cierta medida, esa ausencia: el de Cooperativa. Es decir, la idea de que la conducción del partido y del gobierno era asumida por un conjunto de dirigentes que participaban con cuotas similares de poder en la toma de decisiones de ambas esferas. José Weber lo define de esta manera:

“No había un liderazgo fuerte: Reviglio era uno de los líderes, Rubeo era otro de los líderes, Carignano era otro de los líderes, Cardozo era otro de los líderes [...] que se juntaron y armaron lo que se llamó la Cooperativa” (José Weber, ex ministro de la Producción, entrevista propia, 26/11/14).

Los propios actores le daban a la noción de Cooperativa un sentido positivo como “método de construcción política” en un ambiente compuesto por una variedad de liderazgos e, incluso, como un concepto plural y democrático de participación de los distintos sectores. En esos términos lo expresaba Vernet:

“[En 1983] estábamos todos dispersos [...] era una anarquía total [...] Ahí nace lo que, después, trataron de desvalorizar –el propio peronismo, entre ellos, Carignano, con la Interdepartamental-, que era el concepto de la Cooperativa como método de construcción política. Surge como un criterio de un formado en economía, como yo [...] ‘Acá cada uno tiene su quintita, se pelea con el vecino [...] Acá hay que juntar todo y poner una conducción peronista’ [...] donde se le da lugar a todos y soportar a todos [...] También tenía que servir para evitar el continuismo [de una misma persona en el poder]” (José María Vernet, entrevista del Archivo de Historia Oral. Programa Historia y Memoria, UNL).

Rubeo utilizó, también, esta categoría para designar con tono irónico la decisión tomada por parte de la lista Interdepartamental n° 6 –competidora suya- de unirse con propósitos oportunistas para disputarle la candidatura a gobernador en la reñida elección interna de 1983:

“Los votos de la otra lista [la lista 6] eran votos de sectores que se habían unido nada más que para la contienda electoral y que luego se dividieron apenas terminada ella. Por eso es que apareció la candidatura de Taparelli por un lado, la de Cevallo por el otro, y la de Vernet por el otro. Se unieron para disputar el poder conmigo. Terminado el comicio se dividieron. Como siempre aconteció. Por eso yo digo que fue una ‘cooperativa’” (Luis Rubeo, entrevista en Acosta, 1987: 242).

En ocasión del armado de la nueva conducción nacional que encabezó Cafiero en 1988, José Luis Manzano, al ver que por lo menos cinco dirigentes santafesinos querían integrar la lista (Vernet, Reviglio, Cardozo, Rubeo, Cevallo), expresó:

“Pero, ustedes [por los santafesinos], ¿son una cooperativa!” (entrevista realizada a Reviglio en el programa televisivo “Palabra”, 24/6/10, [disponible en <<https://www.youtube.com/watch?v=wwHvEIygvkA>>).

Como vemos, la idea de Cooperativa podía utilizarse tanto en un sentido positivo como negativo pero expresaba, por sobre estas dos aristas de sentido, una misma situación de ausencia de un liderazgo que aunara detrás de sí al amplio espectro partidario. No constituía, como ha sido interpretado, “un núcleo de poder muy poderoso dentro del peronismo santafesino” (Baeza Belda, 2010: 1347) sino, por el contrario, la falta de una única conducción que concentrara el poder. Era, menos ambiciosamente, una manera de designar – en este caso particular- el lugar vacío dejado por el “líder”.

Ahora bien, este monopolio del poder no concentrado en una sola persona condujo –con el paso del tiempo- a la percepción de que se había conformado una élite dirigente la cual, en

tanto tal, se había apropiado de la toma de decisiones en el partido y, en especial, de las decisiones relativas a la selección de los candidatos. Es decir que la concentración del poder partidario estaba asentada en varias personas en lugar de una sola. La etiqueta de Cooperativa, por lo tanto, fue desplazando su sentido hacia una noción más claramente negativa vinculada a un tipo de acción política en el interior del partido que tenía como *modus operandi* la toma de decisiones por medio de mecanismos oscuros, no democráticos y cerrados hacia el interior de la élite. Este modo de acción se manifestaba, principalmente, al momento de seleccionar candidatos para los distintos cargos. Si bien, como hemos detallado, el peronismo santafesino realizó en reiteradas ocasiones elecciones internas directas para elegir candidatos a cargos partidarios y cargos públicos (en 1985, 1986 y 1988), éstas estuvieron atravesadas permanentemente por acusaciones cruzadas de fraude e ilegalidad y por pedidos de impugnaciones de los resultados (Maina, 2007; Baeza Belda, 2010). La situación de conflictividad entre los distintos sectores se suspendía en el momento de las elecciones generales (a las cuales el peronismo concurría unido), pero luego recomenzaban las disputas en vistas a las elecciones siguientes. Algunos autores hablan, por ello, de una dinámica de “eterna interna” en el PJSF durante los ochenta (Maina, 2007; Baeza Belda, 2010) la cual combinaba procedimientos democráticos con prácticas reñidas con esa lógica, en un partido cuya ausencia de liderazgo le impedía estabilizar las sucesivas situaciones conflictivas.

Fue en ocasión de las elecciones municipales de noviembre de 1989 –en las cuales los candidatos del peronismo perdieron en las ciudades de Santa Fe y Rosario- cuando el grupo dirigente asociado a la Cooperativa empezó a constituir el blanco de las críticas por parte del resto de la dirigencia. En esa coyuntura se extendió la idea de que los modos de acción no democráticos de la élite partidaria conducían a una lógica de “internismo” que perjudicaba el desempeño electoral de la fuerza⁶². Desde entonces, la Cooperativa comenzó a ser sinónimo de un ejercicio “cerrado” y anti-democrático del poder que tenía como fundamento la realización de acuerdos espurios a espaldas de los afiliados y del resto de los dirigentes. Los siguientes fragmentos –enunciados por los dirigentes Vallejos y Obeid, respectivamente- expresan este rasgo:

“*La cooperativa de seis o siete dirigentes que ordenan cuotas de poder*” (Enrique Vallejos, ex diputado nacional, *EL*, 12/12/89).

⁶² Nos extenderemos sobre este tema en particular en el próximo capítulo.

“Las viejas cooperativas políticas acordaban candidatos a espaldas de la gente” (Jorge Obeid, ex gobernador e intendente de la ciudad de Santa Fe, entrevista realizada en el programa televisivo “Nuestras voces”. [en línea]. [consulta: 1/5/13]. Disponible en: <<https://www.youtube.com>>

El clivaje que aparece con la denominación de la Cooperativa se vuelve, entonces, más preciso para identificar a los principales dirigentes que protagonizaron la dinámica del peronismo en este distrito durante la década del ochenta, en lugar del clivaje Ortodoxos *versus* Renovadores. Como vimos antes, resulta imposible definir y establecer límites nítidos entre uno u otro colectivo (Férrandez, 1993; Baeza Belda, 2010; Kohan, 1993; Maina, 2012), principalmente, porque los propios actores no se identificaban a sí mismos con esas categorías. Sí lo hacían, en cambio, con la etiqueta de la Cooperativa, la cual constituirá, en efecto, la frontera política (Aboy Carlés, 2001) contra la cual Reutemann definirá los límites de la conformación de una nueva elite al interior del PJSF.

1.3 Un “peronismo nuevo”: representación tradicional y primeros desplazamientos de la identidad peronista en Santa Fe

Teniendo en cuenta las características que hemos presentado hasta aquí sobre la dirigencia peronista santafesina, en este tercer apartado precisaremos los componentes del tipo de representación política que ésta desplegó entre 1983 y 1991. Esta dimensión resulta especialmente importante porque en los capítulos sucesivos abordaremos la emergencia del liderazgo de Carlos Reutemann como la expresión de una mutación en esa forma representativa. En lo que sigue, entonces, describiremos aquellos aspectos del vínculo representativo y de la identidad peronista que experimentarán un gran contraste con el arribo de Reutemann al gobierno, como así también aquellos elementos que comportarán cierta continuidad desde su inicial despliegue durante estos años.

El periodo iniciado con el derrumbe del régimen militar en 1983 constituye uno de los procesos históricos recientes que mayores atracciones analíticas ha suscitado. El análisis del despliegue de la llamada “democracia de partidos” (Cheresky y Pousadela, 2004; De Riz, 1986; Novaro, 1994), el problema de la “transición” democrática (Lesgart, 2003; O’ Donnell y otros, 1988; Portantiero y Nun, 1987), el desempeño y el rol de los partidos políticos (Calvo y Escolar, 2005; De Riz, 1986; Maronese y otros, 1985; Palermo y Novaro, 2003), el desarrollo de las campañas y los discursos electorales (Arfuch, 1987; Borrini, 1987; Landi, 1988; Muraro, 1997; Vommaro, 2008) y la comprensión de las identidades y tradiciones políticas (Aboy Carlés, 2001; Altamirano, 2004; De Ipola, 1987; Garategaray, 2005)

constituyeron los tópicos más transitados para abordar la época. En particular, el estudio de los componentes de la representación política quedó asociado al análisis de los partidos políticos en tanto que actores centrales de la canalización del vínculo representativo, mientras que hubo que esperar a los años noventa para que la literatura abordara el problema de las mutaciones en la forma y los contenidos de dicho vínculo, una vez que los partidos dejaron de constituir una instancia medular en la conformación y expresión de las voluntades colectivas (Annunziata, 2012; Cheresky, 2008; Mauro, 2014; Novaro, 1994; Nun, 1995; Palermo, 1990; Rinesi y Vommaro, 2007; Torre, 2003; Yabkowski, 2012).

En líneas generales, entre 1983 y 1989 los cambios en la forma en la cual los políticos y los partidos establecieron su relación con la ciudadanía pueden identificarse dividiendo el periodo en dos. Un primer sub-periodo (1983-1987) en el cual los partidos mayoritarios (peronismo y radicalismo) buscaron diferenciarse entre sí en torno a algunos elementos sobresalientes. Por un lado, el radicalismo apuntó a promover un vínculo con la ciudadanía buscando establecer una fuerte ruptura con el pasado militar (Aboy Carlés, 2001; Landi, 1988), apelando a la “democracia” como valor fundamental (Barros, 2002) e interpelando a un electorado amplio, principalmente compuesto por los denominados “nuevos sectores medios” (Catterberg, 1989). Por su parte, el peronismo se mantuvo más fuertemente atado en su discurso a la historia del movimiento (y a su condición de mayoría “natural”) [De Ipola, 1987; Vommaro, 2008], interpeló esencialmente al electorado partidario (Arfuch, 1987) y fue más ambiguo en su condena al periodo dictatorial anterior. Hacia 1987-1989 (segundo sub-periodo) con la experiencia de la derrota del PJ de por medio, los políticos justicialistas rescataron la democracia como valor fundamental, pero le agregaron un componente de “justicia social” que el radicalismo no estaría atendiendo (Altamirano, 2004; Garategaray, 2005). Asimismo, subordinaron al sindicalismo como corporación integrante del movimiento peronista (Levitsky, 2005) y empezaron a privilegiar estrategias proselitistas no tan vinculadas a las modalidades del pasado (como los actos masivos) sino más enfocadas en captar a un electorado no definido partidariamente (“indeciso”, “independiente”) a través de una estrategia innovadora: las caravanas por el territorio (Fabris, 2006; Vommaro, 2008; Waisbord, 1995).

En Santa Fe, la forma que tuvo el peronismo entre 1983 y 1989 de construir la relación de representación no difiere de lo sucedido a nivel nacional. En primer lugar, observamos que el discurso de las principales figuras políticas del periodo remite –en línea con un tipo de

representación que aquí llamaremos “tradicional”- a las figuras de Perón y Evita como uno de los ejes centrales en torno de los cuales se buscó construir el vínculo con el electorado. El candidato a gobernador, Vernet, exclamaba en el último acto previo a las elecciones en la ciudad de San Cristóbal:

“Los que estamos aquí estamos unidos por el amor a Perón y Evita, somos el pueblo que está de pie y el próximo domingo le vamos a demostrar a la oligarquía y a la antipatria cómo se la destruye democráticamente con el voto del pueblo en las urnas” (LC, 28/10/83).

Y, una vez electo, declaraba:

“Estoy aquí para gobernar con todos los habitantes de esta provincia, para gobernar con el espíritu justicialista, con la ideología justicialista y con los objetivos de grandeza que nos legaron el General Perón y Eva Perón” (LC, 12/12/83).

En este fragmento se observa una operación típica del discurso populista: la identificación de una parte de la comunidad (los “justicialistas”) con la voz del gobernador que representa a toda la comunidad (Aboy Carlés, 2010)⁶³. El vínculo con la historia de los primeros años del peronismo se tejía casi sin solución de continuidad: los “compañeros” venían a cumplir el “mandato de Perón”. Así, continuaba Vernet:

“Los que estamos aquí, compañeros, somos aquellos que en algún momento fuimos los niños privilegiados de Eva y somos los que hoy venimos a cumplir el mandato de Perón, que es la reconstrucción de la Nación y la felicidad del pueblo argentino” (LC, 28/10/83).

La gravitación de la figura del líder en la construcción del vínculo político era tal que se le otorgaba un lugar, no en el pasado, sino en el presente de la historia, aún en un contexto en el cual el peronismo iba a elecciones, por primera vez, “sin su presencia física”. En este sentido se expresaban los candidatos Martínez y Gurdulich:

“Perón ganó las elecciones que lo llevaron a la primera presidencia desde la cárcel, las del ‘73 desde el exilio y las del ‘83 las ganará desde el cielo” (Carlos Martínez, candidato a vicegobernador, en LC, 7/10/83).

“La patria está en peligro [...] Lo que no comprenden nuestros enemigos es que hemos sido preparados para que sin su presencia [por Perón] afrontemos estos momentos” (Liliana Gurdulich, candidata a senadora nacional, en LC, 7/10/83).

⁶³ Según Aboy Carlés, el peronismo históricamente se ha comportado como una identidad que ha alternado entre una dimensión “nacional-estatal” (relativa al mantenimiento del “Orden” político y social, y al cierre interno del campo político sobre la base de una dimensión nacional) y otra dimensión “nacional-popular” (es decir, una dimensión reformista de conquistas sociales, de movilización de los trabajadores, de ruptura del orden). El advenimiento del menemismo abandonaría la segunda dimensión (2001).

La memoria de la figura del líder y de Evita venía unida a la memoria del mito peronista por excelencia: la jornada del 17 de octubre de 1945. Así como el pueblo se había manifestado en las calles en 1945, así también lo hacía en 1983, “anticipando” el triunfo. Eduardo Cevallo, candidato a intendente de Rosario, decía:

“El peronismo ganó las calles para festejar la jornada histórica del 17 de octubre de 1945. El pueblo en las calles ha demostrado la vigencia del justicialismo y anticipa el triunfo del 30 de octubre. Lo hicimos bajo el signo de la paz y la convocatoria a la unidad nacional” (Eduardo Cevallo, en LC, 18/10/83).⁶⁴

El vínculo entre representantes y ciudadanos se construía, entonces, fuertemente en torno a la una identidad partidaria “tradicional”. La condición de “peronista” se adquiría desde el entorno familiar y se proyectaba hacia colectivos mayores (la “provincia”, la “Nación”, el “pueblo”). En estos términos se expresaba Vernet:

“Tenemos la certeza de que nada mejor nos podría haber pasado en la vida que haber nacido peronistas [...] Enterrar definitivamente los sueños de la oligarquía [...] Cada peronista de Santa Fe será una trinchera que defenderá la provincia, la Nación y la felicidad del pueblo argentino” (Vernet, en LC, 28/10/83).

Efectivamente, según Martuccelli y Svampa, en las narraciones de todo militante peronista “existe una voluntad de insertar el compromiso dentro de un desarrollo histórico ‘natural’” (1997: 155), de enlazar su historia personal -la cual, en muchos casos, comienza con el nacimiento en una “familia peronista”- con un proceso colectivo⁶⁵.

Para el año 1987, si bien el peso de las figuras históricas del peronismo había mermado en el discurso de los candidatos, igualmente se mantenía presente. Así hablaba Venesia, importante dirigente del peronismo santafesino, ante el nuevo triunfo del PJ al frente de la provincia:

“Este es el pueblo que es fiel a la mente de Perón y al corazón de Evita [...] El peronismo ha vuelto a ser la alternativa de poder en todo el país. El peronismo vuelve a ser el eje de toda transformación futura. En santa Fe este triunfo es el resultado de toda la gestión del gobierno justicialista y por haber democratizado todas las estructuras partidarias y poner al frente de las listas a los mejores hombres” (Gualberto Venesia, diputado nacional, en LC, 7/9/87).

⁶⁴ La “cantidad de participantes” en actos públicos durante la campaña de 1983 constituyó uno de los “indicadores prácticos” dominantes que utilizaron los políticos y los periodistas como forma de otorgar sentido simbólico y práctico a la acción de la lucha político-electoral (Vommaro, 2008). La cantidad de manifestantes en las calles conformó una verdadera “lucha por los números” entre las fuerzas mayoritarias (UCR-PJ) como forma de lectura de la competencia en los últimos meses de la campaña (ibid.: 30).

⁶⁵ Este aspecto de la narrativa peronista sufrirá una ruptura total en la reconstrucción que el discurso de Reutemann hará de su vínculo con el peronismo (ver capítulo 4).

El segundo elemento que encontramos como propio de una representación de tipo “tradicional” es aquel que recupera el pasado de militancia y lucha política y social a lo largo de la historia del movimiento. Es, especialmente, sobre este elemento que se marcará una ruptura fundamental en el tipo de representación que construirá Reutemann, puesto que el vínculo no remitirá a un pasado común de militancia política sino que se formará en torno a valores de índole moral y a experiencias subjetivas e inter-personales de Reutemann con los líderes del peronismo.

Los dirigentes peronistas durante los años ochenta aludían a su pasado de lucha y militancia como un atributo a representar –atributo que, por cierto, no era prioritario del peronismo. Así, el gobernador Reviglio reivindicaba su pasado de “detenciones” por “defender” un estilo de vida:

“En épocas en que hablar de democracia era un delito y nuestras ideas no podían expresarse en las urnas, fui detenido como tantos otros argentinos por defender el estilo de vida [...] Esto, lejos de resentirme, ha fortalecido mi convicción democrática” (Víctor Reviglio, candidato a gobernador, en LC, 2/9/87).

En el mismo sentido, en ocasión de su candidatura a presidente del PJSF en diciembre de 1988, Reviglio interpretaba el merecimiento de dicha postulación basado en su larga trayectoria política y militante:

“Yo [fui] candidato a presidente del partido, y [tenía] todo el derecho: por toda la historia, porque si yo gané [la gobernación] y gané tan bien como gobernador, fue por mis antecedentes políticos, fue por haber sido un hombre presto, fue porque hice un buen ministerio cuando fui subsecretario, fue por el tipo de campaña, fue por un montón de cosas que todo el mundo me reconocía a mí, y sabían que no era un hueso fácil” (Víctor Reviglio, entrevista del Archivo de Historia Oral. Programa Historia y Memoria, UNL).

Así lo entendían también las organizaciones sindicales que apoyaban a los candidatos del partido:

“Dichos compañeros, que reúnen militancia, capacidad y honestidad, prestigian nuestro partido” (dirigentes de las 62 Organizaciones Peronistas, en LC, 3/9/87).

El valor de la militancia política venía asociado estrechamente a otro: el rol del *político* como figura central del vínculo representativo. Esta recuperación del hombre político se comprende, en primer lugar, por la búsqueda de diferenciación interna por parte de los dirigentes que provenían de una militancia universitaria “no sindical”, entre la “rama sindical” y la “rama política” del partido (Yannuzzi, 1996). En segundo lugar, la revalorización del personal político del PJ se enmarca en el proceso mayor de recuperación del papel de los

partidos y de los “políticos de partido” durante la Transición Democrática que mencionábamos más arriba. Así lo expresa uno de los principales referentes políticos del peronismo santafesino de estos años, Eduardo Cevallo:

“Desde 1983 en adelante el fenómeno más importantes es, en principio, el desarrollo de la rama política y el sentido de pertenencia de toda la dirigencia y la militancia política en el sentido de participar en una parte importante del Movimiento Nacional Justicialista” (Cevallo, ex Ministro de Gobierno de Vernet, entrevista en Acosta, 1987: 102).

El mismo gobernador Vernet, una figura que no conducía ninguna línea interna del partido al momento de definirse su precandidatura, buscaba posicionarse como un “político”, por oposición a la imagen de “técnico” que portaba debido a su actividad profesional como economista y asesor gremial:

“Mi éxito profesional no fue por profesional, sino por político. Cuando uno lee mis trabajos [...] se nota que el ingrediente político es superior al técnico. Yo nunca fui un tecnócrata. Siempre fui un político que usó la técnica como herramienta” (Vernet, entrevista en Acosta, 1987: 207).

Este atributo de la figura del político va a contrastar fuertemente con la imagen que presentará Reutemann durante la campaña como candidato a gobernador por el PJ. La presentación de sí como una persona “no-política” expresará una mutación importante en el formato representativo, que pasará a constituirse radicalmente por oposición a los “políticos tradicionales” a partir del atributo de la “anti-política”⁶⁶. Durante estos años, por el contrario, la distinción en tanto que “político” profesional constituyó un recurso para posicionarse entre la elite política del peronismo y de todo el arco partidario, en general.

Un tercer elemento propio de las identidades políticas tradicionales presente durante este periodo es la figura del *pueblo*. El *pueblo* constituyó un sujeto ambiguo y, a la vez, central en el universo discursivo y simbólico del peronismo en tanto que identidad popular. Por un lado, refería a una “parte” de la sociedad –los “trabajadores”- y, por el otro, se erigía como una categoría global, que incluía a “toda” la sociedad en la figura de la “nación” (Aboy Carlés, 2001; Sigal y Verón, 2003; Martuccelli y Svampa, 1997). Se constituía en un juego pendular y ambiguo como *plebs* y como *populus* a la vez (Aboy Carlés, 2010).

Esta ambigüedad puede advertirse en el siguiente fragmento del discurso de asunción de Vernet. Véase cómo los dos aspectos del pueblo están imbricados sin solución de

⁶⁶ Trataremos *in extenso* este punto en el capítulo 3.

continuidad en la palabra del gobernador. Éste le habla al “pueblo”, que es *plebs* (de donde “había salido”, quien lo había “educado”) y, al mismo tiempo, *populus*, es decir, el colectivo mayor al cual él venía a representar y “servir”:

“Nosotros llegamos aquí porque salimos del pueblo, porque el pueblo nos ha formado, nos ha educado y nos ha entregado y nosotros no renegamos del pueblo. Estamos aquí para cumplir con un mandato y para servir al pueblo y no servirnos del pueblo” (LC, 12/12/83).

Hacia 1987 la representación seguía entronizando al pueblo como sujeto político, a pesar de que desde ese año las campañas electorales y la comunicación política comenzaron a innovar en algunos aspectos en la manera de relacionarse los representantes con los representados⁶⁷. En efecto, Reviglio se dirigía al pueblo en el acto de cierre de su campaña identificando al peronismo con el conjunto del “pueblo argentino”, y apelando a una memoria cara al peronismo: la de los años de proscripción política. Decía Reviglio:

“Yo quiero agradecerles este magnífico acto. Es el pueblo que manifiesta su fervor y lealtad a una causa que es la mayoría del pueblo argentino. Dentro de pocos días [...] el pueblo argentino vuelve a las urnas para manifestar su voluntad. Eso tantas veces negado no solo a los argentinos sino particularmente al peronismo” (LC, 4/9/87).

Un cuarto y último elemento que identificamos como constitutivo de la “representación tradicional” en el peronismo de estos años fue la idea de *democracia* asociada a la *justicia social*. Esta idea se enmarcaba en el debate en torno a una concepción “formal” de democracia (representada por el discurso de Alfonsín) por oposición a una democracia que – respetando las reglas formales del régimen democrático- incorporara el elemento sustancial de la “justicia social”, propio de la tradición peronista. La concepción de una democracia con justicia social estuvo presente tanto en el discurso de Vernet como en el de Reviglio, constituyendo un valor en sí mismo a lo largo de todo el periodo transicional. Ambos mandatarios afirmaban:

“Hoy empezamos una nueva etapa en el país. Juntos tenemos que crear un lugar digno para vivir. La democracia se construye en cada momento y la justicia social es el fundamento de la democracia” (Vernet, en LC, 12/12/83).

“[El PJ] ha recuperado no solamente la imagen sino también el poder de convocatoria [...] Pretendemos una democracia fuerte, que significa vivir en un Estado de Derecho pero

⁶⁷ A partir de la campaña de 1987 se produjeron algunas innovaciones en términos de estrategias proselitistas de los candidatos y de la esfera de la comunicación política. Por un lado, la categoría del “indeciso” comenzaría a ganar terreno en la interpretación de la competencia electoral aunque los partidos todavía se centraban en movilizar al electorado partidario. Por otro lado, se innovó en la práctica a partir de las “caravanas” por el territorio y de la realización del primer debate televisivo entre candidatos (Vommaro, 2008).

también en un Estado con justicia social, donde exista la solidaridad y por sobre todas las cosas la participación” (Reviglio, en LC, 8/9/87).

Ahora bien, la ilusión de construir el vínculo con la ciudadanía sobre la base de estos componentes tradicionales de la identidad tuvo corta duración⁶⁸. En especial en el peronismo que fue –de los dos partidos mayoritarios- el que más se había aferrado a la historia del movimiento como uno de sus ejes en su vínculo con los representados (Vommaro, 2008)⁶⁹.

En efecto, si hacia 1983 la nominación del movimiento (“peronista”) adjetivaba cada una de las entidades que aparecían estructurando el discurso (“gobernador”, “pueblo”, “provincia”, etc.), hacia 1987 el apelativo estuvo ausente en los principales slogans de campaña. Veamos, por ejemplo, la transformación operada en este sentido a partir de dos frases de propaganda que aparecían en la prensa local:

“Para servir a la causa del pueblo, José María Vernet: gobernador peronista de Santa Fe. El peronismo siempre cumple” (LC, 2/10/83).

“No vote solamente por usted⁷⁰. Vote por su familia, por sus amigos, por toda esa comunidad que desea progresar en paz, alcanzando la felicidad a través de sus logros y realizándose en una comunidad. Nosotros ya estamos trabajando para eso [...] para que usted se sienta integrado a sus semejantes” (LC, 1/9/87).

En la campaña de Reviglio –en cuyo diseño y estrategia intervino un grupo de expertos en marketing político- fueron apareciendo algunas marcas de elementos que serán propios de la mutación de la representación política operada con más claridad a partir de la campaña y el gobierno de Menem desde 1989. En este sentido, advertimos en primer lugar algunos signos de la “personalización” (Manin, 2006; Novaro, 1994) del vínculo político que están completamente ausentes entre 1983 y 1987. En una propaganda electoral en la prensa se leía:

⁶⁸ Cheresky y Pousadela (2004) señalan que entre 1983 y 1987 la democracia argentina vivió una especie de “idilio” con los partidos políticos. Sin embargo, simultáneamente los partidos estaban atravesando una transformación acorde con los cambios en todas las democracias occidentales que se tornaría más visible hacia fines de la década del ochenta. Del pasaje del sujeto *pueblo* al sujeto *ciudadano* (más identificado con esta corta “democracia de partidos”), los noventa dieron luego lugar a la constitución de un tercer sujeto, la *gente*, constitutivo de una democracia en la cual los partidos ya no tendrán un papel protagónico en la generación del vínculo representativo.

⁶⁹ Según Cheresky y Pousadela, en 1983 “hubo dos campañas claramente diferenciadas (...): la campaña justicialista fue de naturaleza ‘introspectiva’ –una reafirmación de la identidad compartida, una puesta en escena de los ritos partidarios dirigida a los militantes (...)- y centrada en el partido como etiqueta más que en el candidato de ocasión [mientras que] la campaña de Alfonsín puso un énfasis notable en la presencia del candidato y se basó en la apelación a la sociedad en su conjunto, y en esfuerzos (exitosos) por imponer temas novedosos en la agenda político-electoral” (2004: 17-18).

⁷⁰ Este aviso parece dialogar con un slogan radical que decía “Vote por usted”.

“Mujeres y hombres de todas las edades expresamos nuestro sentir democrático privilegiando la confiabilidad en el hombre como garantía de sus propuestas. Nuestra confianza en el Dr. Víctor Felix Reviglio y en sus convicciones, sostienen este apoyo” (LC, 3/9/87).

En este aviso aparece explícitamente la idea de que los ciudadanos privilegian en su decisión electoral el vínculo de confianza para con una persona, en este caso, Reviglio, como garantía de la expresión de sus intereses. La relación de representación ya no está basada en la referencia a una tradición política común, o en la adhesión a un partido político (como en el caso de Vernet, “gobernador peronista”), sino por la confianza en la persona del candidato y en las convicciones que él expresa⁷¹. En este otro aviso aparece también la intención de prescindir de las marcas partidarias como constitutivas de los límites que definen el vínculo representativo:

“Empresarios de la industria, del comercio y servicios, de la producción agropecuaria, trabajadores y pasivos del sector privado y del Estado, profesionales, intelectuales y estudiantes, sin limitaciones de carácter partidario, convocamos al rescate de los valores de la producción y el trabajo, de la eficacia en las prestaciones del Estado y de proyectos concretos para que el futuro de Santa Fe nos encuentre unidos, en paz, con progreso y con justicia” (LC, 3/9/87).

Junto a la personalización del vínculo político aparecen –como atributos del mismo– referencias a las cualidades personales del representante. Estas cualidades son de un tipo particular: son cualidades de orden moral, es decir, relativas al comportamiento moral de la persona en relación a su función como gobernante o como aspirante a serlo. Aparece, entonces, la moral como un atributo en construcción de la autoridad del representante. Así se expresa en la siguiente publicidad electoral:

“El equilibrio y la moderación son expresiones de la conducta política que privilegia la razonabilidad, la seriedad y el respeto por los protagonistas de la vida social, económica y cultural. El respeto une. La soberbia, el lenguaje altisonante, el mal ejemplo, auguran soledad política” (LC, 3/9/87).

“Equilibrio”, “moderación”, “seriedad”, “respeto”, y sus opuestos, “soberbia”, “lenguaje altisonante”, “mal ejemplo” remiten a virtudes o defectos morales que habían empezado a ordenar las relaciones de las personas en el espacio público –no sólo privado– y, en particular, la construcción de la legitimidad política.

⁷¹ Esto no quiere decir que las referencias a las identidades políticas tradicionales desaparezcan del vínculo representativo, pero sí adquieren una importancia marcadamente menor en relación a los componentes “personalistas” del liderazgo, que se acentuarán con la figura de Reutemann.

El debilitamiento de las referencias partidarias tuvo como expresión en el lenguaje de la comunicación política y de los sondeos de opinión la emergencia de la figura del “indeciso” y del “independiente”, es decir, el registro de una fracción de la población votante que se suponía no “atada” a las identidades partidarias tradicionales sino con capacidad para definirse como “un individuo libre a la hora de tomar una decisión en el dominio de la política” (Vommaro, 2008: 62). En este contexto, un editorial del diario rosarino *La Capital* afirmaba:

“La ‘marchita’ había estado ausente en gran parte de la campaña propagandística del PJ con la intención de atraer a los miles de indecisos sin afiliación política alguna” (*LC*, 7/9/87).

En la campaña de 1987 aparecieron, además, dos tópicos novedosos. Uno fue el de la “eficacia” del Estado, en un contexto en el cual el modelo económico que postulaba un Estado interventor en las relaciones de mercado empezaba a entrar en crisis. Y, el otro, complementaba éste: la necesidad de que el Estado dejara de centrarse en las políticas universalistas de atención de lo social y empezara a “focalizar” sus intervenciones de maneja más concreta⁷². Estas ideas formaban parte de las promesas de gobierno de Reviglio. Decía el candidato:

“*Se van a propiciar cambios estructurales en el Estado para hacerlo más eficiente y más austero*” (*LC*, 8/9/87).

En efecto, antes de que terminara el gobierno de Vernet en 1986, la dirigencia justicialista santafesina manifestaba que, en lo que se refería a la siguiente campaña electoral, el peronismo no podía mantenerse anclado a los tópicos de la historia electoral y política del movimiento sino que debía incorporar temas más específicos expresados en propuestas concretas y no en la condición de “mayoría histórica” o en la legitimidad de la figura de Perón. En este sentido reflexionaba el dirigente Luis Rubeo:

⁷² “Eficacia”, “eficiencia”, “austeridad”, serán términos que se volverán centrales en el léxico político de la Argentina durante los años '90. Sin embargo, ya con la incapacidad que había demostrado el Plan Austral implementado desde 1985 de controlar los niveles de inflación, las presiones por parte de los organismos internacionales de crédito (FMI, Banco Mundial) para que el gobierno realizara medidas “de fondo” (plan de privatizaciones, desregulación y apertura comercial) se tornaron cada vez más difíciles de resistir por parte de la dirigencia política nacional, lo cual llevó al ministro de economía de entonces (Juan Sourrouille) a anunciar un segundo intento de *shock* a principios de 1987. Si bien las llamadas “medidas de fondo” serán implementadas recién por el gobierno de Carlos Menem, estas ideas típicamente neoliberales ya circulaban fuertemente entre las medidas de política económica que debía encarar la dirigencia política de finales de los ochenta, tanto a nivel nacional como provincial. Para una historización de la aplicación de las políticas neoliberales por parte de una “nueva derecha” en Argentina, consultar Morresi (2008).

“Perón es un hecho ecuménico, asumido por todos, no tiene una importancia electoral específica porque está en las arcas de todas las fuerzas políticas que lo han incorporado como suyo. Esto, que para el peronismo es un acto de reconocimiento histórico, en la práctica significa una gran dificultad. Porque ya no basta hablar de Perón para ganar. Hay que hablar de las cosas específicas, haciendo que la comunidad se sienta expresada [...] O sea, Perón no gana desde la tumba (Luis Rubeo, entrevista en Acosta, 1987: 249).

El mismo Vernet manifestaba haber sido crítico de la actitud de los sectores más tradicionales del partido (en especial, los sectores de la burocracia sindical) de limitarse a la mera reivindicación de la “legitimidad tradicional” y no innovar en aspectos del manejo moderno del Estado de los cuales él afirmaba que entendía por ser “político” pero, además, un “técnico”. Decía Vernet:

“Me puse a trabajar en los planes económicos del peronismo si éste ganaba [...] Y cuando las 62 organizaciones del movimiento obrero, en especial unos cinco o seis dirigentes, ven que yo estoy haciendo eso dicen ‘no, vos sos asesor. Vos tenés que darnos una mano a nosotros porque nosotros somos los trabajadores’, entonces les digo, ‘miren, estoy podrido de ustedes, ya parecen la viuda de Gardel [...] viven con el hombre muerto, la ‘muertocracia’ es el gobierno de ustedes [...] El peronismo somos nosotros y no Perón, somos los que estamos vivos [...] no podemos andar con ‘Viva Perón’” (Vernet, entrevista del Archivo de Historia Oral. Programa Historia y Memoria, UNL).

Es interesante advertir los desplazamientos discursivos en la figura de Vernet. Si, como dijimos más arriba, él buscaba distinguirse como un “político” entre los sectores políticos del peronismo (y esto le otorgaba a su discurso un cariz propio de la “representación de partidos” [Novaro, 1994]), por otro lado, se presentaba como un “técnico-profesional” entre los sectores sindicales del PJ, haciéndoles notar su dificultad en comprender lo que el tiempo presente demandaba en términos de la conducción del Estado. Vernet se consideraba portavoz de un “peronismo nuevo”:

“Tenía que haber un grupo consciente, capaz de construir un peronismo nuevo [...] La condición era elegir los mejores, ponerlos, profesionalizar, jerarquizar, con la dignidad de un pueblo que se superó y llegó. El profesional ya no era el gorila que se acercaba al pueblo en forma demagógica, sino que eran los hijos de los trabajadores que por la revolución justicialista del 45 habían alcanzado los niveles de educación, de formación y de preparación para conducir la nación, que no eran tilingos y por lo tanto no renunciaban a su origen humilde” (Vernet, entrevista en Acosta, 1987: 205).

Y continuaba:

“Nosotros entendíamos que no podía haber en el mundo moderno un político que no manejase las técnicas, que no tuviese un lenguaje mínimo, y no supiera conducir un aparato del Estado [...] La transformación del Estado, la organización de los cuadros, la formación de una conducta política de conocimiento del Estado [...] para la liberación del pueblo, eran los objetivos fundamentales. No la mística, el discurso y la repetición de la palabra de Perón, Evita, Isabelita; sino también una reactualización doctrinaria que era lo que había pedido Perón en el 73 y que tenía que hacerse dentro del Estado [...] No implicaba un discurso

politiquero tradicional y la repartija de zapatillas en forma demagógica. La Argentina ya no estaba para eso” (ibid.: 213).

De este modo vemos que el peronismo santafesino de los años ochenta había desplegado un formato de representación política cuyos elementos medulares se correspondían con una representación “anclada en el pasado” (en la reivindicación de sus figuras históricas, de su condición de mayoría “natural”, de su capacidad de representar al “pueblo” en su conjunto, de su militancia política y sindical). Sin embargo, sobre esa base “tradicional”, se empezaron a generar algunos desplazamientos que –incipientes en 1983- se advierten con claridad a partir de la campaña a la gobernación de Reviglio en 1987: transformación del Estado, personalización política, moralización del vínculo político y debilitamiento de las identificaciones partidarias.

Estas “innovaciones” en la forma de presentación de sí de la dirigencia peronista y en su concepción del peronismo (un peronismo “nuevo”, “moderno”, “institucionalizado” y “actualizado”) experimentarán una mutación mucho más profunda a la que contribuirán la crisis de representatividad ciudadana de finales de 1989, por un lado, y las dificultades en la gestión de gobierno potenciadas por aquélla durante el año 1990, por el otro.

Conclusiones

En este capítulo inicial nos propusimos dar un panorama general sobre el peronismo santafesino durante el periodo de la Transición Democrática (1983-1989) con el objeto de comprender, en un segundo momento, las continuidades y transformaciones que éste experimentó a partir de la emergencia del liderazgo de Reutemann en el PJSF, el cual constituye, en rigor, nuestro objeto de interés específico.

Nuestro acercamiento al fenómeno peronista de estos años se situó en tres dimensiones. Una primera, la del rol que desempeñó el sindicalismo santafesino y, en particular, el rosarino, en la dinámica partidaria al momento de la apertura democrática en 1983. Una segunda, sobre las características de la dirigencia política del PJSF, su composición dirigencial y su posicionamiento en torno al principal debate que atravesó el peronismo en aquellos años: la discusión sobre la Renovación Peronista. Y una tercera dimensión acerca de la forma que adoptó la representación política a lo largo de los dos primeros gobiernos peronistas de Santa Fe luego de la caída del régimen militar en 1983.

En lo que respecta a la primera dimensión, advertimos el rol determinante que protagonizó el sector “político” del sindicalismo peronista -las 62 Organizaciones- y, dentro de ellas, la dirigencia de la UOM, en el triunfo del peronismo en Santa Fe. El aporte organizativo, económico y humano de un “partido de base sindical” (Levitsky, 2005) había resultado fundamental, en un contexto en el cual la dirigencia política se encontraba desarticulada y dispersa por efecto de la represión de la extinta dictadura militar (Novaro y Palermo, 2003; Yannuzzi, 1996). En efecto, el candidato electo, José María Vernet, había sido una figura propuesta por las corporaciones sindicales para disputar la interna que se sucedió con motivo de la apertura del régimen democrático. Con el apoyo del liderazgo del secretario general de la CGT, Lorenzo Miguel, Vernet logró imponerse en la interna partidaria entre una variedad de líderes políticos consolidados en el PJ local (Rubeo, Cevallo y Taparelli) y ganar, luego, la elección general. Esto le permitió a Santa Fe ser el único distrito industrial del país en el cual el peronismo logró vencer al radicalismo, en un contexto en el cual la UCR, a cuya cabeza se encontraba el potente liderazgo de Alfonsín, se había hecho con la presidencia de la Nación y con la gobernación de otros distritos de similar característica, como Buenos Aires, Córdoba, Mendoza o Entre Ríos.

Este desenlace electoral le otorgó al peronismo santafesino un derrotero muy diferente del que se vio obligado a seguir en otros distritos donde se ubicó como oposición. En primer lugar, se consolidaron las conducciones sindicales que habían estado al frente de algunas organizaciones durante la dictadura militar del periodo 1976-1983 (Kohan, 1993). Este fue el caso de Miguel Gómez al frente de la poderosa UOM Rosario o de Oscar Barrionuevo en Obras Sanitarias. Esta dirigencia sindical, a la inversa de lo que sucedió en otros distritos, logró mantener su poder como “gran elector” (Maina, 2014) tanto dentro del gremialismo como en la institución partidaria, ubicando a figuras de su preferencia en los principales cargos partidarios y públicos. En segundo lugar, debió llevarse a cabo una especie de “alianza” entre los sectores políticos y sindicales del PJ, tanto para lograr cierta gobernabilidad como para dirimir conflictos internos relativos a las posiciones de poder dentro del partido en cada una de las coyunturas electorales.

Este panorama “victorioso” para el peronismo santafesino –que parecía resistir las tendencias nacionales de “renovación” y “desindicalización” partidarias- no impidió que, aunque en un plazo más extendido que en otras regiones, el sindicalismo fuera perdiendo progresivamente su capacidad de influencia en el partido y en el gobierno. En efecto, uno de

los “males endémicos” del sindicalismo santafesino ha sido su persistente fragmentación y su incapacidad estructural de lograr unificarse (Fernández, 1993). Si durante el gobierno de Vernet los sindicalistas estarían a cargo de varios altos cargos gubernamentales (Vicegobernación, Secretaría de Trabajo y Subsecretaría de Educación) y ocuparían 7 de los 28 cargos de diputados provinciales, bajo la gobernación de Reviglio –para cuya victoria el apoyo del sindicalismo también fue significativo- su presencia se vería reducida a sólo una Secretaría (Trabajo) y a 4 cargos como diputados provinciales (Lacher, 2015). Y con la llegada de Menem a la presidencia del país en 1989, y luego la de Reutemann en 1991 a la gobernación, su participación resultará siendo nula en lo que concierne a cargos ejecutivos públicos de relevancia.

En cuanto a la dirigencia política (nuestra segunda dimensión), también su configuración y características se vieron determinadas por su condición de elite gobernante desde 1983. En primer lugar, el sector político del PJSF –compuesto mayoritariamente por sectores provenientes de la militancia del FEN de los años ’60 y ’70- llegaba al gobierno en alianza, como dijimos, con el sindicalismo “tradicional”. Esta situación redundó en que no se conformara un sector opositor interno crítico de las guardias sindicales ortodoxas. Más bien, ocurrió que los bandos se configuraron en torno a la lucha por espacios de poder en los cuales habitaban sectores “ortodoxos” y “renovadores” indistintamente (Baeza Belda, 2010). La figura misma de Vernet –pero no solamente- expresa la imposibilidad de distinguir en la dirigencia peronista santafesina entre “ortodoxos” y “renovadores”.

Sin embargo, aún sin adscribir totalmente al colectivo de la Renovación, la dirigencia política del PJSF logró estar a la altura de las innovaciones institucionales a las que debió adaptarse el peronismo en general (democratización interna, institucionalización de la forma partidaria, renovación dirigencial, etc.). En efecto, los líderes peronistas de este distrito articularon un espacio identitario que contenía tópicos “ortodoxos” (reconocimiento del sindicalismo dentro de la estructura partidaria, legitimación del componente movimientista del peronismo y su división en ramas, vigencia del ideario de la “liberación” de la patria contra las “amenazas extranjerizantes”, apego a cierta simbología tradicional, etc.) y los más avanzados aspectos de la Renovación.

En segundo lugar, la distribución equitativa del poder entre los distintos liderazgos y la condición de fuerza gobernante hizo que el peronismo de los ’80 en Santa Fe careciera de un

único liderazgo que se levantara por encima de los múltiples sectores internos. Podría decirse que todos participaban en cuotas similares del poder y nadie se posicionaba como un opositor extremo. Esto hizo que la dirigencia peronista en este distrito se identificara fuertemente –a sí misma y desde afuera- con un apelativo que indicaba la ausencia de un único liderazgo aglutinante: el de “Cooperativa”. Esta será, en consecuencia, la “frontera política” (Aboy Carlés, 2001) contra la cual se reposicionará la dirigencia peronista a partir de 1990.

Por último, auscultamos en los atributos de la representación política que se desplegaron durante estos años. Así, encontramos que los representantes del peronismo local se presentaron a sí mismos como referentes del “peronismo tradicional” y desde este universo de sentido establecieron su vínculo con la ciudadanía. En efecto, en un sentido similar al que desarrolló la dirigencia nacional del partido durante la campaña de 1983, en Santa Fe los líderes del peronismo evocaban las figuras de *Perón* y de *Evita* como referentes centrales de la identidad peronista. Asimismo, reivindicaban la memoria de *militancia política y sindical* propia del periodo de la “Resistencia Peronista” (1955/1973) y la figura del líder *político* (Weber, 2002), como atributos propios de un tipo de representación que denominamos “tradicional”. En tercer lugar, advertimos que es el *pueblo* (el pueblo “peronista” en tanto que pueblo de la “nación” y de la “provincia”) el destinatario principal de la representación, aspecto que se advierte tanto en el discurso de Vernet como en el de Reviglio. Y, en cuarto lugar, la apelación (también por parte de ambos mandatarios) a la democracia como *democracia social*, esto es, una democracia no sólo definida en términos de “reglas formales” de procedimiento sino con un componente “sustancial” de “justicia social”.

Todos y cada uno de estos atributos de la representación van a transformarse profundamente a partir del tipo de representación que desplegará Reutemann como modo de construir su autoridad. Sin embargo, en alguna medida en 1983, pero más marcadamente hacia 1987, algunos aspectos del futuro formato representativo aparecieron incipientemente como marcas en el discurso de estos líderes. Éstos fueron: el desplazamiento hacia un vínculo más personalizado (Manin, 2006; Novaro, 1994) entre el representante y la ciudadanía –que aparece explícitamente en la campaña de Reviglio-; el debilitamiento de las etiquetas partidarias como contrapartida de lo anterior; la recurrencia a atributos “morales” (Frederic, 2004) como definitorios de los rasgos del candidato y de las ideas que buscó representar; y la definición de “transformar” el Estado en un Estado más “eficiente” y “austero” que apuntara a

la solución de problemas más “concretos” en detrimento de las referencias a las grandes consignas de la “justicia”, la “felicidad” o la “dignidad” del “pueblo argentino”.

En el siguiente capítulo analizaremos las circunstancias a partir de las cuales el PJSF entró en una transitoria crisis gubernamental y representativa, y el debate público que le dio marco a la misma, el cual desembocó en el cambio de régimen electoral provincial y en la postulación posterior de Reutemann –un *outsider* de la política- como candidato por el peronismo.

Capítulo 2

Crisis de la Cooperativa peronista: derrota electoral, corrupción y personalización de la política (1989-1991)

En el capítulo anterior realizamos un recorrido sobre las características más destacadas que asumió el peronismo santafesino luego de la instauración del régimen democrático en 1983, y argumentamos sobre la mutación que empezaron a atravesar dichos componentes hacia el final de la década, tanto en el nivel de la composición de la conducción partidaria como en lo que se refiere a su constitución identitaria y su formato de representación ante la ciudadanía. Efectivamente, la dirigencia del PJSF experimentó una crisis de poder entre 1989 y 1991 que se reflejó no sólo hacia el interior de la organización sino que tuvo sus efectos a nivel gubernamental, dada la condición de partido gobernante del PJ. Es este proceso de crisis el que analizaremos en el presente capítulo.

La debacle de la dirigencia justicialista en Santa Fe, identificada con el apelativo de la Cooperativa, tuvo su primera evidencia en el campo en el cual se había manifestado victoriosa: el campo electoral. En efecto, si a lo largo de los primeros años de la democracia el peronismo santafesino se había jactado de ser el único distrito importante en caudal electoral que había evitado el “trauma” de la derrota de 1983 (ya que, en otras provincias de similar importancia, el partido había perdido), el año 1989 será el primero en el cual el PJSF sufrirá dos derrotas que operaron, sin embargo, como una “llamada de atención”, en vistas a los sucesivos compromisos electorales. Nos referimos a la pérdida de las elecciones en los municipios de Santa Fe (capital de la provincia) y Rosario (la ciudad más grande de la provincia), frente al Partido Demócrata Progresista (PDP) –provincial- y al Partido Socialista Popular (PSP), respectivamente.

En segundo lugar, el PJSF atravesó una crisis como partido de gobierno a raíz de la destitución del vicegobernador, Antonio Vanrell, por medio de un juicio político seis meses después de aquellas elecciones municipales. Esta situación, si bien pudo resolverse recurriendo a los mecanismos constitucionales formales y sin provocar la caída del gobierno, debilitó fuertemente la legitimidad del mismo, y, en especial, la figura del primer mandatario provincial –Víctor Reviglio- en tanto tal y como presidente del partido. Precisamente, la

destitución de Vanrell provocó una serie de reposicionamientos al interior del PJSF que intensificó las críticas a la conducción de Reviglio y condujo, finalmente, a una recomposición del Consejo Ejecutivo Provincial.

Estas dos coyunturas críticas protagonizadas por las principales figuras del peronismo santafesino llevaron al debate público local una cuestión central que definió las discusiones de los políticos y las estrategias futuras que éstos adoptarían de cara a las elecciones gubernamentales de 1991: la cuestión sobre la corrupción de los funcionarios de gobierno. En efecto, la elite política de todos los partidos, pero, especialmente, la peronista, empezó a concebir las dificultades por las que estaba atravesando como problemas de índole moral. Es decir, comenzó a juzgarse el comportamiento de los actores políticos en base a parámetros establecidos por una ética de tipo individual, universal y apolítica, que mandaba, por ejemplo, a “no robar” o a “ser honesto” (una “ética de la convicción”, en los términos de Weber [2002]).

Dejaron, entonces, de reconocerse en (y entre) los representantes políticos atributos vinculados a una ética propiamente política (una “ética de la responsabilidad”) [ibid.], que respondiera a un compromiso con valores propios de una “tradición política” –la de quienes, en este caso, se reconocían en la historia del peronismo y en los valores a él asociados-, y se pasaron a reconocer atributos y cualidades propios de una moral individual, absoluta y abstracta. Tal como sucedió en otras jurisdicciones del país a lo largo de la década del noventa, la práctica política instaló a la “honestidad” y la “eficiencia” en la gestión de gobierno como los nuevos valores a representar (Frederic, 2004), y las campañas políticas exitosas tuvieron al discurso anticorrupción como un objeto privilegiado (Pereyra, 2013).

La acumulación de estos sucesos que deslegitimaron al gobierno tuvo consecuencias, asimismo, sobre el régimen electoral provincial. La doble crisis electoral y gubernamental llevó a que el peronismo iniciara una discusión interna sobre el modo de selección de los candidatos del partido. Toda la dirigencia del PJSF (salvo algunas excepciones) partió de una misma convicción: la crisis de representatividad de las figuras del peronismo se debía, en gran medida, al método por el cual éstas eran seleccionadas (el proceso de elecciones internas), el cual promovía un “canibalismo desmedido” entre las distintas líneas partidarias que hacía surgir de ellas candidatos no representativos para la sociedad.

Un aspecto de lo que hemos denominado la “representación tradicional” (el rol de los partidos y de los políticos “profesionales” como figuras mediadoras ante la sociedad) había entrado en crisis. La sanción de la denominada “Ley de Lemas” el 9 de noviembre de 1990 como nuevo sistema electoral en la provincia tuvo como motivación inicial esta discusión, procurando ofrecer a la ciudadanía un “nuevo perfil” de dirigentes, surgido de la “sociedad” y no de las “internas”.

Por último, abordaremos el proceso de intervención al PJSF por parte del Consejo Nacional Justicialista (CNJ), concretada el 21 de junio de 1991, como expresión final de la crisis de la Cooperativa en tanto que élite gobernante del justicialismo santafesino. La intervención, que se propuso impedir que el gobernador se posicionara en el primer lugar de la lista a candidatos a diputados nacionales, puso de manifiesto el proceso de recambio dirigenal que se estaba promoviendo desde la oposición interna a Reviglio, y la valorización de los criterios de una moral privada y apolítica para juzgar el comportamiento personal de los dirigentes políticos.

2.1 Derrota electoral en las ciudades de Santa Fe y Rosario: preludio de la crisis de representatividad del PJSF (1989)

El 26 de noviembre de 1989 se realizaron en Santa Fe elecciones a la intendencia de las dos ciudades más importantes de la provincia: Rosario y Santa Fe.⁷³ En ambos distritos debían elegirse candidatos al Poder Ejecutivo para completar los mandatos de sus predecesores debido a situaciones excepcionales por las cuales cada una había atravesado. En el caso de Rosario, por motivo de la renuncia del intendente radical Horacio Usandizaga en mayo de ese año⁷⁴, y en Santa Fe también por la renuncia del intendente peronista Carlos Martínez, quien estaba siendo investigado por una Comisión especial del Concejo de la ciudad, siendo finalmente detenido por la policía el 28 de diciembre, junto a ocho funcionarios más.

⁷³ También hubo comicios en la ciudad de San Lorenzo, en la cual el candidato del peronismo, R. Teves, ganó holgadamente la intendencia de la ciudad por 11.297 votos (57,22%), sobre la UCR (15%) y la US (10,50%) [*El Bimestre*, noviembre de 1989].

⁷⁴Según Guberman “al calor de la elección presidencial la elección local se nacionalizó. En 1989 Usandizaga asumió un fuerte compromiso con la campaña presidencial de Eduardo Angeloz y prometió renunciar si éste no resultaba vencedor de Carlos Menem. Menem triunfó en la elección presidencial (...) El 22 de mayo Usandizaga renunció” (2004: 23), citado en Signorelli (2012: 8).

Nuestro objetivo en este apartado es destacar cuáles fueron los componentes de ambas derrotas del PJ que generaron una primera conmoción al interior del partido, el cual inmediatamente se replanteará su estrategia electoral de cara a las elecciones gubernamentales del año 1991.

2.1.1 La derrota en Santa Fe

Fue en la ciudad de la capital provincial donde el PJSF experimentó su derrota más significativa, en un distrito que había ganado tanto en 1983 como en 1987. En efecto, el peronismo perdió frente al PDP, histórico partido provincial, por 26,93% contra el 59,51%⁷⁵.

El ganador de la contienda fue el demoprogresista Enrique Muttis, profesor universitario y referente del PDP, quien abandonó su cargo como diputado nacional para asumir la intendencia. Según Muttis, la ciudadanía santafesina había preferido el “cambio” frente a un partido que había sido el “color político tradicional” de la ciudad:

“Estos comicios muestran una ciudadanía que, por encima de su color político tradicional, prefirió elegir un cambio para la ciudad, y constituye una demostración de madurez de la democracia” (Enrique Muttis, LC, 27/11/89).

Efectivamente, el resultado electoral fue entendido como un voto castigo⁷⁶ al desempeño del ex intendente Carlos Martínez (ex vicegobernador de la provincia entre 1983 y 1987) al frente de la municipalidad⁷⁷, quien debió renunciar al ser acusado de cometer una pluralidad de actos de corrupción política⁷⁸ por parte de una Comisión Investigadora del Concejo Deliberante, encabezada por el presidente del mismo, el concejal peronista Jorge Obeid.

El desempeño ilegal e ilegítimo de Martínez –un dirigente del Sindicato de Trabajadores de la Industria de la Alimentación⁷⁹- constituyó la clave de lectura de la derrota tanto

⁷⁵ LC, 27/11/89.

⁷⁶ Decía Víctor Reviglio: “ha existido un voto castigo” (EL, 7/12/89).

⁷⁷ Entre las acciones más condenadas mediáticamente de la administración de Martínez se encontraban la contratación de supuestos “becados”, a quienes se les justificaba el presentismo aunque no concurrieran a trabajar; la retención en las oficinas de los funcionarios de sumas de dinero destinadas a obras municipales, aportadas por los propios vecinos; y la adulteración de los montos de facturas que no coincidían con sus originales (LC, 26/7/89).

⁷⁸ La denuncia final de la Comisión Investigadora condenó los siguientes hechos: “adulteración de instrumentos públicos y privados; manejo discrecional, arbitrario y oscuro de fondos públicos; pagos efectuados por compras y/o servicios no realizados y una administración dispendiosa e irregular” (LC, 26/7/89).

⁷⁹ Nótese que los perfiles del intendente renunciante y del intendente electo resultaban fuertemente contrastantes. Mientras uno remitía a un tipo de dirigente típicamente asociado a la elite peronista que estaba entrando en crisis

por parte del PJ como por la dirigencia del PDP. Así, por ejemplo, se expresaban los peronistas:

“El peronismo deberá hacer ahora una autocrítica y una reflexión profunda” (Mario Papaleo, candidato a intendente por el PJ, *ibid.*).

“Si no se roba, se pueden hacer bien las cosas” (Jorge Obeid, intendente interino, *ibid.*)

Por su parte, el secretario general del PDP, Rafael Martínez Raymonda, afirmaba que su partido había logrado

“una victoria sobre el pasado, sobre las opciones falsas y sobre la inmoralidad” (*ibid.*).

La dirigencia de todo el arco político reconocía, entonces, que lo que habían expresado estas elecciones era una demanda por la calidad moral los funcionarios públicos (básicamente, por el manejo “honrado” de los bienes públicos) más allá de su pertenencia partidaria. La asociación entre corrupción e ineficiencia se plasmó nítidamente en el caso de Martínez, y constituirá una antesala de lo que sucederá unos meses más tarde a partir de las denuncias efectuadas al vicegobernador Vanrell.

La llegada al poder en la capital de Santa Fe de un histórico partido provincial, fundado en 1914, y que ocupaba dentro del sistema partidario local el tercer lugar desde 1983 -luego de los partidos mayoritarios (PJ y UCR)- [Maina, 2014] abrigaba, además, la esperanza de empezar a revertir la historia de polarización política en la provincia⁸⁰. En este sentido, algunos análisis periodísticos enfatizaban el hecho de que los grandes partidos habían sido derrotados –el radicalismo, por su gestión a nivel nacional, y el peronismo, por su desgaste como partido gobernante en la provincia-:

“El electorado no fue a la opción entre un gobierno desgastado y un radicalismo que sufre los efectos de las equivocaciones de los últimos años. Es como si los ciudadanos estuviesen diciendo: ‘hay otros caminos, y vamos a explorarlos’” (Atilio Cadorín, *LN*, 28/11/89, en *El Bimestre*, noviembre de 1989).

durante estos años (un peronismo asociado a los sectores sindicales), el otro portaba rasgos de un político alejado del sindicalismo y vinculado a una élite más “conservadora” y con un perfil socio-educativo muy distinto al de aquéllos sectores (universitario y de clase media).

⁸⁰ El candidato de la UCR sólo había alcanzado el 6, 45% de los votos (*LC*, 27/11/89).

Sin embargo, el gobierno del PDP en la ciudad tuvo corta duración. El intendente Muttis falleció repentinamente un año y medio después de haber asumido su cargo⁸¹, siendo reemplazado interinamente por el presidente del Concejo, el peronista Hugo Ponce⁸².

2.1.2 La derrota en Rosario

En Rosario las características de la derrota peronista asumieron rasgos propios, aunque, como veremos, también cobró fuerza un discurso de la “ética” y del “cambio moral” representado por el candidato opositor –y, *a posteriori*, ganador- del PSP.

A diferencia de Santa Fe, en Rosario el peronismo perdió por un escaso margen de votos: 105.529 sufragios para Héctor Cavallero, candidato por la Unidad Socialista (alianza entre el PSP y el PSA), y 97.557 para Alberto Joaquín, candidato del FREJUPO (alianza del PJ con el PDC y el MID), lo cual significó, en porcentajes, 37,9% contra 36,5%⁸³. Esta escasa diferencia provocó una fuerte discusión al interior del PJ porque se sospechaba que algunos dirigentes del partido habían ordenado votar por Cavallero. El rumor estuvo instalado ya durante la campaña y se intensificó al conocerse los resultados definitivos. El candidato derrotado así lo manifestó:

“Creo que algunos compañeros, a pesar de que perdieron la interna, no aceptaron que habían perdido y trabajaron para Cavallero” (Alberto Joaquín, LC, 28/11/89)⁸⁴.

Efectivamente, en la interna para la selección del candidato a intendente de Rosario realizada el 3 de septiembre de 1989 se disputaron ese lugar dos sectores: uno mayoritario, el de Alberto Joaquín (del sector de Eduardo Cevallo), y otro minoritario, que llevaba a Gualverto Venesia como pre-candidato. Fue sobre este último dirigente que se descargó la sospecha de la fuga de votos, cuyos antecedentes luego fueron analizados por el Tribunal de Disciplina del partido, junto con los de otro dirigente rosarino, el diputado nacional Saturnino Danti Aranda⁸⁵. Finalmente, ninguno de los dos fue expulsado del PJ.

⁸¹ *EL*, 14/7/91.

⁸² El PDP entraría progresivamente en retroceso, sin volver a ejercer ningún cargo ejecutivo en la provincia. En la historia reciente había ejercido, por última vez, la intendencia de Rosario durante la última dictadura militar.

⁸³ *El Bimestre*, noviembre de 1989.

⁸⁴ También trascendió en la prensa que antiguos aliados del PJ en el FREJUPO, como el PI, PDC y PSA, votarían por Cavallero (*El Bimestre*, noviembre de 1989).

⁸⁵ *EL*, 2/12/89.

Sin embargo, la sospecha bastó para que se extendiera la idea de que las disputas personales entre los compañeros de partido primaban por sobre la voluntad de que el peronismo ganara las elecciones generales. Además, se acusó al gobernador y presidente del PJSF de “inmovilismo” y de “querer nuestra derrota”⁸⁶. Fue así que empezó a cobrar fuerza la idea de que el peronismo estaba sumido en una disputa interna de difícil resolución la cual iba, finalmente, en detrimento del propio desempeño electoral. El “internismo” y el “canibalismo” partidario cobraron centralidad en el debate interno y fueron, junto con la crítica al presidente del partido, la clave de lectura de la derrota en Rosario. En este sentido, Mario Papaleo daba cuenta del estado del conflicto interno, y proponía como solución la intervención al PJSF:

“Aquí hay que hacer una recomposición y, como estoy seguro de que entre nosotros no va a poder ser, es que he pedido la intervención al PJSF. Entre nosotros va a ser una carnicería y por eso creo que lo más prudente y sensato es la intervención; con ello creo que evitaremos la debacle del peronismo en la provincia de Santa Fe” (Mario Papaleo, LC, 28/11/89).

En el mismo sentido, Reviglio entendía que una de las causas más importantes del mal desempeño electoral del PJ era el “internismo” partidario, y advertía:

*“Si queremos triunfar en los comicios de 1991 debemos pretender que los candidatos del justicialismo sean también los de la sociedad. Si nos encerramos, si nos quedamos en el **internismo** que ha fracasado totalmente por metodologías reñidas, incluso, con la ética, vamos a tener dificultades y podemos tener nuevas derrotas”* (Víctor Reviglio, EL, 16/12/89).

Un año más tarde, el gobernador atribuía la erosión de su propia legitimidad a la acción de los propios compañeros de partido, a quienes responsabilizaba también de la pérdida de representatividad del peronismo. Según Reviglio, el día mismo de su asunción como primer mandatario provincial empezó a configurarse un dificultoso estado de disputas internas:

“El día de la asunción solamente estuvieron en el acto funcionarios y gente del peronismo. Pero no estuvo presente ningún dirigente de la llamada ‘Cooperativa’. El mensaje fue muy claro y se desató una guerra canibalesca que hizo al gobierno perder imagen y credibilidad en la ciudadanía” (Víctor Reviglio, EL, 11/12/90)⁸⁷.

⁸⁶ Alberto Joaquín (*El Bimestre*, noviembre de 1989).

⁸⁷ Reviglio decía haber experimentado también un “boicot” partidario a los pocos meses de haber sido elegido por mayoría como presidente del PJSF. Fue en ocasión del Congreso en el cual se debía modificar la Carta Orgánica para que se eliminara la incompatibilidad entre su cargo de gobernador y de presidente del partido, cuando no se hicieron presentes los sectores de Rubeo y Cevallo (LC, 25/7/89).

Por otro lado, la dirigencia peronista reconocía que los candidatos de los otros partidos se habían tornado más “creíbles”⁸⁸. ¿En qué consistía dicha credibilidad? En que, efectivamente, los atributos que representaba el candidato del PSP (al igual que, en la ciudad de Santa Fe, el del PDP) expresaban valores relativos a las credenciales morales y éticas de las personas de los candidatos. Lejos de ello, la campaña del candidato justicialista en Rosario había permanecido más aferrada a los componentes de una “representación tradicional”. Mientras Cavallero hablaba de “honestidad” y “amor al prójimo”, Joaquín basaba su discurso en la “lealtad” partidaria, en la memoria de “Perón y Evita” y en la historia de las “luchas de los compañeros”. Veamos los siguientes fragmentos:

“El 26 de noviembre van a triunfar los valores de la moral, la honestidad y la vocación de servir al pueblo [...] El odio sirve para destruir; el amor al prójimo es la base para la construcción de una ciudad para la vida” (Héctor Cavallero, LC, 24/11/89).

“El peronismo tiene como valor y tradición fundamental la lealtad. Y esa lealtad se verificará el 26 de noviembre cuando ganemos la Intendencia [...] En nombre de nuestras viejas luchas y dolores, por la memoria de tantos compañeras y compañeros que quedaron en el camino, por Perón y Evita [...] Al peronismo no le van a importar las operaciones de prensa ni las encuestas pagas en Buenos Aires. El peronismo votará por el peronismo porque sabe que así se defiende a sí mismo y a su presidente [...] No vamos a quedar aislados, gobernados por partiditos que han perdido el tren de la historia” (Alberto Joaquín, ibid.).

Héctor Cavallero era el único concejal del PSP en Rosario, partido que empezaría a crecer a partir del manejo de los recursos del municipio más importante de la provincia⁸⁹. El discurso ético de este candidato se sustentaba en las denuncias por corrupción que estaban afrontando tres ex concejales y 11 propietarios de distintas empresas prestatarias de servicios públicos⁹⁰, y en el estado económico “comprometido” de la ciudad por el cual era responsabilizado el ex intendente interino radical, Carlos Ramírez⁹¹. Ante el resultado electoral, el electo intendente enunciaba un discurso basado estrictamente en una política de la transparencia y en una concepción moral de la política (Frederic, 2004; Pereyra, 2013), negando que el resultado tuviera que ver con ninguna diferenciación partidaria sino con una nueva “forma de vida política”:

⁸⁸ *EL*, 7/12/89.

⁸⁹ Un recorrido sobre la trayectoria del PSP en Rosario entre 1989 y 1995 se puede consultar en Guberman (2004).

⁹⁰ *El Bimestre*, noviembre de 1989.

⁹¹ *EL*, 13/12/89. Cavallero creó, al momento de asumir, un organismo de Investigaciones Administrativas Municipales.

“[Esta] no es la derrota de ningún partido político, sino el triunfo de una forma de vida política [...] Este resultado significa un reconocimiento a los valores éticos y la esperanza de la ciudadanía por un cambio moral [...] Esto demuestra que la gente quiere, ante todo, transparencia, vocación de servicio, autoridad, trabajo [...] Esto es el triunfo de una concepción que se encarna en un hombre” (Héctor Cavallero, LC, 27/11/89).

Por su parte, advertimos en el discurso del candidato del FREJUPO una fuerte referencia a la condición de “mayoría histórica” del peronismo, y a los atributos de la identidad peronista que en el capítulo anterior definimos como propios de una “representación tradicional”: el valor de la lealtad partidaria, de la historia de luchas y militancia, un cierto desprecio por la variables de la comunicación política moderna como las encuestas y los sondeos, un marcado sentido autorreferencial –“el peronismo votará por el peronismo”-, la subestimación del adversario y el rol central de las figuras de Perón y Eva en la construcción del vínculo político. Todos estos “valores” en torno a los cuales el candidato construyó su campaña se verán trágicamente “traicionados” y superados en términos de conquista electoral por la propuesta de su principal competidor. Decía Joaquín como balance de la derrota:

“Se han olvidado, fundamentalmente, como decía Perón, de lo mejor que tenemos, que es el pueblo. Voy a trabajar [...] en la construcción de un peronismo donde prime otra vez la defensa de nuestras banderas fundamentales: la justicia social, la lealtad, un peronismo sin corrupción, sin traidores, que retome las ideas de Juan Perón y Eva Perón” (Alberto Joaquín, LC, 28/11/89).

De esta manera, se abría la puerta para una revisión profunda al interior del PJSF sobre cuáles fueron las causales de estas dos derrotas, y sobre cuál sería la forma de revertir los comportamientos considerados “errados” de cara a afrontar el compromiso mayor de la elección gubernamental. Una de las causas identificadas fue, como dijimos, la percepción de que el proceso de elecciones internas (que había constituido durante toda la década del ochenta el mecanismo para salvar las diferencias internas en un partido que no tenía un claro sector dominante) ya no cumplía la función de dirimir conflictos y establecer candidatos legítimos para los cargos públicos. Como consecuencia, el PJSF se planteará modificar sus reglas electorales internas, con el objeto de lograr presentar a la sociedad “mejores candidatos”, cuestión que abordaremos en el tercer apartado.

Antes de ello, el peronismo santafesino debió hacer frente a una segunda coyuntura crítica: la de la destitución del vicegobernador por medio de un juicio político, la cual recrudeció el ya convulsionado clima interno y, sobre todo, la sensación generalizada de la corrupción que inundaba a la dirigencia gobernante.

2.2 La corrupción en el centro del debate público: juicio político al vicegobernador y debate al interior del PJSF (1990)

El juicio político y la posterior destitución del vicegobernador justicialista Antonio Vanrell constituyeron otra expresión de los conflictos que se venían suscitando al interior del PJSF, en continuidad con las tensiones que se habían gestado poco después de la asunción de Reviglio a la presidencia del partido el 28 julio de 1989⁹² y que continuaron durante la precedente coyuntura electoral. Básicamente, se fue conformando una oposición interna a su conducción que se fortaleció a partir del reordenamiento que provocó la asunción presidencial de Carlos Menem en julio de 1989. Como veremos, la figura de Reviglio (y junto con la de él, la de Vanrell) fue quedando asociada a la decadente élite de la Cooperativa y al derrotado liderazgo de Cafiero en el peronismo nacional, mientras que del lado de en frente se ubicaban quienes pugnaban por un recambio de la dirigencia local y, a la vez, se reconocían como seguidores del liderazgo del presidente de la Nación.

Partiendo de este mapa en los posicionamientos internos, describiremos la circunstancia del juicio político no como un fenómeno en sí mismo sino como un emergente de las disputas que se libraban al interior del justicialismo local. Nos interesa indagar en la forma en la cual, a partir del juicio, se pusieron de manifiesto estos distintos posicionamientos y los términos en los cuales se definió el debate al interior de esta organización⁹³. En este sentido, consideramos que este inusual acontecimiento de la historia reciente de la provincia constituyó una manera—entre otras posibles— de dirimir sus disputas los sectores dominantes⁹⁴. Un aspecto de ello fue que la situación de crisis institucional de la que “emergió” el juicio tuvo un carácter fuertemente construido con el propósito de deslegitimar a los principales referentes del

⁹² *LC*, 25/7/89.

⁹³ Otro caso provincial en el cual la consecución del juicio político al gobernador constituyó una manera de zanjar las potentes pujas internas del peronismo, es el de la destitución del gobernador de Mendoza en 1974 (Mellado, 2009). Por lo demás, ni Santa Fe ni el peronismo constituyen una excepción en la promoción de la destitución de un alto funcionario de gobierno por parte de los miembros del mismo partido político del acusado (ver, por ejemplo, Sosa [2014]).

⁹⁴ La perspectiva de análisis que aquí adoptamos no es excluyente de aquella que considera a los juicios políticos como “problemas sociales”, es decir, como mecanismos de resolución de conflictos políticos que se expresan en variables institucionales como una forma de reordenamiento de las relaciones políticas (Rodrigo, 2014). Sólo que, en este caso, todas y cada una de las etapas del proceso estuvieron protagonizadas por los miembros de diversos tipos de elites existentes en la provincia: política (del partido oficial, pero también de los partidos opositores) y judicial (miembros de la Corte Suprema Provincial).

partido y del gobierno. Es por ello también por lo que los hechos juzgados fueron interpretados en términos de “delitos” cometidos por los funcionarios en tanto que individuos. Los repertorios de protesta social, si bien estuvieron presentes en un marco de “crisis” estructural en el país, no formaron parte en el proceso del juicio, sino que sus reclamos fueron instrumentalizados por la oposición al gobernador y al vice en el intento de desprestigiar sus figuras y hacer avanzar el proceso de destitución de Vanrell⁹⁵. Además, aunque no faltaron pedidos de juicio político al propio gobernador, tanto por parte de la oposición interna como por parte de los demás partidos políticos, el hecho de que este mecanismo quedara limitado a la figura del vicegobernador permitió que la continuidad institucional no se interrumpiera, evitando que la crisis del gobierno adoptara una gravedad mayor.

Sin embargo, el juicio tuvo un impacto determinante en la agenda pública al instalar el tema de la corrupción como un “problema público” que condicionó los sucesivos debates partidarios en torno al perfil que deberían adoptar los futuros representantes políticos. Esta cuestión atravesó, especialmente, las discusiones en el peronismo, partido cuya imagen se vio más perjudicada⁹⁶.

2.2.1 Juicio político y destitución de Antonio Vanrell: coyuntura del peronismo nacional y provincial

Entre agosto y septiembre de 1989 se sancionaron las Leyes nacionales de Reforma del Estado y de Emergencia Económica. La primera de estas leyes ordenaba la “racionalización” de las estructuras del Estado nacional, lo cual implicaba una reorganización de las mismas, reducción del personal en las diversas dependencias y, de acuerdo al caso, privatización de

⁹⁵ El hecho de que la iniciativa para encarar el proceso de juicio político no se haya originado en un repertorio de protesta social y/o ciudadana distingue este caso, por ejemplo, de otros en los cuales el mismo estuvo fuertemente vinculado a demandas presentadas por parte de la ciudadanía y a situaciones de fuerte conflictividad social (por ejemplo, los casos de San Juan y Santa Cruz). En otras provincias, por medio de la renuncia del gobernador o intervenciones federales, también estos procesos de inestabilidad institucional estuvieron enmarcados en contextos sociales similares (Tucumán, Catamarca, Jujuy, Chubut). Más aún, en algunos lugares el juicio político forma parte del repertorio de protesta, siendo utilizado por los actores de manera recurrente (Rodrigo, 2014). En Santa Fe, de hecho, no volvió a producirse un proceso similar, como así tampoco experiencias de intervención federal o renuncia de primeros mandatarios, lo cual da cuenta de un componente de relativa estabilidad política de la provincia.

⁹⁶ En este aspecto tampoco Santa Fe constituyó una excepción. En otros distritos –durante estos años– también los pedidos de juicio político estuvieron precedidos de fuertes demandas de corrupción de los funcionarios, o éstas fueron determinantes para que el proceso decantara en la destitución del demandado. Ver, por ejemplo, Rodrigo (2013), para el caso de San Juan, y Sosa (2014) para el caso de Santa Cruz.

empresas estatales⁹⁷. La segunda ley otorgaba el marco para suspender todo tipo de subsidios, subvenciones, becas, etc., que afectasen los recursos del Tesoro Nacional dadas “las graves circunstancias económicas y sociales que la Nación padec[ía]”⁹⁸. La provincia de Santa Fe sancionó, en línea con estas leyes, la Ley n° 10.472 el 28 de diciembre de 1989⁹⁹. A partir de allí, se inició una política de reducción de gastos (“ajuste”) en las distintas reparticiones del gobierno provincial, comenzando por una revisión administrativa de los presupuestos de cada poder del Estado.

La aplicación de estas medidas en la provincia trajo como consecuencia una serie de sucesos de distinto tipo.¹⁰⁰ Por un lado, el gobierno empezó a afrontar una fuerte resistencia (mediante paros y movilizaciones) por parte de los trabajadores del Estado, entre otros: personal civil (UPCN), docentes (AMSAFE) y bancarios¹⁰¹, principalmente en cuanto a sus efectos sobre la reducción de personal y la denominada “racionalización” de algunas dependencias estatales¹⁰². Por otro lado, se produjeron saqueos a comercios y supermercados

⁹⁷ Ley nacional 23.696.

⁹⁸ Ley nacional 23.697.

⁹⁹ El proceso de sanción de la ley no contó desde el inicio con el apoyo de la totalidad de los legisladores del peronismo. En la Cámara de Diputados el peronismo se hallaba dividido en el “Bloque Peronista” (presidido por Oscar Barrionuevo) y el “Bloque Justicialista” (presidido por Edgar Quijano) desde mayo de 1986. En el primero se ubicaban los diputados “oficialistas”, afines –en esta coyuntura- a la conducción de Reviglio, mientras que el segundo era un conjunto heterogéneo de legisladores no alineados con el gobernador, algunos promotores y otros críticos de la Reforma del Estado que se estaba realizando desde el gobierno nacional (Maina, 2012). El bloque Justicialista objetaba un aspecto de la ley que tenía que ver con la constitución de una Comisión Bicameral con representantes de los poderes Legislativo y Ejecutivo, la cual estaría encargada de intervenir en cada paso de la Reforma, especialmente en lo referente a privatizaciones de empresas estatales. Este bloque pretendía que los dictámenes de dicha Comisión se expusieran en las sesiones de la Cámara para su debate, demanda con la cual disientan los legisladores del oficialista bloque Peronista (*EL*, 14/12/89). Algunas versiones periodísticas argumentaban que parte del dinero declarado por Vanrell y su secretario como destinado a la “compra de juguetes” había sido utilizado como soborno a este grupo de diputados para la sanción de la ley (*El Bimestre*, mayo de 1990). Finalmente, la ley fue aprobada por la mayoría del bloque peronista y el “pase” de tres diputados del bloque justicialista, mientras que el PDP se abstuvo, y los socialistas y algunos radicales votaron en contra (*EL*, 28 y 29/12/89).

¹⁰⁰ Los diputados peronistas del bloque opositor entablaban reuniones con gremios vinculados al sector ferroviario por la crítica situación que dejaría la privatización del sistema (*EL*, 13/3/90).

¹⁰¹ *EL*, 21/3/90. El 21 de marzo de 1990 se produjo la “mayor concentración” desde el retorno a la democracia, según la prensa local, frente a la Casa de Gobierno. De la misma participaron la mayoría de los gremios estatales (ATE, AMSAFE, FADUL, ASOEM, FESTRAM, SUTEN, APUL, SADOP y Judiciales), aunque no participó la UPCN. Reviglio y el Ministro de Hacienda, Rodolfo Vacchiano, fueron los destinatarios de estas demandas, que se redujeron a un motivo de índole estrictamente salarial.

¹⁰² Junto con la ley de Reforma del Estado, el gobierno provincial promulgó una ley de Reforma Ministerial que promovía la reducción de algunas subsecretarías –aunque dejaba intacta la cantidad de ministerios- con la correspondiente reducción de personal para, decía el gobernador, “colocar a la provincia en paralelo con la Nación” (*EL*, 21/3/90).

en la ciudad de Rosario, en un contexto todavía no controlado de inflación de precios¹⁰³. Y, en tercer lugar, se elaboraron por parte de legisladores provinciales opositores al gobierno (de otros partidos políticos y del partido oficial) varias denuncias por irregularidades en diversas áreas del Estado, tales como Salud, Acción Social, Dirección de Vialidad, Dirección de Vivienda y el Banco Provincial¹⁰⁴.

Mientras se sucedían estos episodios de convulsión social, se publicó en los diarios nacionales un rumor sobre la posible intervención Federal de la provincia, motorizada por legisladores y funcionarios justicialistas santafesinos con cargos a nivel nacional. Entre ellos se encontraban Raúl Carignano, Oscar Lamberto, Eduardo Cevallo, Saturnino Danti Aranda y Liliana Gurdulich de Correa, quienes presentaban como justificación del pedido el hecho de que “los saqueos siguen” y por “las denuncias por corrupción en los tres poderes”¹⁰⁵. El intento de provocar la Intervención de la provincia no tuvo un curso favorable para sus mentores pero el gobernador seguía denunciando que

“estos mismos dirigentes continu[a]n con su operación en el ámbito provincial, tratando de aportar negativamente a los conflictos gremiales que se han venido sucediendo [...] En algunos gremios hay algunos dirigentes gremiales que también son políticos, que están en la maniobra intervencionista” (Víctor Reviglio, *EL*, 8/4/90).

En efecto, el secretario general de la UPCN local, Alberto Maguid –proveniente del MID pero muy cercano al peronismo- se había manifestado a favor de la reestructuración del Estado a nivel nacional pero en contra de la que promovía el gobierno provincial¹⁰⁶.

Una vez abortada la iniciativa interventora, dos sectores del peronismo opositores a Reviglio publicaron sendas solicitadas en la prensa en las que pedían al gobernador que renunciara a su cargo. La clave de lectura de estas comunicaciones era la “dramática situación de la provincia” y “los casos puntuales de corrupción”, y una condena moral al

¹⁰³ *EL*, 9/3/90.

¹⁰⁴ *EL*, 7/3/90; 13/3/90; y 17/3/90. Algunos legisladores pertenecientes al bloque justicialista de Diputados –opositor- encabezaron gran parte de estas denuncias (caso de Luis Ghezzi sobre el BPSF) y las apoyaron como bloque desde la Cámara de Diputados. Afirmaban que “el bloque no sólo va a producir las denuncias que correspondan y daremos la batalla contra la corrupción, sino que acompañaremos este accionar con propuestas concretas”.

¹⁰⁵ *EL*, 26/3/90. Este día, el diario porteño *Ámbito Financiero* había publicado la noticia de que Menem había analizado junto a legisladores y funcionarios nacionales la posibilidad de la intervención de la provincia. La noticia fue desmentida por Reviglio al día siguiente, previa reunión con Menem.

¹⁰⁶ *EL*, 23/3/90.

comportamiento del gobierno frente a ello y a su falta de “escucha”. Así, por ejemplo, se lee en una solicitada firmada por el Movimiento de Acción Justicialista (MAJ), conducido por Rubén Cardozo, quien era en ese momento Secretario Ejecutivo Adjunto de la COPPAL¹⁰⁷:

*“Estamos hartos de discursos, de mentiras, de frivolidades, de no ser escuchados, de corrupción y de privilegios [...] Señor gobernador, basta de versos” (EL, 4/4/90)*¹⁰⁸.

Como dijimos más arriba, el fenómeno que desencadenó un reposicionamiento radical de algunos sectores del peronismo local en contra de la conducción de Reviglio fue la asunción de Menem a la presidencia de la República. Precisamente, algunas figuras que habían acompañado la postulación de Reviglio como presidente del PJSF (y que habían apoyado a Cafiero, en línea con la postura del primer mandatario provincial, en la interna presidencial) se “despegaron” de éste a partir de julio de 1988. Fue el caso de Rubeo, Carignano, Lamberto, Gurdulich, Cevallo, Cardozo y Sacks quienes apoyaron la lista de Reviglio en la disputa local (Lacher, 2015) pero se convirtieron luego en férreos adversarios internos del gobernador, protagonizando la estrategia intervencionista. Más aún, luego de la victoria de Menem frente a Cafiero algunos renunciaron a sus cargos dentro de las cámaras legislativas (Carignano en la Cámara de Diputados nacional y Barrionuevo en la provincial) [ibid.] para, a partir de la asunción del presidente de la Nación, asumir como funcionarios nacionales¹⁰⁹.

En medio de estas disputas públicas entre el gobernador y los dirigentes de la primera línea del peronismo local (algunos de ellos, como Carignano y Cevallo, ex miembros de la decadente Cooperativa, pero que habían dado el “salto” al menemismo¹¹⁰) el bloque del PJ de la Cámara de Senadores provincial solicitó al secretario administrativo de la misma informes del manejo de fondos, estados de cuenta y asignación de gastos en el marco de la aplicación de la Reforma del Estado. El propósito era, según los legisladores, “acompañar desde senadores la política de ajuste del ejecutivo”¹¹¹. Sin embargo, ante la negativa del secretario

¹⁰⁷ Conferencia de Partidos Políticos de América Latina.

¹⁰⁸ También Raúl Carignano publicó una solicitada ante la acusación pública que el gobernador le hiciera de promover la Intervención de la provincia. La misma se titulaba: “Cuando la soberbia y la mediocridad creen tener prestigio y buena imagen” (solicitada del Movimiento Lealtad Peronista) [EL, 11/4/90].

¹⁰⁹ Carignano: subsecretario de Asuntos Latinoamericanos; Cevallo: Interventor de Obras Sanitarias; y Cardozo: Secretario Ejecutivo Adjunto de la COPPAL.

¹¹⁰ A tal punto estas figuras eran las mismas que habían conformado en los '80 la llamada Cooperativa, que la prensa se refería a ellos como la “Nueva Cooperativa” (EL, 22/7/90).

¹¹¹ EL, 23/3/90.

de la Cámara a entregar el detalle de lo solicitado, fue separado del cargo¹¹², y fueron los propios legisladores quienes tomaron la tarea de revisión de las cuentas mediante el asesoramiento de otro profesional asistente de la Comisión de Hacienda. Desde entonces, se constituyó una Comisión Administrativa permanente la cual detectó importantes irregularidades en el manejo presupuestario del anterior secretario¹¹³. Esta situación condujo a la creación de una Comisión Investigadora de las compras realizadas por el Senado, cuya composición era de tres senadores por el PJ y uno por la UCR. Como resultado de su trabajo se encontró que se habían efectuado cuantiosas partidas sin autorización ni comprobantes que acreditaran las erogaciones.¹¹⁴ El proceso llevó, primero, a la separación del vicegobernador de las funciones de manejo del presupuesto de la Cámara Alta (debido a la responsabilidad personal detectada en cada una de las irregularidades y asumida por el propio Vanrell)¹¹⁵, luego a su suspensión como presidente de la Cámara y, por último, a su destitución como vicegobernador mediante juicio político el 29 de junio de 1990¹¹⁶. La acusación final de Vanrell fue la de incumplimiento de los deberes de funcionario público y la inhabilitación por ocho años para ejercer cargos públicos, ordenándose su captura policial¹¹⁷.

¹¹² *EL*, 24/3/90.

¹¹³ Entre otros, se detectaron irregularidades en la compra de juguetes, pan dulce, pelotas, sidra, pantalones, gastos no realizados en reparaciones y compras de fotocopiadoras, domicilios inexistentes acreditados en facturas falsas, compras de chapas también inexistentes, compras realizadas sin su correspondiente comprobante, etc. (*EL*, 24/4/90, y *El Bimestre*, mayo y junio de 1990).

¹¹⁴ Entre la opinión pública, estos acontecimientos fueron conocidos como “el Affaire de los juguetes”, puesto que se destacaron entre las irregularidades compras de supuestos juguetes por un millón doscientos mil dólares, según la prensa (*EL*, 24/4/90).

¹¹⁵ *EL*, 30/3/90.

¹¹⁶ El caso de Vanrell no constituyó un fenómeno aislado. A fines de 1989 casi la totalidad de los diputados radicales estaban de acuerdo, también, en solicitar el juicio político para el ministro de Hacienda de ese momento, Rodolfo Vacchiano (*EL*, 23/12/89). Sin embargo, como señalamos más arriba, el fenómeno de las destituciones de altos funcionarios por juicio político excedió los límites santafesinos. Entre 1990 y 1992 se produjeron, además de éste, dos juicios políticos a gobernadores (Ricardo Del Val de Santa Cruz, y Jorge Escobar, de San Juan) y uno al vicegobernador de Salta, Pedro Máximo de los Ríos. Además, trascendieron pedidos de juicio político a miembros de la Corte Suprema de Justicia de la provincia, ante la falta de normalización del servicio de justicia (“Solicitan juicio político para los integrantes de la Corte Suprema”, *EL*, 14/4/90). También se produjeron dos renunciaciones de gobernadores que interrumpieron la continuidad del juicio (De Aparici, de Jujuy, y Néstor Perl de Chubut) y dos intervenciones federales (en Catamarca y Tucumán) [*Página 12*, s/f]. Para una sistematización sobre los estudios acerca del “impeachment” o juicio político en América Latina en los últimos años, puede consultarse Rodriago (2011).

¹¹⁷ La Cámara de Diputados constituyó una “Comisión acusadora”, compuesta por diputados representantes de todos los partidos, mientras que el Alto Tribunal de enjuiciamiento estuvo conformado por el Presidente de la Corte Suprema de Justicia provincial y la totalidad de los senadores (*EL*, 29/6/90). Luego de su separación del manejo administrativo de la Cámara, Vanrell se ausentó de la escena pública durante 40 días. Se presentó en la Legislatura con sus abogados para realizar su defensa el 27 de junio de 1990 y, una vez destituido y con pedido de captura policial, su paradero volvió a desconocerse hasta el 28 de noviembre de 1991, cuando se presentó

¿Quién era Antonio Vanrell? ¿Qué lugar ocupaba en la estructura del PJSF? ¿Cuál había sido su trayectoria en el partido? Según analizamos en el capítulo anterior, Vanrell –un comerciante de hierros de la ciudad de Rosario- era un dirigente cercano a Miguel Gómez, ex secretario general de la UOM Rosario, quien había influido en la postulación de la candidatura del ex gobernador José María Vernet. Vanrell reconocía su vinculación temprana con los sectores sindicales rosarinos –iniciada a fines de los años '60- y la definía como la causa de su ruptura con los grupos del FEN¹¹⁸, del cual había participado mientras estudió Ciencia Política en la Universidad Nacional de Rosario. Decía:

“Yo me fui [del FEN] en el '69. Porque una de mis ponencias fue la defensa del concepto sindical del peronismo, cosa que en la universidad en general, no sólo en el FEN, era pecado [...] Los sectores juveniles de aquella época, o estaban enrolados en la estructura del FEN o estaban enrolados en la estructura de la juventud sindical. Y le rindo un homenaje a David Alonso, de la UOM, por un pedido de Eugenio Blanco (yo me separo del FEN por esta discusión) y armamos la primera juventud sindical en Rosario, donde yo ayudé en asesoría política” (entrevista a Vanrell, en Acosta, 1987: 149).

Esa identificación con poderosos sectores del sindicalismo rosarino se expresó en cada una de las alianzas que Vanrell mantuvo con éstos en todas las coyunturas electorales entre 1983 y 1987, para lo cual conformó su Mesa Unificadora Ortodoxa (Baeza Belda, 2010). En el contexto de la campaña electoral del PJSF en 1983 Vanrell había participado activamente en la dirección de la misma, atribuyéndose él mismo el mérito de haber ganado en una coyuntura dramática para todo el justicialismo. En este sentido, afirmaba:

“Yo había dirigido al peronismo que puso como candidato a José María Vernet y dirigí la campaña provincial que ganamos cuando el peronismo perdió en todo el país, incluso en Rosario” (entrevista a Vanrell por el periodista Rubén Milito, Santa Fe, [disponible en <http://www.youtube.com/>]).

Llegadas las elecciones internas de 1986 para definir candidaturas a la fórmula gubernamental, Vanrell se posicionó como precandidato a vicegobernador en la lista del “Frente para la Victoria” (Reviglio-Vanrell) a partir de una alianza de último momento, la cual resultó ganadora con el respaldo de la poderosa UOM Rosario (Maina, 2012). Sin embargo, su candidatura no había contado con el consenso de otros sectores del sindicalismo peronista local, como, por ejemplo, el de Rodolfo Sacks (diputado nacional, sindicalista

espontáneamente ante la Justicia. Estuvo detenido durante 8 meses, sobre todo, por haber permanecido prófugo por más de un año, quedando, luego, en libertad (EL, 24/10/00).

¹¹⁸ Dentro de la diversidad de corrientes que abrevaron en el FEN, Vanrell se definía como proveniente del “cristianismo franquista” (Acosta, 1987: 149).

bancario y miembro de la conducción de las 62 Organizaciones Peronistas de la ciudad de Santa Fe), quien afirmó:

“El responsable principal de que Vanrell llegara a vicegobernador de la provincia [fue] José María Vernet, porque extorsionó a los peronistas de Santa Fe siendo gobernador, cuando dijo: ‘Si no va el Nito [por Vanrell] de vice, no desdoble las elecciones. Y que gane el Changui (Dr. Luis Cáceres) [candidato a gobernador de la UCR], total... yo me voy” (Rodolfo Sacks, EL, 19/5/90).

Esta victoria electoral constituyó la última y la única de Vanrell como candidato al interior del PJSF. El vicegobernador conocería su fracaso dos años después en las elecciones internas para elegir autoridades partidarias y candidatos a diputados nacionales, en las cuales perdió la disputa por la presidencia del partido frente a la lista “Unidad y Federalismo”, que postulaba al propio gobernador Reviglio para ese cargo¹¹⁹. Vanrell había confiado en que su apoyo determinante¹²⁰ a la pre-candidatura de Menem a la presidencia—en contrapartida al apoyo que Cafiero había recibido por parte de Reviglio y de gran parte de la estructura partidaria— le daría automáticamente la victoria en el distrito santafesino del PJ. Pero la lógica local de las disputas primó por sobre los clivajes nacionales. En efecto, algunos dirigentes que habían votado a Menem en la interna nacional, apoyaron a Reviglio en la interna local¹²¹.

De esta manera, el peso político de Vanrell hacia el interior del PJSF—muy estrechamente vinculado a los sectores sindicales— empezó a horadarse en la misma medida en que la propia “rama sindical” empezó a perder capacidad de influencia dentro de la organización partidaria¹²². En otras palabras, el ocaso político de la figura de Vanrell estuvo estrechamente

¹¹⁹ Vanrell se presentó como candidato a presidente del PJSF por la lista 4 “Participación y Federalismo”, la cual llevaba a Luis Ghezzi y Miguel Gómez (dirigentes provenientes del sindicalismo) como cabezas de lista para diputados nacionales, sin obtener, ni siquiera, la minoría (LC, 10/12/88).

¹²⁰ El rol del sindicalismo organizado en torno al apoyo de Menem en Santa Fe fue determinante para que éste ganara la elección por un 10% por encima de Cafiero (EL, 10/7/88). Se dice que Vanrell fue un operador clave en el vuelco de las voluntades del sindicalismo del sur a favor de Menem (Fernández, 1993). Los apoyos provinieron de una multiplicidad de gremios: SMATA, UOM, UOCRA, Aceiteros, Gráficos, Correos, Confiteros, SOEME, Molineros, Seguro, Recolección, Barrido y Limpieza, etc. (Fernández, 1993; Lacher, 2015).

¹²¹ Fue el caso, por ejemplo, de Rubén Cardozo (Lacher, 2015).

¹²² Más aún, su amigo y principal aliado entre la dirigencia sindical, Gómez, había sido derrotado en los comicios internos de la propia UOM Rosario (LC, 11/12/88). Finalmente, ningún otro sector del peronismo decidió respaldarlo en esta situación.

vinculado al proceso de “desindicalización” del peronismo (Levitsky, 2005)¹²³ y al agotamiento de la llamada Cooperativa como grupo de poder al mando del partido.

2.2.2 Repercusiones entre la dirigencia peronista en torno a la corrupción de los funcionarios

Si hubo un tema que atravesó el debate público santafesino durante los meses que antecedieron y siguieron a la destitución de Vanrell, ése fue el de la corrupción de los funcionarios de gobierno. Ya vimos cómo esta idea empezó a asomar en ocasión de las elecciones de las ciudades de Rosario y Santa Fe, pero cobró mayor vigor y expansión a partir de la destitución del vicegobernador. La percepción sobre la consecución del juicio político estuvo fuertemente atravesada por la convicción de que la administración pública y sus representantes gubernamentales y partidarios enfrentaban una situación generalizada de manejo discrecional y poco transparente de los recursos públicos.

Esta especie de consenso sobre la “realidad de la corrupción” entre la dirigencia política (del que participaba también la ciudadanía) estaba, asimismo, instalado en el debate nacional¹²⁴ como un “problema público”¹²⁵, e, incluso, excedía las fronteras de nuestro país. Según Sebastián Pereyra,

“La década de 1990 representa un hito en los debates y discusiones sobre corrupción política. En esos años encontramos un crecimiento muy importante de las denuncias de corrupción en diversos países, uno de cuyos rasgos comunes más notables es la incorporación definitiva de los escándalos a la vida política, que, en efecto, se multiplicaron desde fines de los años ochenta, con un impacto y un alcance cada vez más considerables” (2013: 17).

¹²³ Sobre la “desindicalización” en el peronismo santafesino, ver el capítulo 1.

¹²⁴ Entre 1991 y 1993 se produjo un primer pico en la producción de denuncias en la prensa nacional que terminaron en escándalos de corrupción (Pereyra, 2013). El ciclo se inició con el caso del Swiftgate en 1991, e incluyó los escándalos que involucraron la destitución de mandatarios ejecutivos por parte de las legislaturas provinciales y municipales, tal como el que estamos analizando aquí. Durante este periodo la corrupción ocupó un lugar central en el discurso de Menem, en tanto que amenaza para el buen desarrollo del gobierno (Canelo, 2001). Asimismo, la Iglesia Católica afirmaba que, en ese tiempo, “la corrupción se ha[bía] generalizado” (*EL*, 13/3/91). Fue también durante estos años que Menem firmó un proyecto de reforma al Código Penal por el cual se aplicaba a los delitos de corrupción de funcionarios públicos penas similares a las del delito de “traición a la patria” (*EL*, 12/5/90).

¹²⁵ Un problema público tiene lugar cuando “determinada condición o situación se transforma en un problema, a partir de su repercusión, su importancia o su reconocimiento en una sociedad específica (...) Una sociología de los problemas públicos analiza la génesis o la constitución de esos problemas (...) Su foco principal es el análisis de prácticas y discursos que derivan en la definición de una situación como problemática” (Pereyra, 2013: 29).

Precisamente, el presidente Menem había destacado la cuestión de la corrupción de los funcionarios de gobierno en su discurso de Asunción ante la Asamblea Legislativa el 8 de julio de 1989:

“Vengo a anunciar ante los representantes del pueblo que a partir de este momento el delito de corrupción en la función pública será considerado como una traición a la patria. Así como vamos a investigar los ilícitos cometidos en los últimos tiempos, también vamos a ser inflexibles con nuestros propios funcionarios. Aspiro a que mi gobierno sea un ejemplo de austeridad, de limpieza, de patriotismo” (Menem en “*¡Argentina, levántate y anda!*”, 8/7/89, en De Privitellio y Romero, 2000:434)¹²⁶.

El tópico de la corrupción aparecía asociado a fenómenos más amplios que tenían que ver con dos procesos de diverso origen, pero que corrían paralelos. Por un lado, al diseño e implementación de la Reforma del Estado. Los principios de la Reforma respondían a las medidas de política económica impulsadas desde el Consenso de Washington¹²⁷, para las cuales la idea de la corrupción extendida en las estructuras estatales resultaba funcional. En efecto, las políticas del Banco Mundial (uno de los principales organismos internacionales promotor de aquéllas medidas) contra la corrupción estaban basadas en la idea de que ésta iba en detrimento de la *eficiencia*¹²⁸ en el uso de los recursos estatales como condición del desarrollo, en especial, en los países “en desarrollo [donde] la corrupción se ha vuelto parte del sistema” (Klitgaard, 1992: 11). Y, a la inversa, la aplicación de políticas de privatización, desregulación o ajuste fiscal desmotivaría la recurrencia de prácticas “corruptas” extendidas por causa de la amplitud de las esferas en las cuales el Estado tenía intervención. El nuevo modelo que se proponía instaurar en el país

“suponía, entonces, nuevas reglas de juego en las cuales las condiciones para el florecimiento de la corrupción –un Estado empresario y una excesiva regulación de la actividad económica– habrían desaparecido” (Pereyra, 2013: 206).

¹²⁶ En diciembre de 1989, el Poder Ejecutivo Nacional había enviado al Congreso un proyecto de creación de una Comisión Bicameral, presidida por un legislador de la oposición, que investigara los casos de corrupción denunciados en este nivel de gobierno, y que fueran publicados por la prensa nacional (*EL*, 7/12/89).

¹²⁷ El denominado “decálogo” del CW consistió en los siguientes puntos: mantenimiento de una férrea disciplina fiscal; reorientación del gasto público hacia áreas de alto retorno económico; amplia reforma tributaria que estimulase la inversión; tasas positivas de interés fijadas por el mercado; tipos de cambio competitivos; liberalización financiera; apertura completa a la inversión extranjera directa; privatizaciones; apertura comercial; desregulación y derechos de propiedad garantizados (Morresi, 2008).

¹²⁸ La asociación entre corrupción e ineficiencia estatal hizo que una de las maneras de abordar y constituir a la corrupción política como un problema fuera su tratamiento por parte de expertos en la materia, cuya visión técnica estaba orientada a prevenir y controlar la “enfermedad” de la corrupción (ver Pereyra, 2013).

El vínculo entre corrupción y Reforma del Estado ocupó un lugar destacado en el discurso del presidente Menem, donde la reforma era necesaria para “transparentar”¹²⁹ la gestión de gobierno:

“Un largo adiós les reserva mi mandato a los que creen que todavía hay lugar para la corrupción [...] Si hemos tenido que apelar a medidas excepcionales, de emergencia, lo hicimos porque estamos convencidos de que la Reforma del Estado debe sincerar y transparentar mecanismos que conspiran contra el bienestar general” (Discurso de Menem en la Cámara Argentina de la Construcción, *EL*, 5/10/90).

Así también en Santa Fe las denuncias de corrupción se potenciaron a partir de la implementación de las Leyes de Reforma del Estado y Emergencia Económica¹³⁰, tal como lo describimos en el apartado anterior. Decía un diputado justicialista provincial, ferviente opositor a Reviglio:

“Todo el sacrificio de la gente fue para pagar ñoquis, asesores, gastos desmedidos, que todavía hoy se siguen incrementando. Todo esto no habría sucedido con una real Reforma del Estado [...] Si no renovamos esta dirigencia, el justicialismo pasará muy malos momentos, [por lo que consideraba que] como decía el General Perón, el movimiento generará sus propios anticuerpos para echar a los fariseos del templo” (Luis Ghezzi, *EL*, 20/9/90).

Aquí vemos que se menciona, por un lado, la idea de que una “real Reforma del Estado” iría en beneficio de evitar usos discrecionales del dinero público a favor de intereses personales, es decir, que la “eficiencia” que otorgaría una reforma estatal reduciría el estado de corrupción imperante. Pero, a continuación, este dirigente expone la necesidad de “renovar la dirigencia” gobernante, dirigencia que pertenecía a su mismo partido. Aparece, entonces, el segundo fenómeno –más específico del caso que estamos analizando- al cual se vinculaba el problema de la corrupción: la crisis de representatividad por la que estaba atravesando el peronismo y la demanda de recambio en las cúpulas partidaria y gubernamental.

Como dijimos, el final de la década del ochenta significó en Santa Fe un momento de crisis de la dirigencia gobernante, encarnada –en este caso- por los políticos del peronismo. Esta crisis significó, en primer lugar, una crisis de los atributos que los representantes gubernamentales expresaban, vinculados a un tipo de representación “tradicional”, que los asociaba a una identidad política en plena transformación (especialmente, a partir del giro que

¹²⁹ De allí las políticas de “transparencia” promovidas por Organizaciones No Gubernamentales creadas a tal efecto. *Poder Ciudadano* es una de las más reconocidas en nuestro país (ibid.).

¹³⁰ Sobre el distinto ritmo institucional de la aplicación de las medidas de Emergencia Económica y Reforma del Estado en la Nación y en la provincia de Santa Fe, ver Iazzetta (1999).

supuso el liderazgo de Menem en el peronismo¹³¹) y, en segundo lugar, a maneras de ejercer la práctica política vinculadas a un Estado en el cual los sindicatos participaban con relativo protagonismo. La corrupción política fue, entonces, un modo de expresión del quiebre de este tipo de vínculo político, “un elemento que [tendía] a disociar y a escindir a la clase política del resto de la ciudadanía” (Pereyra, 2013: 202). Las denuncias de corrupción reforzaban la imagen de una “clase política” que, lejos de atender las demandas de los ciudadanos, extraía de su práctica beneficios de tipo personal, especialmente vinculados al enriquecimiento material.

Este alejamiento entre uno y otro polo de la relación de representación se había constatado ya en la derrota electoral que sufrieron los dos partidos mayoritarios de la provincia en las elecciones municipales de 1989, aunque dentro del peronismo se preveía que esa brecha se ampliaría a raíz de lo sucedido con Vanrell¹³². En Santa Fe, por lo tanto, la discusión sobre la corrupción llevó al PJ a replantearse la estrategia electoral a seguir para las elecciones gubernamentales a realizarse en 1991.

¿Qué lugar ocupó la corrupción en el discurso de la dirigencia peronista santafesina? ¿Qué significado se le otorgó al suceso excepcional del juicio político al vicegobernador? ¿Qué concepción de la política y la moral circulaba? Y, ¿cómo se relacionaban ambos términos?

Tal como mencionamos en el apartado anterior, en ocasión de los comicios municipales el gobernador Reviglio reconocía que, en parte, la derrota electoral del PJ se debía al “voto castigo” que la ciudadanía había dado a los representantes peronistas, vinculados con denuncias de corrupción en ambas ciudades. Algunos dirigentes apuntaban directamente a la persona del gobernador¹³³ como responsable de dichos resultados, y enfatizaban la necesidad de mantener las “reservas morales” del justicialismo y la “honestidad” de sus representantes:

¹³¹ Trataremos, en particular, el giro de la identidad peronista a partir de Menem y de Reutemann en el capítulo 4.

¹³² Hay que tener en cuenta, además, que el candidato radical que se perfilaba mejor para la gobernación, Horacio Usandizaga, poseía una altísima intención de voto y buena imagen. Las tendencias por partido indicaban un 26,9% para la UCR contra un 8,4% para el PJ. Al respecto, ver la nota “Usandizaga encabeza las encuestas en Santa Fe” (*EL*, 26/8/90).

¹³³ No hay que olvidar que, al ser Reviglio gobernador y presidente del partido, las disputas partidarias se trasladaban con mayor facilidad a la dinámica institucional (legislativa y ejecutiva) y viceversa. Algunos estudios han soslayado este dato a la hora de analizar “los conflictos entre las diferentes corrientes del partido [que] atravesaban la gestión provincial” (Robin, 2007) o el denominado “faccionalismo exacerbado” (Iazzetta, 1997) en el interior del partido gobernante.

“[A] la derrota electoral en Rosario y Santa fe [...] se [la] debemos al presidente del PJ [Debemos mantener] las reservas morales y políticas del justicialismo santafesino, basadas en la honestidad de sus dirigentes [...] [Son necesarios] nuevos dirigentes, no conocidos, que tengan credibilidad para levantar las banderas de las demandas de la gente”(Enrique Vallejos, diputado nacional, *EL*, 8/12/89).

Meses más tarde, las reacciones frente al denominado “affaire Vanrell” reproducían la clave interpretativa de “los funcionarios corruptos”. Sin embargo, lo que advertimos es que se configuraron dos tipos de interpretaciones sobre el caso, según el grado de enfrentamiento que se manifestaba con respecto a la conducción de Reviglio. Así, por un lado, aquellas figuras del partido que condenaban más enfáticamente el accionar del vicegobernador eran, también, acérrimos opositores de Reviglio. Para este grupo, el juicio a Vanrell era la expresión en la superficie de la corrupción—entendida como “robo” del dinero público— que se extendía a todos los poderes del Estado, y el origen de toda una cadena de irregularidades responsable de la crisis económica y social que atravesaba la sociedad santafesina. Según el diputado provincial Luis Ghezzi¹³⁴,

“Este robo perpetrado por el vicegobernador con los envíos del Poder Ejecutivo se concretó cuando los jubilados cobraban con atraso sus sueldos de hambre, los maestros se debatían en una huelga inhumana por un sueldo digno y disminuían en la provincia la seguridad y las posibilidades de trabajo [...] Antes de la Revolución Francesa, éste sería un delito con la pena de fusilamiento [el estar prófugo de la Justicia]” (Luis Ghezzi, *EL*, 29/6/90).

Ante esta interpretación de los hechos, dado que se veía a la “corrupción” como el “origen de todos los males” que vivía la provincia, la única solución posible se encontraba en una salida institucional que “expulsara” a toda la dirigencia en ejercicio, ya sea por medio de una Intervención Federal o por juicio político al mismo gobernador. Uno de los abanderados de la propuesta interventora era, como señalamos, Raúl Carignano. Su Movimiento de Lealtad Peronista se dirigía al gobernador enfatizando su actitud “soberbia” y marcando una diferencia con respecto a la “gestión” llevada adelante por el presidente Menem:

“Solamente su obstinada soberbia le impide percibir la dramática realidad de nuestra provincia [...] El fantasma de la intervención [...] es la consecuencia natural de su incapacidad para conducir los destinos de la provincia [...] Tal vez sería oportuno que una de estas convocatorias [las protestas de trabajadores frente a la Casa de Gobierno] sea en apoyo de su gestión, como la que se realizó el viernes pasado en favor del presidente Menem [en alusión a la ‘Plaza del Sí’]” (*EL*, 12/4/90).

¹³⁴ Ghezzi también había sido acusado ya en diciembre de 1989 por algunos miembros del Consejo Provincial del PJ por “haber trabajado a favor de Cavallero” y no haber hecho lo propio por el candidato justicialista, Alberto Joaquín (*EL*, 2/12/89).

El mismo Carignano aseveraba que cometer actos de corrupción era tan grave como desatender las obligaciones elementales que el Estado tiene para con las áreas claves como la salud o la educación:

“El único promotor [de la intervención es] el gobierno provincial por acumular en su administración más de 130 casos de corrupción –según la Corte Suprema- o por no atender la salud o la educación” (Raúl Carignano, *EL*, 27/3/90).

Rubén Cardozo se hacía eco de esta percepción, exigiendo “el máximo castigo que marque la ley” para los responsables de actos de corrupción¹³⁵.

En cuanto a la opción por el juicio político al gobernador, fueron dirigentes de este mismo grupo¹³⁶, entre otros de los demás partidos, los que reforzaron su iniciativa luego de la destitución de Vanrell, e intentaron darle concreción mediante la presentación de varios proyectos en la Legislatura provincial los cuales, finalmente, no prosperaron¹³⁷.

Adoptando una actitud opuesta a ésta, un sector del peronismo provincial le dio un significado positivo al juicio político. Este grupo estaba conformado por los legisladores y dirigentes justicialistas que no cuestionaban –al menos, abiertamente- la gestión llevada adelante por el gobernador y que defendían la estabilidad política y la autonomía institucional de la provincia. Para ellos, el enjuiciamiento a un alto funcionario de gobierno no manifestaba, necesariamente, un estado de “corrupción total” en las distintas áreas del Estado. Muy por el contrario, era la expresión del funcionamiento normal de las instituciones y de la voluntad de sancionar cualquier tipo de comportamiento reprochable moralmente, aún cuando el individuo que cometiese tal conducta proviniera de la misma membrecía político-partidaria. Constituía, de hecho, una acción ejemplar que debía ser imitada por el resto de los representantes del arco partidario local. En este sentido, el diputado provincial Emilio Rodes, del Bloque Peronista y presidente de la comisión de juicio político en la Cámara de Diputados, solicitaba que

¹³⁵ “Si hay hombres de nuestro partido que cometieron actos de corrupción tienen que ir presos”; *EL*, 8/5/90.

¹³⁶ Ver la nota “Piden juicio político para el Dr. Reviglio” (*EL*, 13/12/89). El diputado provincial Osvaldo Salomón, del Bloque Justicialista, realizó hasta octubre de 1990, cuatro pedidos de juicio político y una investigación penal a Reviglio por “incumplimiento de los deberes de funcionario público” (*EL*, 4/10/90).

¹³⁷ El 7 de agosto de 1990 la Cámara de Diputados rechaza por mayoría el proyecto de juicio político a Reviglio. El principal argumento para su promoción fue el de la falta de remisión en tiempo y forma del presupuesto, establecido por la Constitución provincial. Estuvieron a favor del juicio la totalidad del PDP, el “sector blanco” de la UCR, Oscar Blando, del Latorrismo y del PJ: Vicente Angelozzi, Jorge Dubouloy, Osvaldo Salomón y Luis Ghezzi.

“se valor[ara] la gestión del peronismo en su total dimensión, pues es un acto de decencia y honestidad [promover el juicio político a un miembro del propio partido] que merece su correlato en otros estamentos de la vida pública y política donde también hay actos de corrupción” (Emilio Rodés, EL, 15/5/90)¹³⁸.

Desde la Cámara de Senadores se replicaba esta percepción entre los legisladores oficialistas, quienes fueron los promotores del juicio político junto a los senadores de la UCR, el otro partido que integraba este cuerpo. Así, el senador Alberto Monti, presidente del bloque justicialista y dirigente cercano a Reviglio, defendía el día del juzgamiento la actitud tomada por el partido ante este hecho:

“Hoy instauramos un nuevo enfoque, una nueva etapa para restablecer la credibilidad. Ojalá que los demás partidos políticos nos imiten y den lugar a hechos de esta naturaleza, si son necesarios” (Alberto Monti, EL, 29/6/90).

En el mismo sentido, el gobernador concebía lo que estaba sucediendo en Santa Fe como

“un ejemplo de lucha contra la corrupción. Aquí todo se investiga, el propio gobernador es el que ha dado intervención a la justicia en casos resonantes y está demostrado que aquí no existe la impunidad” (Víctor Reviglio, EL, 12/7/90)¹³⁹.

El hecho de que se hubiera sancionado a un alto funcionario demostraba, precisamente, que la corrupción no estaba extendida en todos los individuos que tenían responsabilidades públicas:

“En la provincia de Santa Fe la corrupción se puso mucho antes en el tapete y es, tal vez, menos profunda y más honestamente asumida por la sociedad que en muchas otras partes del país. Según entendemos, éste debería constituir un relativo mérito cuyo primer protagonista es la sociedad” (Víctor Reviglio, Discurso de Apertura de Sesiones Legislativas, 1/5/91).

Acá se establecía una distinción fundamental que justificaba también el accionar del gobierno y de los demás poderes del Estado para enfrentar esta cuestión: la distinción entre *individuos* corruptos y otros que no lo eran (sean otros funcionarios de gobierno, la misma sociedad y las agencias de control e, incluso, la prensa, en su rol de investigadora y

¹³⁸ En este sentido, algunos dirigentes peronistas realizaron insistentes acusaciones contra Horacio Usandizaga (UCR) por “actos de corrupción”, supuestamente cometidos mientras éste fue intendente de la ciudad de Rosario entre 1987 y 1989, vinculados al cobro de haberes inexistentes por parte del personal docente u horas de cátedras abonadas pero no trabajadas (EL, 1/6/91). La justicia investigaba, también, el destino final de más de 3000 cheques en Rosario (EL, 16/8/90). Por su parte, Rubeo basó su campaña a gobernador en la denuncia a Usandizaga por sus vinculaciones con la “mafia santafesina” (EL, 14/8/90).

¹³⁹ Esta argumentación también aparecía en las palabras de Menem, en relación a las denuncias de corrupción en el ámbito nacional: “Lo que diferencia a este gobierno es que tuvo la valentía de sacar a la luz este problema que nos ha afligido a todos, que es el de la corrupción. Mientras otros lo taparon, nosotros lo estamos poniendo a consideración del pueblo argentino” (discurso de Menem en ocasión del juramento de nuevos ministros, 16/1/91, en Canelo, 2001: 16).

denunciante). En efecto, se trataba de distinguir entre *individuos* que cometían actos de corrupción según su propia “conciencia” y su propia “moral” y otros que no:

“Suponer que la existencia de individuos corruptos en algún estamento de la sociedad permite asumir que todos sus componentes son corruptos es, como mínimo, un grueso error y una enorme injusticia para la inmensa mayoría de sus miembros que no cometen actos de corrupción y cumplen fielmente su deber [...] Una cosa es formar parte del mismo gobierno y otra muy diferente es compartir la misma conciencia. Nada más personal y más privado que la conciencia de los hombres y la decisión que impulsa sus acciones” (ibid.).

Dos son los elementos que aparecen aquí que estuvieron presentes en el debate sobre la corrupción de los políticos en esta época. Uno es que al hablar de corrupción se juzgaba la conducta del político en tanto que individuo; su comportamiento en el gobierno o en la esfera pública era juzgado en términos individuales, y no por su vínculo con las ideas políticas que expresara el partido al que pertenecía o el programa de gobierno del que formaba parte. El tópico de la corrupción conducía, por lo tanto, a reforzar la personalización del vínculo político (Pereyra, 2013) y la evaluación de la conducta del gobernante con parámetros propios de una moral individual (Frederic, 2004) que juzgaba por igual al ciudadano común y al político. En otras palabras, se producía la invasión de una “ética del individuo” que juzgaba la conciencia de los políticos en lugar de evaluar su “ética política”.

Este mismo aspecto se advertía cuando los dirigentes peronistas querían separar la conducta de Vanrell con respecto al funcionamiento de la institución partidaria. Luis Rubeo, senador nacional, afirmaba:

“Nuestra fuerza política [...] mantiene intacta todas sus estructuras orgánicas [...] con autoridades legalmente constituidas y en pleno ejercicio de sus respectivas funciones. Prueba de ello es su evidente capacidad de practicar una acción de profilaxis política, separando de su seno a aquellas personas que no han honrado las designaciones con las que se los ha distinguido, como en el caso de Vanrell” (Luis Rubeo, *EL*, 24/6/90)¹⁴⁰.

El otro elemento, que se desprende de éste, es la imagen de indistinción entre los políticos y el resto de la sociedad que ofrecía esta perspectiva de los hechos. Es decir que si la práctica política se empezó a juzgar por referencia a la conducta privada del político y no por su capacidad de representar ideas o tradiciones políticas, éste compartía su condición de

¹⁴⁰ En efecto, unos días después de ser excluido de la cámara de Senadores, Vanrell fue desafiliado del PJSF por determinación del Tribunal de Disciplina, previa reunión del Consejo Ejecutivo provincial. En dicha reunión se dictaron dos resoluciones. Una, que reza que “Todo aquel afiliado que se encuentre procesado por la justicia o que haya sido expulsado de un órgano colegiado, automáticamente queda separado de la función que tenía dentro del partido: provincial, departamental, unidad básica, etc.”. La segunda, sobre el caso Vanrell puntualmente, decidió: a) apoyar a los senadores del PJ en lo que al caso refiere, y felicitar su accionar, 2) comunicar a los bloques de Diputados, justicialista y peronista (Quijano y Castro) la necesidad de continuar con la investigación, 3) desafiliar a Vanrell. *EL*, 16/5/90.

“individuo” con el “resto” de la sociedad; era “uno más” entre otros individuos. Se perdía la distinción existente entre aquellos que “representan” el poder y aquellos que son “representados”; entre los “políticos” –en el sentido profesional de su actividad- y los “ciudadanos comunes” (Manin, 2006). Como afirmaba Reviglio, formaban parte de algún “estamento de la sociedad”, un “componente”, entre otros; eran “miembros” de la sociedad” a quienes la corrupción no había alcanzado.

En síntesis, lo que subyacía como un punto en común entre las opiniones aprobatorias y reprobatorias sobre lo sucedido con Vanrell era la evaluación moral de la práctica política. Actos catalogados como “robos” eran considerados “deshonrosos” para el ejercicio de la actividad política y para la imagen del partido y debían ser condenados política y jurídicamente, puesto que de ello dependía la recuperación de la “credibilidad” en los gobernantes y en los dirigentes peronistas, en particular. Tal como afirma Frederic, “en la Argentina de los noventa el problema de la política fue definido por dirigentes y candidatos políticos como de naturaleza moral” (2004: 21), definición que alcanzaba a los políticos de todos los partidos políticos y de todas las escalas gubernamentales. En efecto, de lo que se trataba era del advenimiento de nuevos criterios en la configuración del vínculo político (Annunziata, 2012; Cheresky, 2006; Novaro, 1994); o, en otros términos, en la definición del límite que separaba a los políticos de quienes no lo eran (Frederic, 2004).

Esos nuevos criterios tenían que ver, en gran medida, con la referencia a valores pertenecientes no ya a una “ética de la responsabilidad” (en el sentido weberiano de una ética comprometida con los valores de una comunidad de referencia, es decir, con convicciones políticas) sino a una “ética de la convicción”, esto es, una ética comprometida con valores pertenecientes a una moral absoluta y universal de la acción individual. La destitución de Vanrell y el debate público que suscitó pusieron en el centro de la escena la evaluación del comportamiento político con elementos propios de una moral individual y apolítica. La percepción sobre el “robo” perpetrado por algunos funcionarios (Martínez, Vanrell, los concejales rosarinos), la denuncia pública de la soberbia con la que actuaba Reviglio, o, directamente, sobre el comportamiento inmoral e indecente de quienes tenían responsabilidades públicas, expresaba este entrelazamiento entre una moral íntima y social y otra pública y política (Frederic, 2004)¹⁴¹. El escándalo desatado por la corrupción del

¹⁴¹ “La compra de los juguetes es un hecho que agravia a la sociedad”, decía el dirigente Cardozo (*EL*, 29/4/90).

vicegobernador y de los funcionarios a él vinculados colocó en un lugar subalterno los valores relativos a la “comunidad peronista”, típicos del tipo de representación “tradicional” anterior o, en términos de Manin (2006), de una “representación de partidos”. A partir de estos cambios, ganarían protagonismo los valores de la “honestidad”, la “transparencia” y la “eficiencia” administrativa en un nuevo formato representativo (proceso que abordamos en el próximo capítulo).

2.2.3 “Menemistas” versus “cafieristas”: los efectos al interior del Consejo Ejecutivo Provincial del PJ

La destitución del vicegobernador tuvo consecuencias en el orden partidario, al producirse una reconfiguración en el Consejo Ejecutivo provincial del PJ, órgano dirigencial máximo del partido. Mediante un comunicado de prensa el partido se posicionó sobre “el caso Vanrell”, y reivindicó a la organización en la “lucha contra la corrupción”. Desde el partido se sancionaba a los corruptos, considerados como un “virus” que “corroía” a la organización, pero, al mismo tiempo, se marcaba una frontera con respecto a la UCR, partido que, desde este punto de vista, no manifestaba igual reacción frente a los sucesos de similar carácter que ocurrían también en su organización:

“Debe estar bien en claro que son los propios justicialistas los que sancionaron a Martínez y al vicegobernador [...] El peronismo santafesino, siguiendo el ejemplo del presidente Menem, está realizando en sus filas una fuerte limpieza, excluyendo a los corruptos, actitud que no se observa en el radicalismo, pese a los reconocidos y públicos actos ocurridos durante la gestión Alfonsín [...] El justicialismo mejorará internamente la representación de sus hombres y de cara a la sociedad elegirá a los más capaces y honestos luego de haber extirpado de su seno los virus que lo corroen” (EL, 9/6/90).

Sin embargo, hacia el interior del PJSF se había trazado otra frontera cuyo clivaje estaba construido, tal como hemos sostenido, en torno a la figura de Reviglio. Algunos miembros del Consejo Ejecutivo venían pidiendo la renuncia de éste a la presidencia del partido desde la derrota en las elecciones municipales de 1989¹⁴². Frente a este sistemático reclamo, Reviglio decidió separar a dos dirigentes -José María Mazza y Rodolfo Sacks¹⁴³- de sus cargos en el

¹⁴² LC, 27/11/89. Previo a la separación del Consejo Ejecutivo, Sacks había denunciado a Reviglio por los destinos de los fondos que el gobierno nacional había enviado para ejecutar “políticas sociales comunitarias” (EL, 13/8/90). A su vez, éste entendió que hubo expresiones “procaces, insultos, infamias, calumnias de algunos hombres que pertenecen al Consejo” hacia la autoridad del presidente del partido, motivo por el cual decidió separarlos de sus cargos partidarios (EL, 8/8/90).

¹⁴³ Las 62 Organizaciones Peronistas de Santa Fe repudiaron la separación de Sacks, dirigente del sindicato de Bancarios (EL, 12/8/90).

Consejo (vicepresidente 2° y prosecretario general, respectivamente, ambos diputados nacionales) defendiendo la legitimidad democrática de su rol¹⁴⁴:

“Aquí nadie se quiere aferrar a ningún cargo, pero tampoco tiene el derecho para levantar el dedo para querer sacar del medio a quienes fueron mayoritaria y democráticamente elegidos para los cargos [...] En la provincia desde hace tiempo hay una operación de carácter político, pretendiendo hacer a un lado al presidente del partido, cosa que no lo van a conseguir” (Víctor Reviglio, *EL*, 8/8/90).

La consideración de los desplazados fue inscribir esta maniobra en clave de la oposición entre “menemistas” y “cafieristas”. Así lo expresaban:

*“Con esta decisión lo que logra el Consejo Ejecutivo es sacarse del medio a dos menemistas [...] Esta es la verdadera interna, la que se da entre menemistas y cafieristas [...] Impedir participar a los menemistas en la dirección partidaria en una actitud igual a la que en su momento cometió Herminio Iglesias contra Cafiero [...] Lo que van a lograr es que los menemistas nos tengamos que presentar en las elecciones de 1991 con otra sigla partidaria acompañados de candidatos **honestos y capaces** y decididos a apoyar al gobierno nacional”* (José María Mazza, *EL*, 10/8/90).

Desde los sectores que se consideraban “menemistas” se atribuía al presidente del PJSF actuar en los mismos términos que lo había hecho el otrora presidente del PJ bonaerense, Herminio Iglesias, en la disputa que dio origen, hacia 1985, a la escisión de la fracción “Renovadora” del peronismo. Aquellos que no habían optado por el voto a Menem en la interna presidencial de 1988 iban a ser designados, en el ámbito santafesino, como los “corruptos” y los “ineptos”, estableciendo un paralelo entre el comportamiento de esta dirigencia y aquél llevado adelante por el “herminismo”. En este sentido el sector de Cardozo se dirigía en una solicitada a Reviglio:

“Somos el pueblo peronista, los que produjeron el triunfo de Carlos Menem el 9 de julio de 1988, cuando usted estaba en la vereda de enfrente con el ex intendente Carlos Martínez. Somos parte de los que forjaron el 14 de mayo de 1989, que consagró a Menem como presidente de los argentinos. Somos, en síntesis, los que no transigimos con la corrupción y la ineptitud” (*EL*, 4/4/90).

En efecto, en la interna de 1988 todo el aparato partidario más encumbrado había votado a Cafiero (Reviglio, Vernet, Martínez, Carignano, Lamberto, Barrionuevo), mientras que la mayoría de los dirigentes sindicales lo habían hecho por Menem (Fernández, 1993; Lacher, 2015). Sin embargo, hacia 1990 la conducción del líder del justicialismo bonaerense y gobernador de esa provincia estaba en crisis. El 5 de agosto de 1990 Cafiero perdió el

¹⁴⁴ Dadas estas expulsiones, cuatro dirigentes más renunciaron al Consejo Ejecutivo: Domingo Pocchettino, Antonio Bonifaci, Jorge Cura y Pedro Utrera (*EL*, 12/8/90). En su reemplazo asumieron: Eugenio Blanco, Irma Badaraco, Marta Quinteros, Juan Carlos Galotto y Jorge Nardi (*EL*, 16/8/90).

referéndum para reformar la Constitución provincial, que incluía la cláusula de la reelección del gobernador. Este hecho significó un duro golpe a su liderazgo, que ya se había resentido por la derrota en las elecciones internas frente a Menem. Como consecuencia Cafiero, entonces presidente del PJ nacional, renunció a su cargo, junto con Vernet, quien se desempeñaba como vicepresidente 2°. Menem asumió, entonces, la presidencia del partido, lo cual debilitó aún más la figura de Reviglio en el plano local¹⁴⁵.

En este clima de recambio dirigencial en la jerarquía máxima del PJ, desde algunas agrupaciones partidarias buscaban horadar la legitimidad del presidente del peronismo santafesino acusándolo de representar en su propia persona la corrupción:

“Es necesario que usted renuncie a la presidencia del Partido Justicialista porque su nombre está asociado subliminalmente en nuestra gente a la corrupción y al saqueo”. (Agrupación Justicialista 17 de Octubre, *EL*, 2/10/90).

Para el dirigente Eduardo Cevallo, Reviglio debía abandonar su rol partidario:

“La próxima tarea del justicialismo en la provincia es separarse como institución del gobierno provincial [...] El gobernador debería buscar todos sus esfuerzos a acompañar la política del presidente de la Nación en materia de transformación del Estado. Yo sostengo que es incompatible gobernar en estas circunstancias de crisis y presidir simultáneamente el PJ” (Eduardo Cevallo, *EL*, 12/9/90).

La recomposición del Consejo Ejecutivo del PJSF expresó, entonces, dos cuestiones fundamentales. Por un lado, el refuerzo del clivaje “menemista”. Algunos dirigentes del peronismo santafesino integraban el grupo que se dio en llamar los “Doce apóstoles de Menem”, círculo íntimo a través del cual Menem operó en el PJ entre 1988 y 1990 (es decir, mientras la presidencia del partido estuvo a cargo de Cafiero). Entre ellos se encontraban Rubén Cardozo, Alberto Kohan y el propio Antonio Vanrell (Levitsky, 2005: 226). Estos dirigentes –salvo el deshonrado Vanrell–, buscarán desplazar a Reviglio de su cargo como máxima autoridad del partido e influir desde su lugar en el proceso de definición de candidaturas en vistas a las elecciones gubernamentales de 1991¹⁴⁶.

Por otro lado, como contracara de lo anterior, la profundización de los cuestionamientos a la conducción reviglista, desde que la conducción nacional del PJ dejó de estar en manos de

¹⁴⁵ Sobre la crisis de la conducción “renovadora” del PJ y la “menemización” del Consejo Nacional Justicialista desde agosto de 1990 (es decir, la concentración del poder de Menem tanto en el gobierno como en el partido), ver Levitsky (2005).

¹⁴⁶ Ver la nota “El menemismo busca el desembarco en las agitadas aguas de Santa Fe” (*EL*, 20/8/90).

Cafiero. Para ello, los argumentos que se utilizaron fueron los mismos que estaban presentes en el debate público local del momento: el de la mala gestión del gobierno provincial, por una parte, y el de la corrupción de la dirigencia gobernante, por otra. De modo que la lectura en clave de la inmoralidad de los funcionarios y de la ineficiencia a la cual esa práctica conducía se aplicó también para reordenar las relaciones de fuerza hacia el interior de la organización partidaria, en el marco de la consolidación de Menem a la cabeza del peronismo. Esta recomposición del Consejo Provincial del PJ constituyó la primera expresión a nivel de la estructura partidaria de la crisis de la conducción reviglista, a la cual le sucederá la intervención final del partido en julio de 1991, que tratamos en el último apartado.

2.3 ¿Ley de Lemas o internas abiertas? En busca del candidato “que quiera la sociedad” (1990)

Tal como describimos en el primer apartado, uno de los motivos principales que la dirigencia peronista había atribuido a su derrota en las elecciones de Santa Fe y Rosario había sido su “exacerbado internismo”¹⁴⁷, entendido como la lucha egoísta por candidaturas y cargos partidarios en pos de la propia reproducción en el poder, y, por lo tanto, escindida de la atención a las demandas de los afiliados y de la ciudadanía¹⁴⁸. Éste habría causado, en el caso de Santa Fe, la selección interna de un candidato a la intendencia (Carlos Martínez) que debió renunciar a su cargo por denuncias de corrupción impulsadas por el propio Concejo Deliberante de la ciudad; y, en la situación de Rosario, la sospecha por la falta de acompañamiento al candidato Alberto Joaquín de parte de su competidor interno quien, según se decía, había faltado a la máxima peronista de que “quien gana conduce, y quien pierde, acompaña”, vertiendo sus votos hacia el candidato del PSP.

De este razonamiento se desprendía que era el *método* de selección interna de los candidatos la variable principal a revisar y, eventualmente, a modificar, puesto que se le atribuían dos consecuencias que afectaban el desempeño electoral del partido: una de carácter

¹⁴⁷ La idea del “internismo” no era prioritaria del distrito santafesino. La cúpula oficial del PJ a nivel nacional también había exhortado a “desterrar el internismo partidario y actualizar la doctrina justicialista”, en una cumbre realizada en Mar del Plata (*EL*, 27/5/90). Asimismo, esta idea fue el motor de la sanción de leyes de Lemas en otras provincias, tales como Santa Cruz (Sosa, 2014), Tucumán (Novaro, 1994), y de la destitución de primeras figuras del gobierno, como el caso de Salta, donde fue destituido el vicegobernador en 1990 a partir de una disputa interna entre dos sectores del peronismo (Maidana, 2013).

¹⁴⁸ La prensa local daba cuenta del estado de disputas internas en el peronismo en una nota que titulaba “Peronismo: la interna eterna” (*EL*, 3/7/90).

interno y otra con efectos sobre la cualidad representativa del PJ en relación con la ciudadanía. La primera tenía que ver con el modo como el método de elecciones internas cerradas fallaba en lo que era su función primordial: canalizar los conflictos internos. En efecto, tal como lo analizamos en el capítulo anterior, el sistema de “las internas” se había convertido en un instrumento idóneo para zanjar diferencias entre una multiplicidad de sectores, entre los que no lograba imponerse ninguno por sobre los demás. La realización regular de elecciones directas de candidatos partidarios y a cargos públicos por parte de los afiliados había demostrado que, durante la década del ochenta, el peronismo en Santa Fe no era ajeno a cierta “rutinización” partidaria (Baeza Belda, 2010). Este costado virtuoso del sistema de selección de candidatos se consideró agotado a la luz de los resultados electorales de 1989. Las “internas” no lograban ya la unificación de las distintas líneas partidarias sino que, al contrario, provocaba mayor fragmentación y dispersión. El candidato derrotado de la ciudad de Santa Fe sentenciaba, así, la inutilidad de este sistema y propiciaba el cambio del régimen electoral hacia la denominada “Ley de Lemas”:

*“La realidad demuestra que las **internas**, tal como se hacen ahora, no sirven [...] La interna abierta [...] daría ventajas a quienes tengan mayor aparato [...] quienes puedan llevar mayor cantidad de gente a votar. [La ley de Lemas] posibilitará devolver la credibilidad de la gente en la democracia. Se sabe el **desprestigio que sufre la dirigencia** política y con la ley de Lemas habrá una motivación para que la gente vuelva a creer” (Mario Papaleo EL, 18/12/89).*

El propio gobernador reflexionaba sobre la pérdida por parte del peronismo de su condición de “mayoría natural”, e instaba a sus compañeros a debatir internamente sobre las formas posibles de recobrar el protagonismo electoral perdido:

*“El justicialismo ha decidido retomar el estado de movilización y debate interno [...] Los candidatos deben ser representativos **no sólo del partido sino de la sociedad**. Los resultados de las últimas elecciones en San Lorenzo, Santa Fe y Rosario nos están expresando una cosa muy concreta: hombres salidos de diferentes expresiones políticas encarnaron por sobre todas las cosas el sentir de toda la sociedad” (Víctor Reviglio, EL, 16/12/89).*

Así fue que el 30 de mayo de 1990 - mientras avanzaba el proceso de juicio político- el partido inició oficialmente un debate interno sobre el cambio de procedimiento en la selección de los candidatos¹⁴⁹. Dos eran las alternativas que se discutían al respecto: virar hacia un sistema de “internas abiertas” o, mediante la modificación del régimen electoral provincial, incorporar el sistema de “doble voto simultáneo y acumulativo”, usualmente denominado “sistema de Lemas”. Finalmente, el PJSF impulsó la ley de Lemas mediante la modificación

¹⁴⁹ EL, 31/5/90.

de su carta orgánica en septiembre de ese año¹⁵⁰. Este sistema obtuvo media sanción en el Senado provincial en el mes de agosto –por iniciativa del sector que lideraba Raúl Carignano¹⁵¹- y se aprobó en la Cámara de Diputados en noviembre de 1990¹⁵².

Nuestro propósito no es aquí realizar un análisis del debate sobre la sanción de la Ley de Lemas en Santa Fe –que ha sido objeto de una extendida literatura sobre el tema en esta provincia (Borello y Mutti, 2003; Delgado, 2009; Puig 2003; Robin, 2007; Robin y otros, 2008; Sánchez, 1995; Venesia y Petracca, 1996)- sino detenernos en el debate interno que la alternativa de este sistema electoral suscitó en el peronismo en el contexto de la crisis de representatividad que estaba atravesando.

En un principio, la conducción del PJSF se había pronunciado por implementar un procedimiento de “internas abiertas” con el convencimiento de que, de esa manera, la

“fórmula ganadora contar[i]a con mayor consenso de la población, pues también sería votada por ciudadanos independientes. [De lo contrario], las internas [iban] a ser tan duras que el mismo día de la votación [i]vamos a perder la gobernación” (Representante provincial en el Consejo Nacional Justicialista, *EL*, 13/12/89).

Sin embargo, con el paso de los meses, se fue conformando un consenso interno sobre la conveniencia de adoptar el sistema de Lemas¹⁵³. Según Borello y Mutti,

“los principales sostenedores de [la ley de Lemas] eran los miembros del Partido Justicialista que esperaban contrarrestar con la aplicación su dispersión interna y la casi segura derrota en las elecciones de gobernador que se avecinaban” (2003: 4).

¹⁵⁰ “El PJ santafesino decidió impulsar la ley de Lemas”, *EL*, 18/9/90.

¹⁵¹ Carignano había sido “pionero en la materia” porque, según la prensa, el sistema de Lemas le permitiría “superar la interna del peronismo, siempre adversa a él” al momento de lograr su candidatura a gobernador (*EL*, 22/7/90).

¹⁵² La media sanción de la Ley de Lemas en el Senado tuvo lugar el 17 de agosto de 1990, y la sanción definitiva en la Cámara de Diputados ocurrió el 9 de noviembre de ese año. La votación en el Senado fue a favor de la ley de parte de los 16 senadores justicialistas, y, en contra, de parte de los 2 senadores radicales presentes en la sesión (mayoría absoluta). En diputados, sin embargo, la sanción fue muy reñida. Los partidos votaron de forma dividida (PJ, UCR, PSD), excepto el PDP, que votó en contra en forma unánime. La ley se sancionó por simple mayoría con 25 votos a favor y 24 en contra. Del PJ, quienes votaron en contra fueron los legisladores del bloque Justicialista, opositor interno al gobierno: Edgardo Luna, Oscar Barrionuevo, Jorge Dubuloy, Tomás Berdat, Luis Ghezzi, Raúl Druetta y Daniel Castro (*Todos los diarios*, 10/11/90). Una vez sancionada la ley Rubeo expresaba lo siguiente en relación a quienes habían votado en contra desde el PJ: “los resabios de las caducas prácticas políticas se resisten a perder sus privilegios y elitismo en el manejo de los aparatos partidarios” (*EL*, 10/11/90).

¹⁵³ *EL*, 3/8/90.

¿Cuál era la interpretación de los actores sobre la crisis de las “internas” en el peronismo santafesino? Y, ¿sobre qué argumentos se postulaba a la Ley de Lemas como la “llave maestra” para no perder los próximos comicios?

En primer lugar, la dirigencia peronista consideraba que los partidos políticos, en general, y los líderes políticos, en particular, estaban en “crisis”. Según la lectura de todos los sectores del justicialismo la ciudadanía “no participa[ba] más en los partidos”; éstos se habían vuelto estructuras elitistas, totalmente escindidas de la voluntad de aquélla, parecidas a los “comités” de notables de los años ‘30”¹⁵⁴:

“El sistema de elecciones internas era válido cuando la gente participaba pero ahora la gente no ve a los partidos como la forma clásica de participación. Para consolidar el sistema democrático es necesario crear un nuevo modelo de participación política. Yo creo que se ha desvirtuado el propósito de las elecciones internas en los partidos, es decir, que aquél que gane pueda ser candidato y el que pierda lo acompañe [...] Y si no, mire las unidades básicas. Hoy se parecen a los viejos comités de los años ‘30. Tenemos que convertir a esas unidades básicas en un ámbito de participación que incluye también a los sectores ideológicamente independientes” (Raúl Carginano, EL, 20/12/89).

El cierre de la elite sobre sí misma, sobre sus “ambiciones personales”, hacía inefectivo el sistema de elecciones internas, que ya no permitía hacer “participar” ni “representar” la voluntad de la “gente”. El hiato entre unos y otros era total. Así, continuaba Carignano:

“El justicialismo de la provincia de santa fe está deteriorado. Sus dirigentes no hemos comprendido que debemos trabajar teniendo como base el deseo de la gente, sin considerar las ambiciones personales [...] Hay que abandonar esa imagen de la política semejante a la de la Roma clásica en la que los políticos permanecían todo el día en el templo y el pueblo detrás del muro sin saber cómo se proyectaba su futuro” (ibid.).

La “gente” empezaba a descreer de los partidos, pero, fundamentalmente, de los individuos que ejercían la representación dentro de ellos. El gobernador Reviglio también asumía que el problema radicaba en la falta de credibilidad de la figura de los “dirigentes”:

“Los partidos políticos y las ideologías contienen cada vez menos a la gente [...] Los referentes políticos cada vez pesan menos y entiendo que de aquí en más un buen político será aquél que se convierta en un buen referente social, pero con la capacidad de ser un buen operador político [...] Hay que comprender que la gente está más allá de los dirigentes. Esto

¹⁵⁴La idea de que el partido político se parece a un “comité” remite a la forma de una “representación parlamentaria” (Manin, 2006) o “representación de notables” (Novaro, 1994), es decir, a un tipo de vínculo entre los representantes y la ciudadanía en el cual la acción de los primeros se desarrolla con absoluta independencia respecto de la de los segundos. En otras palabras, predomina un “mandato libre”: los notables deliberan entre sí en el cuerpo cerrado del Parlamento, y los ciudadanos sólo pueden presentar sus demandas o reclamos “a las puertas” del mismo, por fuera del periodo de elecciones. No hay una identificación entre su papel como representante y una voluntad extra-parlamentaria. Decide su voto por convicciones privadas y no por compromisos hechos fuera del Parlamento. Sobre este tema, consultar Manin (2006).

forma parte de las transformaciones que se están dando en el país” (V́ctor Reviglio, EL, 8/8/90).

La crisis de los partidos y de los poĺticos teńa sus efectos, entonces, en el mecanismo por el cual esos dirigentes eran seleccionados entre ś. Las reglas que hab́an regulado la canalizaci3n de los conflictos se mostraban, como decimos, inoperantes y perjudiciales para la propia organizaci3n.

En segundo lugar, algunos créan que el cambio hacia un sistema de Lemas iba a permitirle al peronismo salir de esta coyuntura adversa, por dos motivos. Por un lado, posibilitarí a volver a unir a los dos polos de la representaci3n: ciudadanos/afiliados y poĺticos¹⁵⁵. Al constituirse como una especie de selecci3n de candidatos obligatoria¹⁵⁶, la “participaci3n” en dicho proceso estaba garantizada, al contrario de lo que sucedía con la puja internista “desmedida”, que desmotivaba a los afiliados a participar de las elecciones de sus candidatos. Aś lo entendía Alberto Monti, presidente del bloque justicialista en el Senado provincial:

“Los errores de la dirigencia han provocado la falta de participaci3n. Y lo que tenemos que hacer es rescatar esa participaci3n para fortalecer las estructuras partidarias con una nueva dirigencia que surja, precisamente, de esa participaci3n [...] La ley de lemas [...] es un m3todo que permitir3 la participaci3n” (Alberto Monti, EL, 24/12/89).

Se empezaba a promover, en otros t3rminos, una idea de democracia (m3s “directa”, sin la mediaci3n de estructuras poĺtico-partidarias. Esta idea se potenciar3 durante la campaa electoral de 1991 cuando la figura de Reutemann se presente como una nueva imagen de poĺtico y de candidato (menos vinculada con la dirigencia partidaria tradicional y, por el contrario, m3s ligada al “ciudadano com3n”). En este sentido se expresaba el senador nacional Luis Rubeo:

“La sociedad est3 cansada de internas partidarias sangrientas y costosas, desconfía de los concili3bulos entre dirigentes que muchas veces promueven candidaturas desvinculadas del deseo de los electores, raz3n por la cual entiendo que la ley de Lemas es el instrumento m3s genuino y transparente a fin de permitir que sea la sociedad sin filtros amañados la que

¹⁵⁵ Esta uni3n no se realizaría sobre la base de un nuevo modelo de representaci3n conformado en torno a una “democracia de audiencia” (Manin, 2006), tal como lo afirma Robin: “La ley de doble voto simult3neo en Santa Fe proporcion3 el marco institucional que favoreci3 el acelerado deslizamiento de un modelo de partido de masas hacia otro característico de las nuevas democracias de audiencias o de lo p3blico” (2007: 45). En los pr3ximos capítulos argumentaremos que en Santa Fe no se desarroll3 tal modelo de “audiencia” –al menos, en los primeros ańos ’90- sino m3s bien un modelo de representaci3n que favoreci3 una personalizaci3n del v́nculo poĺtico en torno a Reutemann pero con un fuerte anclaje en la estructura partidaria del PJ.

¹⁵⁶ El sistema se denominaba de “doble voto simult3neo y acumulativo” porque en un mismo acto electoral se elegían el candidato (“sublema”) a ocupar el cargo y el partido (“lema”) en el cual 3ste se inscribía, y se sumaban los votos que obtuvieron todos los candidatos (“sublemas”) para el partido por el cual se presentaron. El ganador era el candidato m3s votado del partido que obtuvo mayor cantidad de sufragios (Borello y Mutti, 2003).

determine quiénes deben ser los candidatos que representan a los partidos políticos” (Luis Rubeo, EL, 24/10/90).

Una propaganda del PJSF resumía estos conceptos:

“Con la ley de Lemas su voto vale. Porque ahora usted no solo vota, elige. Porque votando al mejor candidato siempre sumará para el partido. Porque con la ley de Lemas la suma tiene legítimos dueños, el pueblo. Porque con la ley de Lemas mueren los acomodados espurios. Ahora vote y decida” (EL, 11/3/91).

Por otro lado, y como segundo aspecto positivo, se creía que la renovación de las reglas electorales promovería “mejores dirigentes”; es decir, tendría un efecto cualitativo sobre el perfil del candidato que surgiera del voto popular. Esta creencia se basaba en la anterior: si una elección menos mediada por los “internismos” partidarios era más virtuosa, más “democrática”, las figuras surgidas de esa elección serían también, “mejores”. Es decir, serían menos “corruptas” y “más honestas”. Esto era posible, además, porque el sistema permitía que se presentaran candidatos que no pertenecieran a la estructura partidaria y, por lo tanto, ajenos a la imagen que la dirigencia del PJ expresaba¹⁵⁷. Jorge Obeid, intendente de Santa Fe, afirmaba que la ley de Lemas era

“un avance frente a la degradación que han sufrido las internas partidarias que, tal como están planteadas, terminan siendo ganadas por los dueños de los aparatos y por los que disponen de más dinero [...] No veo en esta metodología una solución mágica, pero entiendo que es un avance, ya que de esta manera los candidatos se plebiscitan directamente ante a la sociedad, contribuyendo así a que no se repitan experiencias en donde los delincuentes terminan ocupando cargos electivos” (Jorge Obeid, EL, 12/5/90).

Aquí se advierte con claridad que lo que estaba en juego era la disputa por espacios de poder entre “los dueños de los aparatos” (es decir, entre las autoridades máximas del partido) y aquéllos sectores que pugnaban por desplazarlos para posicionarse en lugares privilegiados para las siguientes elecciones. Con ese propósito, la discusión sobre la ley de Lemas reproducía los términos en los cuales se estaba dando el debate más general sobre el fenómeno del juicio a Vanrell y el comportamiento moral de los funcionarios del gobierno provincial. Las “internas” se habían vuelto un mecanismo espurio en el cual “sólo ganaban los que tenían más poder y más dinero”. Los “delincuentes” no se convertían en tales sólo en el ejercicio de la función pública, sino que eran “ya-delincuentes” a partir de las elecciones internas porque la ganaban ilegítimamente¹⁵⁸. Este razonamiento asociaba, entonces, “poder

¹⁵⁷ Sólo se requería que se presentara como aval de la candidatura un 6% del total del padrón de afiliados al Lema en todo el territorio provincial.

¹⁵⁸ Ver, en este sentido, también, la cita en la página 93.

partidario” con “dinero” y con “corrupción”. Por el contrario, se le atribuía al sistema de Lemas una garantía moral porque lo que estaba corrompido, viciado y desprestigiado era la instancia que hasta ahora realizaba esa selección, la de los partidos políticos:

“La ley de lemas es un método que tiene la virtud de que la honestidad, la capacidad y el prestigio estén por encima de cualquier otra consideración” (Raúl Carignano, *EL*, 20/12/89).

En vistas a producir ese “cambio moral” de los candidatos del peronismo algunos sectores impulsaron la candidatura de figuras extrapartidarias. Fue el caso de Cardozo, quien sostenía que

“Nosotros creemos que los cuestionamientos no son sólo al justicialismo sino a la dirigencia. Es por eso (sic) que buscamos un candidato que no sea dirigente político, y en lo posible un empresario” (Rubén Cardozo, *EL*, 12/9/90)¹⁵⁹.

En base a estas percepciones –y una vez sancionada la ley- el peronismo emprendió una estrategia electoral para las elecciones del siguiente año que se dio en llamar la estrategia del “candidato sorpresa”, es decir, un candidato empresario o figura exitosa creíble para la comunidad¹⁶⁰, y que no perteneciera formalmente al partido político. La conducción nacional del PJ intervino activamente en la búsqueda del candidato a gobernador. Según el periodista Horacio Vargas,

“En noviembre de 1990 Duhalde bajó a Rosario a dar una conferencia sobre drogadicción en el Círculo Católico de Obreros. Una excusa perfecta para poner en marcha la Operación Empresario Exitoso [donde informó a los periodistas que] ‘el peronismo tendrá un candidato a gobernador que es un empresario joven, exitoso y famoso. Pero no me pidan precisiones... El anuncio oficial se hará en su momento’ ” (Vargas, 1997: 96).

Sin embargo, no todos los dirigentes más encumbrados del peronismo local estaban de acuerdo con promover la ley de Lemas ni con presentar un candidato extra-partidario. Era el caso, por ejemplo, de Eduardo Cevallo y de Liliana Gurdulich, quienes consideraban que el problema del justicialismo no era de “método” sino de “conciencia de la dirigencia” y de falta de preocupación por “los problemas de la gente”:

“Los problemas del internismo son consecuencia de un estado de conciencia de la dirigencia y la militancia del justicialismo, y es pretender tapar el sol con la mano trasladar los procesos internos a la general” (Eduardo Cevallo, interventor de OSN, *EL*, 21/12/89).

¹⁵⁹ Cardozo, coherente con este pensamiento, intentó postular la candidatura de César Luis Menotti –ex jugador y director técnico de fútbol- para gobernador, pero volcó finalmente sus votos en el sublema de Reutemann

¹⁶⁰ *EL*, 5/10/90.

“Si realmente no nos preocupamos por los problemas fundamentales de la gente, esto se transmite en cualquier tipo de cuestión que decidamos, que será formalidad si no hay predisposición a cambiar las cosas” (Liliana Gurdulich, senadora nacional, *ibid.*).

Esta renuencia al cambio de régimen electoral, y a la apertura al ingreso de nuevas figuras en el peronismo que la ley de Lemas posibilitaba, no constituía un desacuerdo menor. Como veremos en el capítulo 4, el clivaje entre los “partidarios” y los “outsiders” se desplegará fuertemente en la discusión interna cuando el puesto de senadora de Gurdulich sea desafiado por un candidato que instalará con éxito el liderazgo de Reutemann, y se replicará cuando éste se postule como presidente del PJSF. En este sentido, Cevallo cuestionaba la sujeción que habilitaba la ley de Lemas a la influencia de la “imagen fabricada” del candidato y la “dispersión ideológica” que favorecía:

“La ley de Lemas aparece como deformante de la voluntad popular por la dispersión ideológica que hoy muestran los partidos [Además, con la ley de Lemas] se abren los partidos a la influencia decisiva de los factores de poder en la medida en que la imagen fabricada pasa a ser el gran protagonista de la historia” (Eduardo Cevallo, *EL*, 24/10/90).

Para estos referentes que rechazaban la implementación del sistema de Lemas los “factores de poder” no eran quienes tenían mayor “aparato” dentro del partido, sino quienes promovían la candidatura de figuras “creadas” a tal efecto a partir de una “imagen fabricada”¹⁶¹. Algunos, si bien no se oponían a la ley de Lemas, sí enfatizaban la determinación de no permitir que candidatos extra-partidarios tomaran la representación del peronismo (y repetirán este argumento como oposición a la candidatura de Reutemann como presidente del partido):

“Cardozo aparece queriendo representar al menemismo de Santa Fe, olvidándose de que acá existe un partido. Parece que quiere sepultarlo o ponerlo como furgón de cola de otro proyecto. El peronismo vive, existe y propondrá sus propios hombres, los más honestos y los más capaces, para contener a los hombres de derecha o de izquierda. Si en el gobierno hemos cometido errores [...] los mismos serán corregidos por el propio partido y sus hombres” (Angel Pascutto, diputado provincial, *EL*, 8/11/90)¹⁶².

2.4. Corrupción y personalización del vínculo político: la intervención al PJSF y el desplazamiento de la Cooperativa al frente del partido

¹⁶¹ Las transformaciones en la comunicación política y, dentro de ella, el rol de la “imagen” en la construcción del vínculo político, es un elemento central en los estudios sobre la “crisis” de la representación política. Algunas visiones son pesimistas sobre el rol de las figuras construidas mediáticamente para establecer un vínculo con la ciudadanía, mientras que otras consideran que enriquece la vida política y la democratiza. Sobre este tema, consultar Novaro (2000: 38-45-9).

¹⁶² Ver la nota: “Cardozo ratifica su respaldo a Usandizaga para la gobernación”, *EL*, 17/11/90.

Si bien Reviglio se atribuyó a sí mismo haber impulsado la ley de Lemas “desde el partido”, y éste fue considerado un tema que adquirió un importante consenso en el peronismo –pese a la oposición de los mencionados sectores disidentes-, el intento de interrumpir su mandato como presidente del PJSF no cejó. Debido a que la ley de Lemas no alcanzaba a la elección de diputados nacionales (que se realizaría el 27 de octubre de 1991), los candidatos para estos cargos tenían que ser seleccionados por medio de elecciones internas¹⁶³. En este marco, avanzó el propósito de intervenir el partido para evitar que Reviglio y otros miembros de la Cooperativa se postularan en los primeros lugares de la lista porque se creía que si ello sucedía el peronismo atravesaría, con seguridad, un nuevo revés electoral¹⁶⁴.

La intervención se concretó, entonces, una semana después de la realización del Congreso partidario en la ciudad de Santa Fe realizado el 15 de junio de 1991, el cual debía elegir por consenso la lista de candidatos a diputados nacionales.

A causa de que ninguna de las listas presentadas¹⁶⁵ (ni la de Reviglio ni la que componían los sectores de Cardozo, Rubeo y Venesia, encabezada por el periodista Evaristo Monti¹⁶⁶) había logrado los dos tercios propios para imponerse sobre la otra -vía modificación de la carta orgánica-¹⁶⁷, el partido dispuso la realización de elecciones directas. Sin embargo, éstas fueron suspendidas por el interventor, Oscar Gonzalez¹⁶⁸, quien desplazó a la conducción

¹⁶³ El texto completo de la legislación se puede ver en *EL*, 12/11/90.

¹⁶⁴ Menem estaba muy interesado en no perder bancas en el Congreso Nacional para que votaran en el futuro de manera favorable las diversas leyes de Reforma del Estado en curso. Sin embargo, el PJ terminó perdiendo una banca, a manos del movimiento Honestidad, Trabajo y Eficiencia (HTyE), una alianza entre el PSP y el ex Fiscal de Investigaciones de la nación, Ricardo Molinas, quien provenía del PDP.

¹⁶⁵ Las listas estaban compuestas de la siguiente manera: por el lado del oficialismo, la encabezaba Reviglio, y le seguía Héctor García Solá (MID), Jorge Albertengo, Miguel Blanco y algunos de los diputados provinciales del bloque oficialista. En la lista opositora se encontraba Evaristo Monti, apoyado por los sectores de Cardozo, Rubeo, Venesia y Barrionuevo, aunque, dado que abandonó el congreso, no terminó por circular ninguna conformación de su lista.

¹⁶⁶ Monti, de origen desarrollista, era un conocido periodista de Rosario, dueño de la emisora radial LT3 (*EL*, 14/6/91).

¹⁶⁷ El congreso tuvo una concurrida convocatoria (341 congresales sobre un total de 547), en el cual se decidió postergar los mandatos partidarios hasta el 10 de noviembre, y realizar la interna para definir la lista de diputados nacionales el 9 de julio. Sectores opositores a Reviglio, como los de Cardozo y Ghezzi, habían manifestado su conformidad con la marcha que había tenido el congreso. Sin embargo, no asistieron al mismo los congresales a cuya cabeza estaban figuras de peso como Raúl Carignano, Mario Truffat, Bernardo Iturraspe o Jorge Obeid, y tampoco estuvieron presentes los dirigentes opositores Luis Rubeo, Eduardo Cevallo y Gualberto Venesia. Además, no faltaron acusaciones de “matonerismo” y “fascismo”, por las medidas de “seguridad” que se habían establecido, al no permitir ingresar a la prensa al recinto de las deliberaciones (*EL*, 16/6/91).

¹⁶⁸ González era en este periodo diputado nacional del PJ por Córdoba.

local en nombre del Consejo Nacional Justicialista el 21 de junio¹⁶⁹. La justificación de la medida interventora fue que

“el congreso justicialista de Santa Fe [había aprobado] un programa electoral de muy difícil cumplimiento [para las elecciones de diputados nacionales] La idea de la conducción nacional [era] que [...] sin que nadie quede afuera de la estructura partidaria, [fuer]an los mejores hombres los que, en definitiva, represent[ara]n al peronismo en las elecciones” (EL, 21/6/91).

Al mismo tiempo, se buscaba controlar la “exagerada proliferación de sublemas” en el contexto de la definición de candidaturas para las elecciones a gobernador del mes de septiembre¹⁷⁰.

Según Jorge Obeid –dirigente que apoyó la intervención- la conducción del PJSF no representaba al “peronismo verdadero”, sino que sus miembros lo único que perseguían eran “fueros para no ir presos”:

“Nosotros estamos en el peronismo de la gente, no en el de los dirigentes [...] Aquí se está queriendo conformar un peronismo de diputados y senadores en los primeros lugares de las listas porque necesitan los fueros parlamentarios para no ir presos, por la cantidad de barbaridades, atropellos y delitos que han cometido. Ese no es el peronismo” (Jorge Obeid, EL, 16/6/91).

En un sentido similar se expresaba Oscar Lamberto, diputado nacional:

“Creo que a Reviglio como diputado no solamente no lo resisten los peronistas [sino que] no lo resiste la sociedad [...] A mí me parece que si a este hombre aún le queda un sentimiento peronista lo que tiene que decir es ‘no soy candidato a nada, ya he hecho demasiado daño, me tengo que ir a casa’” (Oscar Lamberto, EL, 20/5/91).

El tópico de la corrupción seguía presente, como vemos, un año después del juicio político al vicegobernador, como modo de juzgar el comportamiento político. Desde la opinión de la oposición a Reviglio, la corrupción había llevado a destituir un funcionario de primera línea del gobierno, había conducido a reformar el régimen electoral y, en este contexto, se constituía en un criterio legítimo para decidir quiénes eran los “verdaderos” representantes del peronismo, quiénes debían ocupar lugares destacados en las listas de candidatos y quiénes no.

¹⁶⁹ Según Levitsky, mientras en la esfera nacional del PJ Menem logró tener un control personal de las decisiones partidarias (provocando, según este autor, una “menemización” del partido), en el nivel de los distritos provinciales tenía dificultades para imponer sus propios candidatos, o para lograr que éstos controlaran el partido luego de haberlo intervenido. Sin embargo –o tal vez por ello- las intervenciones a las jurisdicciones provinciales del PJ no constituyeron prácticas aisladas. En el periodo 1989-1991 se realizaron nueve intervenciones por parte del Consejo Nacional Justicialista (2005: 246).

¹⁷⁰ El PJ había presentado 18 de los 28 sublemas provinciales con candidatos a gobernador. Finalmente, por el PJ llegaron 7 sublemas a la contienda electoral. EL, 21/6/91.

La intervención, sin embargo, fue resistida fuertemente por gran parte de dirigentes y afiliados. Los primeros convocaron a un congreso extraordinario en el cual se decidió modificar el calendario electoral para adecuarlo a los requerimientos de las autoridades nacionales y donde, también, se repudió la intervención¹⁷¹. Desde la conducción partidaria se sostenía que con la medida interventora se estaba lesionando el derecho de los afiliados a elegir libremente a sus candidatos y, desde el lado de éstos, a ser elegidos. Según esta visión, quienes promovían una intervención del partido horadaban los mecanismos de participación democráticos:

“Quieren evitar la interna para digitar los siete u ocho candidatos a diputados nacionales que Santa Fe podría aportarle a Menem” (vocero del partido, *EL*, 23/1/91).

“Son santafesinos sin representatividad [que] siempre están encaramados en la cresta de la ola y sólo les preocupa tapar todos los huecos posibles para evitar la democratización de las candidaturas” (Antonio Ciaurro, apoderado del PJSF, *EL*12/5/91).

La intervención era interpretada como una “proscripción” y como la elusión de “la mayor conquista política interna del justicialismo, las elecciones por voto directo de los afiliados”. Decía Reviglio¹⁷²:

“¿Cómo la interpreto? Como un acto de proscripción para elegir y ser elegido. Esto significa un retroceso de diez años dentro de la vida partidaria [...] No quieren que la gente vote” (Víctor Reviglio, *EL*, 22/6/91).

El criterio metodológico, procedimental, que expresaba la defensa de las elecciones por voto directo se enfrentaba a una visión de tipo *sustancial*, con contenido moral, que consideraba que los “corruptos” no debían volver a presentarse a cargos públicos. Estas dos concepciones hablaban, también, de dos “peronismos”: uno que pretendía mantener las consignas “democráticas” (que se habían fortalecido a partir de la experiencia partidaria de los años ’80); y otro que apelaba a una legitimidad “popular” sustentada en la figura del presidente Menem como autoridad máxima del PJ y de la república, y en el rechazo que la dirigencia presente había recibido por parte de la comunidad santafesina. La deslegitimación de las figuras asociadas a la Cooperativa ya no tendría reversión, en un contexto donde la

¹⁷¹Allí renunció toda la mesa ejecutiva y asumió una provisoria que será luego la encargada de realizar la transición a la gestión del interventor. Sin embargo, desde el órgano local del PJ aseguraban que “no ha[bía] fundamento político ni jurídico” para intervenir. Véase la solicitada “No al dedo, sí a la interna”, *EL*, 24/6/91.

¹⁷²*EL*, 26/6/91. Según analizamos en el capítulo anterior, las primeras elecciones internas directas en el PJSF se realizaron en 1985 para elegir candidatos a diputados nacionales y a cargos partidarios, y continuaron realizándose hasta la intervención.

valoración del vínculo político estaba fuertemente referenciada en la *persona*¹⁷³ de los representantes y no ya en una tradición político-partidaria. En este sentido, Saturnino Danti Aranda, diputado nacional, decía:

“El presidente está persuadido de que hay una nueva realidad en el país, más relacionada con el perfil de los hombres que con el de los partidos. En este caso es que no es tan importante la estructura del partido como el candidato [y] los buenos administradores exitosos en sus tareas [...] En Santa Fe el partido tiene la misma imagen que el gobernador, y a partir de allí el partido está tan invalidado como el gobernador” (Saturnino Danti Aranda, *EL*, 23/1/91).

La intervención terminó dando el golpe final a la conducción de la Cooperativa santafesina en el peronismo local, constituyendo la expresión final del agotamiento del proyecto político de esta dirigencia. El intento de Reviglio de generar un liderazgo partidario en torno suyo se vio imposibilitado por el faccionalismo que atravesó al partido desde 1983. El proceso de renovación de cúpulas partidarias y de desindicalización del peronismo que en otras provincias se había experimentado a mediados de los años '80, en Santa Fe se concretó iniciada la nueva década, producto de las particularidades del partido en este distrito, analizadas en el capítulo anterior. El periodo de intervención duró dos años durante los cuales se transitó hacia la constitución una nueva elite justicialista provincial compuesta, por una parte, por quienes lograron desplazar a la conducción actual y, por otra, por nuevas figuras convocadas en torno del naciente liderazgo del futuro gobernador.

Conclusiones

¹⁷³ Este componente de *personalización* del vínculo representativo puede ser interpretado de dos maneras. Una, en relación al proceso de transformación de la representación política vinculado, principalmente, al debilitamiento de las grandes tradiciones políticas en Argentina en torno de las cuales se habían constituido sólidas identidades a lo largo del siglo XX (principalmente, el peronismo y el radicalismo), y cuya crisis se sitúa hacia finales de los años 80 (Novaro, 1994 y 2000). Otra lectura posible (clásica y muy extendida), es la del rol central que el líder cumplió en la tradición peronista (el líder como encarnación de la voluntad popular), la cual ha hecho de la organización partidaria una dimensión subalterna respecto de la figura de aquél (Aboy Carlés, 2001; Nun, 1995; Palermo y Novaro, 1998; Portantiero, 1995). Creemos que para el caso santafesino de este periodo, resulta más pertinente pensar la personalización política como expresión de las mutaciones en la representación, como fenómeno más general que tuvo impacto en el proceso político que aquí abordamos. Por el contrario, creemos que este fue un periodo en el cual el partido tuvo, como venimos sosteniendo, un rol importante en la resolución de los conflictos internos, y que fue, de hecho, un intento importante de “institucionalización” partidaria que quedó obturado por la Intervención del CNJ en 1991. En el capítulo 4 analizaremos cómo, a partir de la conducción de Reutemann, el partido volverá a ocupar su rol secundario en relación a la toma de decisiones que pasarían centralmente por la voluntad del líder.

En este capítulo analizamos un breve periodo de dos años (1989-1991) en la vida política de Santa Fe que significaron una progresiva pérdida de poder de la elite justicialista local –la llamada Cooperativa santafesina- tanto en el partido como a nivel gubernamental. Esta crisis aportó los elementos fundamentales que estructurarán el escenario político en el cual surgirá la figura de Carlos Reutemann como candidato y futuro gobernador de la provincia.

En primer lugar, analizamos las derrotas del PJSF en las intendencias de las ciudades de Rosario y Santa Fe como una primera coyuntura en la cual se manifestaron algunos factores que potenciaron, luego, la crisis del peronismo en el gobierno provincial. Tres fueron esos factores: 1) la cristalización de la sensación de que el fuerte “internismo” entre las principales figuras del partido había conducido al fracaso electoral; 2) la asociación al peronismo de un estado de “crisis moral” que supieron capitalizar los candidatos de los partidos opositores (PDP y PSP), a partir de un discurso moralizador de la política; y 3), el debilitamiento del liderazgo del presidente del partido y gobernador, Víctor Reviglio.

En segundo lugar, el PJSF debió afrontar el proceso de juicio político y destitución del vicegobernador, Antonio Vanrell, seis meses después de aquéllas elecciones. Entendemos que este acontecimiento constituyó la manifestación más significativa de los fuertes conflictos internos que atravesaban a las principales líneas del partido en torno a dos cuestiones: por un lado, el socavamiento del poder de la Cooperativa (debido a la estrecha relación de Vanrell con el sindicalismo metalúrgico rosarino, debilitado como sector de poder en la estructura partidaria); y, por otro lado, el alineamiento de algunos dirigentes del peronismo local –ex miembros de la Cooperativa- en torno al liderazgo del presidente Menem, quienes intentaron, también, promover el juicio político a Reviglio o la Intervención Federal de la provincia. Este clivaje “menemista” se expresó, asimismo, en el ámbito del Consejo Ejecutivo provincial del partido, cuando dos dirigentes fueron expulsados del mismo por Reviglio, a quien acusaron de “cafierista” y “corrupto”.

Argumentamos que la importancia del juicio al vicegobernador en este caso tuvo que ver con la instalación del tópico de la corrupción de los políticos en el debate público, y el impacto que este debate tuvo en el diseño de la estrategia electoral del peronismo santafesino de cara a las elecciones gubernamentales de 1991. En efecto, la idea de que la acción de gobierno estaba fuertemente impregnada por un comportamiento inmoral y delictivo de los funcionarios terminó de desplazar a los atributos de una representación tradicional que

imperaron hasta este momento como criterios de legitimidad política. El debate sobre la corrupción puso a la luz pública la mutación que se estaba produciendo en los componentes de la representación política. La referencia a valores pertenecientes a una tradición político-partidaria dejó paso a la valoración del comportamiento de los políticos sobre la base de una moral individual o de una “ética de la convicción”. La “lealtad” al peronismo, a su historia de luchas, a sus líderes históricos y a sus “banderas” perdió centralidad en la construcción del vínculo entre ciudadanos y políticos frente a un tipo de lazo que privilegiaba la “honestidad”, la “humildad” y la “transparencia” de las personas representantes y su “eficiencia” en la gestión. Por el contrario, todas las cualidades opuestas a éstas fueron duramente reprobadas por la ciudadanía y por los partidos opositores y—lo que más nos interesa aquí— por los propios dirigentes peronistas. El tema de la corrupción constituyó, en otras palabras, la expresión de la crisis de representatividad de los políticos del peronismo local que habían gobernado la provincia desde 1983.

En este marco se comprende también el cambio del régimen electoral de la provincia hacia el sistema de “Lemas”. Vistas las grandes posibilidades de que el candidato radical que mayor imagen positiva tenía —Horacio Usandizaga— fuera el próximo gobernador de Santa Fe, el peronismo movilizó un arduo debate interno para contrarrestar esas previsiones. Fue así que, sobre la base de la percepción de que la institución partidaria estaba en crisis (de ahí, la idea del “canibalismo interno”) y de que las figuras de los dirigentes mismos del peronismo no eran representativas, se buscó una alternativa en este sistema electoral que tendría el doble beneficio de sortear la instancia de las “internas” —logrando una participación “directa” de los ciudadanos en la elección de los candidatos— y de presentar al electorado figuras no vinculadas con el partido sino con un “nuevo perfil” (*outsiders*). Este fue otro aspecto que contrastó fuertemente con el periodo anterior: la desvalorización de las elecciones internas de los candidatos del peronismo que habían servido al proyecto de “institucionalización” partidaria, y de la figura del “político de partido” como elemento central en la representación política.

Por último, sostuvimos que la intervención del partido por las autoridades del CNJ en junio de 1991 fue la última expresión de la voluntad de los opositores a la conducción local de producir una renovación dirigencial en el PJSF. Si bien Reviglio no logró ser desplazado del gobierno —lo cual permitió que la provincia no atravesara una crisis institucional de mayores dimensiones—, la intervención del partido le impidió presentarse como primer candidato a diputado nacional. Nuevamente, en esta coyuntura se repitieron los términos del conflicto que

habían atravesado las circunstancias anteriores: por un lado, las autoridades locales que reivindicaban el respeto de las reglas de la competencia democrática interna –las “elecciones internas”, en continuidad con el mecanismo que había regido el juego partidario desde 1983-, y por el otro, quienes promovían el desplazamiento de la conducción actual en base a una legitimidad sustancial (el “peronismo de la gente”) y moral (“que los corruptos no ocupen cargos”), en torno al clivaje establecido por el liderazgo del presidente de la Nación.

En el capítulo siguiente analizaremos el surgimiento y consolidación del liderazgo de Reutemann como una expresión opuesta a los atributos que hasta aquí habían representado los políticos, en general, y el peronismo, en particular, y como resolución de la crisis representativa en la que había caído este partido. La imagen de un político más próximo a la “gente” y alejado de los “políticos tradicionales”, la valoración de los atributos morales en el representante y el compromiso con una gestión eficiente serán los ejes de la “nueva política” que se iniciará en Santa Fe en diciembre de 1991.

Capítulo 3

“Nueva política” y Transformación del Estado bajo el liderazgo de Carlos Reutemann (1991-1995)

Basta verlo en un plano de televisión (...), basta verle su cara de piedra y escuchar su voz y su sintaxis vacilante, para afirmar hoy que, después de haber sido gobernador, siguen siendo tan insondables las razones de su popularidad que no pueden atribuirse sin error simplemente al efecto celebrity con que Menem lo introdujo en la política.

Por motivos que los santafesinos nunca terminan de aclararme, Reutemann, que gobernó y parece que no fue una luminaria, conserva su popularidad de entonces. Juzgado por lo que se ve, no es el hombre de las revistas deportivas y del corazón que convertían en noticia sus entredichos con Mimicha, sino un viejo campesino reposado, que corta el pasto de su residencia, (...) se calla la boca y sigue flotando en la atmósfera política desde hace casi treinta años. Es un producto de la industria de celebrities, pero afeitado al ras.

(Beatriz Sarlo, *Perfil*, 28/6/15).

En este capítulo analizamos la forma en la cual el PJSF, en tanto que partido de gobierno, superó su crisis de representatividad a partir de la emergencia del liderazgo de Carlos Reutemann y de su triunfo como nuevo gobernador de la provincia de Santa Fe entre 1991 y 1995 bajo un lema del justicialismo.

Para ello, dividimos nuestro análisis en tres partes. En la primera, circunscripta al contexto de la campaña electoral de Reutemann, hacemos hincapié en la manera en la cual el candidato buscó *distinguirse* entre los demás contendientes (Manin, 2006) presentándose a sí mismo como una persona ajena al mundo de los políticos profesionales (del presente y del pasado), enfatizando sus cualidades morales y sus capacidades para una gestión eficiente del gobierno.

En la segunda, en la que recuperamos aspectos de la campaña pero que se trasladaron a la forma de ejercicio de la autoridad durante su gestión, describimos los componentes de la “nueva política” definida por Reutemann, basados principalmente en dos: un estilo de liderazgo que enfatizó el despliegue de un vínculo de proximidad para con la ciudadanía (Annunziata, 2012; Rosanvallon, 2009), y un potente desarrollo de un perfil moralizador de la política (Frederic, 2004) centrado en los atributos de la “honestidad” y de la “austeridad”.

En la tercera, finalmente, abordamos aspectos de la Reforma Estructural del Estado provincial como un último elemento que distinguió su ejercicio de la autoridad con respecto a las gestiones anteriores, identificadas con el “caos administrativo” y el desgobierno de los recursos estatales (Alonso, 2006). Veremos que, incluso en lo que se refiere a las políticas

estatales, los componentes del estilo moralizador y de proximidad de la política manifestados por Reutemann se expresaron también en el modo de concebir las transformaciones estructurales del Estado y la economía provincial.

3.1 La definición de una frontera: la “anti-política” en la campaña electoral (1991)

La candidatura a gobernador de Carlos Reutemann surgió en el contexto de crisis de representatividad en la que se encontraba el PJSF como partido de gobierno, cuyos elementos analizamos en el capítulo anterior. Luego de que el peronismo perdiera las intendencias de Santa Fe y Rosario en noviembre de 1989 Menem –presidente de la nación y del PJ– promovió la búsqueda de nuevas figuras para la candidatura a gobernador por este partido, en línea con la estrategia que había impulsado para otros distritos (como Tucumán y San Juan [Novaro, 1994]). En ese marco, el entonces vicepresidente de la nación, Eduardo Duhalde, realizó un viaje a Rosario para terminar de definir la candidatura de Reutemann la cual fue confirmada públicamente en el mes de abril de 1991¹⁷⁴.

Reutemann y Menem se conocían personalmente por compartir ambos el gusto por el automovilismo y las carreras de Fórmula Uno. Según el periodista Horacio Vargas (1997), el ya retirado corredor y empresario agropecuario y el presidente de la nación se habían encontrado en varias oportunidades a finales de los años ochenta en ocasión de la realización de carreras de autos organizadas por Zulema Yoma como primera dama de la provincia de La Rioja, a beneficio de organizaciones sociales. A su vez, Reutemann tenía vínculos de amistad con el entonces Ministro de Defensa de la nación, José Romero, quien había sido sponsor del deportista como piloto de la Fórmula Uno cuando era propietario de la fábrica de alimentos “Noel”. Según el relato de Vargas, Romero le presentó la inquietud de Reutemann de participar en política al santafesino Alberto Kohan –Secretario General de la Presidencia en ese momento– y éste se la transmitió a Duhalde.

La trayectoria de este *outsider* de la política se componía, entonces, de dos perfiles profesionales. Reutemann era conocido como una personalidad pública por su desempeño como corredor internacional de Fórmula Uno, profesión en la que se desempeñó entre 1972 y 1985, ganando importantes títulos mundiales, para luego dedicarse a la actividad empresarial agropecuaria, actividad a la que también se dedicaba su padre.

¹⁷⁴ *EL*, 8/4/91.

En el marco de la campaña electoral para elegir gobernador de la provincia el 8 de septiembre de 1991, y bajo el sistema electoral de “Lemas”, Reutemann presentó su propio sublema –denominado Creo en Santa Fe- dentro del lema del PJ. Luego de haber recolectado la cantidad de avales que la ley exigía para la constitución de los sublemas¹⁷⁵, este candidato se lanzó a concretar acuerdos que, según afirmaba, no reconocían “líneas internas” dentro del lema del PJ, sino que se armaban con dirigentes “de las terceras líneas”, militantes, afiliados e independientes¹⁷⁶.

El estilo de campaña reprodujo, en varios aspectos, el tipo de formato proselitista que se había desplegado ya en los comicios nacionales y provinciales de 1987 y que se consolidaría en los sucesivos eventos electorales (recorridas por barrios y pueblos, encuestas, propaganda y programas televisivos sobre su y persona y trayectoria). El candidato desterró todo vestigio de los formatos tradicionales: sin realizar actos masivos ni grandes discursos, la estrategia del ex deportista se basó fuertemente en recorrer (“caminar”) en extenso todo el territorio de la provincia, “charlando” con la gente y concretando encuentros con los diversos dirigentes locales (partidarios, barriales, de organizaciones civiles, empresariales, etc.)¹⁷⁷. Sin embargo, aunque Reutemann fuera una figura especialmente reticente a elaborar discursos ante los medios de comunicación o ante un gran auditorio, sí realizó pequeños actos, comidas o breves declaraciones a la prensa en las cuales expresaba los conceptos mínimos que estructuraron el sentido de su candidatura¹⁷⁸.

El conjunto de estas estrategias le alcanzó para triunfar tanto hacia el interior del lema “Frente Justicialista Popular” como –por efecto sumatorio del “doble voto simultáneo y

¹⁷⁵ “Carlos Reutemann ya tiene más de 8000 avales para su sublema”, *LC*, 13/4/91.

¹⁷⁶ *EL*, 30/4/91.

¹⁷⁷ En efecto, el eje de la campaña fue la estrategia de “contacto directo” y la centralidad de la *persona/imagen* del candidato, según describió su operador político, Carlos Funes: “No tiene pertenencia con ninguna línea interna del PJ de Santa Fe y su campaña se basará en un contacto directo con la gente, no tiene discurso político pero la gente lo conoce” (Vargas, 1997: 110).

¹⁷⁸ Se ha sostenido que la década del noventa representa, en términos del discurso político, un periodo de crisis de “la *palabra* política capaz de ordenar el espacio de las discusiones y de los debates”, al tiempo que se estructuró “un nuevo tipo de ‘pacto’ con la ciudadanía (...) sostenido más sobre un sistema de guiños de complicidad y gestos que despertaban identificación y familiaridad que sobre la coherencia argumentativa de un discurso” (Rinesi, Vomaro y Nardacchione, 2007: 437). El caso de Reutemann es una fiel expresión de la decadencia de la “palabra política” y del traslado de la legitimidad discursiva a actores no-políticos (economistas y expertos en comunicación). Es por ello por lo que, como veremos, él no se consideraba un “estadista”.

acumulativo”- superar al candidato de la UCR¹⁷⁹. Creo en Santa Fe obtuvo el 32,91% de los votos, seguido por los sublemas Nuevo Rumbo de Fernando Caimmi (5,08%) y Primero Santa Fe de Luis Rubeo (3,41%), con cuyo aporte el lema justicialista pudo superar al radical¹⁸⁰. Estos dos últimos sublemas representaban sectores tradicionales del PJSF (del sector de Reviglio y de Rubeo, respectivamente), dando cuenta de la relativa capacidad electoral de este partido estando aún en su peor momento en términos de credibilidad. De esta manera, el PJ terminó triunfando con 694.542 votos sobre 601.304 de la UCR.

Como dijimos, la candidatura de Reutemann emergió en un contexto político-público signado por las críticas sobre el comportamiento moral de los principales referentes del gobierno, fundamentalmente en torno a la idea de la corrupción de los funcionarios y de la incapacidad del gobierno justicialista de lograr una gestión “eficiente” de los recursos del Estado. La campaña se construyó, efectivamente, sobre el eje corrupción/honestidad, el cual signó el discurso del gobernador electo a lo largo de toda su gestión de gobierno. En este sentido, el caso de Reutemann respeta la interpretación extendida entre la literatura sobre el tema sobre la relación entre una situación de crisis de las dirigencias y organizaciones políticas tradicionales, el despliegue de un escenario de corrupción en el comportamiento de esas dirigencias y la desconfianza ciudadana en las instituciones políticas, y el surgimiento de figuras *outsiders* (Cotler, 1994; García Montero, 2001; Mayorga, 2006). Sin embargo, estos enfoques le otorgan un componente negativo a estos fenómenos porque consideran que tienden a distorsionar el “normal” funcionamiento de las instituciones y atentar contra la calidad del régimen democrático, siendo más una respuesta “excepcional” a una situación de crisis del sistema.

A partir del caso que analizamos nos interesa otorgar un matiz a esos enfoques normativistas de los fenómenos políticos, auscultando la manera en la cual este *outsider* construyó un vínculo político duradero con la ciudadanía de esta provincia que lo llevó, luego, a erigirse como líder de un partido político tradicional como lo es el PJ y como referente entre

¹⁷⁹Horacio Usandizaga –único candidato de peso del radicalismo- obtuvo 524.904 votos con su sublema Convergencia Santafesina, superando a Creo en Santa Fe que alcanzó 488.105. En efecto, el gran mérito de la campaña fue revertir progresivamente a lo largo de dos meses una tendencia que todos los encuestadores aseguraban: la derrota del justicialismo a manos del candidato de la UCR, y la gran cantidad de indecisos (*EL*, 9/9/91).

¹⁸⁰ El lema se completó con los sublemas Cambio Solidario, COP-MOSAR, 9 de Julio, Hito 91, Santa Fe Merece el cambio, entre otros, los cuales sumaron 5,31% de los votos (TOW, A.: *Atlas electoral*, [disponible en <<http://towsa.com/andy/>>).

la dirigencia política santafesina, en general. Es decir, nos interesa abordar el proceso por el cual una figura representativa transita desde su condición de *outsider* hacia la pérdida de esta cualidad al devenir en un político profesional¹⁸¹.

¿Cómo se presentó, entonces, Reutemann ante la ciudadanía? ¿De qué manera logró capitalizar su condición de extrapartidario en un contexto de crisis representativa del peronismo y de cuestionamiento a la figura del político tradicional en general?

En primer lugar, recurrió a una presentación de sí mismo en un sentido negativo, es decir, como un candidato que “no era un político”, que no pertenecía al grupo de los “políticos tradicionales”. Este atributo de distanciamiento frente a la “clase política”¹⁸² fue central en la construcción de su vínculo con el electorado.

Una de las formas de esa negación fue asumirse como un candidato que no tenía “compromisos con nadie”¹⁸³:

“Yo soy un extrapartidario que participo como candidato en un sublema dentro del justicialismo; no tengo compromisos con nadie y por lo tanto estoy en condiciones de elegir los mejores hombres” (EL, 3/9/91).

Otros candidatos de Creó en Santa Fe transmitían también esta imagen de distancia de la figura de Reutemann para con el mundo de la política tradicional. Jorge Obeid, candidato a la intendencia de la ciudad de Santa Fe, afirmaba:

“La figura de Reutemann fue fundamental en este proceso [...] porque no se trata de un hombre que proviene del peronismo y no cayó en las tremendas disputas de la interna peronista y, en segundo lugar, demostró tener una sensibilidad muy especial para comunicarse con la gente y entender sus problemas” (EL, 9/9/91).

¹⁸¹ Esta cuestión es analizada en el capítulo 4.

¹⁸² El término “clase política”, acuñado por Gaetano Mosca, designa a “una minoría de personas influyentes en la dirección de la cosa pública, a la que la mayoría le entrega, de buen o mal grado, la dirección” de una sociedad (2006:106). Constituye una minoría organizada, portadora de cualidades materiales, intelectuales y morales que le otorgan superioridad sobre las mayorías. Son grupos más bien cerrados, que tienden a la clausura, la inmovilidad y la cristalización de sí mismos, y que deben el desarrollo de esas cualidades, fundamentalmente, a su posición social, a las tradiciones de familia y a los hábitos de la clase en la que viven.

¹⁸³ Menem también afirmaba: “No tengo compromisos con los factores de poder ni con grupos de presión ni con ningún entorno, mi compromiso es con el pueblo” (discurso de campaña, citado en Cerruti y Ciancaglini, 1991: 45). Así también se presentó la figura de Ramón Ortega en la campaña a gobernador de Tucumán (Novaro, 1994)

La vinculación con “la clase política” era de absoluta “otredad”. Él era una persona que fortuitamente había ingresado al “mundo de la política”, no por su propia decisión o voluntad sino por responsabilidad de la propia clase política:

“Si hoy en Santa Fe y en el país se da una aparición como la figura mía en la escena política, no es culpa mía sino de los políticos. Si yo puedo llegar a tener éxito [...] es porque han sido los políticos los que me brindaron la oportunidad de estar en esto. Es decir, si los políticos no se hubieran equivocado en algunas cosas, yo no existiría como candidato” (EL, 5/9/91).

Esta pretensión de presentarse como un candidato desvinculado del mundo político-partidario venía asociada a la definición de una nueva manera de entender la acción política y a la crítica –en ocasiones, irónica- de la “vieja política” como una acción degradada y reducida a los hábitos de una elite cerrada sobre sí misma¹⁸⁴:

“Yo no soy político, tengo la ventaja de no tener que pintar paredes” (EL, 20/8/91).

“No veo por qué no puedo entrar a la ‘alta política’ y gobernar. Si la alta política es ir por años a los comités a tomar café, fumar y pegar carteles y hacer empanadas, no creo que sea éste un certificado de autorización para hacer política. La política sea alta o baja es el conocimiento de la realidad, de las necesidades de la gente. Es la aplicación de principios morales, de objetivos claros, sentido común, sensibilidad social, firmes ideas de promoción humana, crecimiento y desarrollo” (EL, 23/8/91).

“A Santa Fe beneficiaría que haya menos política y más acción” (EL, 5/9/91).

El presidente Menem también dejaba en claro –en un guiño de confianza hacia “su” candidato- que no son sólo “los políticos” los que pueden “hacer política”, puesto que todos los hombres pueden propender al “bien común”, el cual es el objeto mismo de la acción política:

“La política es la ciencia de las ciencias que tiende al bien común, es el arte de lo posible. Ahora, ¿esto del bien común está reservado a los políticos propiamente dichos o se extiende a todos los hombres que integran una comunidad que pueden propender al bien común? Creo que lo último es lo que vale [...] Es absurdo, es un concepto egoísta de la política de que tan sólo los políticos pueden hacer política. Esto hay que descartarlo definitivamente” (LC, 6/9/91).

Si los “políticos” hasta ese momento se habían dedicado a “pintar paredes”, “tomar café” o “pegar carteles” –prácticas centradas en la autorreproducción de esta clase, no exentas de frivolidad y que conducían, por lo tanto, a un inmovilismo en la acción-, la “nueva política” debería consistir, primero, en salir hacia afuera, al contacto de la sociedad (“conocer la

¹⁸⁴ Recordemos que a esta misma percepción la habían enunciado los dirigentes del justicialismo que bregaban por la sanción de la ley de Lemas como un sistema que permitía “abrir” las estructuras partidarias a la “participación de la gente”. Ver al respecto el capítulo 2.

realidad”), y, segundo, en dejar la frivolidad por la aplicación de principios morales en la acción política.

Reutemann se presentaba, además, como teniendo una “mentalidad” distinta a la del “político tradicional”. Recurriendo a la analogía entre el mundo del deporte y el de la política o el gobierno, establecía una diferencia con respecto a aquél basada en la rapidez de reacción y en su efectividad, en contraposición a la imagen de “inacción” o “frivolidad” que transmitían los políticos:

“En mi profesión [de automovilista] la vida, que es lo máspreciado que tenemos, dependía de decisiones o reacciones, de instintos, de milésimas de segundos. Mi conformación mental es diferente a la de un político tradicional” (EL, 26/8/91).

Esta idea de “efectividad” y “practicidad” contrastaban con el perfil del político tradicional que, lejos de la gente, practicaba una “política de escritorio” (Annunziata, 2012), la cual fomentaba una mediación creciente entre unos y otros para la atención de las demandas de la ciudadanía (pidiendo “papeles y más papeles”):

“Los políticos cuando se hacen funcionarios pierden el contacto real con la gente [...] Hay un gran resentimiento contra el funcionario, el burócrata, que siempre pide cartas, papeles y más papeles y no es capaz de arreglar una cuenta en dos minutos. Me parece que se anquilosan, se encuentran demasiado cómodos en los escritorios, se pasan en la discusión de los aspectos teóricos y se olvidan de lo práctico” (EL, 26/8/91).

Por último, Reutemann se presentaba como falto de la cualidad que distingue por excelencia al político de carrera: la “ambición” política (Downs, 1957), es decir, la pretensión de los políticos de perpetuarse en cargos públicos con el fin de mantener su renta, prestigio y/o poder:

“[Los políticos] siempre están mirando un paso más adelante de la función que tienen en ese momento, olvidándose de para qué fueron elegidos. Conmigo no es así [...] Yo no estoy pensando en otros cargos” (EL, 5/9/91).

Advertimos, entonces, que la frontera política que estableció Reutemann en su campaña fue la de diferenciarse de la “política tradicional”. Esta retórica “anti-política” (Mocca, 2002) tiene en la enunciación de una “nueva política” su marca definitoria. El candidato

“divid[e] el campo de batalla simbólico entre políticos profesionales de conducta corporativa, cómplices de los escándalos de corrupción y que viven cómodos en sus privilegios, y los ‘otros políticos’ –tipo al que naturalmente pertenece el enunciador- que, a falta de claras señas de identidad programática e ideológica se autodefinen por su fidelidad genérica a ‘la gente’ y por su autoproclamada diferencia respecto de la mayoría del grupo al que pertenecen” (ibid.: 259).

El rechazo a los políticos profesionales encontró en Reutemann uno de los primeros exponentes de lo que luego se dará en llamar “liderazgos de proximidad” (Annunziata, 2012), cuyo rasgo específico lo constituye, precisamente, este discurso de la “anti-política”. En efecto, el caso de Reutemann en Santa Fe demuestra que este tipo de liderazgos precedió en mucho a la crisis social, política y económica ocurrida en Argentina en el año 2001, a partir de la cual la literatura suele identificar este tipo de construcción del vínculo entre políticos y ciudadanos (ibid.). Al mismo tiempo, se aleja de los llamados liderazgos “de opinión” (Cheresky, 2008) o de “audiencia” (Manin, 2008) que irrumpieron a mediados de los años noventa en los centros urbanos más importantes del país (como, por ejemplo, el de Carlos “Chacho” Álvarez en la ciudad de Buenos Aires). En efecto, si bien el candidato provenía del exterior del campo político (del cual había extraído y capitalizaba su popularidad), no edificó su figura política desde la esfera mediática (puesto que, precisamente, su persona ya era una persona “pública”). Lejos de estas categorías, Reutemann constituyó un caso particular de *outsider* político que reunió la doble cualidad de presentarse como ajeno a la clase política “tradicional” y, al mismo tiempo, inscribir la emergencia de su liderazgo político en una estructura política tradicional (a diferencia de los líderes de opinión que surgían en el marco de fuerzas políticas nuevas creadas en torno a sus personas).

Habría que preguntarse si la identificación de liderazgos de proximidad por la literatura especializada recién a partir del proceso social y político que habilitó la crisis de representación de 2001 no está dado por el hecho de que los estudios existentes sobre el tema han analizado la construcción de liderazgos durante los años noventa solamente desde la óptica de la ciudad o de la provincia de Buenos Aires, a excepción del trabajo de Novaro (1994) que analiza algunos liderazgos provinciales de la época. Pero avancemos algo más en la descripción de este *outsider* político.

3.2 El estilo de la “nueva política”

A partir de la emergencia en 1989 del liderazgo de Menem a nivel nacional se consolidaron algunos rasgos de la transformación del formato de la representación política que habían empezado a gestarse durante el periodo de la Transición Democrática (1983-1989). El liderazgo del presidente de la nación combinaba aspectos “tradicionales” del peronismo con elementos novedosos. Menem conservaba un perfil de *outsider*, en el sentido de que actuaba por fuera de las estructuras partidarias y, en ocasiones, de las instituciones

republicanas; un estilo pragmático de ejercicio del poder; una exacerbación del personalismo y aspectos discursivos similares a los del fundador del movimiento (Canelo, 2011; Nun, 1995; Portantiero, 1995). Sin embargo, se ha señalado también la ruptura que significó la versión “menemista” del peronismo; es decir, su giro doctrinario, las diversas condiciones sociales y económicas en las que emergieron ambos liderazgos, su adaptación a los principios del neoliberalismo y su abandono del componente “popular” en la construcción del peronismo como identidad política (Aboy Carlés, 2001; Borón, 1995; Mora y Araujo, 1995; Nun, 1995; Portantiero, 1995).

El liderazgo de Reutemann constituyó, en buena medida, una expresión provincial de estos cambios en la representación política. Al igual que el presidente de la nación, el gobernador santafesino resaltaba su condición de *outsider* político al criticar a la “clase política tradicional” y explotaba un perfil de conductor eficiente y pragmático, con un vínculo “directo” con la gente. Sin embargo, el carácter de *outsiders* difería sensiblemente en uno y otro caso. En el caso de Menem, ese atributo remitía a su presentación como un político distante de los políticos de partido (tales como Cafiero o Alfonsín) [Barros, 2002], a su condición de caudillo del interior (Novaro, 1994), a un discurso de la anti-política (Aboy Carlés, 2001) y a su apelación a nuevos sujetos (“hermanos y hermanas de mi patria”) despojados de las fórmulas peronistas clásicas (“trabajadores”, “compañeros”) [Canelo, 2011; Palermo y Novaro, 1996].

Reutemann desplegó, en cambio, rasgos propios de su condición de *outsider*. La “nueva política” que esta figura se proponía instaurar estuvo caracterizada por dos dimensiones centrales: por un lado, un componente de “proximidad” en el ejercicio de la autoridad política con respecto a las experiencias de vida de los “comprovincianos”. Esta cualidad era la contracara de la imagen mesiánica y de “salvador” que transmitía Menem (Barros, 2002; Mora y Araujo, 1995 Novaro, 1994) –completamente ausente el estilo de Reutemann-, la cual mantenía cierta “superioridad” del representante por sobre los representados. Por otro lado, una determinante dimensión moralizadora de esa imagen de autoridad que apelaba a valores propios de la esfera privada para legitimarse públicamente (la honestidad, la humildad, la transparencia y rectitud en el obrar), más cercana al discurso anti-corrupción del FREPASO que al de Menem (Novaro y Palermo, 1998).

3.2.1 Representación de “proximidad”: presencia y escucha

La representación democrática moderna supone desde sus inicios en los siglos XVII y XVIII la realización de un doble principio: por un lado, consiste en un procedimiento central (las elecciones a intervalos regulares) que busca *distinguir* a determinados hombres para que actúen en nombre de otros; son hombres que se espera tengan cualidades y competencias específicas tanto para ejercer el gobierno como para disputar la candidatura a un cargo público (principio de la “distinción”). Por otro lado, el representante debe buscar *parecerse* en alguna medida a sus electores o representados, debe identificarse con ellos en algo que tengan en común (principio de la “identidad”). Es “uno más” entre todos, a diferencia de la representación monárquica o de notables, donde los representantes poseían virtudes “naturales” o atributos “de clase” y, por lo tanto, no cualquier individuo podía aspirar a ser representante (Rosanvallon, 2002; Manin, 2006).

A partir de la crisis de la “democracia de partidos”, en la cual estos principios estaban superpuestos (se elegía a un individuo distinguido por su carisma, militancia o atributo social, pero se esperaba que representara a algún segmento social o identidad colectiva), la demanda social por la “identificación” o la “ semejanza” se intensificó sin precedentes (Rosanvallon, 2009). Ahora la “identidad” entre gobernantes y gobernados ya no remite –o no, solamente- a una categoría sociológica, sino a la capacidad del representante de demostrar sensibilidad y atención a las vivencias y adversidades de los grupos sociales en tanto “comunidades” de experiencias. Es por ello por lo que adquieren una renovada valoración la “empatía”, la “presencia”, la “compasión”. La demanda es la de “estar presente” más que la de “hacer presente” (re-presentar) [ibid.].

La temprana puesta en escena por parte de Reutemann de estos elementos relativos a la “legitimidad de proximidad” (ibid.; Annunziata, 2012) constituyó una novedad en la política local, nacional y también en relación a otros casos provinciales. En efecto, además de diferenciarse del liderazgo de su “mentor” político, el estilo de este *outsider* devenido gobernador se distinguió del de otros *outsiders* contemporáneos. Por ejemplo, del caso de Jorge Escobar –empresario y gobernador de San Juan en 1991/1992 y 1994/1999- quien era visto como “casi el Mesías”, en el mismo sentido salvífico frente al “caos” económico y social que significó el liderazgo de Menem (Rodrigo, 2013: 50). Asimismo, el gobernador de Santa Cruz de la época –Néstor Kirchner- también es identificado como un tipo de *outsider* (Sosa, 2014) porque provenía de sectores marginales del peronismo local, pero, claramente, no era ajeno –como Reutemann- al campo político-partidario. La imagen de Reutemann se

asemeja más a la del gobernador de Tucumán (1991-1995), Ramón Ortega, también promovido a la esfera política por parte de Menem. Ortega, quien provenía del mundo artístico y empresarial, era visto como una persona “sincera, sin vueltas, transparente”, un “hombre común”, no comprometido sino sólo con su pueblo, quien afirmaba que “yo soy uno de ustedes” (Novaro, 1994: 135 y 136)¹⁸⁵.

En el estilo de representación de Reutemann advertimos, en primer lugar, el despliegue de una estrategia de la “presencia” de su persona en el territorio, por oposición al estilo distante de los políticos “tradicionales”. Durante la campaña, como dijimos, su estrategia central fue la “recorrida” por los pueblos y ciudades de la provincia. Es cierto que esta modalidad no era nueva¹⁸⁶ -ni en la provincia, ni a nivel nacional- pero adquirió una relevancia sin precedentes al considerarse la clave de la victoria del 8 de septiembre de 1991¹⁸⁷. A propósito, Menem lo felicitó al electo gobernador diciéndole:

“Ganaste porque hiciste lo que te pedí: recorriste la provincia, la caminaste” (citado en Vargas, 1997: 122).

La capacidad de estar presente en el territorio lo distinguía de los demás políticos, en cuya figura esa estrategia no sería igualmente valorada por los ciudadanos como lo era en Reutemann:

“Si a la gente le preocupa que algún dirigente peronista me arme alguna interna, voy a explicar que he dado la cara en lugares en los que ningún dirigente se anima a entrar. Si no, invito a ir a las villas de emergencia de Rosario a cualquier dirigente para que entre como lo hice yo y para ver cómo le va” (LC, 12/9/91).

Esta modalidad de la “presencia” en el territorio hace reaparecer una “gestualidad del poder” (Rosanvallon, 2009: 273), una figura sensible que se hace cuerpo. Pero esta nueva “corporalidad del poder” no remite a la corporización del poder soberano en el cuerpo del

¹⁸⁵ Reutemann se distinguió de Ortega en otros aspectos que tienen que ver con su inserción en la estructura del PJ, cuestión que analizamos en el capítulo 4.

¹⁸⁶En efecto, las caravanas o recorridas por el territorio se desplegaron como una estrategia proselitista con gran intensidad en la campaña de 1987, por ejemplo, por parte de Cafiero en Buenos Aires (Fabris, 2006; Vommaro, 2008). Dos años más tarde, Menem las utilizó como un instrumento clave en su estrategia de contacto “directo” (Canelo, 2011; Novaro, 1994; Palermo y Novaro, 1996; Waisbord, 1995). En Santa Fe, los gobernadores anteriores también habían realizado recorridas por el territorio durante sus campañas, pero era una estrategia que se complementaba fuertemente con la realización de actos políticos masivos. Incluso, los demás candidatos del lema justicialista en esta campaña habían combinado “caravanas” con los típicos actos peronistas, entre ellos, Luis Rubeo y Fernando Caimmi (Sánchez y otros, 1995).

¹⁸⁷ Según el periodista Horacio Vargas, Reutemann recorrió “50 mil kilómetros en auto, durante enero, febrero y marzo del 91 (1997: 104).

monarca, o a la corporización del pueblo en el cuerpo del líder¹⁸⁸, sino a un cuerpo muy diferente de aquél: cercano, desimbolizado, sensible, presente y particular: “el poder empático impone su verdad sensible” (idem: 274).

Como candidato Reutemann aludía a los aspectos de esa “gestualidad” empática e intimista como modo de vincularse con los ciudadanos:

“A pesar de las carencias, de la pobreza, he notado una gran esperanza en toda la gente. Sus miradas, las manos que estreché, los abrazos y las palabras de aliento hablan de esa esperanza y deseo de comenzar a cambiar” (EL, 28/8/91).

El “pacto” que había realizado no remitía a ningún universo de ideas o promesas a futuro, sino que se basaba en su identificación con las “caras” de la gente, que eran quienes lo iban a “proteger”:

“Tengo mucha protección, tengo casi 500 mil votos que me van a defender en cualquier situación. Puede venir una persona individualmente a exigirme cualquier cosa, pero hay que tener en cuenta que atrás mío hay medio millón de personas que me respaldan y eso pesa mucho. El pacto que tengo es con las caras de esa gente de las cuales he visto no menos de cien mil que me dijeron: ‘yo soy peronista, pero voto por usted’” (LC, 12/9/91).

Y, una vez electo, Reutemann recurría retrospectivamente a la mención de esa corporalidad como un indicador de la certeza de su triunfo:

“Menem me dijo una vez que sabría dónde estaba parado el día que sintiera a la gente en la punta de mis dedos. Y así ocurrió en una de las tantas caminatas y recorridas. Sentí en la yema de mis dedos que la gente estaba conmigo y a partir de esa sensación supe que iba a ganar” (LC, 12/9/91).

Esta construcción del vínculo político a partir de la “sensibilidad”, de la “empatía” entre el líder y sus seguidores va a ser una de las marcas del liderazgo de Reutemann que estará presente, también, en la forma en la cual este *outsider* -devenido en dirigente político- resignifique su vínculo con la “identidad peronista”.¹⁸⁹

Otra derivación de la “política de la presencia” es la ausencia de un “programa político” (Rosanvallon, 2009) –un *corpus* de ideas y propuestas de gobierno a aplicar- y su reemplazo por la voluntad de mantenerse cercano a los ciudadanos. La ausencia de programa político se

¹⁸⁸ Mucho se ha escrito sobre “corporeidad” del liderazgo político. En la Argentina, ésta estuvo expresada en la figura de Perón, y luego, en la de Menem (Sigal y Verón, 1988; Martuccelli y Svampa, 1997; Canelo, 2001), pero era, en ambos, una corporeidad que apelaba al “todo”, al “pueblo” en su conjunto, desde un lugar de superioridad del líder con respecto a la masa de sus seguidores.

¹⁸⁹ Ver capítulo 4.

expresó en la “ausencia de promesas”, lo cual constituyó una transformación radical con el modelo de campaña tradicional. Esa ausencia de promesas llevó a una lógica de “inversión de la representación hobbesiana” (Annunziata, 2012): no es el representante el que actúa por otros, sino que son los mismos ciudadanos los que deciden qué es lo que el gobierno debe hacer, en continuidad con la inversión según la cual es el político el que actúa como un ciudadano común y no como *político*. Decía Reutemann:

“No vine a prometer nada. Solamente vengo para que, en lugar de hablarles de mis planes de gobierno, sean ustedes los que me digan qué es lo que necesitan que yo haga si soy gobernador [...] Los planes tienen que hacerlos ustedes, y realizarlos ustedes con la ayuda del gobernador” (EL, 4/8/91).

Este es otro aspecto del liderazgo de Reutemann que difiere del de otros *outsiders* de la época; por ejemplo, de Escobar en San Juan. En efecto, Cintia Rodrigo (2013) afirma que la campaña del justicialismo en esa provincia tuvo una profunda “apuesta programática” y una visible “mística partidaria” encabezada por este *outsider* (ibid.: 87), la cual se complementó con un discurso anti-corrupción hacia el final de la campaña. La fisonomía de esa campaña se relaciona con la imagen de “casi Mesías” que, según la autora, portaba Escobar. Los elementos “místicos” aparecen como contracara de aquellos que refuerzan la cercanía y la proximidad de la figura del político con respecto a la de los ciudadanos comunes.

Un último aspecto del componente de la “presencia” aparece en la garantía del mantenimiento del orden social que ofrece el candidato. “Estar cerca” permite la “paz” y la “convivencia”. Según Reutemann:

“[La] paz es presencia permanente sin distinción de preeminencias económicas y sociales. Conducir una provincia en paz es llegar a todos los sectores de la comunidad con humildad. Es apreciar la realidad y revalorar lo que cada uno necesita. Es conciliar las demandas y las posibilidades, colocando el rol del Estado frente a ellas [...] Es convivir con un sentido especial de la reconciliación y la convivencia (Discurso ante la Asamblea Legislativa, 1/5/95).

Junto a esta “política de la presencia” aparecía, también, la capacidad del gobernante de “escuchar” y estar “accesible” a las necesidades de sus gobernados (Rosanvallon, 2009). Esta imagen es la contracara de la antigua modalidad de prometer más que escuchar, de dar grandes discursos más que acompañar a la ciudadanía desde sus vivencias, y de diseñar políticas desde un lugar distante (la oficina del experto) más que desde el conocimiento que brinda la cotidianidad de la vida. En efecto, a diferencia tanto de los liderazgos “tradicionales” como de aquéllos denominados de “audiencia” o de “popularidad” (Cheresky, 2008; Manin, 2008), Reutemann portaba un estilo que reducía al mínimo posible las ocasiones

donde debía elaborar discursos, ya sea en actos públicos o en plataformas televisivas. Su fama construida en el pasado a partir de su condición de piloto de carreras internacional no requería, tampoco, de los medios de comunicación masivos para darse a conocer. En este sentido, Nicolás Cherny describe su figura como una de

“Gestos parcos y serios, orden administrativo y una intervención muy cuidadosa y mesurada en el espacio público (...) Esquivo ante los medios de comunicación, esas cualidades (...) tampoco [lo] hacía especialmente [propenso] a presentarse en actos multitudinarios ni a producir grandes discursos” (2003: 167)¹⁹⁰.

Como contracara de la cualidad de “hablar”, la de la “escucha” fue un tópico muy presente en la palabra de Reutemann, quien decía:

“La voz de la gente y oídos bien abiertos fueron fondo y forma de lo que debíamos hacer [...] No nos ilustramos en despachos cerrados” (Discurso de Apertura de Sesiones Legislativas, 1/5/95)

“Ser prudentes implica un ejercicio del poder que mide el tiempo de los acontecimientos; ser prudentes significa escuchar más que oír; la prudencia en política lleva a quitar las palabras huecas que separan al gobierno del pueblo [...] De allí que impusimos un estilo de gobernar de cara hacia la gente. Este estilo, que no es formal ni demagógico, tiene el contenido pleno de una vocación de servir” (Discurso de Apertura de Sesiones Legislativas, 1/5/95).

La capacidad de “escuchar” no refiere sólo a una actitud del gobernante con respecto a sus gobernados sino que se vuelve un criterio cognoscitivo, la forma privilegiada de “conocer” las “necesidades de la gente”. Se trata de un conocimiento no experto, de un “saber profano” (Annunziata, 2013b) que surge de la *presencia* y de la *escucha*. Antes de tomar la decisión de presentarse como candidato, Reutemann admitía que una “pequeña pasada” por la provincia le había resultado reveladora de las demandas de la gente:

“[Realicé] una pequeña pasada por la provincia, para ver otras cosas, para conocer sus necesidades; no es porque no estuviera al tanto de la provincia, mis padres estaban aquí: aunque yo estuviera en Europa, siempre la conocí, pero quería verla más de cerca. En esa pequeña recorrida la gente me fue alentando, me fue diciendo sus necesidades. Lo que me llevó a pensar que valía la pena el intento [...] Pude conocer otra óptica, gente que hace las cosas bien a pesar de las carencias. Todo eso me valió mucho para tomar la decisión” (LC, 1/9/91).

El saber otorgado por el “sentido común” fue uno de los atributos centrales de la construcción de la imagen de sí de Reutemann. La valoración del sentido común como medio

¹⁹⁰ El autor identifica como semejantes estos rasgos de Reutemann con los del líder del Partido Socialista santafesino, Hermes Binner, ex intendente de Rosario y ex gobernador de la provincia (ibid.).

de acceso al conocimiento de las demandas ciudadanas está directamente relacionado con la dimensión de la “escucha”. En este sentido, uno de sus ministros de gabinete afirma:

“[Reutemann] no es un estadista; es un tipo hecho en el campo, con mucho sentido común, tiene mucho sentido común, escucha más de lo que habla, está muy informado –desde adentro y desde afuera-, nunca toma una decisión sin tener conocimiento por gente que sepa más que él de la cuestión, después, podrá hacer lo que le dicen o no, pero él escucha siempre” (José Weber, ex ministro de la Producción de Reutemann, entrevista propia, 26/11/14).

3.2.2 Ocultamiento de la distancia representativa y moralización de la política

Tal como señalamos en el capítulo anterior, la década del noventa fue un periodo de la historia política de nuestro país durante el cual se consolidó una modalidad de juzgar la actividad de los políticos (por parte de la ciudadanía pero también por los políticos mismos) a partir de criterios de orden moral (Frederic, 2004; Pereyra, 2012). La crítica de la práctica política desde una ética individual ocupó un lugar central en el debate político de esos años (Mocca, 2002). Y, dentro de ella, el cuestionamiento de la corrupción de los funcionarios públicos devino en un tópico que marcará los principales posicionamientos políticos, especialmente, a partir de la conformación del FREPASO en 1994 como fuerza política opositora al gobierno de Menem surgida del seno del peronismo (Novaro y Palermo, 1998; Pereyra, 2012).

El proceso de crisis de representatividad del PJSF hacia fines de los años ochenta – especialmente vinculado a la imagen de corrupción e ineficiencia de los principales referentes del gobierno y del partido- marcó el surgimiento del liderazgo de Reutemann definido por atributos que se oponían a aquellos que portaban los políticos del peronismo. Estos fueron, como dijimos, los atributos de la “honestidad” y la “eficiencia”. Ahora bien, lo que define al caso santafesino en torno a estos tópicos es que así como resolvieron la crisis de legitimidad de la elite justicialista local, serán detentados por la figura de Reutemann más allá de esa coyuntura de crisis, definiendo un formato de representación y de ejercicio del gobierno que se extenderá a lo largo de toda la década, encarnados por su persona y por los representantes de su sector partidario interno, Creo en Santa Fe.

En efecto, el tipo de legitimidad de “proximidad” no consistió únicamente en el desarrollo de una estrategia que resaltara la cercanía física para con los ciudadanos (presencia y escucha), sino que se completó con otros dos componentes propios de este tipo de vínculo

político: el ocultamiento de la distancia representativa (y la auto-presentación del gobernante como un “hombre común” [Annunziata, 2013b]) y la moralización del vínculo.

Cuando Reutemann se presentó por primera vez a la prensa como posible candidato, su estrategia consistió en demostrar la legitimidad de su voluntad de ser gobernador de los santafesinos desde su lugar de “comprovinciano”, de “ciudadano”, y, desde allí, justificar que poseía un “conocimiento” legítimo para gobernar:

“Como hombre de la provincia conozco todos sus problemas -sé que cada dos por tres no hay clases, quiero que los hospitales funcionen- y lo que aquí ocurre [...] Es decir, todos los problemas que preocupan a los santafesinos y que quieren que cambien [...] No estoy viendo las cosas desde afuera” (Primera entrevista del diario *EL* a Reutemann, 21/1/91).

“Aquí tengo mi hogar, mis empresas, mis amigos de toda la vida, donde me encuentro a diario con los problemas y los sueños de mis vecinos, con los jóvenes que buscan un horizonte más amplio y reclaman el ejemplo de sus mayores. Aquí pretendo ejercer el derecho de todo ciudadano a elegir, y también de ser elegido” (LC, 8/4/91).

En otro tramo de esa entrevista, la interpelación a sujetos determinados por sus relaciones de tipo filial (la comunidad familiar) y no partidaria, política o ideológica, reforzaba esta imagen de “hombre común”, de semejanza para con los demás¹⁹¹:

“Creo que todos debemos unirnos y superar las diferencias; volvemos por Santa Fe, por nuestros hijos, por nuestros padres, por nuestros abuelos, por nuestra provincia” (EL, 21/1/91).

Se conformó así una identificación con ciudadanos despojados de referencias de clase o de pertenencia partidaria. La identificación se construyó en torno a la condición de personas que habitaban una comunidad mayor –la provincia- y que se vinculaban entre sí por sus lazos de parentesco. Su “simple interés” en la provincia lo facultaba para aspirar a gobernarla:

“No soy una planta que vive solamente, he pasado muchos años en distintos países del mundo [...] y ahora estoy en la Argentina y no puedo estar al margen; es simple, estoy en Santa Fe y me interesa lo que pasa en mi provincia” (LC, 8/4/91).

El día de la elección a gobernador afirmaba no tener

“ningún afán ni locura desmesurada. Estoy en un local chiquito, frente a la plaza San Martín, sin computadoras ni urnas. Manejo datos provenientes del ministerio del Interior y del comando electoral de la provincia. Todo lo que realizamos es a pulmón” (LC, 9/9/91).

¹⁹¹ Cuando Reutemann compita por la presidencia del PJSF dos años después y, finalmente, la gane, presentará su diferencia específica a partir de una imagen opuesta a ésta. No será “uno más”, alguien que venga “desde adentro” –del partido- sino que delinearé una figura de la “llegada”, de alguien que viene “desde afuera” (desde Europa, desde el mundo del deporte) (Sigal y Verón, 2010 [2003]). Trataremos este aspecto en el capítulo 4.

Como se ve, Reutemann se identificaba con la “simplicidad”, con la “mesura”, el “esfuerzo” y la “humildad” de cualquier ciudadano. Ya en ejercicio del gobierno, seguiría mostrándose como una persona sin cualidades extraordinarias para el mando. No se creía un “estadista” sino simplemente alguien que venía a cumplir las demandas “mínimas” que le habían presentado durante la campaña:

“Yo se cuando yo me metí en política qué es lo que pidió la gente en su momento, qué es lo que me dijeron a mí que yo haga en la provincia y yo hice lo que la gente me pidió: si la gente me hubiera pedido a mí [...] que querían un estratega para la provincia de Santa Fe [...] yo no hubiera ido, no hubiera sido candidato. Pero como la gente me dice, ‘pelee contra la corrupción, arréglenos algunos caminos, háganos algunas escuelas, cómprenos algunos móviles para la policía’, eso es lo que me pidió la gente, eso es lo que yo hice. Si querían que sea como Helmut Kohl, no hubiera ido” (Archivo TVDOC, [disponible en] <<http://tvdoc.com.ar>>).

Según su perspectiva, él no perseguía ningún tipo de ambición ni grandes anhelos porque la “gente” tampoco le había pedido demasiado; solamente le había demandado que arreglara “algunos” caminos, “algunas” escuelas, “algunos” móviles. Su imagen era la de una persona “sacrificada”, “disciplinada”, con escrúpulos, que había obtenido todos sus “logros” a partir del esfuerzo y el mérito:

“No tengo las condiciones de Bill Clinton ni de Helmut Kohl ni de Gianni Agnelli, por mencionar personas que he admirado. Yo fui a una escuela primaria a caballo durante cinco años. Hacía doce kilómetros para ir y volver a mi casa. Vivía en medio del campo. Me banqué seis años internado con los jesuitas. Mi ambición era correr en la Fórmula 1, y llegué a hacerlo. Me metí en los mejores equipos; gané muchas carreras –pese a que los argentinos dicen que siempre llegué segundo-, y salí con vida del negocio. Estoy contento. No traje el campeonato del mundo, pero la sensación que tuve en ese momento fue, porque soy muy creyente, que Dios me decía: ‘Hasta acá llegaste. Esto no te lo dejo porque sería demasiado’. Y así fue” (citado en Pandolfo, 2010: 13).

Su origen rural le daba sentido a la imagen de frugalidad y sacrificio con la que era identificado. Junto con ello, su educación secundaria en un colegio jesuita (al cual se le atribuía brindar una “formación rígida y estricta”), contribuía a fortalecer esa imagen. Cherny describe la figura de Reutemann en este mismo sentido:

“Existe en Santa Fe cierta idealización de Reutemann basada en la creencia de un comportamiento casi ascético que lo distingue de la baja valoración de los referentes del peronismo santafesino de fines de los ochenta. La decisión de residir en su chacra santafesina e involucrarse en la vida política de la provincia –pese a ser un hombre famoso, adinerado y exitoso que, tal como lo hace su familia, podría estar viviendo en Europa- pareciera haber constituido un mito que le otorga una cualidad a la vez sacrificada y mesurada a su imagen pública” (2003: 168).

Esta misma imagen se trasladaba al “santafesino”:

“Esta es una provincia maravillosa, una provincia de gringos. Y ellos son de lucha, de sacrificios. Su gente tiene una mentalidad muy especial, es gente dura. El santafesino, en todos los lugares del territorio, presta mucha atención a los manejos del Estado. Es muy observador de todo, hasta de los detalles más insignificantes y, entonces, hay que tener cuidado” (EL, 11/12/92).

Veremos, luego, que este discurso del “hombre común”, mesurado y modesto se articuló coherentemente con la justificación de la aplicación de las medidas de Reforma Estructural del Estado.

Reutemann se presentaba, además, a diferencia de los políticos profesionales, como una persona “transparente”, “sin dobles mensajes”:

“Yo no soy político [...] Mi comportamiento es al revés de quienes manejan el diálogo político. Entonces se genera otro tipo de relación. Conmigo no hay operadores políticos, no hay dobles mensajes, no hay operativos de prensa. Es diferente, yo no tengo las mañas de los viejos lobos” (EL, 11/12/92)

Su imagen de “hombre común” se expresaba, además, en el uso de un lenguaje coloquial en las escasas ocasiones en las que hacía un uso público de su palabra:

“Que haya clases para que los chicos no sean burros” (LC, 12/9/91)

“Que tengamos polenta donde haya alguien que quiera comer” (LC, 12/9/91)

“Le pido a la gente que no se de manija en este asunto [corrupción] Cuando se hable de cosas raras habrá que pedir seriedad y pruebas (LC, 12/9/91)

“Hasta diciembre, poner todo en una congeladora [sobre la necesidad de que el gobierno saliente no tome medidas nuevas hasta que él asuma como nuevo gobernador]” (LC, 12/9/91).

“Todo de frente y por derecha. Nada por zurda” (EL, 11/12/92).

Este discurso dejaba traslucir, además, una concepción simplificada de lo que se entendía por la acción del gobernante. La política era una práctica análoga a la “administración” de los bienes, lo cual suponía operaciones básicas de cálculo de “ingresos” y “egresos”:

“Tenemos dos brazos. Una cabeza, sentido común y cerebro” (LC, 8/12/91).

“Con Domingo Cavallo podemos hablar pero de cualquier manera no necesitamos un premio Nobel en Economía. Con un buen administrador que empiece a ver el tema ingresos, egresos, qué se aporta, cómo, cuándo. Cuando tengamos todos esos datos y también cómo se gasta y cuándo la plata, encontraremos un punto de equilibrio y se verá” (LC, 12/9/91).

“A la provincia hay que realizarle una tomografía para conocer en qué estado se encuentra, tener un equipo de gente que ya empieza a trabajar sobre esta realidad y que sepa en qué

estado va a llegar a diciembre. Después de esto es muy fácil, aquí ingresa tanto y sale tanto, como en una familia, si ganamos un millón no podemos gastar cuatro” (LC, 8/4/91)

La idea de que la actividad política o el ejercicio del gobierno es una práctica *simple*, sin mayores complejidades y de que se puede aprehender desde el “sentido común” es propia de la “retórica antipolítica” (Mocca, 2002). Los conflictos, la pluralidad, la diversidad de intereses presentes en toda sociedad son ocultados bajo una concepción simplista del funcionamiento social y de la práctica política. Por eso, también, se reduce el accionar del político a los imperativos de la ética individual, y/o de la administración de los recursos desde un punto de vista del saber propio del campo económico.

En cuanto a la reducción de la política a los imperativos de una moral privada, consideramos que fue el principal recurso político sobre el que se erigió el liderazgo de Reutemann, según la naturaleza de la crisis que atravesó al gobierno del PJ en el momento en que aquél emergió. En efecto, como candidato Reutemann afirmaba:

“Es increíble, la gente me para en todas partes, se pinta la esperanza en sus caras, buscan una sola cosa: un hombre honesto” (Agencia oficial Télam, citado en Vargas, 1997: 107).

La *honestidad* era presentada como una virtud excepcional –contraria al ventajismo y al éxito rápido- entre el conjunto de la “clase política” santafesina, y era la medida del cumplimiento de las promesas (no desde un programa político sino desde la identidad de “hombre común”) que el gobernante había hecho a la ciudadanía. Reutemann afirmaba que el deber del político era:

“Cumplir con aquello para lo cual se ha comprometido. Esto, en todas las escalas: desde un concejal hasta el tope. Cumplir con lo que dijo, con su gente, no defraudarla. Pero la Argentina es un país donde, evidentemente, tiene éxito el que es más vivo, más rápido; el que llega a una posición económica y social alta lo más rápido posible. Si a los veinticinco tenés tu jet, tu auto, tu casa en Punta del Este, y nadie sabe cómo, sos un fenómeno. Si tenés alguna de las características de un tipo más honesto, sos un estúpido” (citado en Pandolfo, 2010: 13).

Como dijimos, el diagnóstico sobre el problema que atravesaba la dirigencia política (y no sólo política) del momento era de tipo moral. Luis Rubeo, dirigente histórico del PJSSF, reconocía que en Santa Fe había

“malos políticos, malos empresarios, malos periodistas, malos gremialistas” (Luis Rubeo, Archivo TVDOC, [disponible en] <<http://tvdoc.com.ar>>).

Por contraste, Reutemann portaba los atributos opuestos a éstos:

“Un hombre decente, un hombre limpio, un hombre de una trayectoria limpia como deportista, como empresario” (Jorge Obeid, Archivo TVDOC, [disponible en] <<http://tvdoc.com.ar>>).

Otra virtud que es propia del ámbito de la moral privada que aparecía como atributo de este liderazgo era la *austeridad*. Esta “virtud” fue especialmente capitalizada por Reutemann para legitimar las políticas de “ajuste”¹⁹².

“Buscar la paz cotidiana [...] lleva a consagrar la austeridad como testimonio de gobierno y con ella, forjar una autoridad que tenga sustento (Discurso de Apertura de Sesiones Legislativas, 1/5/95).

Durante la campaña Reutemann sentenció:

“No son tiempos ni para dádivas ni para compras de juguetes y pan dulces. Quiero que quede bien claro que la austeridad será una de las características de mi gestión si llego a ser elegido” (EL, 3/9/91).

“Las líneas ya están bajadas para todos: no al despilfarro, al malgasto; sí al orden, la eficiencia, la transparencia, el sentido común y la ejecutividad (EL, 30/8/91)

Así como el gobernante era “honesto” y “austero”, así también los ciudadanos debían serlo para no reclamar “mayor equidad en la distribución” del ingreso social:

“Nos toca vivir en forma conjunta, pueblo y gobierno, una instancia democrática que ambos hemos sabido alcanzar y es también en forma conjunta nuestra responsabilidad ejercerla [...] y ello sólo lo lograremos con un ciudadano honesto y participativo [...] El sacrificio, el ejemplo y la austeridad deben ser parejos entre el pueblo y sus gobernantes, para que ese pueblo no termine desconfiando de la utilidad de su propio esfuerzo, reclamando mayor equidad en la distribución de los beneficios” (Discurso de Apertura de Sesiones Legislativas, 1/5/94).

Veremos a continuación que los componentes de esta “nueva política” (anti-política, proximidad y moralización del vínculo representativo) estuvieron puestos al servicio de la aplicación de medidas de política pública concretas. En efecto, a veces de forma solapada y otras de manera crudamente explícita como en la cita anterior, los atributos de este liderazgo cobraban sentido en el marco del proyecto de Reforma Estructural del Estado que la provincia empezaba a poner en marcha con el gobierno de Reutemann, en línea con lo que el presidente Menem estaba implementando a nivel nacional desde 1989.

¹⁹² El término “ajuste” es una reducción de la voz “ajuste económico”, y designa “la reducción de determinadas magnitudes económicas, por lo general, relacionadas con el gasto público, la inversión, el nivel de actividad, el consumo, el empleo y el salario real” (Aronskid, 2014: 38).

3.3 Las políticas de “transformación” y “ordenamiento” del Estado: ajuste, descentralización y privatizaciones

En términos de políticas públicas, el gobierno de Reutemann adhirió a los principios de reforma estructural del Estado y de Emergencia Económica que se implementaron desde la órbita del gobierno nacional. Ya durante la segunda mitad del gobierno del mandatario anterior, Reviglio, la provincia de Santa Fe había iniciado la implementación de medidas de recorte del gasto público y de racionalización de las agencias estatales, en el contexto de la crisis hiperinflacionaria de 1989.

En continuidad con la ley de Reforma del Estado y Emergencia Económica sancionada en la provincia en 1989 –que había perdido vigencia¹⁹³–, la Legislatura sancionó por pedido del Poder Ejecutivo la ley n° 10.978 el 14 de enero de 1992. La norma suspendía una serie de subsidios a las actividades particulares¹⁹⁴, establecía un régimen de compensación de deudas del Estado, modificaciones en la infraestructura educativa y cultural, autorizaba a los hospitales públicos a facturar prestaciones y posibilitaba la privatización, transferencia, transformación o descentralización de las empresas públicas y dependencias estatales provinciales, como las medidas más importantes¹⁹⁵.

Durante el primer gobierno de Reutemann (1991-1995) las medidas implementadas bajo esta normativa se orientaron, fundamentalmente, al “ajuste estructural”, la descentralización administrativa y la privatización de empresas estatales.

En cuanto al primer punto, el gobernador anunció la anulación de designaciones y ascensos de agentes públicos en la misma semana en la que tomó posesión del gobierno¹⁹⁶. Asimismo, congeló aumentos salariales a los trabajadores de la educación y la salud al promediar su

¹⁹³ El contexto hiperinflacionario de 1989 otorgó una virtual imposibilidad para implementar las leyes sancionadas. Ver, por ejemplo, las notas “Posiciones inflexibles complican la resolución del conflicto estatal” (*EL*, 20/12/89) y “El paro es total en sectores de la administración pública” (*EL*, 4/10/90). Al respecto, ver nuestro capítulo 2.

¹⁹⁴ En realidad, la Emergencia fue una “tríada”: económica, salarial y previsional. Al respecto, ver *EL*, 15/1/92.

¹⁹⁵ *EL*, 24/1/92.

¹⁹⁶ El gobernador anuló las designaciones del personal interino y reemplazante en cargos docentes, no docentes y horas de cátedra que no cumplan las funciones específicas del cargo, y comisiones de servicio, relevos, adscripciones, cargos temporarios y políticos. Además, se sujetó el pago de haberes y aguinaldo a la recaudación. Ver la nota “Drástica resolución de Reutemann”, *LC*, 14/12/91.

mandato¹⁹⁷ y se eliminaron los conceptos relativos a la estabilidad de los empleados públicos, licencias y el plus por antigüedad hacia el final del mismo¹⁹⁸.

La descentralización del Estado provincial se observó en diversas áreas, tales como la educativa (en la cual, mediante el decreto n° 19-93, se produjo un proceso de profundos cambios a partir de lo que se llamó la “regionalización educativa” [Alonso, 2006]), la impositiva y fiscal (mediante la reforma tributaria que, entre otros aspectos, disminuía la coparticipación a municipios y comunas para que éstos implementaran sus propios impuestos¹⁹⁹) y la intervención de los organismos descentralizados²⁰⁰.

Por último, se privatizaron algunas empresas del Estado, aunque con un ritmo mucho más lento al llevado adelante por el gobierno nacional. En diciembre de 1992 se ejecutó la privatización de la empresa “Gas del Estado” (la cual quedó en manos de capitales belgas, españoles, chilenos y argentinos bajo la denominación de “Litoral Gas”) y de la Dirección Provincial de Obras Sanitarias (DIPOS)²⁰¹ al grupo liderado por la francesa Lyonnaise des Eaux, en diciembre de 1995, al finalizar el mandato de Reutemann (Iazzetta, 1997). La concreción de la privatización total del Banco de la Provincia de Santa Fe se produjo durante el siguiente gobierno, el de Jorge Obeid, en 1997²⁰². La única empresa estatal que no se privatizó fue la Empresa Provincial de la Energía (EPE), que permaneció durante todo el proceso de aplicación de medidas neoliberales en la órbita del Estado.

Si bien estas profundas transformaciones tuvieron un correlato beneficioso en áreas como la de comunicaciones e incremento de la obra pública, el efecto general asumió aristas regresivas: precarización de los servicios de salud, desmantelamiento de la red ferroviaria,

¹⁹⁷ *LC*, 5/3/93.

¹⁹⁸ “El ajuste acecha a los empleados de la provincia”, *LC*, 14/1/94.

¹⁹⁹ La reforma impositiva provincial –enmarcada en el “pacto fiscal” nacional– suprimía, entre otros, los impuestos a los sellos, ingresos brutos y energía, beneficiando selectivamente al sector industrial y aumentando los impuestos en otras áreas como el comercio, consumidores y profesionales. El contexto de la ejecución de esta reforma tuvo que ver con la reducción de la coparticipación federal y la transferencia de escuelas desde la Nación hacia la provincia. Ver la nota “Desgravar a unos para gravar a otros”, *LC*, 2/1/94.

²⁰⁰ *EL*, 16/1/92.

²⁰¹ Dirigentes del PJ y de la oposición criticaron la manera “apresurada” e “inconsulta” para con los diversos sectores de la sociedad en la que se realizó esta privatización. También recibió críticas del Foro Regional Rosario –núcleo de empresas, profesionales y trabajadores del sur santafesino– (*LC*, 2 y 3/3/95).

²⁰² El Banco había sido parcialmente privatizado durante la gestión de Reviglio en 1991, quedando constituido como Sociedad Anónima con participación mayoritaria del Estado.

inseguridad ciudadana, mercantilización de los bienes y servicios públicos y restricciones del gasto social en general (Alonso, 2006). A nivel de la estructura productiva, los sectores industriales observaron un crecimiento del PBI industrial de la provincia y se diversificaron, pero ese crecimiento vino acompañado de un fuerte proceso de desindustrialización (caída en la cantidad de empresas, de empleos y mayor concentración de la actividad económica). Por su parte, la tendencia en la producción agrícola de la provincia se orientó a suplantar cereales y cultivos industriales por oleaginosas –girasol, sorgo y soja-. Mientras tanto, se vieron afectadas las industrias que se basaban en el agregado de valor a la producción primaria, generándose asimetrías tanto sectoriales como regionales puesto que el Estado no aportó mayores incentivos para el despliegue de cooperativas o pequeñas y medianas empresas (ibid.).

Ahora bien, el ritmo y alcance de las medidas de reforma se vieron obstaculizados por dos órdenes de factores. Por un lado, por la oposición interna al partido gobernante, que paralizaba el tratamiento de las mismas en la Legislatura demorando su sanción definitiva. Esa negativa no se originaba, sin embargo, en diferencias sobre las políticas, sino más bien sobre personalidades y sobre la distribución de los espacios en el aparato partidario y gubernamental (Iazzetta, 1997)²⁰³. Recordemos que estas diferencias entre sectores internos del PJSF, expresadas en la Legislatura, también se habían producido durante el gobierno de Reviglio en torno a la sanción de la misma ley²⁰⁴.

Por otro lado, estas políticas recibieron una importante resistencia social por parte de los sectores directamente afectados y con mayor capacidad de organización: los trabajadores sindicalizados. La oposición se expresó a lo largo del periodo en dos formas: paros y movilizaciones. Los sectores que lideraron este tipo de manifestaciones fueron, por un lado, los trabajadores del cordón industrial del sur de la provincia, fuertemente afectados por los

²⁰³ Tal como veremos en el próximo capítulo, el presidente de la Cámara de Diputados, Carlos Bermúdez, en un comienzo miembro del sector reutemannista Creó en Santa Fe, rompió con el grupo y se constituyó en la principal expresión opositora al gobernador hacia adentro del PJSF. Según Iazzetta (1997) la gestión de las privatizaciones padeció por esta causa una eventual “parálisis decisoria”. Los legisladores de la UCR, incluso, reprochaban a Reutemann la “mora” en la adopción de medidas de fondo en consonancia con la magnitud de los problemas existentes. Ver “Radicales provinciales no admiten excusas de Reutemann”, *LC*, 16/4/93.

²⁰⁴ Ver capítulo 2, nota n° 108. Con esta ley se suscitó un conflicto similar al ocurrido en 1989 entre los legisladores que formaron parte de una Comisión Bicameral que “fiscalizaría” el proceso de reformas y el resto de los miembros de las Cámaras, que finalmente se resolvió aceptando la conformación de la misma pero, a diferencia de aquella de 1989, con representantes exclusivamente del Poder Legislativo (*EL*, 24/1/92).

despidos y/o el cierre de fábricas, y, por otro lado, los trabajadores estatales (de la salud, la educación y administrativos).

La primera gran ola de despidos se produjo en abril de 1991 –durante los últimos meses del gobierno que precedió al de Reutemann-, cuando la siderúrgica Acindar, de la ciudad de Villa Constitución, cesanteó masivamente a 3000 trabajadores. Los trabajadores nucleados en la UOM realizaron una marcha en esa localidad de la cual participaron diputados nacionales, diputados y senadores provinciales, concejales rosarinos y el propio intendente de la ciudad²⁰⁵.

El 1º de mayo de 1993 encontró a la ciudad de San Lorenzo en el sur provincial con un acto de la CGT nacional en oposición a las medidas neoliberales del gobierno nacional y a la “inacción” del gobierno provincial ante la crítica situación del sector²⁰⁶. Al respecto, el Secretario General CGT San Lorenzo, Reynaldo Veliz, ceramista desocupado, afirmaba:

“Acá no hay nada de nada, ni buena ni mala política” (LC, 2/5/93).

Ese mismo año se realizó un paro en el área de la salud pública en todo el territorio de la provincia, por reclamos de recomposición salarial y mejoras en la infraestructura, encabezado por el gremio de la UPCN²⁰⁷. Asimismo, el inicio de clases se realizó con una movilización del gremio docente (AMSAFE) por el congelamiento de los salarios, por el cierre de escuelas y talleres en las localidades del interior y por la aceptación de la transferencia de las escuelas nacionales a la provincia como un “paquete cerrado” y sin aumentos presupuestarios²⁰⁸. Mientras tanto, las “olas de despidos” continuaban, por ejemplo, en el sector ferroviario, que en la provincia llegaban a más de 300, cuando los ramales Belgrano y Mitre no habían sido transferidos todavía al sector privado, y 500 obreros eran suspendidos en el frigorífico Carcaraña²⁰⁹.

²⁰⁵ LC, 25/4/91.

²⁰⁶ LC, 2/5/93.

²⁰⁷ Archivo TVDOC. [en línea]. [consulta: 15 de octubre de 2015]. [Disponible en] <<http://tvdoc.com.ar/video/1993-el-historico-paro-de-la-salud-publica/>>.

²⁰⁸ LC, 6/3/93.

²⁰⁹ LC. 1/4/93.

Dada esta situación, la provincia de Santa Fe recibía \$8.000.000 de un plan de empleo intensivo destinado a la creación de 4000 empleos en la ciudad de Rosario, en el marco de la Emergencia ocupacional declarada para la provincia²¹⁰.

En 1994 comenzó un ciclo recesivo en la provincia y en el país a partir de las consecuencias del llamado “Efecto Tequila” (Ffrench-Davis, 1997). En ese marco, el gobernador sentenciaba sobre el estado de resignación al que los trabajadores y la población en general debían conformarse:

“Quien tenga un sueldo debe estar contento, y quien lo cobre todos los meses, doblemente contento” (LC, 9/1/94).

Sin embargo, el 2 de agosto de ese año sucedió el primer paro conjunto de todos los gremios de trabajadores del Estado (la “Intersindical”): UPCN, ATE, AMSAFE y Bancarios, en el marco de un paro nacional²¹¹. Uno de los representantes gremiales afirmaba:

“Este gobierno no ha tenido planificación para nada, no ha tenido objetivos claros, no ha tenido proyectos” (Luis Gómez, dirigente de la Asociación Bancaria de Santa Fe, en Archivo TBDOC, [disponible en] <<http://tvdoc.com.ar/video/estatales-1/>>).

Nuevamente, otro 1º de mayo (de 1995) encontró a los trabajadores movilizados en la ciudad de San Lorenzo en protesta por los 30.000 despidos que se habían sucedido en el cordón industrial del sur provincial en los últimos 5 años. La manifestación tuvo carácter nacional, en el marco de la proximidad de las elecciones nacionales presidenciales a realizarse el 14 de mayo. Numerosas organizaciones gremiales y sociales se hicieron presentes en ese masivo acto, entre quienes se encontraban la Corriente Antiburocrática del dirigente jujeño Carlos Perro Santillán, la CGT de San Lorenzo, CTA, FAA (Federación Agraria Argentina), jubilados, universitarios, etc.²¹².

Por último, a pocos meses de culminar el gobierno de Reutemann, la ciudad de Rosario fue protagonista de una jornada de paro nacional de todas las centrales sindicales (CGT, CTA y

²¹⁰ LC, 6/4/93.

²¹¹ EL, 3/8/94.

²¹² LC, 2/5/95.

MTA), en septiembre de 1995²¹³. Según la prensa, Santa Fe era la provincia que había alcanzado el record nacional de desocupación: 21%²¹⁴.

3.3.1 Austeridad, transparencia y eficiencia: las políticas de Reforma en el marco de la “nueva política”

En este último apartado vincularemos el modo de presentación de sí de Reutemann bajo el discurso de la “nueva política” (que implicaba una retórica antipolítica, un formato de representación de proximidad y un perfil moralizador de la práctica política) con sus concepciones sobre las políticas públicas y el rol del Estado, el cual sirvió para justificar las medidas de corte neoliberal en la provincia y hacer frente a los desafíos al orden social que resumimos en el apartado anterior (movilizaciones y huelgas de trabajadores).

Desde el inicio de su gobierno Reutemann estableció las grandes líneas hacia las cuales se iban a orientar sus políticas públicas. Estas se pueden resumir en dos: el “Ordenamiento” y la “Transformación” del Estado. Por el primero enunciaba que consistía en

“Diagnosticar la realidad de los medios y actuar conforme a ellos. Es generar una clara disminución de cargos políticos excesivos. Es volver a una ordenada y ajustada programación presupuestaria. Es proyectar el gasto público a su estricto sentido. Es redimensionar los entes descentralizados, reducir sus costos y adecuar sus prestaciones. Es evitar los gastos superfluos. Es buscar en la redistribución y racionalización del personal, el camino a la eficiencia (Reutemann, discurso de Asunción, 11/12/91).

En cuanto a la “Transformación” decía:

“Transformar es contribuir a consolidar el plan de Convertibilidad y la consecuente estabilidad económica. Es reducir la presencia del sector público en la economía; es implementar la desregulación; es continuar, con delicada transparencia, los planes de privatización [...] Es la organización racional del sistema educativo” (ibid.).

La justificación de estas medidas de Reforma se realizó, como dijimos, desde un paradigma de la actividad política cuya razón de ser era el cumplimiento de una “ética de las convicciones” (Weber, 2002). El diagnóstico de que la crisis de las estructuras estatales - deficitarias e ineficientes- fuera causada por el despliegue de conductas inmorales y predatorias de los recursos públicos por parte de quienes administraban esos recursos (Pereyra, 2013), puso en el centro de la construcción del vínculo entre los nuevos representantes y la ciudadanía atributos del orden de la moral privada y del desempeño eficiente de los primeros por sobre otra consideración de orden propiamente político

²¹³ CL, 7/9/95.

²¹⁴ CL, 4/9/95.

(capacidad de generación de consensos, de creación de nuevas instituciones, de producción de sentidos colectivos, de planteamiento de problemas y de diferencias de tipo político y no moral, de promoción del debate público, etc.) [Mocca, 2002].

Según las condiciones dadas por la crisis del gobierno justicialista que abordamos en el capítulo anterior, la figura de Reutemann vino a representar los valores de la “honestidad”, la “transparencia” y la “austeridad” como ejes de la “nueva política”. Sin embargo, en lo que respecta a las políticas de Reforma del Estado, fue esta última virtud la que mejor representó la imbricación entre la construcción de su imagen como político de la “proximidad” y la justificación de dicho programa. La “austeridad” y la “decencia” constituían un nuevo “estilo” en el “manejo” del Estado²¹⁵:

“Nos fijamos como meta esencial el logro de un gobierno decente y austero [...] Con perseverancia y fe se han echado las bases sólidas y firmes de un nuevo tiempo, de un nuevo estilo en el manejo de la cosa pública” (Discurso de Apertura de Sesiones Legislativas, 1/5/95).

La “austeridad” llevaba a un estilo de gestión marcado por la “administración” de la escasez. El objetivo “político” del gobierno era administrar los recursos existentes:

“Postulábamos [hace un año] el testimonio de una austeridad franca, la búsqueda de un orden elemental que establezca medios y recursos, escuchar la voz del pueblo y conformar un Estado servicial, ordenado y humanizado” (Discurso de Apertura de Sesiones Legislativas, 1/5/93).

A tal punto esta era la dirección de la acción de gobierno que los mensajes del gobernador tenían un claro tono “posibilista” el cual, entre otros aspectos, promovía la idea de que “es necesario adecuar la magnitud de la demanda a los medios para obtenerlas (Pucciarelli, 2005: 118)²¹⁶:

²¹⁵ Por cierto, la puesta en marcha de políticas de reforma estructural del Estado justificadas desde un paradigma “moralizador” constituyó una marca en el discurso de todos los gobernadores de la época (Erbeta, 2011; Rodrigo, 2013; Sosa, 2014). Ahora bien, lo propio del caso santafesino fue la inscripción de ese discurso en el despliegue de un formato representativo (el de la “proximidad” y la “moral”) que sólo la figura de Reutemann podía construir. Tal como lo venimos desarrollando, Reutemann no era solamente un empresario y ex deportista famoso. Su figura portaba toda otra serie de atributos que reforzaron fuertemente su vínculo con la ciudadanía, en el marco de la crisis de representatividad que habían atravesado los dirigentes del PJ previamente. Ese estilo representativo –con gran *reconocimiento* entre la población– le permitirá volver a ser gobernador de la provincia (1999-2003) en un contexto muy diferente, en el cual la legitimidad de la aplicación de esas medidas reformistas había entrado fuertemente en crisis.

²¹⁶ El discurso “posibilista” consiste en un tipo de mensaje que definió el alcance y la función de la política propia de los años noventa, al apelar a la “inacción” y la “impotencia” de la acción política y su potencial transformador, y que se volvió parte del sentido común de la época. Según Pucciarelli (2005), habría tres variantes de este discurso: el “puro”, el “cínico” y el “hipócrita”. Consideramos que el discurso de Reutemann se inscribe en el primer tipo, tal como lo demuestran los fragmentos que aquí exponemos. Otro ejemplo es el siguiente, que expresa una mezcla de franqueza con irresponsabilidad política: “El índice de desocupación es

“He hecho todo lo posible para que baje el desempleo [...] Existen los comedores escolares, ayudas de tipo social [pero el gobierno se encuentra] al límite en lo que respecta a este tipo de asistencia” (LC, 28/8/95)²¹⁷.

En efecto, y tal como lo mencionamos más arriba, la imagen que se forjó Reutemann de sí mismo no era la imagen de un “estadista”, de un líder que viniera a *prometer* nuevas cosas para el pueblo de la provincia por medio de la *palabra política* (Rinesi, 2007), a generar nuevas expectativas entre la población, sino a “poner en orden” las “cuentas” del Estado y a cumplimentar las demandas esenciales que le habían presentado²¹⁸. Al realizar un balance del penúltimo año de su gestión Reutemann afirmaba:

“Ha sido un año equilibrado, hemos logrado equilibrar las cifras, hicimos obras públicas y no ha habido hechos [de corrupción] de otras épocas” (LC, 9/1/94).

La “austeridad” era presentada como la voluntad de “cuidar los bienes del Estado”, en el marco de una etapa “moralizadora” y de “orden”:

“Un cambio que se gestó en cuidar los bienes del Estado; en el ejercicio de una austeridad plena y en la identificación del ciudadano –sin distinciones- transformando el desprestigio por la ética [...] Proclamamos de inicio una etapa moralizadora y de orden en el Estado. Esa etapa, que no era fácil, la cumplimos puntualmente” (Discurso de Apertura de Sesiones Legislativas, 1/5/95).

El otro eje de esta “nueva política” relativo a la transformación estructural de la provincia fue el de la “eficiencia”. La idea de la “eficiencia del Estado” constituyó, entre otras, el *corpus* de ideas comunes del pensamiento “neoliberal”. El modelo de “Estado eficiente” fue impulsado en Argentina por el Consenso de Washington en lo que se dio en llamar la “segunda ola de reformas” desde 1995 (Morresi, 2007), aunque constituyó uno de los principales tópicos presentes en la prensa nacional ya en los comienzos de la década del noventa (Schmitt, 2008).

alto, tanto en Rosario, Gran Rosario, Santa Fe y zona de influencia”, o “No va a pasar lo de Santiago [por los estallidos sociales en Santiago del Estero], pero será duro” (LC, 9/1/94).

²¹⁷ Estas declaraciones fueron realizadas en el contexto de rumores por estallidos sociales en la zona del Gran Rosario, dado el alto índice de desocupación de la ciudad.

²¹⁸ Otros gobernadores de la época también sostenían un discurso de “ordenamiento” del Estado y eran reconocidos como “buenos administradores” (caso de Kirchner en Santa Cruz [Sosa, 2014]). Sin embargo, el rasgo de “buen administrador” de Reutemann se circunscribía exclusivamente al campo de la administración del Estado, y, en particular, al área del fisco y el presupuesto. Por el contrario, según Sosa, el componente de “buen administrador” de Kirchner trascendía el mero equilibrio de cuentas fiscales y se asociaba a su capacidad de lograr el orden y la estabilidad social y político de su territorio. Por otro lado, el liderazgo de Kirchner portaba un marcado componente *político-partidario* y *militante* (ibid.; Montero, 2011) absolutamente ausente en el caso del liderazgo reutemannista.

La imagen de un Estado “eficiente” se contraponía a un modelo de Estado del pasado responsable del “desorden” y el “retroceso” de la provincia:

“Hay que transformar el Estado en herramienta útil y eficaz al servicio de las necesidades fundamentales del pueblo y de los proyectos estratégicos de la Nación. Estamos gestando un país distinto, un país y, consecuentemente, una provincia con futuro, tratando de dejar atrás largos años de desorden, achicamiento y retroceso” (Reutemann, Discurso de Apertura de Sesiones Legislativas, 1/5/93).

El logro de la “eficiencia” formó parte del perfil conformista y posibilista de la orientación de las políticas y del discurso de Reutemann, quien se contentaba con no “endeudar” a la provincia, “ordenar” las finanzas y atender las “urgencias” sociales:

“Haremos más eficiente el perfil del gasto público. Mejoraremos los niveles de recaudación, a partir de una mayor eficiencia en la administración fiscal [...] No vamos a generar endeudamientos. Vamos a ordenar las finanzas públicas sin perder de vista las urgencias sociales” (Reutemann, Discurso de Apertura de Sesiones Legislativas, 1/5/92).

Como el ideal de la “eficiencia” en la administración de los recursos públicos no constituía un atributo propio del campo político sino que era considerado desde el punto de vista del “gasto”, la “recaudación” y las “finanzas” (es decir, más propio del campo de la economía), era un tópico que se articulaba perfectamente con el perfil de *outsider* político del gobernador. Mientras que los “políticos tradicionales” eran identificados con el “burócrata” que sólo “pide papeles” (ver *supra* pág. 127), su figura se identificaba con la “rapidez” de acción (por analogía con su condición de ex corredor de carreras de auto) y con el conocimiento de los negocios y las inversiones, por su condición de empresario “exitoso”. En este sentido –reivindicando esta última cualidad- Reutemann expresaba al asumir el gobierno que quería

“Saber cómo está todo, recibir la provincia con ‘beneficio de inventario’, en un mutuo respeto entre el gobierno y la población; demostrar respeto hacia el exterior [...] Se dónde buscar el dinero, tengo amigos en el exterior, pero no puedo pedir si primero no tengo la casa ordenada” (LC, 1/9/91).

Asimismo reconvertía los atributos que había tenido como deportista de Fórmula Uno hacia la idea de un gobierno “eficiente”:

“Vengo de trabajar en una profesión que es la más eficiente del mundo. Hay muchos puntos de contacto entre la Fórmula Uno y la política. En el automovilismo hay un equipo de gente donde cada uno cumple su rol para que después todo pase a depender del piloto. Acá todo termina dependiendo del candidato. También la política es una carrera” (CL, 5/9/91).

Al “sentido común” y los “principios morales”, se le agregaba un “buen equipo” con los “mejores hombres”, en el marco de una práctica política que estuvo, durante toda la década, colonizada por el saber técnico-económico (Heredia, 2011; Morresi y Vommaro, 2011):

“A la provincia la puede manejar una persona que sea organizada y con un buen equipo. No necesariamente debe ser un político. Con que sea una persona de bien, con sentido común y firmes principios morales, que seleccione a los mejores hombres para cada área, se puede perfectamente manejar la provincia” (EL, 5/9/91).

Por último, si el Estado debía apuntar a un desempeño “eficiente”, el rol de promotor del crecimiento económico se asignaba exclusivamente al sector privado, según lo disponía el consenso neoliberal dominante (Morresi, 2008). Así, afirmaba el gobernador:

“El bienestar de los pueblos se logra plenamente cuando se generan riquezas que permiten obtener los recursos necesarios para satisfacer al conjunto de las necesidades del hombre. La generación de estas riquezas tiene en la iniciativa privada su agente principal” (Reutemann, Discurso de Apertura de Sesiones Legislativas, 1/5/94)

En este sentido, al Estado se le asignaba un papel “subsidiario” en la economía de la provincia. El entonces ministro de la Producción, José Weber, decía:

“En este nuevo esquema el rol protagónico de la economía está reservado casi exclusivamente al sistema privado [El estado no es] el parche social de lo que muchos empresarios por falta de responsabilidad e incapacidad, dejan como espacios vacíos [...] Estamos ante una realidad social que no la puede resolver sólo el sector público” (LC, 2/3/93).

La privatización de la economía, la búsqueda de la eficiencia y un estilo moralizador de la política constituían un todo coherente que marcaron el tono del modo de representar los gobernantes al pueblo y de implementar las políticas de gobierno. Así lo resumía Reutemann:

“En lo social [...] esta concepción tiende a recuperar la energía de las sociedades, que anteriormente estaba adormecida, enajenada a mecanismos centralizados, a los que la burocracia y la corrupción fueron quitándole eficiencia” (Reutemann, Discurso de Apertura de Sesiones Legislativas, 1/5/93).

“Si tenemos deficiencias en la DIPOS, si tenemos la energía cara, si el Banco es ineficiente [...] desde mi punto de vista, no se puede transmitir al Estado las necesidades de la gente [...] no puedo ver en el Estado la competencia que usted tiene en el sector privado” (Reutemann, Archivo TVDOC, [disponible en] <<http://tvdoc.com.ar/video/reutemann-y-las-privatizaciones/>>).

Conclusiones

En este capítulo analizamos los rasgos del liderazgo de Carlos Reutemann bajo la hipótesis de que fueron estos atributos los que le dieron resolución a la crisis de representatividad en la

que estaba sumido el PJSF como partido de gobierno. Sostuvimos que los atributos reconocidos en la figura de esta personalidad proveniente del exterior del campo político (un *outsider* de la política) constituyeron, además, un nuevo formato de vinculación entre el gobernante y la ciudadanía, que marcó el perfil del tipo de autoridad que Reutemann construyó y el sentido de las políticas públicas más importantes que se aplicaron durante su primer mandato (1991-1995).

En primer lugar, abordamos los componentes de la *frontera política* (Aboy Carlés, 2001) que este ex deportista y empresario convertido en líder político estableció con respecto a sus predecesores en el gobierno y a sus competidores electorales. Encontramos que esa doble frontera estaba dada por el mismo contenido: los “políticos tradicionales”. Durante su campaña, Reutemann se distinguió (Manin, 2006) de sus contendientes a partir de su condición de “no-político” y de su crítica a aquellos individuos identificados con una forma de hacer política dada por: la mera “reproducción en los cargos” en tanto clase política (Mosca, 2006), la ineficiencia en el manejo del gobierno a partir, fundamentalmente, de un modo “burocratizado” de resolución de las demandas de la “gente”, y por una conducta moralmente “deshonesta”.

Enfrentado a ese perfil político Reutemann definía sus atributos en el marco de una “nueva política”. Ésta estaba delineada por dos aspectos centrales: por un lado, por un tipo de legitimidad política que ha sido definida por algunos autores (Annunziata 2012; Rosanvallon, 2009) como una “legitimidad de proximidad”. La crisis de la democracia de partidos y el advenimiento de un formato de representación más personalizado y menos mediado por los partidos tradicionales y las identidades políticas conformadas en torno a ellos (Cheresky, 2008; Manin, 2006; Novaro, 2000; Pusadela, 2004) dio lugar a nuevas formas de construir el vínculo entre representantes y representados. La forma de la “proximidad” busca capitalizar vínculos más “directos” con los ciudadanos, bajo las premisas de la “presencia” corporal del político en el territorio y la “escucha” de sus demandas, en lugar de los tradicionales actos políticos masivos (como espacios de encuentro entre ambos actores) y de la enunciación de promesas plasmadas en las antiguas plataformas de gobierno. Según las fuentes analizadas, Reutemann logró recomponer la crisis de representatividad de los políticos del peronismo (y, en cierta medida, de los políticos en general) a partir de estos atributos, los cuales se expresaron no sólo en su campaña electoral sino también a lo largo de su mandato como gobernador.

En este sentido, el liderazgo reutemannista se diferenci6 de otro tipo de liderazgos que emergieron tambi6n a lo largo de los a6os noventa. Por un lado, se distingui6 de los l6deres que edificaron su v6nculo con la ciudadan6a desde la esfera medi6tica y sobre la base de la expresi6n de la llamada “opini6n p6blica” (Cheresky, 2008). En nuestro caso encontramos que el perfil del gobernador santafesino estuvo m6s fuertemente marcado por la dimensi6n de la proximidad y de la cr6tica a la “clase pol6tica” que por el de la “opini6n” o la “audiencia”, y por la construcci6n de su liderazgo desde las estructuras de una fuerza pol6tica ya existente. Por otro lado, Reutemann se diferenci6 de otros l6deres considerados *outsiders* de la 6poca. As6, su imagen estaba muy lejos de la figura mesi6nica y salv6fica que transmit6a Menem, al considerarse un “comprovinciano” m6s (que logro6 progresos en su vida gracias al esfuerzo y la tenacidad en el trabajo). Y, aunque el presidente de la Naci6n se posicionaba como un *outsider* de la clase pol6tica tradicional, Reutemann portaba ese atributo por su propia trayectoria ajena al campo pol6tico-partidario. Tambi6n, su figura se diferenci6 de Jorge Escobar, gobernador de San Juan y ex empresario volcado a la actividad pol6tica quien, al igual que Menem, transmit6a una imagen mesi6nica sin dejar de recurrir a una “m6stica partidaria” (Rodrigo, 2014), completamente ausente en el caso de Reutemann.

El segundo aspecto de la nueva pol6tica esbozada por Reutemann se bas6 en una potente dimensi6n moralizadora de la pol6tica; es decir, en centrar la figura del pol6tico y de la acci6n pol6tica en torno a valores propios de una “6tica de la convicci6n” (Weber, 2002), en una 6poca en la cual, efectivamente, la pol6tica estuvo fuertemente valorada en t6rminos morales (Frederic, 2004). Los valores de la “honestidad”, la “austeridad”, la “transparencia”, la “simplicidad”, la “disciplina”, el “esfuerzo”, la “moderaci6n” y la “sobriedad” que se atribuyeron a su figura y que Reutemann capitaliz6 positivamente lo posicionaron como un pol6tico novedoso en la escena santafesina, m6s cerca de los “comprovincianos”, de los “hombres comunes” –en sus rasgos y en su accionar- que de la dirigencia pol6tica.

Estas percepciones abonaron el formato de la “proximidad”, el cual resalta el principio de la “identidad” entre pol6ticos y ciudadanos por sobre el de la “distancia” que toda relaci6n de representaci6n supone. Sin embargo, no creemos que esa identificaci6n sea “anticarism6tica” (Annunziata, 2012), en el sentido de que buscar parecerse a los “hombres comunes” vac6e de un elemento carism6tico este tipo de v6nculo pol6tico. Al contrario, creemos que esos valores operaban como cualidades “extraordinarias”, como “dones”, como un *carisma* (Weber, 1992 [1922]) que s6lo le era *reconocido* a la persona de Reutemann. El componente carism6tico

persiste a pesar de que, por su contenido, dichos valores apelaran a un ocultamiento de la “superioridad” del líder.

En tercer lugar, buscamos relacionar los componentes del formato de representación de Reutemann con su concepción sobre las políticas de Reforma Estructural del Estado en la provincia y el rol del mismo en la economía. Encontramos que las políticas públicas ejecutadas durante su mandato (reducción y equilibrio del gasto fiscal, descentralización de agencias estatales y privatización de empresas públicas) estuvieron justificadas por un discurso que instrumentalizaba los valores de la moral privada que Reutemann expresaba (“austeridad”, “sacrificio”, “moderación”, “simplicidad”) en favor de la aplicación de estas medidas, como así también su perfil de “administrador” y empresario “exitoso” en el ámbito privado. De esta manera, pedía “moderación” en las demandas salariales, e instaba a que fuera el sector privado el que protagonizara la dinámica económica y la creación de riquezas de la provincia, dejando al Estado para “atender las urgencias sociales”.

El traslado de la dinámica privada a la esfera pública se advierte también en su concepción del Estado y del gobierno como mero “administrador” de los “ingresos” y “egresos” de la provincia. En este sentido, el valor de la “eficiencia” era el que debía regir los criterios de la acción política.

En conclusión, el gobierno de Reutemann significó la colonización de criterios extrapolíticos en el discurso y en la acción de gobierno (desde la moral y desde la economía) [Mocca, 2002; Rinesi, 2007] lo cual le permitió, al mismo tiempo, articular el componente estrictamente *técnico* con uno *ético* capaz de darle trascendencia y un sentido simbólico a su autoridad para que ésta no quedara supeditada a una racionalidad estrictamente burocrática (Weber, 1992 [1922]). Esto significó, sin embargo, vaciar su accionar de todo componente político, de toda “ética de la responsabilidad” (Weber, 2002), es decir, de todo proyecto de un “bien político” (Mouffe, 1999) para la comunidad santafesina.

En el último capítulo, analizaremos otro espacio sobre el cual Reutemann logró erigir su autoridad y que le permitió trascender como líder político más allá de su primera gestión: la identidad peronista. La re-significación del peronismo desde un paradigma moralizador también contribuyó a des-politizar esta fuerza política pero le permitió constituirla como instrumento al servicio del gobierno y de su propia carrera política, abandonando, allí sí, su condición de *outsider*.

Capítulo 4

La re-significación de la identidad peronista a partir del liderazgo de Carlos Reutemann (1991-1995)

En el capítulo anterior analizamos el tipo de formato representativo que constituyó el liderazgo de Carlos Reutemann en Santa Fe a partir de su campaña electoral y posterior asunción como gobernador de la provincia en 1991. Interpretamos que su forma de presentarse ante la ciudadanía recompuso la crisis de representatividad del PJSF como partido gobernante e instauró un tipo de vínculo político que se mantuvo a lo largo de todo su mandato. Ese formato se basó en una retórica anti-política y en el diseño de un tipo de legitimidad que privilegiaba una imagen de proximidad y de moralización para con los ciudadanos que signó, además, su modo de gobernar y de concebir las políticas de Estado.

¿Cuáles fueron las características del vínculo de este novel líder político con el peronismo santafesino? ¿De qué manera Reutemann logró no solamente constituirse en un referente del justicialismo local –hasta, incluso, nuestros días- sino en su conductor político a lo largo de toda la década del noventa?²¹⁹ ¿Qué aspectos del liderazgo construido de cara a la sociedad pudo capitalizar Reutemann para gobernar, también, el partido?

En este último capítulo abordamos estas preguntas a través de dos aspectos. Por un lado, entendemos que Reutemann operó una re-significación del peronismo en tanto identidad política, en el marco de las transformaciones que ésta venía atravesando a partir de la “Actualización Doctrinaria” ideada por el presidente Carlos Menem. Estas transformaciones adquirieron en el distrito santafesino un cariz particular en torno a la figura de Reutemann, un *outsider* que se convirtió –sin poder apelar a ningún pasado ni trayectoria político-partidaria- en el conductor del justicialismo local. Por otro lado, reprodujo los mecanismos que venían ejecutándose en el partido desde el periodo anterior a su emergencia como líder político, en relación a la concentración del poder (ejercicio simultáneo de la gobernación y la presidencia del partido), la manipulación de las reglas electorales internas y la desindicalización del

²¹⁹ Recordemos que Reutemann fue gobernador de Santa Fe en dos oportunidades (1991-1995 y 1999-2003) mediando entre ambas la gobernación de Jorge Obeid (1995-1999 y 2003-2007). Obeid –hombre de larga trayectoria en el partido- se había sumado a las filas de Reutemann desde el primer momento, y permaneció dentro de ellas a lo largo de todos esos años.

peronismo (Levitsky, 2005), como así también la fractura del Consejo Ejecutivo Provincial del partido por disidencias con su conducción.

Estos dos aspectos son observados en tres coyunturas. En la primera abordamos el proceso de constitución de Creo en Santa Fe como sector interno del PJSF, el cual postuló la candidatura a gobernador de Reutemann en 1991, proceso definido por una lógica de apertura hacia “todos los que qui[s]ieran participar”. La segunda se sitúa en el contexto de su afiliación y rápida elección como presidente del PJSF por medio del voto directo de los afiliados en 1993. Su candidatura fue posible mediante la reforma de la Carta Orgánica del partido, lo cual generó un primer conflicto interno entre quienes promovían (mayoritariamente) su designación como máximo conductor del PJ santafesino y quienes consideraban –desde su lugar de dirigentes “históricos” y de “militantes”- que Reutemann no era más que un “arribista” del partido y que debía conservar su carácter de *outsider* partidario. La tercera coyuntura, finalmente, es aquella en la cual Reutemann fue elegido como candidato a senador nacional en 1995, mientras Creo en Santa Fe perdía el lugar de la minoría en la lista de candidatos a diputados nacionales a manos del sector liderado por el presidente de la Cámara de Diputados provincial, Carlos Bermúdez. Este sector se consolidó, como consecuencia, en un firme opositor al oficialismo partidario hacia el final del periodo que aquí abordamos. En esta última coyuntura se constituyó con mayor nitidez un clivaje que había sido incipiente en los momentos anteriores: el clivaje entre los dirigentes del “Norte” y del “Sur”, y el apoyo a estos últimos de gran parte del sector sindical desplazado del partido.

4.1. Contra la Cooperativa. Conformación de Creo en Santa Fe como sector interno del PJSF (1991)

Tal como lo analizamos en el capítulo anterior, la figura de Reutemann emergió en un contexto de crisis de representatividad del PJSF en base al cual se pronosticaba una probable derrota electoral en las elecciones por la gobernación de la provincia del año 1991. Dado este escenario de reales posibilidades de que el peronismo quedara desplazado del poder de la provincia por primera vez desde el retorno de la democracia, el presidente Menem había diseñado una estrategia electoral para la cual había convocado a este empresario agropecuario y ex deportista famoso a postularse como candidato a gobernador.

En ese marco, analizamos la forma en la cual Reutemann estableció en su campaña electoral una “frontera política” (Aboy Carlés, 2001) con respecto a los denominados

“políticos tradicionales” del presente y del pasado inmediato de la provincia. Sin embargo, su crítica se situó en la *persona* de los políticos y no en los partidos políticos como organización. El candidato cuestionaba las actitudes y prácticas relativamente establecidas como hábitos de una “clase política” que, centrada en sí misma, desatendía las “necesidades de la gente”²²⁰. Por el contrario, había hecho un llamamiento a dirigentes partidarios de segundas y terceras líneas, a militantes y a quienes fueron sus destinatarios principales: los “indecisos”.

Esta estrategia de Reutemann cobraba sentido por el hecho de que su candidatura se había inscripto como un sublema dentro del lema justicialista²²¹. Su figura no era de tipo “anti-partido” (*anti-party*) sino que se la podía ubicar entre los *outsiders* de tipo *party-tolerant* (Kenney, 1998), es decir, figuras que surgen en el marco de partidos políticos existentes²²². Más aún, terminada la elección Reutemann reconoció el papel fundamental que él entendía había desempeñado la “base justicialista” para lograr un final exitoso en la campaña:

“Cuando yo me largué a hacer la campaña las posibilidades de ganarle a la UCR eran remotas. Nadie lo creía. Y salí y luché y gané de milagro. El milagro se lo debo a la base justicialista” (Citado en Vargas, 1997: 123).

En efecto, en el inicio su campaña Reutemann había llamado a “todos” a participar de la promoción de su candidatura:

“He dejado bien claro que esta propuesta está abierta para todos los que quieran participar, no se excluye a nadie y serán bienvenidos todos. Conversaremos y se irá para adelante sin exigencias, condicionamientos o promesas” (LC, 13/4/91).

En otro lugar (Lascurain, 2014a) hemos analizado la forma en la cual Reutemann no solamente se había dirigido a los “independientes” e “indecisos”, sino que había realizado un llamamiento también a los peronistas, recuperando su valor como una fuerza política compuesta por “gente buena, honesta y trabajadora”:

²²⁰ En el marco de la crisis de los partidos políticos y de las transformaciones en la comunicación política ocurridas desde el año 1987, el sujeto *gente* se volvió la nominación principal del colectivo al cual los políticos apelaban en las campañas y en sus discursos como gobernantes. Se trataba de un sujeto sin carnadura en grupos sociales o políticos definidos, expresión de las figuras del “indeciso” y el “independiente”, pero también de una forma de llamar al “conjunto” de la sociedad. “La *gente* aparecería, de manera predominante, expresada por las cifras y porcentajes de los sondeos de opinión” (Vommaro, 2008: 69- cursivas en el original).

²²¹ El lema se constituyó como FREJUPO, integrado por el PJ, MID, PCP, PA, FE, MPL.

²²² También fue el caso de Escobar en San Juan, a quien promovieron sectores “renovadores” del PJ provincial (Rodrigo, 2013) y de Ramón Ortega en Tucumán, surgido de un frente electoral del cual formaba parte, entre otras fuerzas, el PJ (Novaro, 1994).

“He conocido gente del justicialismo que cumple buenas funciones, que nada tienen que ver con lo hecho anteriormente. Hay gente buena, honesta y trabajadora. Es una oportunidad para demostrar que esto es así” (EL, 25/8/91).

“He notado que el peronismo ha vuelto a la vida, se respira un aire de deseos, de querer ganar. Deseo de triunfo de la mejor gente, de la buena gente, de la gente seria a la que, si le damos una oportunidad [...] estoy seguro de que vamos a hacer un gobierno muy diferente” (EL, 22/8/91).

Entonces, así como se trazaba una frontera política para con la persona de los “políticos tradicionales”, así también había otro tipo de “personas” dentro del justicialismo (“gente buena”) el cual, por sus cualidades morales, era convocado por el discurso y el proyecto de gobierno del candidato.

La necesidad de apelar a los peronistas y a su identidad fue fundamental en orden a mantener dentro de sus filas a la importante cantidad de sectores del justicialismo local que acompañaban su sublema. En efecto, Reutemann contó con el apoyo de dirigentes ajenos al sector que había sido identificado como la Cooperativa: Jorge Obeid, Rubén Cardozo, Miguel Angel Robles, Jorge Albertengo, Jorge Giorgetti, Alberto Monti, Roberto Campanella, entre otros. Asimismo –pese al lugar subalterno que ocuparon luego en la composición del gobierno y del partido- lo apoyaron sectores del sindicalismo peronista local.²²³

Esta constituyó una diferencia notable del caso de Reutemann con respecto a los casos de otros *outsiders* de la época. Por ejemplo, el ex cantante y empresario Ramón “Palito” Ortega, gobernador de Tucumán por el Frente de la Esperanza (FE) -que nucleaba al PJ y a partidos menores- no había casi incorporado referentes del PJ a su gobierno (Novaro, 1994). Además “la ausencia de una base de apoyo organizada en un partido propio o en el peronismo, lo [había puesto] ante la necesidad de fundar su autoridad casi exclusivamente en su prestigio personal” (ibid: 142). Al contrario, Reutemann procuró darle un sustento en la estructura organizacional del PJ a su *carisma* personal, mediante la creación de un sector partidario propio y la apelación a la identidad peronista en los nuevos términos que aquí presentaremos.

²²³Algunos de los gremios peronistas más importantes que apoyaron a Reutemann fueron el SMATA, cuyo dirigente principal era el sindicalista Rubén Cardozo, entonces embajador en Paraguay, y la Agrupación Evita del Sindicato de Trabajadores de la Industria Frigorífica, las 62 Organizaciones Peronistas dirigidas por Amir Schmuth, entre otros agrupamientos barriales y militantes de diversas seccionales de la ciudad de Santa Fe y alrededores que constituyeron para esta coyuntura la “Mesa Provincial Reutemann Gobernador” (EL, 5/9/91 y 11/12/91). Hacia 1993 se sumarán también las dos CGT de Rosario (EL, 2/2/93).

Otro es el caso del empresario Jorge Escobar, gobernador de San Juan durante la misma época, quien al asumir su mandato había constituido un “gabinete de *outsiders*” (con referentes exclusivamente técnicos y extra-partidarios) dejando a un lado a los dirigentes y sectores del PJ que lo habían acompañado en su candidatura (Rodrigo, 2014).

Pero, además, por el sistema electoral de “Lemas”, el triunfo del gobernador fue posible por la suma de los votos obtenidos por todos los sublemas que componían el lema justicialista. Por lo tanto, el componente peronista del triunfo de Reutemann fue muy importante²²⁴ y ello se reflejó, en parte, en la composición del gabinete provincial, integrado tanto por dirigentes del partido como por extra-partidarios. En este sentido, Reutemann había recibido advertencias por parte de algunos dirigentes sobre la “necesidad” de mantener alguna representación partidaria en su gabinete:

“El gobernador haría muy mal si deja de lado al justicialismo entre sus colaboradores, porque es la fuerza política que lo llevó a la gobernación y es la fuerza política que lleva adelante la transformación en el país” (Liliana Gurdulich, senadora nacional por el PJ, *EL*, 7/2/92).

En efecto, Reutemann formó un gabinete “mixto”, que incluía *outsiders* con un perfil técnico y dirigentes provenientes de distintas fuerzas partidarias (justicialistas, radicales y demoprogresistas). De los cinco ministerios, dos estaban a cargo de figuras con trayectoria partidaria en el peronismo (José Weber, Producción y Lorenzo Domínguez, Salud), uno a cargo de un político de la UCRI (Danilo Kilibarda, Educación) y dos eran extrapartidarios, con un perfil eminentemente técnico (el economista Juan Carlos Mercier, Hacienda²²⁵; y el magistrado Jaime Belfer, Gobierno)²²⁶. Por su parte, el Secretario General de la Gobernación fue el demoprogresista Andrés Mathurín, a quien Reutemann conocía del colegio secundario²²⁷, mientras que el Secretario de Trabajo fue un abogado, Jorge Bof, persona de confianza de Reutemann.

²²⁴ Ver la proporción de votos de cada sublema dentro del PJ en el capítulo 2.

²²⁵ Mercier era asesor contable de Reutemann y había sido Ministro de Hacienda durante el gobierno *de facto* entre 1982 y 1983. Otro funcionario fuertemente criticado por haber ocupado cargos públicos de importancia durante la última dictadura militar había sido Rodolfo Riegé, subsecretario de Seguridad Pública durante la gestión de Reutemann. Había sido teniente coronel, jefe de la Unidad Regional II de Rosario, imputado por delitos de lesa humanidad. “*El pasado que molesta*”, [en línea]. [consulta: 1 de octubre de 2015]. [Disponible en] < <http://www.rasgosdistintivos.com.ar/>>.

²²⁶ *EL*, 10/12/91.

²²⁷ Mathurín renunció al cargo cuando Reutemann se postuló como presidente del PJSF.

Sin embargo, debemos decir que la fundamentación que Reutemann esgrimía acerca de las *funciones* que los ministerios debían desempeñar respondía al discurso “anti-político” sobre el cual él construyó su legitimidad. En este sentido, incluso los altos funcionarios con un origen político-partidario debían adoptar, en alguna medida, un perfil alejado de los elementos que remitían a ese origen. Por ejemplo, la cartera “política” por excelencia, el Ministerio de Gobierno, debía abocarse a la “seguridad” y la “justicia”, entendidos como tópicos puramente “técnicos”:

“En el caso del Ministerio de Gobierno, donde más se insiste con la seguridad y la Justicia, le doy un perfil más orientado a esto que al aspecto político, porque la parte política ha sufrido un deterioro en la provincia en los últimos ocho años. Y bueno, creo que se le debe dar otro lineamiento. Creo que la gente está cansada de política y quiere ver un poco más la realidad de las cosas” (Carlos Reutemann, LC, 8/12/91).

Asimismo, José Weber, uno de los “partidarios” del gabinete, se inscribía en la retórica anti-política que predominaba en esa época:

“Si volvemos a la idea de que el dirigente político lo es porque pintó paredes y está afiliado, estamos totalmente equivocados. Vienen nuevos estilos donde se verán las condiciones de cada uno frente a los requerimientos de la gente” (EL, 10/12/91).

Vemos entonces que la composición de los ministerios respondía al perfil más bien híbrido que estructuró el formato representativo de Reutemann. Así como él se presentó como un *outsider* que devino, luego, en un miembro de la “clase política” de la que buscó diferenciarse, así también los representantes de las más altas jerarquías de la burocracia estatal respondían a ese perfil que alternaba entre la relativa pertenencia a la elite partidaria y la pretensión de mostrarse como algo *distinto* a la, así definida, “política tradicional”.

Volviendo a la órbita del partido, se conformó entonces una línea interna (“sublema”) denominada Creo en Santa Fe para presentar la candidatura de Reutemann gobernador. Una vez ganadas las elecciones el sector avanzó en una nueva etapa para respaldar la acción de gobierno de su principal referente desde el interior del propio partido.

El PJSF había sido intervenido por las autoridades del Consejo Nacional Justicialista el 21 de junio de 1991²²⁸ y sería normalizado mediante la convocatoria a elecciones internas de autoridades partidarias y para cargos generales el 30 de mayo de 1993²²⁹. En el transcurso de

²²⁸ Ver capítulo 2.

²²⁹ El partido tuvo dos interventores: Oscar González, diputado nacional del PJ por la provincia de Córdoba (desde el 21 de junio de 1991 hasta el 12 de noviembre de 1993) y Jorge Yoma, diputado nacional del PJ por La

ese proceso Reutemann debió negociar las decisiones que, en lo atinente a las cuestiones electorales, tomaba la conducción nacional del PJ. Así, para la confección de la lista de candidatos a diputados nacionales para las elecciones del 27 de octubre de 1991²³⁰ –realizadas luego de la elección del gobernador-, el sector reutemannista del partido debió conformarse con colocar un único representante (habiendo obtenido el 70% de los votos a gobernador dentro del lema del PJ). Este fue el primer reclamo de Creo en Santa Fe que, en tanto grupo de sector partidario, presentó a las autoridades nacionales:

“Los hombres y mujeres del peronismo que acompañamos a Carlos Reutemann en los últimos comicios nos sentimos estafados por esta lista de candidatos a diputados nacionales, fruto de acuerdos celebrados entre cuatro paredes, que representa al peronismo derrotado que la comunidad repudió el 8 de septiembre con un sufragio cargado de expectativas y esperanzas [...] La gente no avaló a aquellos dirigentes que estaban sospechados en sus conductas y su accionar. Resulta que éstos son los mismos que hoy reciben como premio un lugar expectante en la lista de candidatos a diputados nacionales” (EL, 1/10/91).

La lista incluía en los primeros lugares a dirigentes identificados con la Cooperativa (el “peronismo derrotado”, “dirigentes sospechados en sus conductas”)²³¹ y a figuras vinculadas a miembros de la conducción partidaria nacional²³². Sólo Marcelo Muniagurria –un *outsider* cuya única credencial para el ingreso a la lista eran sus vínculos de amistad con Reutemann forjados en los ámbitos de socialización de la elite agropecuaria de la provincia- pertenecía a Creo en Santa Fe, aunque ocupó el primer lugar, convirtiéndose en diputado nacional²³³.

Un segundo reclamo acompañó a este: el desplazamiento del “Norte santafesino” en la composición de la lista²³⁴. Dirigentes provenientes de esta zona de la provincia, enrolados

Rioja (desde el 13 de noviembre de 1992 hasta el 30 de mayo de 1993), quien realizó la transición hacia las nuevas autoridades constituidas mediante elecciones directas. Ver *EL*, 13/11/92.

²³⁰ El PJ obtuvo cuatro bancas en la Cámara de Diputados nacional, pero perdió una. La UCR obtuvo 3, el Movimiento Honestidad, Trabajo y Eficiencia 2, y el PDP, 1. *EL*, 28/10/91.

²³¹ Fernando Caimmi, en tercer lugar, y Luisa Donni, en el quinto, ex funcionarios del gobierno de Reviglio.

²³² Saturnino Danti Aranda -quien respondía a Eduardo Bauzá- y Hugo Rodríguez Sañudo -quien respondía a José Luis Manzano-, pertenecientes al grupo de los “Celestes” en la conducción nacional del partido, ocuparon el segundo y cuarto lugar, respectivamente.

²³³ Muniagurria era en ese momento presidente de la Sociedad Rural de Rosario y presidente de Confederaciones Rurales Argentinas (CRA). Será, luego, vicegobernador de Santa Fe en el segundo mandato de Reutemann (1999-2003).

²³⁴ Este conflicto se disparó –principalmente- porque el primer lugar de la lista estaba disputado entre Muniagurria y un empresario aceitero del Norte de la provincia (de la ciudad de Reconquista), Héctor Vicentín. Finalmente, Reutemann se definió por el rosarino.

también en Creo en Santa Fe, acusaban al interventor Jorge Yoma de haber privilegiado a candidatos que provenían solamente del “Sur”:

“El norte santafesino no está vestido con plumas ni usa vinchas ni flechas para que usted [el interventor] pretenda venderle espejitos. Tenemos más de 45 años de militancia activa en el peronismo y hemos sabido sostener bien alto nuestras banderas de reivindicación nacional [...] Usted ha actuado como en las mejores épocas del fraude conservador con una acción de estafa que hirió los sentimientos de miles de peronistas que no nos sentimos ni mínimamente representados por quienes usted puso a dedo” (Miguel Angel Castillo, diputado nacional y dirigente del norte santafesino, *EL*, 1/10/91).

En las sucesivas elecciones internas, el clivaje “norte/sur” tomará mayor intensidad, invirtiéndose el protagonismo regional a favor del “Norte”²³⁵. Sin embargo, en este fragmento asoma también otro clivaje, que se volverá central en la disputa interna entre el sector del gobernador y quienes se posicionarán en contra suyo. Nos referimos a una *frontera* que dividió a quienes se consideraban “auténticos peronistas” (“tenemos más de 45 años de militancia”) y a quienes consideraban que Reutemann era el legítimo conductor del peronismo local.

La definición de esta frontera supuso inscribir al peronismo santafesino en el proceso de transformación de la *identidad peronista* que ya había comenzado con la postulación de la “Actualización Doctrinaria” del justicialismo llevada adelante por el presidente Menem. Esta estrategia se proponía lograr una homogeneización interna del peronismo a nivel doctrinario y de las ideas, en el marco del programa reformista que el primer mandatario nacional pretendía llevar a cabo, especialmente, en torno al plan de Reformas Estructurales del Estado. Según Palermo y Novaro, las ideas-fuerza²³⁶ expuestas en el Congreso de Actualización Doctrinaria realizado el 16 de marzo de 1991 en el Teatro Cervantes, buscaban expresar “un tono político más homogéneo y consistente que en el pasado (...) con la expectativa de que se iniciaba un proceso de consolidación el proyecto menemista” (1996: 341). Fue en ese congreso en el que Menem convocó a

²³⁵ En los siguientes apartados volvemos sobre esta cuestión.

²³⁶ Algunas de ellas eran: “economía popular de mercado”; “en el ‘45, también Perón sumó a liberales, radicales y conservadores”; “en el ‘74 adoptó políticas en consonancia con los Estados Unidos y Europa”; “no somos populistas, ni conservadores ni liberales”; “ser capaces de construir nuevas alternativas, nuevos modelos que no sean sectarios ni excluyentes. Estamos jugando en serio a transformar la Argentina y a lograr la justicia social”; “convoqué a todos los argentinos de buena voluntad”; “encontrar soluciones para la Argentina de hoy, manteniendo los principios y adecuando los instrumentos”; “me considero una continuidad de Perón y no una ruptura”; etc. (*EL*, 15/3/91).

“todos los argentinos de buena voluntad, provinieran de donde provinieran, a integrarse a un nuevo frente social y político de reconstrucción nacional [...] Permitamos que los argentinos de buena voluntad se sumen a nuestro gobierno sin preguntarles qué hicieron en el pasado porque el problema argentino lo arreglamos entre todos o no lo arregla nadie” (citado en Palermo y Novaro, 1996: 340).

El presidente reprodujo esta consigna en Santa Fe en su discurso de campaña ante las autoridades del gobierno y del partido el 17 de octubre –día emblemático para la tradición peronista-, diez días antes de las elecciones legislativas nacionales. En el mismo llamó

“a quienes militan en nuestra causa y también a los que no, pero que acompañan este proceso de cambio que estamos llevando adelante en el país” (EL, 17/10/91).

Desde la concepción del presidente, el criterio que definía la integración al movimiento justicialista no era “militar en nuestra causa” sino “acompañar el proceso de cambio”.

La resignificación del peronismo como tradición política para legitimar las políticas propias fue recurrente en la práctica discursiva de Menem (Aboy Carlés, 2001; Canelo, 2011; Novaro, 2009; Novaro y Palermo, 1996). Más aún, al ampliar la frontera del movimiento peronista a “todos los argentinos”

“estaba creando un lecho para la asimilación que el giro menemista implicaba respecto de la tradición peronista, especialmente, al desestructurar la forma alcanzada por la articulación de historia y política tal como la misma se consolidó en los años de la resistencia peronista” (Aboy Carlés, 2001: 303 –cursivas nuestras-).

En efecto, “ser peronista” en el marco del discurso menemista no consistía ya en excluir a los “no-peronistas” (Barros, 2002). En su visita a Santa Fe, el presidente continuaba diciendo:

“He venido aquí a pedirle al pueblo santafesino que me siga acompañando en esta tarea y necesito, reitero que necesito, mayoría en el parlamento argentino para que avancemos más rápidamente en el proceso de transformación de nuestro país. Si esto no ocurre, podemos volver a vivir épocas que ya nadie quiere volver a vivir [...] Esta es la verdad de esta visita. No tan sólo estar con el compañero gobernador [...] sino pedirle al pueblo santafesino que me siga acompañando” (EL, 17/10/91).

En esta misma línea, un senador provincial explicaba lo siguiente:

“Por allí algunos no se explican esto [la candidatura a gobernador de un extrapartidario como Reutemann], pero yo les digo que esto no es más que la concreción de una afirmación que nos legara Perón, cuando dijo que ‘para un argentino no hay nada mejor que otro argentino’” (Mario Papaleo, senador provincial, EL, 27/7/91).

La identidad peronista en el contexto santafesino adoptaba, además, los elementos desplegados por el formato de legitimidad definido por la figura de Reutemann. Jorge Obeid, intendente de la ciudad de Santa Fe y dirigente partidario aclaraba:

“No se corre el riesgo de perder la identidad en la medida en que, quienes tenemos responsabilidades de gobierno, hagamos lo que la gente quiere y le resolvamos sus problemas” (EL, 19/11/91).

Ser “peronistas”, entonces, consistía en “hacer lo que la gente quiere” y “resolver sus problemas”. Así, los elementos de la representación de “proximidad” (empatizar con el ciudadano, comprender sus necesidades, escuchar sus demandas, etc.) [Annunziata, 2012 y 2013b] no resultaban en absoluto extraños a una tradición político-discursiva que se caracterizaba por tener en el “pragmatismo” (Portantiero, 1995) uno de los elementos centrales de su legado relativo a los modos de hacer política.

Los tópicos de la “Actualización Doctrinaria” –incipientes todavía en 1991- se volverán mucho más operativos cuando Reutemann decida abandonar su carácter de “outsider” para representar –bajo su mandato- a la totalidad de los sectores del peronismo santafesino.

4.2 Reutemann presidente del PJSF. El peronismo abierto “a todos los argentinos de buena voluntad” (1993)

Luego de esas elecciones nacionales de diputados Reutemann debió afrontar el proceso de elección del senador nacional, ya como primer mandatario santafesino en ejercicio²³⁷. Este proceso sumió al PJSF en un profundo debate a lo largo de todo el año 1992 y constituyó un eje alrededor del cual se consolidó el sector de Creo en Santa Fe como línea interna partidaria.

La disputa tomó la forma de una lucha entre la dirigencia local del partido y las autoridades nacionales. La primera pugnaba por la normalización del partido y la convocatoria a elecciones internas para elegir el candidato a senador. Las segundas buscaban imponer la reelección de la senadora de ese momento, Liliana Gurdulich de Correa. Gurdulich era una dirigente con trayectoria en el PJSF –cercana a algunos miembros de la llamada Cooperativa-,

²³⁷ Antes de la reforma constitucional de 1994 la elección del senador nacional se realizaba de forma indirecta, mediante la convocatoria a sesión legislativa conjunta de ambas cámaras provinciales. Como el sector mayoritario, Creo en Santa Fe, no reunía los dos tercios del total de legisladores para imponer su candidato, y rechazaba la reelección de la senadora Gurdulich propuesta por el CNJ, la primera Asamblea Legislativa convocada a tal efecto el 23 de octubre de 1992 no se realizó por la falta de quórum promovida por ese sector. La nominación del senador sólo se concretó una vez que Creo en Santa Fe pudo imponerse al interior del partido mediante elecciones directas de los afiliados.

quien acompañaba decididamente las políticas de reforma implementadas por el presidente Menem como titular de la Comisión Bicameral de Seguimiento de las Privatizaciones²³⁸.

Referentes del sector del PJSF que apoyaban a Reutemann se expresaron explícitamente sobre la necesidad de convocar a elecciones partidarias para elegir autoridades y el nombre del senador nacional, en el marco de la nueva relación interna de fuerzas determinada por la figura del gobernador. Así, el legislador Omar Massat afirmaba:

“Como legislador estoy obligado a transmitir la posición de mi comunidad, la cual no ha sido ni es consultada [...] Hay muchos hombres en el justicialismo que también somos leales a Menem y a Reutemann y que, por lo tanto, pueden cumplir con el presidente y a su vez cumplir con la provincia [...] No queremos ser presionados ni digitados [...] Lo correcto es que se convoque a internas para que el afiliado elija. Si este trámite no se puede cumplir [...] que el candidato a senador surja del grupo ‘Creo en Santa Fe’ avalado por la autoridad y el prestigio del gobernador Carlos Reutemann” (Diputado provincial Omar Massat, *EL*, 13/5/92).

Las diferencias y las pujas entre unos y otros llevaron a que, por un lapso de seis meses (desde el 10 de diciembre de 1992 hasta el 4 de junio de 1993), la provincia de Santa Fe se quedara con un senador menos en el Congreso Nacional al terminarse el mandato de la senadora Gurdulich. Finalmente, el candidato propuesto por Reutemann, Jorge Massat²³⁹, se impuso como nuevo senador nacional mediante la sesión legislativa conjunta en la cual senadores y diputados justicialistas de la provincia lo votaron reuniendo 41 voluntades, alcanzando los dos tercios necesarios.

Ahora bien, el conflicto se resolvió una vez que el partido –en manos, todavía, de la autoridad interventora- pudo convocar a elecciones internas y refrendar, de esta manera, el liderazgo del gobernador. Una vez más, como durante los años ochenta, el PJSF salvaba sus diferencias a través de la práctica de las elecciones directas de los afiliados, ahora en un contexto muy diferente. Nuevamente, las internas eran consideradas como un

“mecanismo racional de arreglar la situación del partido, el que se impone para restituir la legítima conducción y definir los cargos electivos [aunque] tiene que haber un equilibrio racional para que la interna sea un mecanismo de selección de candidatos y no la enfermedad que mata al peronismo” (Oscar Lamberto, diputado nacional, *EL*, 7/12/92).

²³⁸ Gurdulich provenía de la militancia universitaria en el FEN, de la ciudad de Rosario. Ver capítulo 1.

²³⁹ Jorge Massat era intendente de la ciudad de Villa Ocampo, miembro de la Junta Promotora Provincial de Creo en Santa Fe y amigo personal de Reutemann.

Las elecciones se realizaron el 30 de mayo de 1993. Unos meses antes, con motivo de cumplirse un año de la elección de Reutemann como gobernador, Creo en Santa Fe publicaba un primer documento titulado “El verdadero peronismo no se proclama, se practica”, el cual definía una “nueva etapa” abierta en la provincia y en el partido a partir de aquella elección. El peronismo era evaluado bajo parámetros morales (“hombres y mujeres insospechados de corrupción”) y se convocaba a normalizar el partido como forma de “transparentar” la distribución existente de fuerzas al interior del PJSF:

“Hace un año la candidatura a gobernador de Carlos Reutemann, con el acompañamiento de miles de justicialistas, hizo posible revertir una derrota que parecía ya consumada [...] Nos propusimos demostrar a propios y extraños que en nuestras filas había muchos hombres y mujeres insospechados de corrupción y de inconducta [...] Ha llegado el momento de consolidar esta ‘nueva etapa’ [...] Reclamamos la pronta normalización del Partido Justicialista y la consulta directa de los afiliados [mediante] una metodología que transparente la representación real y respete las autonomías territoriales” (EL, 8/9/92).

En el marco de la campaña electoral interna, Creo en Santa Fe conformó su Junta Promotora de la candidatura de Reutemann a la presidencia del PJSF, dejando establecida con claridad la *frontera* que conformaba ese espacio; la de la dirigencia que había puesto al partido “al borde de la desintegración”:

“Quienes fueron responsables de lo ocurrido en nuestra provincia en los últimos años, forman parte de la dirigencia del peronismo que en víspera de la elecciones de 1991 se hallaba severamente cuestionada por la sociedad y que había puesto al justicialismo al borde de la desintegración” (EL, 8/3/93).

En efecto, entre febrero y marzo de 1993 Reutemann se afilió al PJ y se postuló a presidir el distrito santafesino del mismo. El contexto de su afiliación estuvo dado por la estrategia de Menem de ampliación del consenso entre los peronistas para la reforma constitucional con reelección presidencial tras esos “años dorados” que había inaugurado la aplicación de la Ley de Convertibilidad cambiaria (Portantiero, 1995; Novaro, 2009).²⁴⁰ Para ello, las autoridades interventoras modificaron la Carta Orgánica del partido en torno a dos aspectos: 1) ampliación del periodo del mandato de las autoridades partidarias, y 2) eliminación del requisito de dos años de antigüedad en la afiliación para ser candidato, determinación que fue impugnada por las listas opositoras a la de Reutemann²⁴¹.

²⁴⁰ La afiliación de Reutemann se produjo el 21 de febrero de 1993. Simultáneamente se afiliaron al PJ Ramón Ortega –gobernador de Tucumán-, Erman González, ex demócrata-cristiano (afiliándose también toda la cúpula del PDC santafesina), el independiente Alberto Piotti, diputado nacional bonaerense, Octavio Frigerio, ex desarrollista y Marcelo Muniagurria, diputado nacional santafesino (EL, 25/2/93).

²⁴¹ LC, 20/4/93.

¿Qué interpretación se le dio a la nueva condición de “peronista” de Reutemann? ¿Cuáles fueron las operaciones discursivas y argumentativas del propio Reutemann y de los dirigentes de Creo en Santa Fe para justificar su pasaje de *outsider* político a candidato a presidir –nada menos que- el órgano partidario local?

En primer lugar, el reutemannismo recuperó los términos en los cuales previamente Menem había establecido las bases doctrinarias de un justicialismo “actualizado” a los nuevos tiempos, su “giro discursivo” (Aboy Carlés, 2001). Decimos, entonces, que se produjo un *segundo* “giro discursivo”: sobre el giro elaborado por Menem, se realizó otro que consistió en inscribir a la figura de Reutemann como un “peronista”, y, más aún, como el “peronista” portador de una legitimidad propia que lo habilitaba para presidir el partido. Este “segundo giro” constó de dos ideas básicas: una, que el peronismo era un movimiento que no era “sectario ni excluyente”, sino que estaba abierto a todos los *argentinos*, y otra, vinculada a ésta, que recibía a los hombres “buenos” o “de buena voluntad”, sin importar su trayectoria política anterior.

Cada una de estas ideas abrevaba en el imaginario discursivo del propio Perón. Tal como lo han analizado Sigal y Verón (2010), uno de los componentes del funcionamiento de la estructura discursiva de Perón es la identificación –como tendencia- entre el colectivo “peronistas” y el de “argentinos”. Según los autores, entre ambas entidades hay una relación “compleja” y “ambigua” (2010: 65): si durante sus dos primeros gobiernos el líder establecía como condición del ser “argentino” el ser, primero, “peronista” (de ahí, la oposición peronistas/antiperonistas que estructuró la división del campo político hasta 1973), luego de su exilio en España redefinió el *status* de esas entidades bajo la siguiente fórmula:

“Habíamos establecido que para un justicialista no hay nada mejor que otro justicialista. Pero ahora cambiamos y decimos que para un argentino no debe haber nada mejor que otro argentino. Y lo demás son pamplinas...” (Perón, 15/12/73, citado en Sigal y Verón, 2010: 93).

Esa operación de “apertura” del campo político hacia los *no-peronistas* llevó a Perón a definir al peronismo como un movimiento que no era “sectario ni excluyente”, sino que estaba abierto a recibir a los hombres “buenos” y que puedan “tener razón”:

“El movimiento peronista jamás ha sido ni excluyente ni sectario. Nuestro movimiento, por ser de una tercera posición es un movimiento de gran amplitud. Ahora, dentro de la acción política que se desarrolla todos los días vemos mucha gente que proviene de otros sectores políticos, que puede ser del comunismo, del conservadurismo, porque hay de todo en el huerto del señor. Por aquí han pasado las más diversas tendencias [...] Y todos esos hombres han demostrado a lo largo de estos años que han sido buenos peronistas, por qué vamos a

presuponer que un hombre que se incorpora hoy debió haberlo hecho hace 25 años y va a ser peor que esos que se incorporaron entonces. En ese sentido, para ser realmente justicialista, debe admitir que todos los hombres pueden ser buenos y que todos pueden tener razón, e incorporarlo para servir al movimiento” (Juan Domingo Perón, entrevista de Fernando Solanas, 1971, [disponible en] <www.elhistoriador.com.ar>).

En este pasaje aparecen las dos ideas que mencionamos: los peronistas son aquellos que, en primer lugar, son argentinos (“El movimiento peronista jamás ha sido ni excluyente ni sectario”), pero, como segundo elemento, la pertenencia al movimiento también está dada por la valoración de un criterio moral en cada persona (“ser buenos”, “tener razón”). A este criterio Perón lo contrapone al componente de la militancia en el movimiento (“incorporarse hace 25 años”): no era “peor” una persona que se incorporaba ahora que aquella que lo había hecho en los inicios de la emergencia de esta fuerza política. Aquéllos también eran “peronistas”.

Este fragmento señala, también, otro elemento propio de la forma del discurso de Perón: el lugar subalterno que han ocupado los partidos políticos o las ideologías políticas en la definición del colectivo de identificación peronista (el “vaciamiento del campo político”), y la posición del “enunciador primero” (Perón) en un nivel que está por “encima” de aquéllos (ibid.). En este sentido es que habla de “otros sectores políticos”, “las más diversas tendencias” los cuales, *en última instancia*, han demostrado que “han sido buenos peronistas”.

Estas operaciones discursivas (apertura a los “argentinos” y a los hombres “buenos” más allá de su trayectoria previa, como así también la descalificación de la práctica de los demás partidos políticos) fueron retomadas por Menem en 1991 primero, para inscribir la identidad peronista en su proyecto de Reformas y, luego, en el ámbito santafesino, para incorporar a Reutemann como “compañero” y “conductor” del peronismo de este distrito.

Un comunicado de los senadores de Creo en Santa Fe²⁴² recuperaba la estrategia de inclusión de “cualquier argentino” en el movimiento peronista para posicionar al nuevo “compañero” como parte del mismo colectivo:

“El preámbulo de la Constitución Nacional abre las puertas a todos los hombres de buena voluntad que quieran habitar el suelo argentino. Este mismo espíritu amplio y generoso inspiró al creador de nuestro movimiento, el General Perón, al señalar que el justicialismo ‘no es sectario ni excluyente’, más aún si quienes ingresan a sus filas son dignos del afecto y

²⁴² La mesa promotora de Creo en Santa Fe estaba compuesta por el senador Giorgetti, la diputada Gastaldi, el intendente Massat (*a posteriori*, senador nacional), y los dirigentes Albertengo y Funes.

el reconocimiento de las mayorías populares [...] Las bases [...] supieron ver en Reutemann al conductor natural capaz de llevarlos a la victoria y de recuperar la confianza en la sociedad. Por eso, su reciente afiliación viene a consolidar ese liderazgo” (“Con los brazos y el corazón abierto”, *EL*, 28/2/3).

Para pertenecer al peronismo Reutemann contaba con la condición suficiente de ser “argentino”. Pero, además, de este comunicado se desprende la atribución al gobernador de un criterio más determinante, cual es el de ser el “conductor natural” de las bases, atributo otorgado por el “reconocimiento de las mayorías”. En este sentido el liderazgo de Reutemann recuperaba de la tradición peronista la idea de la “legitimidad del conductor” (Halperín Donghi, 2006), la aprobación de su autoridad a partir del reconocimiento de cualidades propias de su persona que hacían de él un “conductor natural”. La legitimidad de las mayorías otorgada por el procedimiento electoral (expresado en su elección como gobernador de la provincia) no venía sino a confirmar su “conducción natural”, su legítima pretensión de gobernar el partido al cual él le había garantizado su continuidad en el poder provincial. Jorge Obeid, perteneciente al espacio de Creo en Santa Fe y sucesor de Reutemann en la primera magistratura provincial, afirmaba:

“Reutemann no forma parte del equilibrio [de poder] sino que es nuestra conducción” (*EL*, 5/12/95).

La afiliación de Reutemann y su decisión de gobernar el partido le significaron, por lo tanto, no sólo la conversión de su condición de *outsider* en un político profesional sino, más aún, en el nuevo líder del peronismo santafesino. Estas características distinguieron su caso del resto de los *outsiders* de la época, que habían logrado la máxima magistratura provincial pero no una gravitación semejante dentro del partido²⁴³. En efecto, la literatura sobre carreras políticas afirma que los gobernadores, sean políticos con trayectoria o *outsiders* deben, para mantenerse en su carrera política, tener una buena relación con el partido (De Luca, 2008), es decir, observar sus reglas, sus prácticas y disputar allí espacios de poder²⁴⁴. Es en esta clave que se puede comprender el dicho de algunos funcionarios nacionales de que

²⁴³ Los ya mencionados casos de Ortega y Escobar.

²⁴⁴ Su ambición política se manifestó en el intento de reformar la Constitución provincial para introducir la reelección del cargo de gobernador, en continuidad con el proyecto llevado a cabo a nivel nacional por Carlos Menem. Sin embargo, aún habiéndolo intentado por diversos medios (plebiscito, pacto con la oposición al estilo “Pacto de Olivos”, presentaciones ante la justicia local y la Corte Suprema Nacional) Reutemann no pudo lograr el consenso para la reforma que tenía, empero, media sanción en el Senado provincial. Todos los partidos de la oposición estaban fuertemente en contra, como así también algunos sectores del peronismo opositores al

“de los dos inventos presidenciales [Reutemann y Ortega] Reutemann es el más díscolo” (LC, 23/4/93).

En segundo lugar, el peronismo santafesino que promovía la candidatura de Reutemann recuperaba la consigna del fundador del movimiento de que “mi único heredero es el pueblo”, consigna esgrimida por Perón en su último discurso del 12 de junio de 1974. Esta recuperación inscribía, entonces, el liderazgo del gobernador en la legitimidad democrática que le otorgaba el “pueblo santafesino” al haberlo erigido como tal, y en la práctica de las virtudes “humanistas y cristianas” identificadas en ambos líderes:

“‘Mi único heredero es el pueblo’. Esto es el legado claro y terminante que nos dejó el General Perón. Por ello, con el oído puesto en las inquietudes y anhelos de nuestro pueblo, es que venimos hoy a solicitarle que acepte la candidatura a presidente del Partido Justicialista de Santa Fe [...] Nuestro movimiento nunca fue sectario ni excluyente. Su doctrina es simple y está basada en una concepción humanista y cristiana de la vida, la misma que usted aplica a diario en sus actos de gobierno” (EL, 25/3/93).

Es interesante advertir en estos enunciados el rol que desempeñan Reutemann, por un lado, y los peronistas “que le solicitan que acepte su candidatura”, por otro. En efecto, los fragmentos reflejan una estructura enunciativa analizada por Sigal y Verón en el discurso de Perón, que los autores denominan “modelo de la llegada”. En este modelo de enunciación el enunciador se posiciona como “alguien que viene de *afuera*” (2003: 32- cursivas en el original), alguien que llega desde un exterior, portando en ese “venir” motivaciones construidas como sentimientos extra-políticos²⁴⁵.

En el caso de Perón, ese “exterior” lo constituía el cuartel o el exilio (Sigal y Verón, 2003); en Menem, la cárcel (Canelo, 2011) y su condición de “caudillo riojano” (Novaro, 1994). Ahora bien, cuando analizamos el caso de Reutemann, ese “afuera” lo constituye el mundo del deporte (un ámbito no-político) y los años durante los cuales, a raíz de su actividad como deportista, vivió en el exterior. Así como los peronistas que lo seguían lo recibían y pedían

gobernador. A partir de allí, Reutemann decidió continuar su carrera política postulándose al Senado de la Nación.

²⁴⁵ Disentimos, sin embargo, con la interpretación de los autores de que este “modelo” corresponde a una estructura de enunciación *típica* del peronismo. Por el contrario, creemos que este dispositivo enunciativo es propio de cualquier enunciador que, en el campo político, construya una presentación de sí mismo como “externo” al mundo de las instituciones de la política (conocido como el prototipo del “outsider”), independientemente de la tradición política o la referencia partidaria en la que abreve. En procesos más recientes se observa que la presentación de un candidato como proveniente de un campo no-político es propio de las nuevas formas de construcción del vínculo entre representantes y representados, la cual atraviesa todos los partidos políticos y los niveles de gobierno (Annunziata, 2013).

por su candidatura, así también Reutemann interpretaba su afiliación como una “llegada” a un ámbito, a un mundo de socialización, que le era extraño:

“He sabido interpretar la importancia que significó para un argentino que por estas tierras pasara alguna vez un hombre como el General Perón y una mujer como Evita. Porque después de haber vivido muchos años lejos de estas tierras, tomé la decisión de trabajar por ella, sintiendo un gran amor por mi patria” (EL, 8/4/93).

“Aprendí a convivir de cerca con cada uno de ustedes. Comprendí al justicialismo como un verdadero sentimiento. Por eso decidí también formar parte de este movimiento, afiliándome al PJ” (ibid.).

A partir de esa “llegada” desde lugares lejanos luego de mucho tiempo, Reutemann expresaba que “aprendió” de sus compañeros, “comprendió” al movimiento y “decidió” formar parte de él, motivado por las mismas pasiones que movían a los peronistas: “interpretar los deseos del pueblo”, “trabajar por la patria” e identificarse con las figuras de Perón y Eva.

El discurso de Menem también inscribía la figura del nuevo “compañero-gobernador” en el “modelo de la llegada”:

“Este hombre, deportista, empresario [...] de golpe, conociendo de su capacidad, de su talento y de su honestidad, decidió además incursionar en la política. Pero la política asumida como lo que es, no la politiquería barata. La política como ciencia y como arte, al servicio del pueblo. Así la asumimos en 1989” (EL, 21/6/93).

Aquí aparecen las motivaciones construidas como sentimientos extra-políticos de las que hablan Sigal y Verón. En Reutemann, ese “venir desde afuera” estaba asociado a valores que correspondían al ámbito de la vida privada: la honestidad, el talento, la capacidad, la bondad, el esfuerzo, la vocación de servicio, la simpleza, el éxito en el deporte y en la empresa, etc. Estos valores, alejados de la “politiquería barata”, re-definieron la identidad peronista a partir del “vaciamiento del campo político” (ibid.) y, como contracara, de su constitución como un movimiento que comprendía a hombres “capaces”, “honestos” y “talentosos”. En este sentido, en el discurso de lanzamiento de su candidatura a presidente del PJSF, Reutemann convocaba a sus “compañeros” a formar una nueva dirigencia y un justicialismo “transparentes”:

“Yo los convoco, compañeros, a compartir esta nueva propuesta, esta nueva manera de comprender la política, que tiene que ver con un justicialismo transparente [...] donde los compañeros y compañeras no sirvan sólo para juntar votos, sino para contribuir al crecimiento de una nueva dirigencia” (EL, 8/4/93).

Aquí aparecen, al igual que en el discurso de Menem, la neutralización de los componentes específicamente políticos de una fuerza que se propone –en tanto que maquinaria electoral–

acceder al poder (“no servir sólo para juntar votos”), y su asociación al paradigma de la “transparencia” en la acción política. La descripción de un cronista sobre el “festejo” de la victoria en las elecciones internas ilustra muy bien los aspectos de esa “neutralización”, del debilitamiento de las imágenes y los rituales tradicionales de esta identidad en la construcción de la acción colectiva y su transformación bajo los elementos de la moralización de la política (“mesura”, “celebraciones medidas”):

“El festejo de los militantes de Creo en Santa Fe fue medurado, de buen tono. La antigua iconografía peronista sólo amagó a aparecer con la llegada al viejo local de Santa Fe y Roca de la diputada Gastaldi. Entonces los ánimos se caldearon lo suficiente como para *largar con la marchita*. Muchos sólo acompañaron con palmas porque, evidentemente, desconocían casi por completo la letra (...) Hacia las 21 comenzaron los festejos en el local del oficialismo: celebraciones muy medidas, a media voz, sin nada del viejo folklore justicialista” (LC, 31/5/93- cursivas en el original).

Un tercer aspecto bajo el cual el peronismo santafesino fue re-interpretado a partir del liderazgo de Reutemann tuvo que ver con lo que Martuccelli y Svampa han denominado como el “carácter esotérico” del peronismo. Según estos autores

“[La] experiencia subjetiva de la identidad da lugar a la concepción esotérica del peronismo (...) El peronismo escapa a las categorías ‘racionales’ (...), hay en él una dimensión ‘afectiva’, una connivencia secreta entre los miembros, que lo define de manera ‘esencial’ y que excede toda determinación racional (...) Entre los peronistas [el compromiso político] es fundamentalmente construido en términos ‘emotivos’ e ‘identitarios’ (...) Lo que cambia y singulariza al peronismo es el deseo de presentar el vínculo político como una forma de vínculo pre-político” (1997: 161 y 163).

La idea de que el peronismo se percibe más como un “sentimiento” que como un *corpus* de ideas fijas o doctrinas estables que remitan a situaciones sociales objetivas, forma parte de la misma historia del peronismo y de su tradición. Concebir al peronismo como un “sentimiento” no es novedoso. Ya en tiempos de la “Resistencia peronista” fue interpretado en su capacidad de constituir la “experiencia” de los militantes y obreros de mediados de siglo, y de dotarlos de una identidad cultural (James, 2010) trascendiendo sus condiciones materiales objetivas.

Pero a partir del fenómeno menemista el peronismo deja de constituir una “estructura del sentir” (según la célebre expresión que Martuccelli y Svampa retoman de Raymond Williams), es decir, deja de organizar simbólicamente la vida colectiva e individual

estableciendo una continuidad entre ambas esferas, para devenir en un conjunto de recuerdos aislados que se expresan en la forma de la nostalgia o que sólo remiten a experiencias personales desancladas de una memoria colectiva. Se produce, por lo tanto, un

“vaciamiento de la experiencia social y la ‘privatización’ del sentimiento peronista (...) Los acontecimientos permanecen, entonces, desorganizados y aparecen como profundamente subjetivos. Cada uno puede hablar con mayor libertad en términos irremediamente personales” (Martucelli y Svampa, 1997: 351).

Si bien la descripción del peronismo que realizan estos autores remite a la forma en la cual los sectores populares se relacionaron con la identidad peronista en un contexto de licuación de los vínculos sociales y de su creciente marginación, consideramos que ese debilitamiento en la capacidad de esta tradición para articular la experiencia cotidiana en su doble faceta pública y privada no se expresaba solamente entre los sectores populares urbanos o entre la militancia peronista. Este proceso también se puede advertir en el discurso de líderes o dirigentes de la época, quienes definían esencialmente al peronismo como un “sentimiento” puramente subjetivo, despegado de dimensiones colectivas o de una memoria histórica, y que sólo encontraba representación en la voluntad de un líder:

“El peronismo es una mística, un sentimiento, un movimiento, una emoción. Volveremos al gobierno para que el pueblo vuelva al poder en la Argentina” (Menem, campaña de 1989: citado en Cerruti y Ciancaglini, 1991:12).

“El peronismo en realidad no es un partido, el peronismo es un sentimiento popular, que concita básicamente, o que se expresa, por la esperanza de mucha gente de lograr una mejor calidad de vida, esperanza que puede ser real o ficticia, pero esperanza al fin, que subyace como un potencial en gran parte del pueblo argentino. Ese potencial fundado en el sentimiento de la gente se expresa solamente cuando hay algún liderazgo capaz de aglutinar esas voluntades y cuando hay una organización o una estructura electoral (José Weber, ex ministro de Reutemann, entrevista propia).

Precisamente, el debilitamiento de las identidades políticas tradicionales, de su capacidad organizativa y representativa minaba también su capacidad de otorgar sentido a una experiencia colectiva y política. La identidad quedaba reducida a constituir una dimensión privada en las experiencias de las personas que dicen “sentir” el peronismo, a una “emoción” o “recuerdo personal” que se escindían completamente de una experiencia histórica o memoria colectiva. El discurso de Reutemann sobre el peronismo era la expresión exacta de este fenómeno de “privatización” de una subjetividad política que supo, en el pasado, dar sentido a la vida individual en el marco de una cosmovisión colectiva.

En sus alocuciones sobre el significado del peronismo Reutemann se remitía, por un lado, a sus experiencias de tipo personal. Su memoria sobre el peronismo estaba cargada de relaciones inter-personales, con referencias al “abrazo” de Perón o al “llamado” de Menem. Así, por ejemplo, expresó el significado de su afiliación al PJ:

“Al compromiso grande lo tengo con Carlos Menem, que es quien me llamó a la política en enero de 1991. Era él a quien yo debía llevarle la ficha de afiliación. Quién sino él debía presentarme ante el PJ” (EL, 22/2/93).

En el acto de su asunción como presidente del PJSF, estando Menem presente, el gobernador expresó:

“Sentí una fuerte emoción aquel día de 1974, cuando le presté un fuerte abrazo al General Perón. Fue un día también muy importante para mi vida cuando un día de 1991, usted me invitó a trabajar para la provincia de Santa Fe” (EL, 21/6/93).

Además de esas relaciones inter-personales el vínculo que Reutemann exponía con el peronismo aparecía mediado por objetos materiales los cuales remitían, en el fondo, a esas relaciones. Así, dio a conocer que había firmado su ficha de afiliación con una lapicera que le regalara Perón en 1974, y que poseía un “libro del General Perón” que leía de vez en cuando:

“Tengo un libro del General Perón en el auto que lo leo de vez en cuando y dice ‘los hombres son todos buenos, pero controlados son mejores’, y eso me parece muy bueno. En mi relación con el peronismo lo mejor que voy a hacer será exhibir el libro de Perón porque es buenísimo” (LC, 12/9/91).

Por otro lado, Reutemann concebía al peronismo –en el mismo sentido que lo había hecho Menem- como una “gran pasión” o un “verdadero sentimiento”:

“Aquellos días que yo competí con el justicialismo, fueron para mí conocer la pasión de un gran movimiento, y la de haber trabajado para nuestra provincia de Santa Fe” (EL, 8/4/93).

Desde la prensa local se entendía que la figura de Reutemann había venido a ocupar ese “lugar vacante” del sentimiento peronista que había quedado luego de la crisis de la dirigencia gobernante:

“El voto peronista reconoce dos nutrientes fundamentales: el sentimiento, que en su caso es primordial, y la razón, que generalmente es inficionada por el primero. En esta confrontación cívica el sentimiento estaba vacante. Sin decir discursos, sin apelaciones a la razón –jamás trató de explicar cómo sería su gobierno-, con su sola presencia e intachable prestigio personal, además de su carisma de ídolo deportivo, Reutemann se adueñó de ese sentimiento, en el fondo, toda una manifestación de la necesidad de esperanza” (LC, 15/9/91).

Desde ese lugar, y recuperando la identificación entre “peronistas” y “argentinos” propia del dispositivo discursivo peronista, Reutemann reclamaba a los compañeros partidarios que trabajaran al servicio del gobierno, cuya tarea se inscribía, a su vez, en el proyecto de país del presidente Menem:

“Sólo unas pocas voces pretenden que pongamos el gobierno al servicio de los justicialistas y el bien común al servicio de una parcialidad. Están equivocados. Leyendo al general Perón he marcado esa consigna que dice: ‘primero la patria, luego el movimiento y por último los hombres’ (EL, 8/4/93).

Al final de su mandato Reutemann agradecía a los “compañeros” por el trabajo realizado juntos movidos por la “gran pasión” que los envolvía:

“Me viene a la memoria aquel 4 de enero de 1991, cuando yo ingresé en la quinta presidencial de Olivos a hablar con el compañero Menem. En aquél momento me preguntó si quería trabajar en un sublema en la provincia de Santa Fe [...] Trabajamos muy duro, fui conociendo muchísima gente, dirigentes del justicialismo, nuevos dirigentes [...] Pasó el tiempo, hicimos unas brillantes elecciones [...] y en eso tuve una gran transmisión del movimiento nacional justicialista, de esa gran pasión que los envuelve (EL, 25/1/95).

4.2.1 “Reutemann no es peronista”: el clivaje “arribistas” versus “auténticos”

Dijimos que las elecciones que habilitaron la normalización del PJSF se realizaron el 30 de mayo de 1993. En ellas se votaron autoridades partidarias, candidatos a diputados nacionales, senador nacional y candidatos a convencionales constituyentes. Reutemann y su sector (Creo en Santa Fe) ganaron abrumadoramente en todas las categorías (obteniendo mayoría y minoría en la lista de diputados), logrando el 87,47% de los votos para su cargo como presidente del PJSF. Sin embargo, la participación de afiliados fue de 70.000 menos que en la última elección interna realizada en 1988, reuniendo al 20% del padrón²⁴⁶. La nueva mesa del consejo ejecutivo del partido quedó compuesta por Reuteman (presidente), Miguel Angel Robles, vicegobernador (vicepresidente), Jorge Obeid, intendente de Santa Fe (vicepresidente 1°), Jorge Giorgetti, senador provincial (vicepresidente 2°), Jorge Albertengo, diputado provincial (secretario general), entre otros²⁴⁷, en la cual, a diferencia de la composición del organismo previa a la intervención del partido, no había ningún dirigente de origen sindical²⁴⁸.

²⁴⁶ Votaron 110. 282 afiliados. *EL*, 31/5/93.

²⁴⁷ *LC*, 31/5/93.

²⁴⁸ Durante la presidencia de Reviglio en el PJSF el Consejo Ejecutivo del partido integraba a 4 sindicalistas, de los cuales uno ocupaba el cargo de Prosecretario General, 5° puesto en orden de importancia (Lacher, 2015).

A partir de la victoria de Reutemann como nuevo presidente del PJSF se visibilizó con mayor fuerza una polémica que ya se había manifestado con la composición de la lista de candidatos a diputados nacionales, encabezada por un *outsider* (Muniagurria), en 1991: la oposición entre “auténticos peronistas” y “foráneos” o “arribistas” al partido.

La decisión de Reutemann de postularse a la presidencia del partido tuvo repercusiones en distintos niveles. A nivel partidario interno, se conformaron siete listas competidoras para las elecciones, todas las cuales reivindicaban su trayectoria y militancia en la organización²⁴⁹. Sin embargo, la más convocante de todas fue la línea “Movimiento de Unidad Peronista” (MUP), la cual proponía representar “un peronismo de trayectoria”:

“Muchos afiliados [...] pretenden que la conducción esté en manos de alguien con trayectoria y conocimiento de los problemas del mismo [...] mucha gente no vería con agrado que Carlos Reutemann, recientemente ingresado al partido y sin experiencia, maneje nuestro partido, que ha sufrido persecuciones, proscripciones y que tiene muchos peronistas con hondas cicatrices en el cuerpo por su lucha en favor de este movimiento” (LC, 29/5/93).

El sector publicó un documento donde se expresaban los límites identitarios del mismo: “la militancia de Eva y Perón”.

“El Partido Justicialista debe ser conducido por los propios peronistas [...] Con los compañeros de ‘Creo’ sabemos que hay algunos peronistas, algunos procesistas y otros que podríamos calificarlos como neoperonistas. Nosotros respetamos la militancia de Perón y de Eva Perón [...] que no tiene que ver con esta mezcla de conservadores y liberales que en nada se vinculan con el peronismo” (Documento del MUP. EL, 15/3/93).

También se consideraba que, junto con Reutemann, había un conjunto de otros “extranjeros” quienes veían en su presidencia la oportunidad de “copar” el partido. Además, veían en la ambición de Reutemann de querer gobernar el PJ y la provincia a la vez una conducta similar a la que habían tenido, en su momento, Vernet y Reviglio:

“No creo que el gobernador sea peronista, lo cual entre quienes amamos al peronismo desde sus comienzos no nos cae muy bien. Yo no veo mal lo de la afiliación en sí misma, pero sí que sea presidente del partido [...] Esto no ha pasado en ningún partido político. Lo que nos preocupa verdaderamente es el entorno, y aquí ya no hablo del gobernador, sino de quienes quieren copar uno de los partidos con más afiliados en el mundo, en el cual no han militado nunca y a quienes creemos incapaces de ir a las bases. [...] Ya ocurrió con Vernet y Reviglio que quisieron ser presidentes del partido y gobernadores y así les fue” (Senador provincial, Hector Camilucci, LC, 23/2/93).

²⁴⁹ Las demás listas eran “Todos por Santa Fe” (representada por el ex gobernador Vernet), “Fe en Perón” (de Celestino Marini, ex senador nacional), la lista “Kohan senador” (que sólo se postuló a Alberto Kohan para la candidatura a senador nacional), “Adelante compañeros” (de Luis Rubeo), y “Reconstrucción Justicialista” (Cevallo). La fragmentación que expresaban las listas daba cuenta de la dificultad para aglutinarse en un frente común contra el mayoritario sector Creo en Santa Fe (LC, 6/4/93).

La pretensión de Reutemann era vista como una conducta oportunista:

“La cuestión no pasa por el hecho formal administrativo de completar una ficha y presentarla, por más que se lo haga frente al presidente de la Nación. El tema fundamental es plantearnos: ¿Reutemann es peronista? Yo valoro la adhesión que recibió Reutemann en 1991 [...] cuando decía: ‘Yo no soy peronista, soy independiente [...] pero ahora [...] su afiliación implica decir: ‘A mí en esta coyuntura me conviene afiliarme al justicialismo [...] Evidentemente hay una cuestión de conveniencia y yo me pregunto: ¿qué pasa si mañana Reutemann cambia el discurso y por su conveniencia se da cuenta de que no debe estar más en el peronismo? Esto es muy distinto a quien milita, se identifica y participa en un partido político [...] Como yo hay mucha gente que ya no piensa lo mismo que pensaba antes de Reutemann [El peronismo] va a reaccionar contra esta intromisión neoperonista de dirigentes que sin Reutemann no son nada [...] Va a impedir el crecimiento de muchos buenos dirigentes partidarios” (Senador provincial, Pedro Antonietti, LC, 24/2/93).

Otro argumento era que si Reutemann se “volvía” peronista perdería el atributo por excelencia en el que descansaba su popularidad, que era su condición de *outsider* político:

“La gente lo quiere como es: un hombre que no está en la política. Por su honestidad, su transparencia, su trabajo y su apoliticidad” (Carlos Bermúdez, presidente de la Cámara de Diputados provincial, EL, 5/2/93).

A nivel gubernamental, la afiliación y posterior candidatura de Reutemann repercutió en las Cámaras Legislativas. Los legisladores del oficialismo que no estaban de acuerdo con algunas formas en las cuales el gobernador manejaba sus vínculos con el poder Legislativo (como querer influir en la remoción del presidente de la Cámara) terminaron por romper con el bloque oficialista y formar bloques por separado. Así, en la Cámara de Diputados se conformó el bloque “Solidaridad peronista” (con cinco diputados disidentes quienes, a nivel partidario, formaban parte del MUP), lo cual provocó la pérdida de la mayoría del PJ en el recinto. Por su parte, en el Senado santafesino también se constituyeron dos bloques del peronismo: el “Justicialista” (oficialista) y el de “Solidaridad Justicialista” (opositor)²⁵⁰.

También comenzaban a tomar distancia del gobernador sectores del sindicalismo que lo habían apoyado en su campaña de 1991. Los representantes gremiales de la zona de la ciudad de Santa Fe y alrededores se posicionaron con el MUP en la interna, aunque ese posicionamiento no significaba oponerse al presidente Menem. Entre ellos se encontraban importantes gremios como SMATA, Gastronómicos, UPCN, UOM, Viales, Bancarios, UTA, SUPE y UOCRA²⁵¹.

²⁵⁰ “Todavía hace falta un poco de grandeza para incluir a todo el peronismo, además de algunas manifestaciones sectarias con las que no estoy de acuerdo”, Jorge del Bianco, ex presidente del bloque justicialista, LC, 18/2/93.

²⁵¹ LC, 28/3/93.

De modo que, para un sector importante del partido –aunque, minoritario- no se debía dejar en manos del gobernador la presidencia de la organización. Esta oposición se hará más fuerte hacia el final del periodo gubernamental de Reutemann, pero ya se empezaba a constituir una idea que recuperaba la misma crítica que, en su momento, se les había hecho a los dirigentes del partido contra quienes la figura de este “outsider” había venido a romper. Se pensaba que comenzaba, nuevamente, una dinámica de concentración del poder partidario y gubernamental en una misma persona, al igual que lo había hecho Reviglio en el periodo 1989-1991:

“Mucha gente que creyó que se venía un cambio en nuestra provincia, va a terminar diciendo ‘son todos iguales’ y va a terminar empañando la figura de Reutemann, que nosotros queremos preservar [...] Nos sorprende que quienes han venido para oxigenar, refrescar el peronismo y el gobierno caigan en el mismo error de otros, por lo que podemos decir que Reutemann va a terminar imitando a Reviglio” (Rufino Bertrán, ex senador y ministro provincial, LC, 15/4/93).

En efecto, volvió a circular la idea de que la presidencia de Reutemann en el partido venía a formar una nueva Cooperativa, como la de aquellos dirigentes de los años ochenta:

“Si alguien en la provincia está soñando con una nueva ‘cooperativa’, nosotros no vamos a estar” (dirigentes del Departamento Iriondo, LC, 1/4/93).

Durante la campaña interna circularon folletos con un slogan que decía:

“Reutemann, Rubeo y Barrionuevo, ¡la Cooperativa de nuevo!” (LC, 3/4/93)²⁵².

La diferencia con la Cooperativa del periodo previo a la llegada de Reutemann será que la concentración del poder se producirá en la sola persona del nuevo líder. No serán ya la multiplicidad de liderazgos de los años ochenta que sólo podían salvar sus diferencias internas mediante elecciones directas de los afiliados, sino que las decisiones en torno a la distribución del poder partidario pasará, ahora sí, por el poder acumulado del nuevo “gran elector” del peronismo santafesino.

4.3 Reutemann senador. El “norte” contra el “sur” en la conformación de una minoría opositora (1995)

El clivaje “norte-sur” atraviesa la historia política y social de la provincia. Refiere a una división material y simbólica del territorio en dos partes. Por un lado el “norte”, que se

²⁵² Algunos sectores habían criticado el acuerdo que Reutemann había realizado con Rubeo en búsqueda de votos de la zona de Rosario, donde el gobernador tenía menor representatividad electoral. LC, 3/4/93.

identifica con el predominio de una actividad económica ligada a la producción rural, y cuyo centro urbano lo constituye la ciudad de Santa Fe, que es la capital de la provincia. En este esquema, Santa Fe es concebida como una ciudad meramente “burocrática”, con componentes socio-culturales “tradicionalistas”, y orientada a la recaudación impositiva provincial. Por su parte, en el “sur” se radican los polos industriales más importantes de la provincia y la mayor densidad poblacional, siendo su epicentro urbano la ciudad de Rosario. El “sur” es concebido como la zona de la provincia que contribuye con el “progreso” económico, social y cultural a través de su infraestructura portuaria e industrial. En términos sociales, está representada por la burguesía industrial, los grandes propietarios rurales y el sector trabajador organizado.

Desde el punto de vista político, los partidos mayoritarios (PJ y UCR) tienen una distribución homogénea a lo largo de todo el territorio, mientras que el PSP tiene su base territorial fuertemente asentada en la zona de Rosario y sus alrededores (Guberman, 2004; Robin, 2007). En cuanto a la composición de las elites gobernantes –tanto estatales como partidarias-, se suele respetar un componente de la cultura política provincial que indica que los cargos deben estar distribuidos siguiendo un criterio de equilibrio entre las zonas. Así, por ejemplo, existe la costumbre de constituir la fórmula gubernamental con un representante político del “norte” y otro del “sur” (Puig, 1997).

Sin embargo, si esta regla informal era respetada en la distribución de los cargos más encumbrados de la jerarquía institucional, había quienes percibían que ese reparto equitativo no se “reflejaba” en el nivel de las decisiones gubernamentales sobre la distribución de los recursos públicos. Así, el de Reutemann era identificado como un gobierno netamente “norteño”, no sólo por la procedencia territorial del propio gobernador²⁵³, sino por la tendencia que se le atribuía a su gestión a privilegiar más a esta zona que a la del “sur” en lo relativo a la realización de obras públicas:

“Su gobierno es, desde el punto de vista de las realizaciones, un gobierno del norte, es decir, el grueso de la obra pública ha ido a parar al centro-norte de la provincia y él se ha apoyado más que ningún otro gobierno anterior [...] en lo que es la burocracia tradicional, y esa burocracia tradicional también sirvió a los gobierno militares. Desde ese punto de vista, es un gobierno parecido a los militares” (Eduardo Cevallo, funcionario del gobierno nacional, citado en Sánchez, 1995: 70).

²⁵³ Reutemann había nacido en la localidad de Manucho, a 50 km de la ciudad de Santa Fe. Obeid (vicepresidente 2° del partido y sucesor de Reutemann en la gobernación) vivía, también, en la capital de la provincia.

Esta percepción forma parte de una cosmovisión extendida no solamente entre la dirigencia política –sino también en el sentido común de la población- que identifica al “norte” con una burocracia “parasitaria” del Estado y al “sur” con el sector generador de las riquezas de la provincia. En este sentido, Luis Rubeo –dirigente peronista de Rosario- atribuía el desequilibrio en la distribución de recursos a los intereses de esa burocracia:

“La ausencia de respuestas equilibradas de los recursos de la provincia, esencialmente, tiene que ver con la forma de operar que tiene la estructura burocrática que funciona desde la ciudad de Santa Fe [la cual] se niega a achicar los ingresos impositivos en razón de que los mismos están afectados al mantenimiento de planteles burocráticos que, esencialmente, viven en la ciudad de Santa Fe” (senador nacional Luis Rubeo, citado en Sánchez y otros, 1995: 71).

Esta concepción se trasladaba directamente a la definición de los vínculos partidarios internos entre Reutemann y estos dirigentes del “sur”. Luis Rubeo continuaba:

“Es tal la hostilidad que Reutemann tiene para con nosotros que antes venía una vez por semana, atendía en la Jefatura de Policía. Ahora, viene con el avión y atiende en el salón VIP del aeropuerto y se va. Es decir, estamos auditados y monitoreados desde el fax [...] siendo que somos contribuyentes onerosos al mantenimiento del poder [...] Rosario sólo es el 40% del electorado” (ibid: 72).

Dentro del PJSF, los posicionamientos de las dos listas competidoras con motivo de las siguientes elecciones internas estuvieron configurados fuertemente en torno al clivaje territorial. Si las elecciones de 1993 estuvieron marcadas por la oposición “arribistas” *versus* “militantes”, las del 5 de marzo de 1995 ya no podían capitalizar ese conflicto porque Reutemann –presidente del partido- ya no era considerado como un *outsider*. De este modo las principales disputas se organizaron en torno a una minoría opositora que, entre otros elementos, se identificaba con la “dirigencia del sur”.

En estas elecciones Reutemann se postuló como candidato a senador nacional, obteniendo el 70% de los votos de los afiliados. Su sector, Creo en Santa Fe, también obtuvo los tres primeros lugares en la lista de candidatos a diputados nacionales pero, a diferencia de las elecciones internas de 1993, no logró la minoría (el cuarto lugar de la lista), que quedó en manos del sector opositor liderado por el rosarino Carlos Bermúdez (presidente de la cámara de diputados provincial)²⁵⁴. A diferencia de la elección anterior, también, se constituyeron sólo dos listas: la oficial (Creo en Santa Fe, n°4) y la opositora (Avancemos con fe al 2000, n°

²⁵⁴ Para la categoría de senador, la lista n° 4 obtuvo el 70,4% de los votos, mientras que la n° 2, el 28,48%. En diputados, los números fueron 70,37% contra 28, 505. En Rosario, Bermúdez obtuvo el 40% de los votos. *CL*, 6/3/95 y *EL*, 6/3/95.

2), la cual aglutinó a toda la oposición. Volvieron a votar –como en la elección anterior- un 22% de los afiliados.

La disputa en clave territorial tuvo en la postulación de Reutemann al Senado nacional su principal elemento. El hecho de que ya hubiese un senador del “norte” (Jorge Massat) era la justificación de los reclamos desde la dirigencia del “sur”. El primer candidato a diputado de la lista de Creo en Santa Fe, Jorge Obeid, también era del “norte”. En este sentido, un candidato del “sur” por la lista opositora afirmaba que la conducción de Reutemann no expresaba una “empresa común de destino”:

“Yo no se si se advierte claramente desde el poder político que en el sur de Santa Fe, y, básicamente, en la ciudad de Rosario, por esta situación que ha llegado a un punto límite [no poder consensuar las listas, que llevan en los primeros lugares de senador y diputados a figuras del “norte”] hay, o existe la posibilidad, de que haya un estado de rebelión fiscal o, directamente, segregacionista. Luego, esta conducción política no expresa unitariamente a la empresa común de destino que apetece la provincia de Santa Fe” (Héctor García Solá, candidato a diputado por la lista 2, opositora, EL, 20/1/95).

Las disputas por la confección de la lista de candidatos a diputados –incluso- dentro del propio espacio de Creo en Santa Fe condujo a la renuncia del secretario general del partido, (Jorge Albertengo) y al pedido de licencia del vicepresidente 1º (el vicegobernador Miguel Angel Robles), ambos dirigentes de la llamada “Liga del Sur”:

“Hoy nos encontramos sin la posibilidad de llevar un candidato afianzado en la gente, habiendo atravesado una interna desgastante entre los mismos compañeros de Creo en Santa Fe y con un aparato partidario que no contiene las realidades regionales [...] Nunca se reunió el congreso provincial” (EL, 5/4/95).

En ese marco, se constituyó la lista n° 2, la cual se erigía como la “auténtica” representante del peronismo, reeditando la disputa contra los “arribistas”:

“El 5 de marzo votemos lista 2 [...] Para sacar al PJ del inmovilismo y transformarlo en herramienta política de un peronismo victorioso, unido y solidario. Para dejar atrás el arribismo y el espíritu sectario de entornos carentes de escrúpulos e ideología [...] Compañero peronista: por la doctrina de Perón y con la mística militante de Evita, el 5 de marzo vote lista 2” (EL, 2/3/95)²⁵⁵.

El cuestionamiento al gobernador y candidato a Senador nacional por “privilegiar al norte” se inscribía en el contexto de crecimiento de la desocupación y conflictividad social que-hacia 1995- se había incrementado fuertemente, sobre todo, en la zona industrial del Gran

²⁵⁵ En el contexto de la confección de las boletas, la corriente opositora criticó a las autoridades del partido por no permitir colocar en las mismas las imágenes de Perón y Evita: “La junta electoral ha proscripto a Perón y Evita. Esa es la gente que tenemos en el partido”, sentenció Susana Rueda, secretaria general del sindicato de trabajadores de la salud.

Rosario²⁵⁶. En esta línea argumentaba su candidatura Bermúdez, candidato a Senador por la lista opositora:

“La situación que se da en el sur, no sólo entre los justicialistas, con la ciudadanía cansada de la burocracia instalada en Santa Fe que no ha pensado en resolver alguno de nuestros fundamentales problemas, el mayor de los cuales es la desocupación y al que se agregan la desinversión, las fábricas que cierran, las que se mudan...” (LC, 4/3/95).

La demanda por la subrepresentación del “sur” en el partido fue capitalizada en gran medida por los dirigentes sindicales del PJ de la zona quienes agregaban al reclamo social y regional, la demanda por el desplazamiento del sindicalismo que Reutemann había provocado desde su asunción como gobernador, tanto en el partido como en el gobierno. En efecto, la lista de candidatos a diputados nacionales por Avancemos con fe al 2000 estaba compuesta por dos dirigentes gremiales de la zona (Susana Rueda, sanidad y Vicente Mastrocola, plástico), en el 3° y 4° lugar, mientras que la lista oficialista no tenía sindicalistas en esos puestos²⁵⁷. En una solicitada en la prensa, un conjunto de gremios llamaba a votar por la lista 2, para “recuperar el partido y el corazón militante”²⁵⁸:

“Haberle dado la presidencia de nuestro partido a Carlos Reutemann significó no sólo la faja de clausura para nuestras Unidades Básicas, sino algo aún más grave: la clausura del corazón militante de nuestras compañeras y compañeros. Porque Reutemann y los cuatro burócratas que lo rodean no creyeron en el capital de nuestros nuevos dirigentes. Por eso cesantearon a nuestra militancia. Por eso no invirtieron en nuestra juventud. Por eso bajaron las persianas de nuestro partido” (LC, 2/3/95).

La “militancia” volvía a instalarse como un valor central en la tradición del peronismo, perdido a partir de la transformación operada por Reutemann:

“En el justicialismo había un vacío. Y no lo decíamos porque había una pelea a senador o a diputados, que son pocos cargos [...] Sí decíamos que ese vacío que existía en el justicialismo no se podía llenar de otra manera que con una batalla. Aquí vamos a dar una batalla con propuestas y movilizándolo a la militancia [...] No le tenemos miedo a nada. Basta de repartir miseria y aumentar la desocupación [...] A ese juego que se puede hacer desde el poder le vamos a responder con algo que ellos no pueden hacer: vamos a convocar a la militancia” (Carlos Bermúdez, EL, 4/2/95).

²⁵⁶ Al respecto, ver el capítulo 3.

²⁵⁷ La lista n° 4 postuló como pre-candidatos a diputados nacionales a Jorge Obeid, Luis Rubeo, María del Carmen Benzo y Miguel Angel Robles. La lista n° 2 postuló a Alfredo Speratti, Héctor García Solá, Susana Rueda y Vicente Mastrocola. LC, 5/3/95.

²⁵⁸ SMATA, UOM, UPCN, UOCRA, LUZ Y FUERZA, Asoc. Obrera Textil, UNION FERROVIARIA, SUPE, entre otros.

Se fue perfilando, por lo tanto, una crítica que asociaba a Reutemann con el “aparato” partidario y con la vieja dirigencia del partido. Así como en 1991 (cuando se reclamó la intervención del partido porque las autoridades locales no representaban al “pueblo peronista”), así también en esta coyuntura los términos de la disputa eran los del enfrentamiento entre “las estructuras y los punteros” y el “peronismo de la calle”:

“El partido, el gobierno, las principales líneas políticas internas, los intendentes, presidentes de comuna están en una pieza, y la gente está en otra [...] La dirigencia del peronismo está bastante separada de la gente y nosotros ganamos un espacio en la calle mientras que la otra lista lo hizo sobre la base de punteros y estructuras de adherentes seguros. Nosotros tuvimos que pararnos en las esquinas y tocar timbres [...] Siempre me decía [Reutemann] que venía a superar la vieja cooperativa que estaba con Reviglio, y sin embargo ahora está cerca de ellos, con quienes se alió en una estrategia electoral”²⁵⁹ (Carlos Bermúdez, LC, 7/3/95).

Se advierte cómo Reutemann –un *outsider* devenido en político profesional- se incorporó a la dinámica de la lucha partidaria interna, adoptando las reglas del juego político-partidario que la emergencia de su figura se había propuesto interrumpir²⁶⁰. Así, hacia el final de su mandato gubernamental, empezaba a ser cuestionado por estar “cerca de la Cooperativa”, por implementar acuerdos de elite en lo relativo a la definición de las candidaturas y por desmovilizar a la militancia, todas críticas que se le habían esgrimido, en otra coyuntura, a la elite dirigente del periodo anterior²⁶¹. Según sus opositores internos, terminaba por implementar

“maniobras que se suponía se acabarían con su llegada a la política [...] Aprendió las peores mañas de Reviglio, Vernet y Vanrell [...] Reutemann prometió acabar con la corrupción y el fraude en el partido de la misma manera que por entonces se declaraba independiente y prometía afiliarse recién al terminar el mandato” (Héctor García Solá, LC, 3/3/95).

²⁵⁹ La alianza de la que habla Bermúdez es la que el sector reutemannista realizó, nuevamente, con la línea de Rubeo aunque éste perdió en su propia seccional.

²⁶⁰ La conducción de Reutemann no estuvo exenta de que se la acusara en las coyunturas electorales de las tradicionales prácticas partidarias ilegítimas que siempre aparecían por parte de los sectores minoritarios: la “volcada de padrones”, la manipulación del calendario electoral, la demora en la presentación de las distintas listas de candidatos, la manipulación de las mismas, fraude electoral, etc.

²⁶¹ En rigor, en base a los números sobre la cantidad de afiliados y votantes en los comicios internos publicados en la prensa local –*El Litoral* y *La Capital*– (la cual, según afirma, publicaba los números que le otorgaba el partido) la cantidad de afiliados entre 1988 y 1995 aumentó (pasó de 497.600 afiliados a 550.237), y la participación en las elecciones internas se mantuvo siempre en el mismo porcentaje (20% aproximadamente). Es decir que la presidencia del PJSF por parte de Reutemann no habría afectado al partido en este aspecto, más allá de que el porcentaje publicitado haya sido menor en la realidad. El proceso de desmovilización tendría un efecto de más largo alcance, si se tiene en cuenta que en las elecciones internas de 1985 –en las cuales se votaron autoridades partidarias y candidatos a diputados nacionales– votó un 40% del padrón de afiliados (Maina, 2012).

Reutemann hizo posible, de este modo, que el PJSF continuara gobernando la provincia. Sobre la base de un liderazgo novedoso y particular, apeló a nuevos conceptos relativos a la identidad peronista pero logró erigirse como el conductor del PJSF por medio de una dinámica y unas prácticas típicas de la lucha electoral en tiempos en los cuales los partidos políticos mayoritarios sirven casi con exclusividad como maquinarias electorales al servicio de la acción de gobierno (Panebianco, 2009). Así lo entendían altos referentes del gobierno:

“El partido no existe, existe en el momento electoral, abre la puerta en el momento electoral y ahí funciona, bien o mal pero funciona [...] Reutemann lo hizo [...] Es decir, ojo, ahí está el partido, lo sostuvieron, funciona la condición de presidente para poner una persona fiel, pero las órdenes centrales, básicas, las listas, las hacían ellos, o sea, el partido, era un instrumento de gobierno, un instrumento más de poder” (José Weber, ex ministro de la Producción, entrevista propia).

“[Reutemann] fue la salvación del peronismo [...] El peronismo se disciplina detrás de él, pero más allá de él, a él no le importa el partido, él abjura del partido, a él lo que le importa es su propio grupo de sector que crea en él. Él arma eso y sobre la base de eso, gobierna. Hizo una administración conservadora y ordenada y al peronismo lo salva, lo rescata; se convierte en amo y señor, y todos se supeditan a él [...] Reutemann archivó todo lo que era vida partidaria. La única vida partidaria era lo que hacía él, a través de Giorgetti, Massat, Roxana Latorre y algunos otros. Congeló la vida partidaria, boicoteaba todo” (Roberto Rosúa, ex Ministro de Gobierno 1995-1999, entrevista del Archivo de Historia y Memoria, UNL).

Conclusiones

En este último capítulo abordamos el tipo de vínculo que Reutemann estableció con el peronismo santafesino desde su candidatura a gobernador de la provincia de Santa Fe en 1991 representando a un sublema de esta fuerza política.

Analizamos dicho vínculo a partir de dos dimensiones. Primero, desde la manera en la cual este novel líder político re-significó al peronismo como identidad política, en el contexto de la transformación que ésta venía atravesando desde la “Actualización Doctrinaria” ideada por el presidente Menem. Advertimos que en Santa Fe se produjo, a partir del surgimiento un *outsider* político como Carlos Reutemann, un “doble giro” discursivo del peronismo en relación a su tradición. Es decir, sobre la base del peronismo re-significado a partir del liderazgo menemista (la convocatoria a los “argentinos de buena voluntad” y la “apertura a modelos que no sean sectarios ni excluyentes”) se produjo en el distrito santafesino un nuevo giro otorgado por el propósito de convertir a Reutemann de *outsider* partidario en “compañero” y “conductor” del PJSF.

Ese “segundo giro” de la identidad peronista consistió en concebir al movimiento no sólo como propiedad de los “peronistas” sino de “cualquier argentino” que quisiera incorporarse a él para contribuir a la “transformación” del país y de la provincia. Además, se inscribió al peronismo en el paradigma moralizador bajo el cual se había diseñado la imagen de Reutemann como nuevo líder político: el peronismo era de aquellos dirigentes cuya conducta se distinguiera por la “honestidad”, la “transparencia” y la “capacidad” de transformación de la provincia. En este sentido, no eran ni la trayectoria en el partido ni la conducta militante atributos necesarios para “ser” peronista. Por esta razón, también, el peronismo adoptó en la retórica reutemannista un estricto componente “subjetivista” o “esotérico” (Martucelli y Svampa, 1997), es decir, su memoria del peronismo se basaba en elementos del orden del sentimiento, la pasión y la emoción, despegados de cualquier experiencia colectiva. Consistía en un conjunto de recuerdos aislados de sus encuentros inter-personales con Perón y con Menem y en una secuencia de vivencias con los compañeros que lo habían “recibido”.

Encontramos que estos elementos se inscribían en continuidad con la legitimidad peronista de la “conducción” (Halperín Donghi, 2006) en la cual la representación mayoritaria o electoral venía a confirmar una legitimidad que era propia del *carisma* y de la autoridad del conductor político, conductor cuyos atributos respondían –en el caso de Reutemann- al tipo de formato representativo configurado bajo los nuevos parámetros de la época, analizados en el capítulo anterior.

Esta particular forma de concebir su relación con el peronismo (de la cual participaban, también, los dirigentes que conformaron su espacio político interno) no impidió que se constituyera una oposición –si bien, minoritaria- a su postulación al primer puesto en la jerarquía partidaria desde una concepción de la identidad peronista en su sentido “tradicional”, es decir, en la idea de que era la experiencia de vida y de militancia de muchos años en el movimiento lo que otorgaba el carácter de “peronista”. Según esta interpretación, por lo tanto, Reutemann no debía presidir el partido porque no era más que un “arribista”.

La segunda dimensión de la relación de Reutemann con el partido que abordamos tiene que ver con la inscripción de su liderazgo en la dinámica, las reglas y las prácticas propias del PJSF en relación a la lucha interna por el poder y a los clivajes conformados en cada coyuntura electoral (1991, 1993 y 1995), en el marco de un partido devenido en maquinaria profesional-electoral (Panebianco, 2009). En este sentido, analizamos la manera en la cual el

gobernador constituyó su propio grupo de sector interno, Creo en Santa Fe (aspecto que lo diferenció de los casos de otros gobernadores *outsiders* de la época, como Ortega o Escobar), se legitimó como sector mayoritario, alcanzando no solamente la conducción partidaria sino también la mayoría de los cargos de diputados nacionales y los dos cargos de Senador nacional elegidos entre 1991 y 1995.

Advertimos, mediante la descripción de las disputas internas, que Creo en Santa Fe se constituyó como un sector compuesto de dirigentes prioritariamente provenientes del llamado “Norte” santafesino; de representantes exclusivamente “políticos” (los representantes sindicales fueron desplazados de los principales lugares de la conducción partidaria), al tiempo que recurrieron a prácticas estratégicas (concentrar el gobierno y el partido, cerrar filas con la dirigencia “corrupta”, manipular las reglas formales del partido, los padrones y el calendario electoral) que le valieron ser catalogados como expresión de la vieja Cooperativa de los años ochenta de la que habían venido a marcar una frontera política.

Consideramos, por lo tanto, que Reutemann vino a representar un modelo híbrido de conducción político-partidaria que combinó, por un lado, un formato representativo novedoso en el escenario local (el modelo del *outsider* próximo a la “gente” y orientado a moralizar la práctica política con una retórica “anti-política”), con un perfil del político profesional que buscaba arraigar su poder en la estructura partidaria y trascender la coyuntura de su emergencia a partir de la ambición política propia de un político “de carrera”. Para instrumentalizar este segundo polo de su modelo de conducción debió –a contramano de la idea de vaciamiento de los objetivos programáticos o ideológicos de los partidos- operar una re-significación de la identidad partidaria que tendrá consecuencias en los distintos niveles de la vida del peronismo santafesino más allá de la finalización de su primer mandato como gobernador.

Reflexiones finales

Esta investigación tuvo como propósito original abordar el caso del peronismo santafesino en el poder entre 1989 y 1995 desde el problema de la representación política y la constitución de las identidades políticas. La hipótesis que presentamos sostiene que en el cambio de la década del ochenta a la del noventa se produjo en este distrito provincial una mutación en las formas del vínculo entre políticos y ciudadanos que otorga claves para comprender –por fuera de las explicaciones del normativismo institucionalista o racionalista dominantes- la permanencia del PJ en el gobierno de Santa Fe a lo largo de veinticuatro años. En efecto, en una provincia con alto grado de competencia política, en la cual ningún partido político ha logrado volverse hegemónico desde el retorno de la democracia, es necesario preguntarse por los factores que contribuyeron a que el peronismo fuera capaz de permanecer en el poder, más allá del beneficio instrumental que le hubieran podido otorgar leyes electorales o prácticas políticas específicas (como la manipulación del calendario electoral o la realización de escrutinios provisorios confusos).

En una época de fuertes mutaciones en los atributos de la representación política (Manin, 2006; Cheresky, 2006; Cheresky y Pousadela, 2004) los líderes del peronismo santafesino lograron inscribir sus estrategias representativas en el proceso de transformaciones en curso, apuntalado por quien fuera el líder del movimiento por aquellos años: el ex presidente de la República Carlos Menem. En efecto, en una coyuntura de fuerte desprestigio para la dirigencia político-partidaria del justicialismo gobernante, los políticos locales de este partido articularon la modificación del régimen electoral de la provincia (de un sistema de internas cerradas al sistema de “Lemas”) con una estrategia recurrente en aquella época por parte de Menem: la postulación dentro del PJ de candidatos *outsiders* (provenientes del mundo del espectáculo o del deporte). Así fue que emergió en la escena de la política santafesina el ex deportista y empresario Carlos Reutemann como candidato y, luego, como gobernador de la provincia.

Ahora bien, junto con la renovación de las principales figuras del gobierno –quienes adoptaron los ejes de la “nueva política” expresados por el liderazgo reutemannista- se produjo una transformación en el nivel de la identidad peronista. En efecto, sostuvimos que la especificidad del peronismo santafesino de estos años–a diferencia de otros peronismos subnacionales y de la emergencia de otros políticos *outsiders* de la época- fue que Reutemann

estructuró un modelo “híbrido” de legitimidad que combinó el despliegue de un vínculo con la ciudadanía basado en la “nueva política” (proximidad, moralización y retórica “anti-política”) con el perfil y las prácticas de un líder político “profesional”, propio de la manera “tradicional” de hacer política, inserto en una fuerza y tradición partidaria ya existente.

En efecto, la gran novedad del liderazgo de Reutemann fue el desarrollo un tipo de representación -de “proximidad”- que no estaba todavía desplegada entre la clase política argentina de principios de los años noventa, y que tendrá mayor expansión luego de la crisis de representación política cuyo punto más alto lo constituyó el estallido social y económico del año 2001. El estilo de campaña y de gobierno de Reutemann se caracterizó por rechazar a los “políticos tradicionales” como una clase escindida de los intereses de la ciudadanía y centrada en su propia reproducción como clase. En el caso que analizamos esa clase estaba corporizada por la elite justicialista provincial, que había gobernado Santa Fe desde el advenimiento de la democracia y que hacia finales de la década del ochenta había entrado en una crisis de representatividad la cual –si no alcanzó a provocar la caída del gobierno- le había hecho perder los resortes fundamentales de la credibilidad política.

En ese panorama se abrió paso la construcción de un tipo de vínculo entre el máximo representante de la magistratura provincial y la ciudadanía que dejó marcas en la forma de configuración de ese vínculo a lo largo de los sucesivos gobiernos peronistas (en los que, debemos decir, se alternaron como gobernadores entre 1991 y 2007 Reutemann y su compañero de sector partidario, Jorge Obeid). Desde la perspectiva del liderazgo de Reutemann, se desarrolló un tipo de vínculo de “proximidad” que consistió en presentar una imagen de “presencia” permanente en el territorio, por oposición a la imagen de los políticos tradicionales que actuaban “desde los escritorios”. Esa presencia supuso el despliegue de una corporeidad del liderazgo político que buscaba empatizar e identificarse con el “ciudadano común” y con las necesidades puntuales de éste, a diferencia de los políticos que planteaban promesas a partir de la enumeración de un programa de gobierno. El atributo de la presencia capitalizó principalmente la estrategia del contacto “cara a cara” con los ciudadanos, promovió la idea de una “convivencia en paz” respaldada por ese contacto, jerarquizó la idea de “escuchar” y comprender a los representados desde el “sentido común”, alejando al representante del perfil del “estadista” y acercándolo más al rol de “administrador”. Tal como lo explicitamos, estos rasgos están ausentes de las estrategias representativas de otros *outsiders* de la época (Escobar, Kichner) e, incluso, de la del propio Menem, quien explotó

una imagen de “salvador” de la nación que se alejaba de la identificación que desplegaba Reutemann para con el “hombre común”. Con el único que comparte estos elementos es con el liderazgo de “Palito” Ortega.

El segundo elemento de la “nueva política” que identificamos en Reutemann fue un componente central de moralización en la relación de representación. Una serie de virtudes de tipo moral que hacen a la ética individual se volvieron centrales en la construcción del vínculo político: honestidad, austeridad, prudencia, sacrificio, medida, humildad, eran elementos constitutivos de la evaluación de las prácticas de los políticos (y de la propia persona de Reutemann) pero, también, debían proyectarse en el accionar de la ciudadanía. En este sentido, la idea de un comportamiento moral de los políticos se articuló perfectamente con el perfil de las políticas públicas de Reforma del Estado y de la economía que el gobierno de la provincia había venido a implementar. La “moderación” en las demandas ciudadanas formaba parte del consenso neoliberal imperante según el cual el Estado debía ocuparse de atender las necesidades “urgentes” de los santafesinos, mientras que el sector privado era el que debía abonar al desarrollo y crecimiento de la provincia.

Ahora bien, estos elementos de la “nueva política” (proximidad y moralización) estuvieron inscriptos en una visión sobre el lugar que el propio Reutemann debía ocupar como líder del peronismo local. A diferencia de Ortega o Escobar –quienes no lograron, pese a su perfil innovador como *outsiders*, consolidar un liderazgo poderoso hacia el interior del Partido Justicialista- Reutemann articuló ese estilo de la “nueva política” con la conducción de la fuerza que lo había llevado a competir en la arena política. Esto le dio, en efecto, un rasgo particular a su autoridad cuya hibridación no es posible advertir en otras figuras políticas de la época.

En efecto, se operó un desplazamiento interno de su condición de *outsider* hacia una posición de “conductor” político, en el sentido que el término adopta para la tradición política peronista. Reutemann pasó a ser “peronista” no sólo por su condición de “afiliado” sino por su carácter de líder político. Así, el PJSF no solamente logró sortear la crisis de representatividad por la que atravesaba como partido de gobierno (siendo reelecto en tres oportunidades más) sino que encontró un liderazgo partidario con apoyo mayoritario de todas las líneas internas de la organización del que había carecido entre 1983 y 1991.

La inserción de Reutemann como conductor del peronismo santafesino fue posible a través de una transformación en el nivel de la identidad de esta fuerza política, en continuidad con la renovación de la figura del político que supuso su estilo de representación. En este sentido, analizamos la manera en la cual el novel líder partidario re-significó la condición de “ser peronista”, la cual pasó de definirse por la militancia, la trayectoria y la historia de vida en el movimiento a ser sinónimo de “argentino” y de “persona honesta y capaz”. En el marco de los cambios producidos desde la Actualización Doctrinaria menemista y del elemento de moralización de la política del liderazgo reutemannista, para ser peronista en el ámbito del peronismo santafesino bastaba con ser una persona alejada de la “corrupción”, con principios morales y buena voluntad, y con identificarse subjetivamente con algunos puntos de la tradición peronista de manera aislada y “privatizada” (con las figuras de Perón y de Eva, por ejemplo); es decir, sin que esa identificación supusiera la voluntad de actuar conjuntamente (de ahí la crítica a la “desmovilización” partidaria de la que se lo acusaba a Reutemann de promover) o la memoria de luchas colectivas pasadas.

Esta re-significación de la identidad peronista no se correspondió, sin embargo, con una transformación en el nivel de las prácticas partidarias. Al contrario, en este aspecto se profundizaron las tendencias que habían comenzado a desarrollarse en el último periodo de gobierno partidario de la Cooperativa. La “desindicalización” absoluta del partido, las prácticas reñidas con el respeto a los procedimientos democráticos (volcada de padrones, manipulación del calendario electoral, presentación de listas por fuera de las fechas programadas), el incumplimiento de las reglas “informales” (escasas reuniones del Consejo Ejecutivo Provincial, integración de las listas de candidatos sin respeto del equilibrio regional, etc.) o las modificaciones de las reglas formales (como la de la Carta Orgánica del partido), fueron usuales a lo largo de todo el periodo analizado. A tal punto sucedió de esta manera, que Reutemann y su sector terminaron siendo identificados por sus opositores internos como miembros de la Cooperativa a la cual habían venido a reemplazar.

En conclusión, y como aporte más general de este trabajo, consideramos que el fenómeno del peronismo santafesino bajo la irrupción del liderazgo de Reutemann permite revisar las interpretaciones relativas a los tipos de legitimidad política emergentes durante los años noventa en la Argentina. Dichas interpretaciones, realizadas desde la óptica de los casos “nacionales” o centrados en la Ciudad de Buenos Aires, son incapaces de otorgar un marco de comprensión para fenómenos contemporáneos a los estudiados, ocurridos en otras regiones

del país. Esta mirada “centralista” de los fenómenos políticos argentinos transpola las categorías utilizadas para los casos más resonantes del “centro” del país a fenómenos que no son idénticos a éstos. En el mejor de los casos, considera que los procesos desplegados en otras latitudes pueden constituir un “anticipo” o “antesala” de otros que se desarrollaron en su “plenitud” en un tiempo posterior, de nuevo, en la ciudad o provincia de Buenos Aires.

Específicamente, el tipo de representación expresado en la figura de Carlos Reutemann constituye, según hemos analizado, un caso inexplorado sobre los procesos de personalización política, sobre los cambios en el vínculo con la ciudadanía (“proximidad”, “presencia”, “escucha”, etc.) y sobre la moralización de la política durante los años noventa. El caso de Reutemann no se corresponde con los tipos de figuras políticas surgidas de las “audiencias mediáticas” o de la “opinión pública”. Reutemann elaboró un discurso “anti-político” y moralizante (mucho antes del construido por la fuerza del FREPASO a mediados de la década y de la Alianza UCR-FREPASO a finales de ella), sin haber recurrido a la plataforma mediática para constituir y consolidar su liderazgo. Su trayectoria en el peronismo local y – luego- en el nacional demuestra que los elementos de su “nueva política” no tuvieron como articulador central el uso de los medios masivos de comunicación para la construcción de su liderazgo político sino que esa función la ocupó la edificación de un poder centralizado y profesionalizado desde el punto de vista de la carrera política (disputa en elecciones internas, dominio del aparato partidario y construcción de una mayoría propia) hacia adentro de las estructuras del Partido Justicialista de Santa Fe.

Fuentes y Bibliografía

Fuentes primarias

Entrevistas propias a actores políticos de la época:

- Ricardo Kaufmann: Ministro de Educación de Santa Fe (1992). Fecha entrevista: 21/5/2014. Lugar: ciudad de Santa Fe.
- José Augusto Weber: Ministro de la Producción de Santa Fe (1991-1994). Fecha entrevista: 26/11/2014. Lugar: ciudad de Buenos Aires.

Otras entrevistas:

Archivo de Historia Oral. Programa Historia y Memoria, Universidad Nacional del Litoral. Entrevistados: Raúl Carignano, Roberto Rosúa, Horacio Rosatti, Víctor Reviglio, José María Vernet, Celestino Marini.

Entrevistas de programas de televisión locales realizadas a Jorge Obeid, Carlos Martínez, Carlos Reutemann, Víctor Reviglio, dirigentes sindicales, etc. (TVDOC, “Programa Palabra”, “Nuestras Voces”).

Entrevistas publicadas en el libro de Raúl ACOSTA (1987): *Sexo y peronismo*, a José María Vernet, Eduardo Cevallo, Luis Rubeo, Antonio Vanrell, Juan Carlos Taparelli, Alberto Joaquín, Ediciones E.P., Rosario.

Diarios locales:

El Litoral, ciudad de Santa Fe (1989-1995)

La Capital, ciudad de Rosario (1983, 1985, 1987, 1988, 1991, 1993, 1995).

Diarios Nacionales:

Clarín (1991, 1993, 1995)

Página 12 (1990).

La Nación (1989, 2001).

Diario de diarios: *El Bimestre*.

Discursos institucionales:

- Reutemann: Asunción; Inauguración año legislativo (1992, 1993, 1993, 1994).
- Vernet: Asunción.
- Reviglio: Asunción. Inauguración año legislativo (1991).
- DE PRIVITELLIO L. y ROMERO, L. A. (2000) (selección y prólogo), *Grandes discursos de la historia argentina*. Buenos Aires, Aguilar.

Fuentes secundarias (biografías, material periodístico y bases de datos electorales)

ACOSTA, R. (1987): *Sexo y peronismo*, Argentina, Ediciones E.P.

ACOSTA, R. y SEMINARA, E. (1997): *Para entender Santa Fe (1983-1997)*, Rosario, Homo Sapiens.

CERRUTI, G. y CIANCAGLINI, S.: (1991): *El Octavo Círculo. Crónica y entretelones de la Argentina menemista*. Buenos Aires, Planeta.

PANDOLFO, Gabriel: *Ser o no ser. Biografía no autorizada de Carlos Reutemann*

TOW, Andy: *Atlas de elecciones en Argentina*, <http://towsa.com/andy/>.

VARGAS, H. (1997): *Reutemann, el conductor. La biografía no autorizada*, Homo Sapiens, Rosario.

Referencias bibliográficas

ABOY CARLÉS, G. (2001): *Las dos fronteras de la democracia argentina: la reformulación de las identidades políticas de Alfonsín a Menem*, Buenos Aires, Homo Sapiens.

ABOY CARLÉS, G. (2010): “Populismo, regeneracionismo y democracia”, *Revista Postdata*, v.15 n.1. Ciudad Autónoma de Buenos Aires, ene./jun.

ABDULHADI, A. (2013): *Democracia subnacional y supremacía política del ejecutivo. El surgimiento y ascenso del Frente Renovador en Misiones (2003-2011)*, Tesis para obtener el grado de magíster en Desarrollo Local. Universidad Nacional de San Martín-Universidad Autónoma de Madrid.

ADELSTEIN, A. y VOMMARO, G. (2014): *Diccionario del léxico corriente de la política argentina. Palabras en democracia (1983-2013)*, Buenos Aires, UNGS.

AGUILA, G. (2008): *Dictadura, represión y sociedad en Rosario, 1976/1983. Un estudio sobre la represión y los comportamientos y actitudes sociales en dictadura*, Buenos Aires, Prometeo.

ALONSO, L. (2006): “Estabilidad constitucional, desarrollo asimétrico y procesos de regionalización, 1983-2003”, en AGUILA, G.: *De los cordones industriales a la integración del eje Mercosur (1940-2005)*, Rosario, Prohistoria.

ALTAMIRANO, C. (2004): “‘La lucha por la idea’: el proyecto de la renovación peronista”, en Novaro, M. y V. Palermo (comps.), *La historia argentina reciente. Argentina en democracia*. Buenos Aires, Edhasa, pp. 59-74.

ANNUZIATA, R. (2013b): “La figura del ‘hombre común’ en el marco de la legitimidad de proximidad: ¿un nuevo sujeto político?”, *Revista Atrolabio*, N° 10: 127-155.

ANNUNZIATA, R. (2013a): “Democratizar la ciudad. Los presupuestos participativos en Rosario y Morón”, en *Revista Nueva Sociedad. Democracia y Política en América Latina*, N° 243, feb.

ANNUNZIATA, R. (2012): “¿Hacia un nuevo modelo de lazo representativo? La representación de proximidad en las campañas electorales de 2009 y 2011 en Argentina”, en CHERESKY, I. Y ANNUNZIATA, R. (comp.): *Sin programa, sin promesa. Liderazgos y procesos electorales en Argentina*, Buenos Aires, Prometeo.

ARFUCH, L. (1987): “Dos variantes del juego de la política en el discurso electoral de 1983”. En: VERON, E. (AAVV): *El discurso político. Lenguajes y acontecimientos*. Buenos Aires, Hachette.

ARIAS, M. (2004): “Institucionalización partidaria en el justicialismo: la corriente renovadora”. *Revista SAAP*, V. 1, N° 3, pp. 489-513.

BAEZA BELDA, J. (2010): “La Renovación Peronista: el caso de la provincia de Santa Fe (1983-1988)”, *XIV Encuentro de Latinoamericanistas Españoles*, Santiago de Compostela, España, 15 al 18 de septiembre.

BARROS, S. (2002): *Orden, democracia y estabilidad. Discurso y política en la Argentina entre 1976 y 1991*. Córdoba, Alción.

BARROS, S. (2005): “The discursive continuities of the Menemist ruptura”, en F. Panizza, *Populism and the mirror of democracy*, Londres: Verso, pp. 250-273

BEHREND, J. (2011). Introducción: política subnacional y democracia. *Revista SAAP* 5, (N°2).

BLANDO, O. (2002): *Derecho y política: de la ley de lemas a la reforma política y constitucional en Santa Fe*, Rosario, Editorial Juris.

BORELLO, R. y MUTTI, G. (2003): “La ley de lemas en la provincia de Santa Fe”. En: *Actas del VI Congreso Nacional de Ciencia Política de la SAAP*, Rosario, Argentina.

BORRINI, A. (1987): *Cómo se hace un presidente*, Buenos Aires, El Cronista Comercial.

CANELO, P. (2001): “¿Dónde está el enemigo?: la rearticulación menemista de los clivajes políticos y la disolución del antagonismo social. Argentina, 1989-1995”, informe final del Concurso Culturas e identidades en América Latina y el Caribe, Programa Regional de becas CLACSO [disponible en <http://biblioteca.clacso.edu.ar/gsd/collect/clacso/index/assoc/D3104.dir/canelo.pdf>].

CANELO, P. (2011): “‘Son palabras de Perón’. Continuidades y rupturas discursivas entre peronismo y menemismo”. En: PUCCIARELLI, Alfredo (coord.). *Los años de Menem. La construcción del orden neoliberal*. Buenos Aires, Siglo XXI.

CALVO, E. y ESCOLAR, M. (2005), *La nueva política de partidos en la argentina*, Buenos Aires, Prometeo.

CANITROT, A. (1980): "La disciplina como objetivo de la política económica. Un ensayo sobre el programa económico del gobierno argentino desde 1976", *Desarrollo Económico*, Vol. 19, N° 76, Enero-Marzo, pp. 453-475.

CAO, H. (2001) “El sistema político subnacional de las áreas de menor desarrollo relativo. Un análisis basado en el caso argentino” En *Territorios*. Núm. 6

CARRERAS, M. (2010): “The Rise of Outsiders in Latin America, 1980-2010: An Institutional Perspective”. En: *Comparative political studies*. University of Pittsburgh.

CATTERBERG, E. (1989): “Las elecciones presidenciales argentinas del 14 de mayo de 1989: la ruta a la normalidad”, *Desarrollo Económico*, N° 115.

CERNA VILLAGRA, S. (2012): “La senda del outsider: factores que explican la emergencia de candidatos exógenos al sistema de partidos en Perú y Paraguay”. Artículo publicado en la Revista *Estudios Paraguayos* del Centro de Estudios Antropológicos de la Universidad Católica, Paraguay. Vol. XXIX y XXX - N° 1 – 2.

CHERESKY, I. (2006): “La política después de los partidos”. En: CHERESKY, Isidoro. *La política después de los partidos*. Buenos Aires, Prometeo.

CHERESKY, I. (2008): *Poder presidencial, opinión pública y exclusión social*. Clacso, Buenos Aires, Ediciones Manantial.

CHERESKY, I. Y POUSEDELA, M. (2004): “La incertidumbre organizada. Elecciones y competencia política en Argentina (1983-2003)”, en CHERESKY I. y POUSEDELA, I.: *El voto liberado. Elecciones 2003: perspectiva histórica y estudio de casos*, Buenos Aires, Biblos.

CHERNY, N. (2003): “La representación frágil: de la polarización al desapego”, en Cheresky, I. y Blanquer, J-M. (comps.): *De la ilusión reformista al desencanto ciudadano*, Rosario, Homo Sapiens.

CHERNY y VOMMARO (2004): “Territorios, liderazgos, partidos: la política argentina a nivel subnacional”. En Cheresky, I. y Blanquer, J. M. (Comps) *¿Qué cambió en la política argentina?* Rosario. Homo Sapiens.

CLOSA, G. (2005): “Crisis, renovación partidaria y transformaciones políticas en el peronismo de Córdoba, 1983-1987”. En *Astrolabio*, N° 2, CEA, UNC. <http://www.astrolabio.unc.edu.ar/articulos/partidospoliticos/articulos/closa.php>

COGOLLOS, S. (2012): “La popularización de los líderes *outsiders* en América latina, como respuesta a la crisis democrática de la región: un estudio del caso peruano”, *Revista de Ciencia Política*, N°15, Buenos Aires.

COTLER (1995): “Crisis política, outsiders y democraduras: El fujimorismo” en PERELLI, C.; PICADO, S.; ZOVATTO, D. (comps.): *Partidos y clase política en América Latina en los 90*. San José, CAPEL-IIDH, p. 117-141.

CUCCHETTI, H. (2010): *Combatientes de Perón, herederos de Cristo. Peronismo, religión secular y organizaciones de cuadros*, Buenos Aires, Prometeo.

CUCCHETTI, H. (2005): “Fideipolítica: los guardianes entre lo religioso y lo político”, Ponencia presentada en el *Congreso SAAP*, Córdoba.

DE IPOLA, E. (1987): “La difícil apuesta del peronismo democrático”, en J. Nun y J. C. Portantiero, *Ensayos sobre la transición democrática en Argentina*, Buenos Aires, Puntosur, 333-374.

DE LA TORRE, M., GEARY, M., MADOERY, O. y THEILER, G. (1991): *La reforma estatal en la provincia. Estudio de caso del Banco Provincial de Santa Fe*, Buenos Aires, Instituto Nacional de Administración Pública (INAP), mimeo.

- DE LUCA, M. (2008): “Political recruitment and candidate selection in Argentina: presidents and governors, 1983 to 2006”, en Siavelis P.: *Pathways to power. Political recruitment and candidate selection in Latin America*, Pennsylvania, The Pennsylvania State University Press.
- DELGADO, M. (2006): “Frente a Frente. Alianzas electorales, reforma institucional y recomposición política en Rosario y Santa Fe (2004-2006), en CHERESKY, I. *La política después de los partidos*. Buenos Aires, Prometeo.
- DELGADO, M. S. (2009): “Renovación democrática, alternancia electoral y alternancia política en la provincia de Santa Fe” en Cheresky, Isidoro (comp): *Las urnas y la desconfianza ciudadana en la democracia argentina*, Rosario, Politeia.
- DE RIZ, L. (1986): “Política y partidos. Ejercicio de análisis comparado: Argentina, Chile, Brasil y Uruguay”, *Desarrollo Económico* vol. 25, n° 100.
- DOWNS, A. (1957): *An Economic Theory of Democracy*, Nueva York, Harper Collins Publishers.
- ERBETTA, M. (2011): “La reconversión del Estado durante la primera gobernación de Duhalde en la provincia de Buenos Aires”, N° 16, vol. XV, verano, Santiago del Estero.
- FABRIS, M. (2006): “La campaña electoral de 1987. El justicialismo en busca de nuevos electores”, [Disponible en <<http://historiapolitica.com/datos/biblioteca/fabris.pdf>>].
- FARINETTI, M. (2012), *La trama del juarismo: política y dominación en Santiago del Estero, 1983-2004*, Tesis para obtener por el título de Doctora en Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires.
- FERNANDEZ, A. (1993): *Las nuevas relaciones entre sindicatos y partidos políticos*, Buenos Aires, Biblioteca Política Argentina.
- FERRARI, M. (2008): “El peronismo en la historia reciente. Algunas interpretaciones”, *Estudios de Filosofía Práctica e Historia de las Ideas* 9 (10): 63–83.
- FERRARI, M. (2009): “Entre la reorganización y la derrota. El Partido Justicialista de la provincia de Buenos Aires, 1982-1983”. *Estudios Sociales*. N° 37, Universidad Nacional del Litoral, segundo semestre, pp. 97-125.
- FERRARI, M. (2011): “*Hacia la victoria*. El peronismo bonaerense de cara a las elecciones de 1987”. *Iberoamérica Global* Vol. 4 N°2 Nov. *Política y Partidos en el Cono Sur de América. El caso argentino, siglo XX/XXI*. - Ed. Mario Arias Bucciarelli, ISSN 1565-9615, pp. 181-204.
- FERRARI, M., RICCI, L. y SUÁREZ, F. (2013): “El peronismo y las elecciones bonaerenses. De la derrota a la consolidación en el gobierno provincial, 1983-1991”. *Revista SAAP*. V. 7, N° 1, mayo.
- FERRARI, M. (2014): “Eduardo Duhalde antes del duhaldismo. Trayectoria individual y transformaciones partidarias (1983-1991)”, *Nuevo Mundo Mundos Nuevos* [En ligne], Questions du temps présent, URL : <http://nuevomundo.revues.org/65243> ; DOI : 10.4000/nuevomundo.65243.
- FERRARI y M.V. MELLADO (2015), *La Renovación peronista en clave subnacional. Organización partidaria, liderazgos y dirigentes en democracia*, EDUNTREF. (En prensa)

FFRENCH-DAVIS, R. (1997) “El efecto tequila y su alcance contagioso” en *Desarrollo Económico* (Buenos Aires), Vol. 37, Nº146.

FREDERIC, S. (2011): “Profesionalización política, moralidades y reconocimiento en el Gran Buenos Aires de los '90”, en M. Ferrari (comp.), “Dossier. Acerca de los políticos y la profesionalización de la política”. *PolHis. Boletín Bibliográfico Electrónico del Programa Buenos Aires de Historia Política*, Año 4, Nº 7.

FREDERIC, S. (2004): *Buenos vecinos, malos políticos. Moralidad y política en el Gran Buenos Aires*, Buenos Aires, Prometeo.

GARATEGARAY, M. (2005): “El peronismo en transición. La democracia renovadora”, ponencia presentada en el *Congreso SAAP*, Córdoba.

GARCÍA MONTERO, Mercedes (2001). “La década de Fujimori: ascenso, mantenimiento y Caída de un líder antipolítico”. En: *América latina hoy*, No. 28, 2001, pp. 49-86.

GERCHUNOF, P. y J. C. Torre (1996): “La política de liberalización económica en la administración de Menem, *Desarrollo Económico* 36 (143): 733-767.

GERMANI, G. (1973): “El surgimiento del peronismo: el rol de los obreros y de los migrantes internos”, *Desarrollo Económico* 13, nº 51.

GODOY, M. (2012), *Conflictos y acusaciones en el “régimen juarista” en Santiago del Estero: una etnografía sobre formas de regulación social y articulaciones entre política y justicia a la luz de un caso judicial*, Tesis para obtener el grado de Doctora en Antropología, Universidad de Buenos Aires.

GOMEZ, S. Y RECIO, M. (2013): “La llegada al poder del Frente Progresista Cívico y Social en la Provincia de Santa Fe. Viejas disputas, nuevos desafíos (2007-2011)”, en: ROBIN y FORD: *Representación y participación democrática en los espacios locales*. Silvia (comp.). Rosario, Ediciones Del Revés.

GUBERMAN, L. (2004): *Victoria, éxito y fractura. El PSP en Rosario*, Rosario, UNR Editora.

GUTIERREZ, Ricardo (2003) “Entre movimiento y partido: un análisis de las transformaciones organizativas del peronismo (1983–1995)”. *Política y gestión* 5: 27–76.

HALPERIN DONGHI, T. (2006) [1994]: *La larga agonía de la Argentina peronista*, Buenos Aires, Ariel.

HEREDIA, M. (2011): “La hechura de la política económica: los economistas, la Convertibilidad y el modelo neoliberal, en PUCCIARELLI, A.: *Los años de Menem. La construcción del orden neoliberal*, Buenos Aires, Siglo XXI.

IAZZETTA, Osaldo (1999): “Las privatizaciones como proceso político: la experiencia santafesina entre 1989-1995”, Consejo de Investigaciones de la Universidad Nacional de Rosario, Informe Año 1999.

IVANCICH, N. (2004): “La larga marcha: de la institucionalización del PJ hasta la instauración del menemismo”. *Argentina Reciente. Ideología y política contemporáneas*. Nº 2. Buenos Aires.

JAMES, D. (2010): *Resistencia e integración. El peronismo y la clase obrera argentina, 1946-1976*, Buenos Aires, Siglo XXI.

- JORRAT, J. (1986): "Las elecciones de 1983: ¿'Desviación' o Realineamiento?", *Desarrollo Económico* 101.
- KENNEY, C. (1998): "Outsider and Anti-Party Politicians in Power: New Conceptual Strategies and Empirical Evidence from Peru." *Party Politics* 4, no. 1.
- KINDGARD, A. (2007): "El peronismo jujeño en ausencia de liderazgos: en torno al ascenso y consolidación de una nueva dirigencia partidaria (1995-2003)". *XI Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia*, San Miguel de Tucumán.
- KLITGAARD, R. (1992): *Controlando la corrupción*, La Paz, Quipus.
- KOHAN, J. (1993): *Experiencias sindicales recientes. Argentina - Brasil*. Buenos Aires, Biblos.
- LANDI, O. (1988): *Reconstrucciones. Las nuevas formas de la cultura política*, Buenos Aires, Puntosur.
- LACHER, A. (2015): *Desindicalización del Partido Justicialista de la Provincia de Santa Fe (1983-1989)*, Tesis de Grado, UNL.
- LACLAU, E. (1993): *Nuevas reflexiones sobre la revolución en nuestro tiempo*, Buenos Aires, Nueva Visión.
- LACLAU, E. (1994): *Emancipación y diferencia*, Buenos Aires, Ariel.
- LASCURAIN, Ma. Cecilia (2011): "Cambios en la representación política. Un abordaje a partir de los perfiles de los gobernadores peronistas de la provincia de Santa Fe entre 1983 y 2007". *Papeles de Trabajo*, Año 5, 8.
- LASCURAIN, M.C. (2014a): "Reconstruyendo la confianza: el discurso de campaña de Carlos Reutemann por el sub-lema justicialista 'Creo en Santa Fe' en el diario El Litoral (Santa Fe, agosto-septiembre de 1991)", *Revista Coordinadas*, Revista de Historia Local y Regional, del Centro de Investigaciones Históricas de la Universidad Nacional de Río Cuarto (CIH-UNRC), Vol. 1, n° 2.
- LASCURAIN (2014b): "De políticos *honestos* y *corruptos*: el 'Affaire Vanrell' y la mutación de la representación en el justicialismo santafecino (1990- 1991)", *Revista Polhis*, Año 7 - número 14.
- LESGART, C. (2003): *Usos de la transición a la democracia. Ensayo, ciencia y política en la década del ochenta*, Rosario, Homo Sapiens.
- LEVITSKY, Steven (2005): *La transformación del justicialismo. Del partido sindical al partido clientelista, 1983-1999*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- LUONI, O. (2011): *Adaptación y cambio partidario en el peronismo porteño. (1983-1989)*. Tesis de Maestría, Universidad de San Andrés.
- LUPU, N. Y STOKES, S. (2009): "Las bases sociales de los partidos políticos en Argentina, 1912-2003", en *Desarrollo Económico*, Vol. 48, N° 192.

MACOR E IGLESIAS (1997): *El peronismo antes del peronismo, Memoria e historia en los orígenes del peronismo santafesino*, Santa Fe, Universidad Nacional del Litoral.

MAIDANA, F (2013): *Salta y su política de sucesión: caída, emergencia y ascenso de líderes y seguidores del Partido Justicialista entre 2007 y 2011*, Tesis de doctorado presentada al Programa de Pós-graduação em Antropologia Social de la Universidade de Brasília, Brasilia.

MAINA, M. (2007): "El partido justicialista santafesino en la transición política argentina 1982-1987", *II Congreso Regional de Historia e Historiografía*, celebrado en la UNL, ciudad de Santa Fe, 3 y 4 de mayo.

MAINA, Marcelino. "Nación y provincia: la ¿renovación? peronista en Santa Fe 1983 – 1989", en *Actas de las I Jornadas de Ciencia Política del Litoral, Universidad Nacional del Litoral*, ciudad de Santa Fe, 10 y 11 de mayo de 2012.

MAINA, M. (2014): "Santa Fe hacia las elecciones de 1983. Partidos, identidades y elecciones en la construcción de la democracia", *Papeles del Centro de Investigaciones*, N° 15.

MANIN, B. (2006): *Los Principios del gobierno representativo*, Buenos Aires, Alianza.

MARONESE y OTROS (1985): *El voto peronista '83: perfil electoral y causas de la derrota*. Buenos Aires, El Cid Editor.

MARTUCELLI, D y SVAMPA, M. (1997): *La plaza vacía. Las transformaciones del peronismo*, Buenos Aires, Losada.

MAURO, S. (2014): "Representación política y movilización social en la Argentina post-neoliberal (2003-2013)", *Revista de Ciencia Política*, vol. 52, N° 1.

MAYORGA, R. (2006). "Outsiders políticos y neopopulismo: el camino a la democracia plebiscitaria". En: Scott Mainwaring *et al.* *La crisis de la representación democrática en los países andinos*. Editorial Norma.

MELLADO (2011), *Elites políticas y territorialidad del poder en la historia reciente de Mendoza. Formación y reclutamiento de los elencos dirigentes en democracia (1983-1999)*, Tesis para obtener el título de Doctora, Universidad de Buenos Aires-EHESS.

MELLADO, M. (2010): "Transition démocratique en Argentine et transformation du parti péroniste (1983-1988)", *ILCEA [En ligne]*, 13 | 2010, mis en ligne le 30 novembre.

MELLADO, M. (2009): "Los trazos de la disgregación: el juicio político al Gobernador Martínez Baca (Mendoza, 1973-1974)", *Revista Quinto Sol*, vol. 13.

MOCCA, E. (2002): "Defensa de la política (en tiempos de crisis)", en NOVARO M. (comp.), *El derrumbe político en el ocaso de la convertibilidad*, Buenos Aires, Norma.

MONTERO, A. S. (2011): *¡Y al final un día volvimos! Los usos de la memoria en el discurso kirchnerista (2003-2007)*, Buenos Aires, Prometeo.

MORA Y ARAUJO, M. (1995): “De Perón a Menem. Una historia del peronismo”. En Borón, A.: *Peronismo y menemismo. Avatares del populismo en la Argentina*, 47–65. Buenos Aires: El Cielo por Asalto.

MORRESI, Sergio. “¿Más allá del neoliberalismo? Estado y neoliberalismo en los años noventa”. En: RINESI, Eduardo – NARDACCHIONE, Gabriel – VOMMARO, Gabriel. *Los lentes de Víctor Hugo: transformaciones políticas y desafíos teóricos en la Argentina reciente*. Prometeo, Buenos Aires, 2007.

MORRESI, S. (2008): *La nueva derecha argentina y la democracia sin política*, Buenos Aires, Biblioteca Nacional/UNGS.

MORRESI, S. Y VOMMARO, G. (2011): *Saber lo que se hace. Expertos y política en la Argentina*. Buenos Aires, Prometeo.

MOSCA, G. (2006) [1986]: “La clase política”, selección de Norberto Bobbio, México, FCE.

MOUFFE, C. (1999): *El retorno de lo político. Comunidad, ciudadanía, pluralismo, democracia radical*. Buenos Aires, Paidós.

MURARO, Heriberto. *Políticos, periodistas y ciudadanos. De la videopolítica al periodismo de investigación*. Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 1997.

MURMIS, M. y PORTANTIERO, J.C. (1974): *Estudios sobre los orígenes del peronismo*, Buenos Aires, Siglo XXI.

MUSTAPIC, A. M. (2002): “Del partido peronista al partido justicialista. Las transformaciones de un partido carismático”, en M. Cavarozzi y J. M. Abal Medina (eds.), *El asedio a la política*. Rosario, Homo Sapiens, 2002.

NOVARO, Marcos (1994): *Pilotos de tormentas: crisis de representación y personalización de la política en Argentina [1989-1993]*. Buenos Aires, Letra Buena.

NOVARO, Marcos (1995): “El debate contemporáneo sobre la representación política”, en *Desarrollo Económico*, v. 35, N° 137: 145.

NOVARO, Marcos (2000): *Representación y liderazgo en las democracias contemporáneas*, Rosario, Homo Sapiens.

NOVARO, M. (2009): *Argentina en el fin de siglo. Democracia, mercado y nación (1983-2001)*, Buenos Aires, Paidós.

NOVARO M. y PALERMO, V. (1998): *Los caminos de la centroizquierda. Dilemas y desafíos del Frepaso y de la Alianza*, Losada, Buenos Aires

NOVARO, M. y PALERMO, V. (2003): *La dictadura militar. 1973/1983. Del golpe de Estado a la restauración democrática*. Buenos Aires, Paidós, 2003.

NUN, J. (1995) “Populismo, representación y menemismo”, en A. Borón, *Peronismo y menemismo. Avatares del populismo en la Argentina*, Buenos Aires: El Cielo por Asalto, pp. 67–100.

- ORTIZ DE ROZAS, V. (2014): *Dirigentes representativos y capital territorial. Los partidos provinciales a través del estudio de los capitales políticos de los líderes intermedios. Santiago del Estero (1999-2013)*, Tesis para obtener por el título de Doctora en Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires.
- PALERMO, V. y NOVARO, M. (1996): *Política y poder en el gobierno de Menem*, Buenos Aires, Tesis-Norma.
- PALERMO, V. (1990): “Programas de ajuste y estrategias hacia la democracia”, *Desarrollo Económico*, Vol. 30, N° 119.
- PALOMINO, H. (1987): *Cambios ocupacionales y sociales en Argentina, 1947-1985*, Buenos Aires, CISEA.
- PANEBIANCO, A. (2009): *Modelos de partido. Organización y poder en los partidos políticos*, Buenos Aires, Alianza.
- PANIZZA, F. (1990): *Uruguay: Batllismo y después. Pacheco, militares y Tupamaros en la crisis del Uruguay Batllista*. Montevideo, Banda Oriental.
- PEREYRA, Sebastián. *Política y transparencia. La corrupción como problema público*. Siglo XXI, Buenos Aires, 2013.
- PORTANTIERO, J.C. (1995): “Menemismo y peronismo: continuidad y ruptura”, en A. Borón, *Peronismo y menemismo. Avatares del populismo en la Argentina*, Buenos Aires: El Cielo por Asalto, pp. 101–117;
- PORTANTIERO, J.C. y NUN, J. (1987): *Ensayos sobre la transición democrática en la argentina*, Buenos Aires, Puntosur.
- POUSADELA, I. (2004): “¿Crisis o metamorfosis? Aventuras y desventuras de la representación en la Argentina (1983-2003)”; en *Documento de Trabajo de FLACSO Área Política*, N° 2: Veinte años de Democracia. Ensayos premiados, Buenos Aires, Setiembre.
- PROL, M. (2012): *Estado, movimiento y partido peronista. La ingeniería institucional en Santa Fe, 1943-1955*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- PROL, M. (2005): “El Partido Peronista en Santa Fe”, ponencia presentada en las X Jornadas Interescuelas departamentos de Historia. Facultad de Humanidades y Artes. Universidad Nacional de Rosario, 20,21,22 , 23 de setiembre.
- PUCCIARELLI, A. (2011): *Los años de Menem. La construcción del orden neoliberal*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- PUCCIARELLI, A. (2005): “El régimen político de las nuevas democracias excluyentes de América Latina. Argentina 1999-2001”, *Revista Haol*, N° 8, pp. 105-122.
- PUIG, L. (1997): “Cambio de cuadro. El escenario político santafesino de cara a las elecciones de 1997”, *Revista Escenarios Alternativos*, Año 1, N° 1.
- PUIG, L. (2003): “Santa Fe, continuidades y cambios en el periodo 1983-1999”, *VI Congreso Nacional de la SAAP*, Rosario, UNR Editora.

RAMOS, H. (2011): “Metamorfosis y crisis de representación. Las estrategias electorales del PJ santafesino en las elecciones provinciales de 1999 y 2003”, *Revista SAAP* 5 (1): 157-187.

REYNARES, (2012) *La identidad política de la Renovación. El peronismo cordobés en la transición democrática*. Córdoba. EDUVIM.

REYNARES, J. (2014): “El peronismo cordobés en los noventa: algunas notas sobre identificación neoliberal y práctica partidaria”. *Revista Enfoques* • Vol. XII • Nº21• pp. 111-130.

RINESI, Eduardo – VOMMARO, Gabriel. “Notas sobre la democracia, la representación y algunos problemas conexos”. En: RINESI, Eduardo – NARDACCHIONE, Gabriel – VOMMARO, Gabriel. *Los lentes de Víctor Hugo: transformaciones políticas y desafíos teóricos en la Argentina reciente*. Prometeo, Buenos Aires, 2007.

RODRIGO, Cintia (2011): “El impeachment en América Latina: un desafío abierto al análisis político”, *Revista Electrónica del Instituto de Investigaciones “Ambrosio L. Gioja”*, 5 (número especial): 96-104.

RODRIGO, C.: “¿Renovación o renovadores? Posiciones y tomas de posición en el justicialismo sanjuanino (1983-1991)”, en Ferrari, M. y Mellado, V. (coords.). *El peronismo en la historia reciente. Dilemas del momento renovador en clave subnacional (1983-1991)*. Caseros: EDUNTREF, en prensa (ISBN en trámite).

RODRIGO, C. (2013), *El poder en crisis. Relaciones de gobierno e inestabilidad política en San Juan*, Tesis para obtener por el título de Doctora en Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires.

RODRIGO, C. (2014): “Relaciones de gobierno e inestabilidad. El juicio político en la escala sub-nacional en Argentina”; *Revista Mexicana de Análisis Político y Administración Pública*, Vol. III, Nº 2, julio-diciembre, pp. 155-184.

ROBIN, S. (2007): *Régimen electoral y sistema de partidos. La influencia de la ley de lemas sobre el sistema de partidos en la provincia de Santa Fe*, Tesis de Maestría.

ROBIN, S. Y OTROS (2008): *Los partidos políticos en Santa Fe. Miradas post- electorales*, Rosario, UNR Editora.

ROSANVALLON, P. (2009): *La legitimidad democrática. Imparcialidad, reflexividad, proximidad*. Buenos Aires, Manantial.

ROSANVALLON, P. (2004): [1998]: *El pueblo inalcanzable. Historia de la representación democrática en Francia*, México, Editorial Mora.

SÁNCHEZ, Luis y otros. *Un día de emoción. Historia política de Santa Fe (1990-1991)*, Instituto de Estudios Sociales, Rosario, 1995.

C. SCHNYDER (2011), *Política y violencia en la Democracia Argentina. La democratización sub-nacional a la luz de las prácticas partidarias y los usos de la policía durante el Juarismo en Santiago del Estero*, Tesis entregada para obtener el título de Doctora en Ciencia Política, Universidad Nacional de Rosario.

SHMITT, N. (2008): “La difusión de la ideología neoliberal en el discurso de la prensa escrita durante la crisis hiperinflacionaria argentina. Un estudio de caso”, en Papeles de trabajo. Revista electrónica del Instituto de Altos Estudios Sociales de la Universidad Nacional de General San Martín. ISSN: 1851-2577. Año 2, n° 4, Buenos Aires, diciembre.

SIGAL, Silvia y VERÓN, Eliseo (2003): *Perón o muerte. Los fundamentos discursivos del fenómeno peronista*. Buenos Aires, Eudeba.

SIGNORELLI, G. (2012): “Desentrañando el vínculo entre participación ciudadana y descentralización político-administrativa en los gobiernos locales. Los casos de Porto Alegre (Brasil) y Rosario (Argentina)”. Ponencia presentada en el *Cuarto Congreso Uruguayo de Ciencia Política, “La Ciencia Política desde el Sur”*, Asociación Uruguaya de Ciencia Política, 14-16 de noviembre.

SORPANO, G. (2009) *Recorriendo el espinel de la política*. Identidades, redes y escenarios políticos nacionales, provinciales y municipales en el peronismo. En FREDERIC, S. y SOPRANO, G. (comp.) *Política y variaciones de escalas en el análisis de la Argentina*. Buenos Aires: UNGS-Prometeo.

SOSA, P. (2014): “Desintegración social y poder político. Génesis y consolidación del Frente para la Victoria en la provincia de Santa Cruz (1988-1996)”. Tesis doctoral en Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, 6 de noviembre de 2014.

SOSA, P. (2009): “Una exploración sobre la dimensión estatal de las (probables) reglas de la política para las provincias argentinas (1976-2001)”, *Revista Trabajo y Sociedad*, n° 15, Santiago del Estero.

TORRE, J. (2003): “Los huérfanos de la política de partidos. Sobre los alcances y la naturaleza de la crisis de representación partidaria”. En: *Desarrollo Económico*, vol. 42, n° 168.

TORRE, J. (1991): *La vieja guardia sindical y Perón*. Buenos Aires, Sudamericana.

VENECIA, J. C. y A. PETRACCA (1996): *Ley de lemas: alternativas de reforma político-electoral en Santa Fe*, Rosario: H. Sapiens.

VERÓN, Eliseo. “La palabra adversativa. Observaciones sobre la enunciación política”. En: AAVV. *El discurso político. Lenguajes y acontecimientos*. Hachette, Buenos Aires, 1987.

VILABOA: “La renovación en Santa Cruz, 1983-1991”, en FERRARI, M. Y MELLADO, V. (coords.). *El peronismo en la historia reciente. Dilemas del momento renovador en clave subnacional (1983-1991)*. Caseros: EDUNTREF, en prensa. Fecha estimada de publicación: diciembre de 2014 (ISBN en trámite).

VILLARREAL, J. (1985): “Los hilos sociales del poder”, en JOZAMI, E., PAZ, P. Y VILLARREAL, J.: *Crisis de la dictadura argentina: Política económica y cambio social 1976-1983*. Buenos Aires, Ed. Siglo XXI.

VOMMARO, Gabriel. “‘Lo que quiere la gente’. Los sondeos de opinión pública como herramienta política. El caso de las elecciones nacionales de 1999”. En: CHERESKY, Isidoro - BLANQUER, Jean Michel. *De la ilusión reformista al descontento ciudadano. Las elecciones en Argentina, 1999-2001*, Homo Sapiens, Rosario, 2003.

VOMMARO, G. (2008): “*Lo que quiere la gente*”. *Los sondeos de opinión y el espacio de la comunicación política en Argentina (1983-1999)*, Buenos Aires, Prometeo.

WAINFELD, M., H. GONZÁLEZ, y A. ARMADA (1986): *Historia, contexto político y perspectivas de la Renovación Peronista*. Mimeo.

WAISBORD, S. (1995): *El gran desfile. Campañas electorales y medios de comunicación en la Argentina*. Buenos Aires, Sudamericana.

WEBER, M. (1992) [1922]: *Economía y Sociedad*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.

WEBER, M. (2002): *El político y el científico*. Buenos Aires, AC Editores.

WEBER, M. (2008): *Escritos políticos*. Madrid, Alianza Editorial.

YABKOWSKI (2012): “La negación de la parte. La crisis de representación política en Argentina”, *Nómadas, Revista Crítica de Ciencias Sociales y Jurídicas*, Núm. Especial, América Latina.

YANNUZZI, M (1996): *Política y dictadura*, Rosario, Fundación Ross.